

M. J. MARAVEND

Llega la nueva
Cenicienta...

...y su príncipe
la espera.

Rebeldes

& REAL



Vol. 1

M.J. Maravend

Rebeld
& REAL

Llegó la nueva Cenicienta...

...y su príncipe la espera.

Rebelde & Real

M. J. Maravend

Todos los derechos © M. J. Maravend, 2017

Diseño de cubierta e interior: H. Kramer

Fotografía de cubierta: ©Can Stock Photo Inc./Subbotina

Primera edición: noviembre 2017

ISBN: 9781973397014

Sello: Independently published

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Dedicado a
Alberto Trejo, mi adorado tío. Te fuiste demasiado pronto.
Don Roberto Domingo Mora, el padre de la protagonista, gran
conversador, excelente cocinero y de Racing Club como vos, fue creado en tu
memoria.

[Prólogo](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Agradecimientos](#)

PRÓLOGO

“Había una vez...”

Así comenzaban las historias que mi abuela Elma me relataba todas las noches durante mi niñez. De su mano de mujer luchadora, conocí a las princesas que se enamoraban; a las malvadas madrastras, brujas y lobos; a los príncipes encantadores que eran capaces de pelear por el amor de una mujer.

Esos cuentos clásicos incentivaron la lectura y los géneros que fui escogiendo como lectora. Pasó el tiempo y la Cenicienta —princesa por excelencia— tomó otros rostros en heroínas de películas, series y libros.

Cuando hablan de novela romántica, se piensa en novelas sosas, azucaradas y poco creíbles.

María José se atreve a regalarnos una historia tan real y cotidiana, que es imposible no identificarse con los protagonistas, sentir que están con nosotros todos los días, que son amigos, familia.

Adriana y Henry nos llevarán a vivir una aventura que nos transportará a recorrer sus mundos: uno argentino, plebeyo, de piel morena y risas cristalinas. El otro inglés, perteneciente a la nobleza, un temerario joven que se prueba a sí mismo.

Ella sabe de esfuerzos y fracasos; él conoce la soledad y el dolor que causa la muerte. Son los caminos que dispone el amor, los que los cruzarán en una nueva historia, de Cenicienta moderna y de príncipe 2.0.

Uno habla de vos, el otro habla de tú. Ella toma subte, tren y colectivo. Él conoce el lujo y el peso de obligaciones que hereda por apellido.

Ella toma mate y charla con su papá Roberto Mora, taxista. Él toma el té a las cinco con su abuela la reina. Ella es morocha, plebeya y argentina. Él es alto y pelirrojo, ¡Fosforito! dirán con rabia.

El señor destino juega sus dados y mueve sus hilos. Sonríe porque los protagonistas de esta novela son tan rebeldes y reales que dejarán huella.

Esta novela posee mi profundo y entrañable cariño. El que le profesan las tías a los sobrinos forajidos. Conozco a los personajes desde hace muchos años. Me permito, querido lector, recomendarte leer y disfrutar de este romance que te movilizará y te hará reflexionar sobre el amor y sus caminos.

Dicen las hadas: “Existen amores imposibles, no dejan de ser historias con deseos, llenos de esperanzas que no mueren”.

Atrevete a vivir esta historia de amor, que no te defrauda.

Andrea Vázquez
Bloguera, El Pantano de Fiona

INTRODUCCIÓN

Se quitaron los abrigos y Adriana le sirvió una taza de café. Había pasado tanto frío esperándola afuera que saboreó con deleite el primer sorbo de la infusión. Para que se sintiera más tranquila, le mostró los documentos que lo acreditaban como periodista y redactor de una revista, además de extenderle hasta la cédula de identidad. Ella prestó poca atención. Tomó un sorbo de té y sus ojos de nuevo se posaron en él; no le pareció muy bonita pero su rostro era exótico: además de su cautivante mirada tenía una boca que se arqueaba en una enigmática sonrisa, largas pestañas y una naricita graciosa, respingona. Su tono de piel mate tenía cierto destello de luz y el cabello oscuro hacía juego con la incógnita que quería ocultar su mirada, ¿quería juzgar su belleza en honor al príncipe o le parecía atractiva por su propio juicio?

—Mi nombre es Gabriel, podemos tutearnos.

—*OK*, Gabriel. ¿Por dónde empiezo?

—Por el principio, creo que es lo más sensato —sugirió Gabriel mientras encendía el grabador y lo dejaba sobre la mesa.

Al mismo tiempo, ella prendió un cigarrillo y Gabriel vio brillar, en su dedo meñique, el anillo *Bvlgari*, aquel que el príncipe le había obsequiado.

—Creo que esta historia no tiene nada de sensato, apenas empiece vas a ver que no —dijo ella con una sonrisa.

Él le devolvió la sonrisa. Adriana le caía simpática e iban por buen camino, ya parecía más cómoda hablando.

—Tengo tiempo de sobra, así que soy todo oídos.

—Hace un año atrás...

CAPÍTULO 1

Tenía que practicar inglés, ¿y qué mejor idea que meterme en un chat de ese mismo idioma? Prendí la *notebook* y tras *googlear* varias direcciones que me llamaron la atención, puse manos a la obra.

Mi amiga Alejandra hacía rato que dormía y las tres de la madrugada me sorprendieron insomne y bastante aburrida. Qué me costara dormir no era novedad, me habían despedido del trabajo hacía menos de una semana. Estaba preocupada porque debía encontrar algo rentable para mantenerme, además de pagar el alquiler de mi casa.

Después de media hora, nadie del chat me pareció interesante y... ¡escribían tan rápido! Demasiado para mi nivel de inglés, por supuesto. Sin embargo, antes de cerrar la ventana del Chat, un tal Harvey empezó a hablarme. Pensé en ignorarlo e ir a dormir pero no sé por qué seguí sentada. En las primeras líneas le aclaré que no era británica ni norteamericana ni australiana ni nada similar, al menos para que no se riera de mi horrible ortografía y se burlara por mis constantes equivocaciones con los verbos. Contestó con un vago “OK” y me preguntó que hacía de mi vida. Omitiendo la dolorosa verdad, le conté que había renunciado a mi trabajo y estaba intentando practicar inglés con alguien; esta vez consulté que hora era en Gran Bretaña, —*son las ocho*—escribió de manera escueta.

—¿Y ahora te vas a trabajar? — tipee rezando para que la frase estuviera bien escrita.

—De alguna manera, sí.

—¿De dónde eres?— pregunté y escribí más rápido. Al diablo con mi ortografía.

—Londres, ¿sabes dónde queda?

—Claro que la ubico, es la capital de Irlanda, ¿no?— escribí con una

sonrisita pérfida.

—Muy graciosa. Ahora tengo que irme, linda. Toma nota de mi *skype*. *Bye* — y se desconectó.

¡Imbécil! ¿Acaso pensaba que iba a anotar su dirección de correo como una desesperada en busca del último hombre sobre la faz de la tierra? Seguro era igual a Mr. Bean. Iba a cerrar la *notebook* de un manotazo, cuando cambié de opinión y decidí agregarlo a *skype*. ¡Ja!

La siguiente vez que hablamos fue a los dos días. Volví a casa después del día de cita con mi ¿amante? ¿Amigo? ¿Peor es nada? No me considero buena para rotular, sólo cabe destacar que no era mi novio ni estaba en sus planes cometer semejante barbaridad. El muchacho en cuestión me echó rápido de su casa pero con todo el disimulo que pudo; y como entiendo de sutilezas simulé un repentino cansancio y me fui antes de mandarlo adónde se merecía. No era conveniente despreciar al sujeto porque no tenía un segundo amante para reemplazarlo, ¡ya era difícil encontrar uno! Por eso refuto la teoría que habla acerca de que el sexo y un vaso de agua no se le niegan a nadie. Al menos yo no estaba dispuesta a hacer la prueba. Mientras pensaba eso, puse un pie en el living de mi casa y vi a mi compañera de departamento con su novio cenando a la luz de las velas y me vino como anillo al dedo ver a dos enamorados, justo a mí que me iba *taaaan* bien en ese aspecto. La cruda verdad fue que aquella escena me cayó con la misma intensidad de una pedrada en medio de los dientes, pero los saludé con falsas demostraciones de alegría: ¿Cuánto tiempo de noviazgo cumplen? ¿Dos años, cinco meses, cuatro días y veintitrés minutos? ¡FE-LI-CI-TA-CIO-NES! Antes que el gusano de la envidia me perforara el estómago e hiciera que la bilis me saliera por las orejas, me retiré con toda la dignidad que pude.

Entré a mi habitación sin saber qué hacer, y empecé a dar vueltas como un león enjaulado; entonces observé con ansiedad a mi única tabla de salvación:

Notebook.

Ahí estaba él: Harvey, el hermano no reconocido de *Mr. Bean* con su onda de siempre esperándome desde el *skype*. Al muchacho le gustaba pelear, y ahí estaba yo, con todo el resentimiento a flor de piel para darle batalla. Me sentía como Juana de Arco cuando se subió al caballo y partió al ataque del castillo enemigo.

Después de una hora, ya íbamos por la cuarta pelea y en mi caso, por el tercer cigarrillo. Por eso cuando tipeó algo así como:

—Me caes bien, linda. Me haces reír.

—Me estás cargando, ¿no?

—No entiendo la cuestión del peso.

Claro, al inglesito no se le hacían entendibles mis expresiones nativas. ¿Qué pasó? Se enojó, por supuesto.

—Perdón, pensé que te burlabas de mí— tipee esperando el desastre.

—¿Quién se burla? ¡Estás usando en inglés palabras que no tienen sentido!

—Harvey, no quise decir eso.

—Lo tuyo es un estilo, “tomemos como idiota a este”, total no se da cuenta, ¿no?

Mi mal carácter hizo erupción como un volcán de Hawai y nos pusimos a batallar de nuevo, pero esta vez de una manera agresiva. Después de una disputa, una taza de café y dos cigarrillos más de mi parte, pasaron volando otros tres o cuatro cuartos de hora. ¿Quién dijo que las agujas del reloj se aceleran cuando una la pasa fantástico?

—Jajajajaja.

—¿Y ahora de que te reís?

—Me río porque somos dos ridículos.

—Me acusaste de algo que no hice.

—No te queda esa faceta de doncella sufrida. Me gustas más cuando te muestras hot, peleadora.

—¡Qué atrevido!

—Necesitas a alguien que te dome... alguien como yo, por ejemplo.

—Por favor, no me tomes el pelo.

—Si me vieras... estoy riéndome como un demente. Eres un diamante en bruto, querida.

No sabía si creer o no en lo que decía, pero peleando con él había olvidado durante ese rato de charla la fatal noche con mi “peor es nada”, la cena romántica de mi amiga con su novio, haciendo que no logre pasar por alto mi decadente soledad a nivel pareja y mi reciente desempleo, que pendía sobre mi cabeza como una espada de Damocles.

—Orgullosa, siempre quieres tener la última palabra. Eso también me agrada.

—Y vos no querés ser menos.

—Eso ni lo dudes, siempre gano yo.

Sus palabras me arrancaron una carcajada.

CAPÍTULO 2

Las semanas fueron pasando y no recuerdo con exactitud cuántos currículum había mandado por *mail*, ni a cuantas entrevistas me presenté; aunque ninguna valió la pena. Me acuerdo que en una oportunidad conseguí trabajo tan rápido que llegué a desconfiar de mi propia buena suerte: era demasiado bueno para ser verdad, ¿y qué pudo haber pasado? Lo defino en dos palabras: desastroso, lamentable. Mi tarea fue la de ofrecer seguros por teléfono, algo fatal para alguien como yo que no tiene paciencia ni para vender un caramelo de anís, pero al menos hice el intento. Aguanté dos días y medio incluyendo la capacitación, y también la fecha de mi debut como teleoperadora.

Después de tres horas de insultos donde se referían a mí y de toda mi parentela y me mandaron a realizar oficios que todavía no había probado —pero que se consideraban aptos para una persona de vida alegre, burbujeante y también penosa desde mi humilde punto de vista— me marché.

Eso no era para mí; tenía el seguro de desempleo, mis ahorros y el cheque que recibí de parte de mi empleador anterior por deshacerse de mí; con eso al menos podía llegar a malvivir un tiempo...igual seguía mirando avisos de empleos, no era la hija de Rockefeller para darme el lujo de estar tirada día y noche panza arriba.

A los pocos días, una tarde, recibí un llamado donde me comunicaron que tenía una entrevista para un puesto de asistente en un estudio de abogados del centro. Loca de entusiasmo me vestí para la ocasión: traje de color gris humo de saco y pantalón de vestir, *stiletos* y cartera haciendo juego. Planché mi rebelde y largo cabello negro y arreglé mi flequillo con esmero. Llegué puntual al lugar de la cita, el socio principal de la oficina me recibió con una extraña sonrisa— “debo dar una buena impresión” —pensé con imperdonable

inocencia.

—Bien, señorita *Morán*, veo que usted tiene experiencia en trabajos administrativos.

—Perdón la intromisión, señor. Mi apellido es MORA.

—Perdóneme a mí, señorita Mora. Ha de ser por su belleza que caigo en errores como éste.

Volví a sonreír pero con pocas ganas. Y una alarma de sospecha empezó a sonar en mi cabeza.

—Vea señorita Mora, creo que no hay nada más que pensar, el puesto es suyo.

—Le estoy en verdad muy agradecida— me levanté de la silla para estrecharle la mano.

El socio retuvo mis dedos. ¿Y ahora qué?

—Señorita Adriana, ¿puedo agregar algo más?

—Diga.

Se acercó a mí y olí su colonia de viejo. Tenía una calva incipiente y medía un metro y medio, además de tener un ligero parecido con Danny de Vito.

—Si a usted no le molesta, ya que será mi asistente de ahora en adelante, podríamos ir a cenar la misma noche de su primer día de empleo para festejar...y después veremos qué pasa, ¿qué le parece, bonita?

Con esa última frase dicha por aquel individuo sentí que la rabia amenazaba con ahogarme. Sin poder manejar mi raciocinio empecé a revolver todo lo que tenía a mano en el escritorio y usarlo a modo de proyectil contra Danny de Vito, quien intentaba protegerse de aquella loca en la que me había convertido y gritaba para que Seguridad me sacara de la oficina en ese mismo momento. Los guardias llegaron todos amontonados y me agarraron de los brazos conduciéndome hacia la puerta.

—¡Suéltanme!— grité y me fui dando un portazo.

CAPÍTULO 3

Tras el fragor de la batalla en el estudio de abogados, ya no lucía tan espectacular. Además, camino a casa di un traspie y el taco del *stiletto* se partió por la mitad.

—¡Carajo!— chillé, mientras medio mundo me miraba.

Llegué a mi casa con un humor de perros y encontré a Alejandra tomando un licuado de durazno y a Ximena cebando los primeros mates de la tarde. ¡Mis amigas! Era todo lo que necesitaba en ese momento. Les expliqué lo que me había pasado en el estudio de abogados.

—Y decime, Adri: ¿salir con el viejo y hacer esa misma noche quien sabe más que cosa, estaría todo incluido en el mismo sueldo?— reflexionó Ximena.

—¡Claro! Yo creo que habría una comisión extra, amiga. Si no es una miseria— agregó Alejandra.

Si aquellas eran mis amigas quizás debía empezar a elegir amistades entre mis enemigos.

—¡No se les puede contar nada, todo se lo toman en broma!

—¡Bajá un cambio, carajo! — dijo Ximena, disgustada.

—Encima que todo me sale mal— me largué a llorar con la misma intensidad de un *animé*.

—¿Y el inglesito?— preguntó Ximena más para distraerme que por curiosidad.

—Vengo hablando con él casi todos los días, nos morimos de risa.

—¿Y si le pedís una foto así nos reímos un rato?— dijo Ximena.

—No sé si estará conectado.

Al finar resultó que Harvey no se encontraba conectado al *skype*.

—¿Vieron? Les dije que es temprano, y él suele conectarse de madrugada

—¿De madrugada? ¿Pero no trabaja? — preguntó Alejandra.

—Según lo que me comentó, el padre tiene negocios y él lo ayuda en eso.

—¿Serán propiedades? ¡Qué interesante!— dijo Ximena. Mi amiga era un poco materialista

Pese a no estar trabajando, mis días y mis noches estaban repletos de actividades: envío de currículum, entrevistas, ir de compras, mis clases de árabe, mis sesiones de psicoanálisis, mi cita con mi “peor es nada” y mis prácticas de inglés con Harvey, alias *Mr. Bean*. Una noche me dijo que su nombre verdadero no era Harvey.

—¿Y cómo te llamas?— tipee sorprendida.

—Me llamo Henry Alexander August Charles.

—Nadie, ni siquiera en Inglaterra, tiene tantos nombres. Otra vez tomándome el pelo, Harvey.

—Me llamo Henry...

—Ya leí. ¡Y no pretenderás que te llame por tus veintiocho nombres!

—No tengo veintiocho nombres, y mi hermano tiene tantos nombres como yo.

—Excéntricos ustedes los ingleses. Yo me llamo Adriana Sofía.

—¡Qué lindos nombres! ¿Y tu voz será igual de linda?

—Agradezco tus cumplidos.

—No es nada. Perdón, pero debo irme ahora. Todavía no me cambié, y lo peor es que deberé usar traje con este calor.

—Debe quedarte bien, habría que verte —traté de animarlo— ¿Y al trabajo vas de traje todos los días?

—No, en realidad a veces uso uniforme. Soy militar.

—¡Ah! Parece ser interesante— en realidad no supe bien que decir y opté

por quedar como una estúpida. ¿Militar?

CAPÍTULO 4

Mi amiga Alejandra siempre dudaba del amor de su novio y se dedicaba a buscar a cuanto sujeto/a tuviera el “don” de leer la borra del café, las burbujas del champagne, las manos, las runas, las cartas españolas y las infaltables e infalibles cartas del tarot. Ella siempre necesitaba una confirmación extra del más allá o del más acá.

—¡Chicas, llegaron! Justo Clavelina acaba de leerme las cartas del tarot, ¿y a qué no saben que me dijo?

—¿Y qué te dijo?— preguntó Ximena de manera mecánica. Le pegué un codazo disimulado, al menos para que pusiera una nota de fingido entusiasmo en la voz.

—¡Qué Patricio es el amor de mi vida y que me voy casar con él!— exclamó Alejandra con la expresión de un *emoji* de *whatsapp*, aquel tenía los ojos con corazoncitos.

—Vos nena, ¡vení!

Ximena y yo observamos de manera discreta a la cartomántica: tendría unos sesenta años, era bajita y robusta, llevaba el pelo corto y teñido de rubio manteca; iba muy maquillada y con cada movimiento que hacía se escuchaba el sonido de las cuentas de sus pulseras y collares. Pero, ¿a cuál de las dos estaba llamando?

—Vení vos... ¡La flaquita alta de flequillo!— dijo señalándome con sus largas uñas pintadas de rojo y las cuentas de sus pulseras tintinearón de manera musical.

Miré a Alejandra de manera interrogativa.

—Ya te voy a sacar esa desconfianza, cortá el mazo en tres y elegí una columna de cartas— refunfuñó la bruja.

Elegí una, la señora se concentró en su arte y luego de mirar varias figuras

que para mí tenían un significado nulo, lanzó una exclamación.

—¡Cuántos oros! ¿Hay algún hombre poderoso que haya caído a tus pies?
—preguntó señalando varias cartas que tenían dibujos de moneditas doradas.

—No, al menos nadie que yo sepa— (¿A mis qué...?)

—Es un hombre importante. A ver, elegí otro mazo.

Mientras Clavelina leía mi destino, veía la expectante expresión de Alejandra y a Ximena que se aguantaba la risa.

—¡Nena, no lo dejes escapar! Tiene mucha plata y es joven. Rubio— dijo la señora mientras describía el dibujo de una carta donde yo no veía a ningún galán, sino a un hombre a caballo con un corte de pelo similar al de *He-man*, o en su defecto, a Cristóbal Colón.

—Es muy caprichoso y de un temperamento indomable— Clavelina me miró de pies a cabeza, para concluir con descreimiento—: ¿Quién sabe? Puede ser que triunfes entre tantas que fracasaron.

Arqué la ceja con desconfianza, pero Clavelina no pareció percatarse de mi poca aceptación hacia sus artes y siguió con lo suyo, esparciendo el último mazo de naipes sobre la mesa. Después de observarlos, me miró a los ojos y agitó su índice sobre mi nariz:

—De su mano conocerás muchos lugares e infinidad de lujos. Pero, ¡ojo!
— cuando terminó con su advertencia, vi que su larga uña de bruja se posó sobre mi frente— ¡Cuidado con enamorarte! A no ser que quieras correr el riesgo de intentar conquistar su corazón.

¿Viajes? ¿Lujos? ¿De qué cuernos hablaba esa vieja loca?

CAPÍTULO 5

Varias semanas después tuve la fatal idea de ir a ver a mi “peor es nada” sin previo aviso. Me maquillé con esmero, me puse un lindo vestidito y un saco de hilo porque hacía calor. Antes de partir no olvidé incluir en el bolso mi traje de danza árabe, “peor es nada” se asombraría con mis progresos con el sable. Salí contenta, sin mirar que el cielo tenía un tono violeta y el pronóstico hablaba de alerta meteorológico con tormenta eléctrica, ráfagas de viento sur y no sé qué cosa más. Antes de llegar a su casa, pasé por un supermercado y compré una botella de vino espumante y algunos *snacks* para picar.

Entré al edificio y llegué a la puerta del departamento. Di un par de golpes y él se apareció despeinado, en pantalón pijama y con el torso desnudo.

“Peor es nada” se rascó la cabeza emulando a su antepasado Neanderthal y me miró con terror.

Ella se posó en el costado en la puerta junto a mi “peor es nada” y me miró con sarcasmo. Lucía también despeinada pero con un dejo de post-placer en el rostro, se la veía robusta y voluptuosa, con unos labios carnosos que le daban un aspecto de hembra mórbida y unas tetas que yo ni con tres sostenes *soft* hubiera conseguido semejante volumen.

—Ah, ya entendí. Qué lo disfruten— le di a “Otros Planes” las bolsas de compras y me fui sin mirar atrás. Al salir del edificio, tiré la llave de entrada en el buzón y me fui caminando a buscar un taxi. No tenía ánimos para caminar. Para culminar la noche la tormenta anunciada se desató con furia y me empapó las veinticinco cuerdas que separaban mi casa de la de “peor es nada” ya que ningún taxi me paró.

Llegué a mi depto y me preparé un té de hierbas. Ya cambiada me senté en la cama, busqué la *notebook* y me encontré con Harvey-Henry en el

skype. Como no tenía con quién compartir mi reciente desilusión, le conté todo.

—Seguro que ella no te llega a los talones.

—Lo decís porque no se las viste, eran enormes— contesté asumiendo mi reciente papel de seducida y abandonada.

—Eres inteligente y graciosa, y eso es lo que cuenta, ¿eso te hace sentir mejor?

—La verdad que no, pero gracias de todas maneras. No conseguirás que me olvide que mi amante me cambió por El Aconcagua elevado al cuadrado.

—¡Basta de hablar de lo mismo! Hoy estás insufrible.

—Perdón— Snif.

— Y cambiando de tema: ¿No sientes curiosidad por saber cómo soy?

—Dale, ¿me mandás una foto?

—No, fotos no. Mejor hablemos por *skype* pero viéndonos las caras, ¿te parece?

—*OK*—respondí agradeciendo que el teclado no trasluciera mi falta de entusiasmo.

Lo primero que vi fueron sus profundos ojos azules y después me caí rendida ante esa sonrisa. ¡Por Dios, estaba re bueno! ¿Quién pensó el disparate de compararlo con *Mr. Bean*?

—¡Eres muy linda!

—No hace falta que seas condescendiente por lo que te conté recién— le contesté respondiendo a su sonrisa.

—¿Acaso no di te suficientes pruebas de que siempre digo lo que pienso?
— y me guiñó un ojo.

Oí un ruido y me di vuelta; era Alejandra mirándome desde la puerta de la habitación. No sé qué apreté pero la cámara *web* de mi *notebook* se apagó y Henry dejó de recibir imágenes más.

—Adrienne, no puedo verte. ¿Qué pasó?

—No sé qué hice. Ya vengo.

—*OK*—contestó él y bajó la mirada. Lo miré por un segundo, ¡qué lindo era! Lástima que se encontrara tan lejos.

Alejandra estaba en camisón y con un vaso de agua en la mano.

—Adri, fui a buscar algo para tomar y ahí me acordé que habías salido. ¡Qué tormenta tan horrible!

—Sí, decídelo a mí. Llegué convertida en una *sopa*.

—Qué macana. ¿Con quién hablaste?

—Con Henry, alias Mr. Bean por *skype*.

—¿Y es muy feo?

—Para mí está buenísimo, pero se apagó la maldita *web cam*. No sé qué hice, ¿te podés fijar?

—¡Qué loca sos! A ver, dame tu compu— agarró mi *notebook* y pudo arreglar *la web cam*. Justo en ese mismo instante Henry volvió a mirar a la cámara, Ale lo vio, y ahogó un grito.

—Adri, ¿vos sabés quién es él?

La observé como si recién la conociera. Alejandra solía tener una inocente sinceridad sin dejar lugar a titubeos. Saltó la cama y se fue.

—Henry, esperame—dije pensando que se traía Alejandra con esa actitud tan rara.

—*OK*.

Alejandra volvió y traía una revista.

—¿Qué es eso que me traés?

Como toda respuesta, mi amiga me plantó la revista en plena cara: se lo veía a Henry sonriente de perfil en una foto con menos edad junto a su madre, una blonda y hermosa mujer fallecida de manera trágica hacía varios años y recordada como la “Princesa de corazones”. En la misma página había

una imagen actual de él y con una boina militar. Mi cabeza empezó a dar vueltas y ahí me di cuenta con quién había estado hablando desde hacía semanas y por qué se me hacía familiar. Leí el título de la revista sin que me hiciera falta, en grandes letras decía: “Su alteza real el príncipe Henry de Gales cumple años” y la nota empezaba con la siguiente introducción: *“Henry de Gales, es uno de los chicos más populares de Europa...”*

—No, no puede ser —murmuré confusa mientras me tiraba un mechón del flequillo— ¡Esto no me puede estar pasando!

CAPÍTULO 6

Respiré hondo, busqué un cigarrillo y enfrenté la situación. Escuché a lo lejos que Alejandra volvía de nuevo a su habitación.

—Adrienne, ¿estás bien?

—Henry, quiero leerte algo que encontré— agregué intentando parecer sarcástica y él puso una cara larga de resignación.

”Henry de Gales, uno de los *royals* más populares de Europa, hijo menor de la recordada princesa D...”

—¿Y quién dijo que yo soy el mismo tipo que sale en la revista?

—Mi amiga jamás se equivocaría, porque conoce al dedillo el listado de los “veinte millonarios jóvenes aún solteros” de la revista Corazón. ¿Y a qué no sabés? Te informo que estás en el puesto número ocho, ¡felicitaciones!

—¿Algo más que decir al respecto?—pregunté con desbordante ironía, pero no esperaba ninguna respuesta de su parte, entonces seguí consultándole — ¿No? ¿Nada más? ¡Bye, entonces! ¡Touché, principito!— y luego de saludarlo de manera burlona, cerré mi *notebook* de un manotazo.

De nada me sirvió aquel mísero triunfo, y eché a Alejandra que con toda la buena intención del mundo fue a llevarme un té de manzanilla para “calmar mis nervios”. Al día siguiente me levanté con un espantoso dolor de cabeza porque no había pegado un ojo en toda la noche y llamé con urgencia a mi analista para que me reservara una sesión; el diván y Freud tenían que ser mis aliados en ese momento tan crítico.

—¿Por qué mejor no llamás a Clavelina?— sugirió Alejandra mientras sorbía a las apuradas una taza de té y miraba con desaprobación mis oscuras ojeras. Estoy segura que el detalle de los ojos inyectados en sangre también me daba un aspecto elocuente.

—Además de cobrar carísimo no aseguró que sería Henry el tipo que salió

en las cartas.

—¡Adriana, no peques de ingenua! ¿Cuántos hombres hubo en tu vida con el perfil y la fortuna de Henry?

—Eso igual ya no importa.

—Ximena te va a matar cuando se entere que despreciaste al principito ese.

—*Ma* sí, antes se burlaba de mí porque decía que estaba en el culo del mundo, ahora resulta que si está buenísimo y tiene sangre azul, soy una boba.

—No dije eso— se atajó Alejandra mirándome a través del espejo de pie que tenía en su habitación mientras se aplicaba con rapidez un poco de rímel.

Alejandra se fue haciéndose un lío como siempre con su celular y la tarjeta sube, mientras que yo me quedé sola como un hongo. Deseché la idea de prender la compu y me fui a dar un baño de inmersión, me vestí para hacer las compras de la semana y luego llegó la hora de mi tan esperada sesión de psicoanálisis.

—Entonces a ver si nos entendemos, Adriana. Entonces Harvey se convirtió en príncipe— murmuró incrédula mi analista.

—Ya era un príncipe pero él nunca me lo dijo, Alejandra me lo dijo.

—Tal vez vos creíste escuchar que Alejandra te dijo que era un príncipe y al verlo a través de la *webcam*, realmente lo creíste.

¿Esa buena mujer creía que sufría alucinaciones? Ya comenzaba a perder la paciencia.

—Adriana, quiero hacerte una propuesta; como te noto un poco ansiosa, te propongo que tengamos más de una sesión por semana. Quiero que tratemos en profundidad el tema “Harvey que en realidad se llama Henry y que después se transforma en un príncipe”. Lo pensás y después lo vamos viendo, ¿qué te parece? Nos vemos la próxima semana.

Agarré la cartera y me largué con viento fresco. Era evidente que ni

Freud podía ayudarme.

CAPÍTULO 7

Sobre la madrugada de la noche siguiente escuché sonar mi celular. Lo ignoré por unos segundos y cuando dejó de hacer ruido me tapé la cabeza con la almohada. Unos minutos después la musiquita rimbombante volvió a sacarme del sueño. Prendí la luz del velador con furia y atendí. Era una llamada de un número larguísimo y desconocido.

—¡Hola!— ladré.

—Adrienne.

Me levanté de un salto y miré la pantalla del teléfono.

—¡Henry! ¿Qué hacés ahí?— pregunté en un inglés gangoso.

Mi analista tenía razón, comenzaba con las alucinaciones, pero no pensé que también las hubiera por teléfono.

—¿Cómo conseguiste el número?— Y en ese momento llegaba Alejandra con mi *notebook*.

—Tu amiga me lo pasó.

—Lo imaginé.

Alejandra dejó la computadora en el borde de la cama disculpándose con la mirada. Puse el celular contra mi pecho.

—¿Vos le diste mi número a Henry? — grité cerrando un ojo porque la luz del velador me encandilaba y tenía los pelos del flequillo en punta como si fuera Medusa. Ella prestó atención en el cuadriculado de mi cara, producto de la funda de uno de mis almohadones.

—Entré por error a tu cuenta de *skype*, Henry me vio en sesión pensando que eras vos, cuando le expliqué la situación me pidió tu número de celu y se lo di. ¿Me perdonás?

Tenía ganas de matarla y luego meterla en el horno como en el cuento de Hansel y Gretel, pero no sé por qué me contuve.

—OK. — Volví a agarrar mi celular retomando la conversación con Henry en inglés—¿No tenés a mano algún amigo para que te converse? ¿O quizás alguna modelito que quiera darse el gusto con alguien de la realeza?

—Adrienne, *carísima*, siempre tan salvaje.

—¿Encima que tenés el tupé de despertarme a la madrugada, estás llamándome bruta?

—Salvaje, amazona. ¿Te acuerdas? Pues te cuento que no estoy en casa, vine de viaje a Nueva York, y la verdad que ahora que lo mencionas, me aburro un poco.

—¡Queridito, te informo que yo no soy plato de segunda mesa para que me llames cuando no tengas nada mejor que hacer!

Odié cuando escuché resonar sus carcajadas a través de mi celular.

—*Carísima*, no te llamé para pelear, si no para disculparme. En realidad no tengo culpa en toda esta mierda, pero te llamo igual.

—Sé que no tenés la culpa pero me sentí una estúpida, ¿sabés?

—Me lo imaginé, y no quería perder contacto contigo. Entonces, ¿puedo llamarte de vez en cuando?

Henry no me llamó de vez en cuando, sino a razón de dos o tres a veces al día. No sé cómo se las arreglaba para llamarme tan seguido, porque me contó que cuando se encontraba de viaje tenía una apretada agenda por cumplir. Eso no solo lo supe por él sino de lo que leía a través de Internet. Y la red era otro tema... apenas tipeaba su nombre en el buscador, aparecían millones de sitios con notas sobre su persona.

—Tenía encima unas copas de más. ¿Qué tiene de malo?— me preguntó como si fuera lo más natural del mundo, cuando le mencioné cierta foto dónde se lo veía metiendo la mano en el escote de una chica, quien parecía

halagada por tal gesto.

Conversábamos por celular un mediodía mientras me encontraba en el súper.

—De malo no tiene nada, más teniendo en cuenta que ella parecía muy satisfecha, no sé si por tu mano o porque una cámara la enfocaba.

—Por lo que noto eres la reina de los sarcasmos, pero me lo merezco.

—¡Ay, principito, principito! ¿Nadie te dice nada?

—Me tienen harto, porque me tratan como a un niño: que eso que hiciste está mal, aquello también. ¿Y sabes que les respondo? pueden irse bien a la porra.

—Una respuesta muy tuya— asentí mirando el precio de una lata de arvejas.

Conversábamos muy seguido; a veces peleábamos, otras nos reíamos a dúo. Yo no me daba cuenta pero me levantaba pensando en que momento del día iba a llamarme. Cierta vez volvía de una entrevista de trabajo bastante desanimada y recibí una llamada suya. Me encontraba en el subte, que estaba repleto. Atendí el celular haciendo la parabólica humana, me calcé los auriculares y guardé el celu en el bolsillo del saco. Había un espacio mínimo para hacer algún movimiento que no sea sostenerse en el duro viaje del pasajero común tercermundista.

—Adrienne, ¿cómo va?

—Viajando.

—¡Genial! ¿Para dónde?

—Y ahora viajo a Plaza Italia, por ejemplo.

—¿Y eso qué es?

No pude evitar lanzar una carcajada. Todo el mundo me miró como si fuera una loca de atar. ¿Nadie tiene nada mejor que hacer más que mirarme como hablo y de qué? (Siempre y cuando supieran inglés.)

—Vengo de una entrevista y estoy en el metro.

Sentí que alguien se me aproximaba demasiado. El tipo parecía más que cómodo apoyándose. En realidad no me preocupaba salvar mi virtud, sino que temía por mi billetera.

—¿Y cómo te fue?

—Fatal. La entrevistadora apenas me vio me enterró con la mirada— el tipo seguía apegándose a mi cuerpo. ¡Qué asco! Debía aguantarme, faltaban dos estaciones para bajarme; era cuestión de armarse de paciencia.

—Es una lástima— dijo Henry y no sé por qué intuí que le importaba poco y nada que no consiguiera trabajo, pero igual valoré su intención. Mientras tanto, el pesado que tenía detrás ya no ocultaba su pasión por mi fisonomía, simulando perder el equilibrio le clavé el taco de mi zapato en medio de los dedos del pie.

—La verdad que sí. Pero ya aparecerá algo.

Por fin llegué a destino y me dirigí hacia las escaleras eléctricas.

—Hoy no estaré conectada, tengo el cumpleaños de Ximena y vamos a ir a cenar a un *restó*. Hablamos mañana.

—En realidad estaba pensando en hablar en persona.

—¿Otra vez tomando?

—No estoy borracho. Es más, mientras hablamos tomo un café porque tengo un evento en un par de horas. ¡Qué aburrimiento!

—¿Y un té por qué no?

—¡Adrienne, por favor! Sabes que detesto el té. Retomemos, ¿en qué estábamos?

—No sé, me perdí— ¿dónde estaban las malditas escaleras eléctricas?

—Ah, mi propuesta. Cómo todavía no conseguiste un trabajo...

—Gracias por recordármelo, me siento plena con eso.

—Basta, Señorita Ironía. Lo que quiero preguntarte si quieres conocerme

y por eso aquí viene mi invitación: ¿vendrías a Inglaterra?

Me quedé parada en plena estación de subte con la sensación de que el piso se abría y el vacío me tragara entera con celular incluido. La gente me miraba y esta vez con razón, debía tener todo el aspecto de una loca.

CAPÍTULO 8

—Que se vaya cuanto antes a Inglaterra, ¿a ver si elige a otra?

—Por supuesto que *no* tiene que viajar.

—Callate, nena. No sabés dar consejos.

—¡Ah! ¡Cómo si las cosas que vos recomendás fueran sabias! ¿Y si es un loco? ¿Si quiere...?

—¿Abusarse de ella? ¡Eso es lo que queremos, tarada!

Ahí se encontraban Ximena y Alejandra, peleándose y yo sentada en el medio, muda, porque noté que mi opinión no valía gran cosa. A Alejandra no le gustaba ni medio que fuera con Henry, en cambio Ximena si hubiera sido por ella, me mandaba a nado a Gran Bretaña esa misma noche.

—Adriana va a ir— dijo Ximena.

Gran festejo de cumpleaños. Luego de la acostumbrada cancioncita a la homenajead, mi celular empezó a sonar.

—¡Seguro que es él! ¡Rápido que va a cortar!—me pidió una Ximena fuera de sí tirándome mi propia cartera por la cabeza.

—¡Querida, estás alterada!— la reté mientras buscaba mi teléfono. Logré encontrarlo en el fondo de todo. ¿Y los putos auriculares? Mierda, los había olvidado.

—¿Adriane, cómo va?

—En el cumple de mi amiga Ximena— contesté y mis dos amigas se apegaron a mi celular.

—Lo olvidé como el estúpido que soy, igual cortaré rápido así no molesto en el festejo. ¿Te acuerdas del tema del viaje? ¿Vendrás?

—¡Vas!— murmuró Ximena cerca del teléfono.

—¿Qué es eso?

—Es el murmullo del *restó*, hay demasiada gente y las mesas están muy

cerca una de la otra.

—Entonces, ¿vendrás?— preguntó Henry. No hacía falta ser psicólogo para darse cuenta que no estaba acostumbrado a recibir un no como respuesta.

—No tengo pasaporte ni plata.

—No tendrás que pagar nada, porque soy un caballero. Con el tema del pasaporte no te preocupes, lo arreglaré yo.

—Bueno.

—¿Bueno, qué? ¿Eso es un sí?— preguntó con impaciencia.

— ¡Sí, ella va!— gritó Ximena y me levanté del asiento para hablar tranquila.

—¿Qué dijo?— preguntó Henry. Entendía poco y nada de español, lo único que me pedía era que le enseñara malas palabras. Y volvió a preguntar —: ¿Vendrás o no?

Yo estaba muy sorprendida. ¿Qué tenía de emocionante para él conocer a la sencilla, plebeya y humilde ciudadana tercermundista Adriana Mora?

—No sé, Henry. Después lo hablaremos.

—De acuerdo.

—Mis amigas me esperan y Ximena con cada año que pasa sin conseguir marido se siente demasiado triste y sensible, ¿no te ofendés si cortamos ahora la comunicación?

—No.

—Él volverá a llamar, vas a ver— me dijo Ximena por enésima vez al verme con cara larga. Alejandra había salido con Patricio, “el amor de su vida”, alias también “el hombre de su vida”.

Bebíamos café instantáneo y lo acompañábamos con galletitas de

chocolate.

—¿Y quién soy yo, Pampita? No va a llamar, se enojó— agregué revolviendo mi segunda taza de café.

—Va a llamar, pesimista. ¿Y sabés por qué?

—Ni idea.

—Porque fuiste la única que no aceptó de una, ¡nadie sería tan estúpida como vos!

—Ximena, a veces no estoy segura si me estás halagando o insultando. ¿Te quedás a dormir?

—No, mejor pedime un *uber*.

Media hora después me encontraba sentada en la cama, un poco indecisa y con la compu cerca. No sabía si conectarme o no. Dejé la notebook en el piso e intenté dormir. Después me sumergí en un sueño inquieto y frágil, escuché a lo lejos llegar a Alejandra del paseo con su novio. Me tapé hasta la cabeza con las mantas.

—Adriana, despertate.

—¿Mmmm?

—Tocaron el timbre. ¿Vos encargaste algo?— contemplé a Alejandra que ya estaba vestida para ir al trabajo.

Las dos fuimos a atender. Era Alfonso, el encargado de edificio. Tenía su eterno uniforme verde oscuro y traía un sobre con varios sellos. No parecía un impuesto.

—Perdóneme, *usté*. Señora, le traigo un papel.

—Ah, muchas gracias, Alfonso.

Lo saludé distraída recibiendo el sobre de papel madera y vi que los sellos eran con la foto de la reina de Inglaterra. Desesperada intenté abrirlo.

—No lo abras así— dijo Alejandra y me lo sacó de la mano, sabía que con mis nervios podía hacerlo pedazos y romper algo importante. Observé que

Alejandra miraba pasmada el interior del sobre y sacaba un papel: un *voucher* de un pasaje de avión.

—Adriana traidora Mora, gracias por tomarme de idiota, dijiste que te habías negado.

—¿Negarme a qué? No le dije ni que sí ni que no. Además nunca le pasé la dirección de nuestra casa.

Puso la cafetera en funcionamiento y se apoyó en la mesada de la cocina para mirarme de frente.

—¿No te valorás lo suficiente como para convertirte en el juguete de ése tipo? No seas como todas esas impresentables, amiga. No vayas.

Era consciente de que Alejandra se comportaba de manera mucho más tradicionalista que yo, porque pese a vivir juntas teníamos diferentes vidas. Ella iba a casarse con su novio y yo tenía un pasaje de avión a Inglaterra, que no era poco. Miré el interior del sobre que parecía vacío, pero había algo más: un cheque por varias miles de libras.

—Y veo que te está pagando tus “servicios” por adelantado. ¡Cuánta generosidad!

Dejó en la mesada su taza de café y se fue con aires de condesa ofendida hacia su habitación. Entonces me enojé en serio.

—¡Mirala a la señorita! ¡Claro, porque te vas a casar y estás comprometida, si hago lo contrario, para vos soy una cualquiera!

Recordé que era la hora en la que Alfonso acostumbraba limpiar el palier de nuestro piso. Seguro ya tendría que contarle a su mujer en el almuerzo, pensé en eso hasta que escuché sonar mi celular.

—Atendé, a ver si “Su Alteza Real” se ofende porque lo hacés esperar. ¡Qué tipo insistente y caprichoso! —exclamó Alejandra con ironía.

Miré mi teléfono, era Henry.

—*Carissima*, ¿recibiste el sobre?

—Sí, recién. ¿Gracias?

—No hay de qué, Miss sarcasmo. El sábado la espero.

—El sábado voy, pero en tus sueños. No tengo pasaporte.

—Cierto, me estaba olvidando de decirte eso, Mañana en la embajada estarán esperándote, lo encontrarás ahí. A las tres en punto tienes una cita con ellos. Fíjate que te quedaste sin excusas—su risa me sonaba como música, pero tenía ganas de matarlo.

—Henry, nunca en la vida pisé Inglaterra, ¿cómo voy a guiarme? ¿Además quién me esperará en el aeropuerto? ¿Dónde me alojaré? ¿Hotel? ¿Casa?

—Eres un hermoso pozo lleno de preguntas, pero te dejaré tranquila. Te imaginarás que como yo no puedo ir, alguien te esperará, no te preocupes.

Yo seguía estupefacta. ¿En algún momento le había dicho que sí?

—Es un colaborador de mi extrema confianza, te caerá muy bien. Mi asistente te hará un poco de compañía cuando cumpla con mis obligaciones. Además quiero que te guíe en cuestiones de protocolo y practiques inglés.

—Señor, usted mismo dijo que progresé mucho, ¿o te estuviste cagando de risa de mí?— no pude evitarlo, Cabrona Mora, alias la puteadora número uno hizo su aparición y él se rió a carcajadas.

—¡Dios, guarda esas uñas! Calma, no te ofendas, *caríssima*. Progresaste, pero igual detesto que te expreses con ese horrible acento americano. Hablarás en inglés británico, ¿de acuerdo?

—No sé si alguien te lo dijo, porque yo podré ser una boca sucia, pero vos sos un mandón. ¿Alguna cosita más?

—Que seas tan espontánea como siempre.

—Digamos que se me complicará un poco si pienso que me recibirá un colaborador tuyo y que deberé expresarme con acento británico.

—Tranquila, el tema del protocolo es una mera formalidad, toda persona

que entre en confianza conmigo tiene que firmar un acuerdo de privacidad.

Por la tarde fui a buscar el pasaporte. En la embajada nadie hizo preguntas, pero sí me miraron raro. Salí volando de allí.

CAPÍTULO 9

Me compré unas maletas como la gente porque no podía caer con las mismas que iba a la costa con mis amigas, las cuales se encontraban en un estado lamentable. Y quería evitarme esa vergüenza frente al colaborador de Henry.

—Tenés que sacarte el cliché de que es mayordomo inglés con aires de lord, ¿o Henry te dijo que era demasiado refinado?— consultó Ximena.

—Ni idea, pero con el tema de las clases de inglés británico ya estoy empezando a ponerme nerviosa.

—“Calavera no chilla”, ¿no?— terció Alejandra escuchando la conversación.

—¿Podés dejar de tirar mala onda? Adriana está contenta por el viaje y que no pienses como ella, o como yo, ¿no quiere decir que esté mal lo que haga!

—Creo que está perdiendo el tiempo.

—No tiene nada mejor que hacer y Principito la invitó, ahora que está libre puede viajar—Ximena seguía de acuerdo con el viaje.

—Ustedes no entienden, él no va a dejarla en paz. ¡Esto recién empieza, después no digan que no les advertí!

—¡Basta de pavadas! Vamos al living que el *delivery* de pizza debe estar por llegar.

Apenas pude probar bocado. Miraba sin mirar como una estúpida la porción de calabresa que tenía ante mis ojos.

—¡Comé!— me codeó Ximena mientras sacaba de la caja la cuarta porción de la noche. Ella se mataba durante la semana haciendo gimnasia y *footing*, pero a partir de los viernes a la noche, ya era otra la historia.

—Tenés que engordar, ¿no escuchaste que una vaca antes de ser

sacrificada tiene que estar en su peso justo? ¡Salud!— agregó Alejandra sirviéndose la quinta copa de vino.

—¿Perdón? ¿Estás llamándome vaca?

—Te está comparando con un animal— informó Ximena dándole un mordisco a su porción de pizza.

Pese a mis nervios no veía la hora de viajar, sea lo que me esperaba en Inglaterra.

Durante la noche caminé como un alma en pena por toda la casa, con una taza de té de menta en una mano (café no porque incrementaría mi neurosis) y cigarrillo en la otra. No tenía sueño ni tampoco quería quedarme quieta, y por eso buscaba en mi mente, producto de un severo *TOC*, que era lo que había olvidado hacer: miré cuarenta veces si tenía plata en el bolso de mano y otras treinta si el pasaporte estaba en su lugar, y me fijé varias veces también para controlar si no olvidaba el pasaje de avión. En un momento, luego de dar la vuelta número quince por el living, lancé una exclamación porque me surgió una duda: ¿Me había depilado? Y recordé llena de alivio que había ido el día anterior. A pedido mío me dejaron sólo lo indispensable, llámese pelo en la cabeza, cejas y pestañas. Lo demás sobraba, y no era de buen gusto llegar selvática en mi primera visita a un país europeo.

Cuando se hicieron las once de la mañana y me despedí de mis amigas antes de abordar, me pareció que todo transcurrió muy lento. Alejandra concluyó con sus mordaces comentarios y me abrazó antes de que partiera

—¡Conseguime un lord, un conde!— pidió Ximena.

—Un jardinero del palacio de la reina no es lo mismo, ¿no?— pregunté en broma.

—¡Ni se te ocurra!

El viaje se me hizo eterno y no pude leer ninguno de los libros que compré para la ocasión. Hice escala en San Pablo y aprovechando el *wifi* del

aeropuerto, mandé *whatsapp* a mis amigas para avisarles que estaba bien. Durante esas dos horas que pasé en el aeropuerto de San Pablo, Henry me llamó por teléfono para saber cómo estaba.

Cuando escuché por altavoz que estábamos por aterrizar en Londres casi se me caen las lágrimas de la emoción, si hubiera cabido me arrojaba por una de las ventanillas del avión. Estaba harta de estar sentada, me sentía comprimida y quería prender un cigarrillo.

En el aeropuerto me sentí perdida. ¿Y el colaborador de Henry? Flor de tonta fui al no pedir sus señas. ¿Y si no lográbamos reconocernos?

—¿Adriana Mora?

—Soy yo.

Lo contemplé extasiada: alto, de unos treinta y pocos años, de tez tostada y hermosos rasgos.

—¡Un gusto, querida! —Exclamó tomándome de las manos con entusiasmo— Voy a presentarme: soy Tony Pacheco O’Higgins, colaborador directo de Su Alteza Real.

Dos hombres gigantescos de traje y corbata se hicieron cargo de mis valijas y Tony se colgó de mi brazo.

—¡Tenemos tanto de qué hablar! Ahora me contarás todo: cómo lo conociste, ¡cómo surgió todo!— hablaba tan rápido que me costó seguirle el hilo. Por suerte su español era perfecto.

—Él está muy impresionado contigo, te lo aseguro—agregó con una sonrisa.

—Espero que para bien.

Tony me pegó en el hombro a modo de reprimenda.

—Tranquila, Adrianita. Acá lo importante no es el tamaño del culo sino la inteligencia. ¿Se entiende?

—Pero no vine con esa intención.

—Ay, no me mientas... a ver si cuando lo conozcas en persona sigues opinando lo mismo. Te ayudaré ya que al menos me pareces humilde, porque acá el piojo resucitado que me trata mal y se cree que ya tiene una corona en la cabeza, conmigo va muerta, corazona.

Llegamos al estacionamiento dónde nos esperaba una camioneta. El Gigantón 1 hizo que nos acomodáramos en los asientos traseros, para después ubicarse al volante mientras el Gigantón 2 llevó mi equipaje al baúl. Por un error de cálculo una de las maletas se le escapó de las manos y cayó al piso. Tony sacó la cabeza por la ventanilla y lo miró con expresión de disgusto.

—Serás torpe, menos mal que no había un jarrón de la dinastía Ming ahí adentro.

—Perdón, señor Pacheco— dijo el gigantón en tono de disculpa.

Tony lo miró de costado, se apoyó en el asiento y cruzó las piernas con elegancia. Del bolsillo sacó un gigantesco abanico estilo oriental y empezó a lanzarse aire. Aproveché ese instante para preguntar dónde quedaba el hotel.

—Llegaremos en veinte minutos, aunque te advierto que a ése lugar la palabra hotel le queda ínfima.

—No me dejes sola—pedí mientras le rodeaba los hombros con un brazo. Era sorprendente como el asistente de Henry y yo nos caímos bien al instante.

—Tranquila, tendrás que soportarme un buen rato. Mi señor está cumpliendo con sus deberes protocolares.

Le sonreí por fuera, pero maldije para mis adentros. ¿Cómo que no estaba en el hotel para recibirme?

—¿Y cuándo vuelve?

—Tal vez esta noche, o mañana. La verdad no lo sé, querida.

Tony tenía razón: la palabra hotel al lugar dónde me alojaría le quedaba diminuta: era un castillo inmenso y de apariencia majestuosa.

—Cerrada la boquita, por favor. Así no entran moscas, ¿podrá ser?—

pidió Tony tocándome el mentón con la punta del abanico al verme lo estupefacta que me había quedado.

—Perdón, ni de broma me imaginé esto...quise decir, estoy sorprendida.

—No te preocupes, por lo que sé, mi señor adora tu forma de ser tan espontánea, y no estás acostumbrada al lujo. Estaba muy claro en el informe que me hicieron llegar.

—¿En mi qué?—no hacía ni media hora que estaba en Londres y no paraba de recibir sorpresas.

—Adrianilla, te creí menos ingenua, claro que él te mandó a investigar. Pero calma, luego te cuento, ya llegamos— me tomó del brazo para que bajemos de la camioneta.

Contemplando la gente que circulaba por el hotel me sentí poco más que una pordiosera.

—Tengo una reserva— dijo dirigiéndose a la recepcionista.

—¿A nombre de?— ella lo miró como si fuera una planta, la pared o la nada.

—¿Cómo a “nombre de”?—abrió bien grandes los ojos, llevándose una mano al pecho, yo me mordí el labio inferior para no reírme— ¿Pero quién vio tamaño insulto? ¿Cómo qué no conoce a Tony Pacheco?—agregó a punto de desmayarse.

El gerente se hizo presente al instante.

—Señor Pacheco O’Higgins, lamento este incidente. Sepa disculpar a la recepcionista, es nueva.

—Como ya estás viendo, hasta en este hotel se cometen errores imperdonables. Ve tomando nota, Adrianilla— dijo Tony siempre abanicándose mientras subíamos en ascensor a nuestra suite.

Cuando el botones abrió la puerta de nuestra habitación, quedé fascinada: aquella suite era tres veces más grande que mi casa y ni hablar de su

apariciencia: arañas de cristal, sillones estilo Luis no sé cuánto, ventanales enormes que daban a un jardín lleno de fuentes y estatuas de estilo renacentista; mesas y sillas que invitaban a sentarse a disfrutar del suave sol otoñal londinense y un balcón rodeado de plantas al cual no pude resistir la tentación de asomarme.

—Fascinante, ¿verdad? Quien quiera rodearse de buen gusto deberá venir a este hotel— acotó Tony con una sonrisa.

—Es todo muy hermoso— pero recordé un detalle que me preocupaba— Quiero que me muestres el “informe” que hicieron sobre mí.

—Es de rutina, para acceder a la intimidad de Henry tienen que investigarte. Si aquí estás es porque te aprobaron. ¿Eso no te tranquiliza?

—La verdad que no. Necesito verlo.

En ese mismo instante entró un camarero trayendo una bandeja repleta de exquisiteces. Nos sirvió el menú en el balcón.

—OK, acá lo tenés. Es todo tuyo, *chérie*— y me alcanzó un sobre de papel madera.

Lo abrí: en grandes letras decía “Adriana Mora”. Con mano temblorosa hojeé todo el contenido y vi gran parte de mi vida cotidiana plasmada en papeles y fotos. Fue una sensación rara, uno piensa que es libre de disfrutar su intimidad, ¿cómo se siente uno al ser observado sin que se sepa? Desnudo.

—Henry no debería haber hecho esto, es horrible. Pero bueno, ya está. De alguna manera me lo adelantó por teléfono.

De la impresión se me había secado la garganta y apuré un vaso de jugo de naranja.

—Olvida ya ese asunto. Creo que tendrás ganas de darte un baño y descansar.

—Salgamos a pasear por el jardín, tomemos una copa. ¡Cualquier cosa menos dormir!

Fuimos a caminar por el parque del hotel. Almorzamos liviano y practicamos un poco de inglés británico.

—Me caes muy bien. Eres muy simpática y con un gran sentido del humor. Tu pronunciación deja mucho que desear pero por esta vez ¡te perdono!— aclaró Tony después de unos minutos de conversación en inglés. Pero notó que se me cerraban los ojos del cansancio.

—Deberías tomar una siesta.

—Me agarró sueño de golpe, pensé que aguantaría hasta la noche.

—El viaje fue muy largo y por lo que me contaste, estuviste muy ansiosa.

Ni bien me quedé sola llamé a mi mamá y a mis amigas para avisar que me encontraba viva y a salvo. Deshice el equipaje y dejé mi amada *notebook* en un escritorio cercano a la cama. Corrí las cortinas para darle a la habitación un poco de oscuridad y me tiré sobre la cama como una piedra.

Miré las cortinas, la pared y el alto techo de la habitación sin recordar que hacía ahí y cómo había llegado. Cuando posé la mirada al costado la cama me encontré con un par de ojos azules. Nos observamos durante unos segundos, hasta que exclamé:

—¡Henry!

—Adrienne, veo que llegaste bien.

Me pareció mucho más apuesto en persona que en fotos o por *webcam*, pero no era momento para decirlo.

—Pensé que un príncipe tocaría la puerta en lugar de entrar sin ser invitado— dije ofendida porque de ninguna manera hubiera querido que me viera con el pelo revuelto, el flequillo torcido, los ojos hinchados y el salto de cama entreabierto.

—Y yo pensé que te gustaría verme al despertar de tu siesta.

—Es evidente que no conociste a muchas mujeres en tu vida, porque a ninguna le gusta que se la vea desaliñada.

Oímos que alguien entró a la suite. Era Tony Pacheco, su asistente y consejero privado.

—Adrianilla, te quiero ya bajo la ducha. Henry llegará en unos minutos, está viniendo de Escocia. Así que arriba, dormilona. ¡Vamos, vamos!

Mientras caminaba desde la sala de estar hasta la habitación, además de hablar en voz alta, iba aplaudiendo. Cuando llegó al dormitorio se quedó estático con el teléfono en la mano, el abanico bajo el brazo y el ademán de aplauso en el aire.

—Mi señor, qué grata sorpresa. ¿Querrá descansar en la sala de estar y tomar un aperitivo mientras Adriana se arregla?

—*OK*—contestó Henry, y en cuánto éste salió de la habitación, Tony se sentó al borde de la cama y empezó a zarandearme hasta que me castañearon los dientes.

—¡Te encontró durmiendo la siesta como un perro viejo! Y dime: ¿ahora cómo remontamos ésta? ¡Te voy a matar!

—De tanto sacudirme se me van a caer los dientes— arreglé mi flequillo torcido.

— ¡Shhh! Él puede escuchar. Así que te darás un baño en este preciso instante.

—¿Y qué pasa si no voy?

—Al ver que sigues en este mismo estado lamentable buscará compañía por ahí, y candidatas, no le van a faltar. Eso te lo aseguro.

De un solo golpe, volvió a abrir su gran abanico ocultando parte de su cara y clavándome los ojos de manera acusadora. Mientras iba a ducharme elegí mi surtido más florido de puteadas para recitarlas en voz muy baja.

Mientras, escuché a Tony lanzar exclamaciones de disgusto. Cuando salí de bañarme me mostró con horror varias de mis prendas.

—Adrianilla, mañana iremos de compras. Tu ropa es tan... ¡igual!

—Puedo ponerme lo mismo de antes.

Pero al ver la expresión del asistente de Tony, corrí a esconderme detrás de la cama.

—*Amora*, no es cuestión de arrojarse un trapo encima como cualquier cosa. ¡Él es un príncipe!

Veinte minutos después ya estaba maquillada, peinada con una prolija cola de caballo y vestida con una camisa blanca, falda negra a la cintura y larga hasta las rodillas; además de *stiletto*s a juego.

—*Carissima*, te ves muy bien— dijo Henry.

Para agradecerle el cumplido, ensayé una torpe reverencia. Con el rabillo del ojo, observe a Tony palmearse la cabeza con exasperación.

—Gracias por invitarme— dije con sinceridad.

Tony simuló arreglarme el cabello y me susurró al oído en español:

—Consejo de loca, porque nunca se equivoca: hoy no le des el gusto, que espere unos días.

Asentí con disimulo, si me mostraba tan “accesible” con Henry, al día siguiente ya estaría en otro avión, pero de vuelta a Buenos Aires. Pacheco me guiñó un ojo con complicidad.

—Vamos a cenar al restaurante del hotel— dijo Henry ofreciéndome el brazo y se lo tomé con una confianza que no sentía.

Al llegar, nos llevaron a una mesa un poco alejada del sector común del *restó*. A nuestro paso, toda la servidumbre hacía una respetuosa inclinación. Qué incomodidad.

—¿*Champagne*?— preguntó arqueando una ceja.

—Prefiero tomar agua— me apresuré a responder. Por esa noche debía poner una astuta distancia sin parecer fría o maleducada.

—El hotel es muy bonito —comenté.

—Mal no está. Me alegra que te haya gustado— contestó después de tomar un trago de whisky.

—Y Tony es muy simpático.

—Le debiste haber caído muy bien, porque suele ser muy especial con respecto a las chicas que están conmigo.

En ese momento, observé que en la entrada del restaurante estaba Tony haciendo señas.

—Esta noche me quedaré en el hotel. Mi habitación se encuentra a unos pocos metros de la tuya. Podríamos tomar una copa ahí, ¿te parece?

—No quiero parecer grosera, pero estoy un poco agotada, no me adapto al cambio de horario.

Miré para lado de Tony, quién hizo el ademán de una corona ubicando cuatro dedos por detrás de su cabeza. Claro, debía conservar mi porte de reina.

—Después de cenar, podríamos dar un paseo por el jardín del hotel— insistió Henry

Casi me atraganto con un trago de agua. ¡Mierda! Conservarme pura y casta por un par de días resultaría bastante complicado.

—Está medio fresquito para pasear por el parque—fue mi respuesta idiota. Ni bien lo dije me arrepentí al instante, pero ya era tarde.

—Mejor vamos a mi suite, yo te abrigaré, *caríssima*— retrucó él dejándome en un gran aprieto, aunque no sé si lo hizo con toda intención. Aunque la culpa era mía. ¡Estúpida! ¿Podés negarte sin necesidad de quedar como una quinceañera virgen?

Desde la entrada del *restó*, Tony no paraba de gesticular. Medio mundo en el lugar ya lo miraba con curiosidad, porque repetía sus señas con desesperación: cuatro dedos tras la cabeza para porte de reina y luego venía el “No” mudo dónde se lucía moviendo casi todo el cuerpo para que entendiera

su *indirecta*. Hice una ligera inclinación asintiendo y le dije con la mirada: Tony, ya entendí.

¡Auxilio! Grité para mis adentros y por fuera le dediqué a Henry la más encantadora de mis sonrisas.

—Adrienne, saquémonos las caretas. Me tienes miedo.

—¿Miedo por qué?

Se acercó hasta quedarnos a unos pocos centímetros de distancia, lo suficiente como para darme un beso.

—Acabo de descubrir una virtud tuya que me agrada bastante: no sabes mentir—lanzó una carcajada, y sin darme tiempo a retrucar nada, agregó—: ¿Te propongo algo divertido? Haremos una apuesta, puedo asegurarte que una noche de éstas vas a tocar la puerta de mi habitación para buscar lo que hoy desdeñaste: mis besos.

Sentí que en cada mejilla se me instaló una brasa, dejándome la cara de un intenso color rojo semáforo. Adriana, ¿cuándo vas a comportarte como una adulta? Pero era hora de tomar el toro por las astas.

—¿Y quién te dijo eso, tu adivino personal?— ironicé levantando mi copa de *champagne* hacia uno de los camareros. Ahora sí que necesitaba tomar algo fuerte.

—Lo leí en tu cara, porque eres un libro abierto, *caríssima*.

Apoyando su copa de *champagne* en la mesa, me tomó de la mano y empezó a examinar mis dedos.

—¡Qué manito tan delicada! Si ganas, vamos a ver con qué podemos adornarla, ¿no te gusta la idea? Pensé en un anillo.

Si Alejandra hubiese estado a mi lado me hubiera persuadido de aceptar semejante regalo, pero Ximena opinaría lo contrario. Decidí hacerle caso a Ximena; ya era hora de jubilar a la señorita *bijou* y a la Señora imitación de mis manos.

—Me parece perfecto —respondió Adriana Mora, alias la superada— Eso si yo gano, ¿y si ganás vos?

—Si yo gano, gano en todo el sentido de la palabra. Eso se sobreentiende. *Touché, carísima*— alzó la copa—: A tu salud, Adrienne.

Jaque Mate. ¿Qué podía responder a eso?

Me acompañó hasta la puerta de mi suite y ensayé de nuevo una torpe reverencia, pero él me lo impidió.

—No quiero que me reverencies pero ni en broma, Adrienne.

—Gracias— dije dispuesta a darle la mano en señal de despedida pero él se me adelantó besando mi cuello. Esos labios eran fuego. ¿O era yo la que ardía? Con el corazón latiendo a mil, le sonreí sin mirarlo a los ojos y entré a mi suite.

Ni bien me vio entrar, Tony pegó un salto del sillón y corrió a recibirme a la puerta.

—¿Qué pasó?

Me acomodé en una otomana y Tony me alcanzó una copa de vino tinto.

—¡Muy bien, Adrianilla! Veo que mis enseñanzas no cayeron en saco roto. Saldrás de Inglaterra adornada como una princesa india, porque mi señor es muy generoso.

—Él me gusta mucho, no sé si quiero ganar esa apuesta.

—Mi vida, no me vengas con idioteces o fantasías calenturientas. Ganarás esa apuesta como que me llamo Tony Pacheco. Ahora basta de alcohol.

Tony se fue dando un portazo dejándome con la palabra en la boca y me acosté a dormir. La apuesta de Henry no paraba de darme vueltas en la cabeza.

—¡Arriba! ¡Arriba!—era Tony haciendo palmas lo cual me pareció un minuto después de haber pegado un ojo.

—Tony, no entiendo por qué putas me despertás a las ocho de la mañana.

—Vamos ver que podemos hacer para pulir ese lenguaje de verdulera—al verme aun en la cama me pegó en la pierna con el abanico— Dije arriba. Tenemos mucho por hacer.

Fuimos a la *Bond Street*. Una hora después estábamos llenos de bolsas y por suerte contábamos con Gigantón 1 y 2 para cargarlas, estuve varias veces a punto de preguntarle a Tony quien pagaría esos trapos de marca que hasta ese momento solo conocía de nombre. Cuando la palabra desayunar empezó a ocupar la mayor parte de mi mente, el asistente de Henry me arrastró a un local de ropa interior francesa.

—Yo tengo ropa interior—le dije al oído llena de vergüenza.

—Sí, claro. Pero hablo de ropa interior de buena calidad, no esa porquería que trajiste.

—¡Estuviste revisando toda mi valija!

—Adrianilla, desde que pisaste Londres de tu boca sólo salieron quejas y malas palabras. Tú y yo tenemos un largo camino que recorrer. Ahora vamos a desayunar que tengo el estómago en los talones.

Tomados del brazo como dos viejos amigos buscamos algún lugar para acomodarnos. Gigantón 1 y 2, se sentaron en una mesa contigua a la nuestra. No pude evitar mirar con pena mi mísero desayuno: ¿Nada más que un cortado y una solitaria *cookie* de limón? Mientras, hablábamos en inglés para que yo practicara mi acento británico. Con resignación, iba a dedicarme a endulzar la infusión con un sobre de azúcar, pero el asistente de Henry me lo impidió pegándome en la mano con el abanico.

—¿Qué estás haciendo? Ahí tienes el edulcorante, y como soy bondadoso

te dejo tomar toda el agua que quieras.

—Tony, tengo un hambre que me como la mesa entera y vos me das una galleta del tamaño de un imán para la puerta del refrigerador. ¿Es en compensación por la ropa que me regalaste?—dije con una tranquilidad que en verdad no sentía, no pude evitar dejar de lado el inglés y volver a hablar en español-argentino para demostrar mi descontento—Por lo menos desayunemos en el hotel que está todo incluido.

—¡Calla boca! De ahí escucho salir quejas y más quejas. Y vigileremos esa dieta, porque te tengo mucha fe, pero déjame darte un sano consejo: esa ropa interior no queda con una figura de un cuadro de Botero.

—¿Y Henry?— pregunté para cambiar de tema. Si no podía comer al menos quería charlar.

—Se fue a jugar al polo, luego tiene un acto oficial. Con un poco de suerte lo verás esta noche.

—Ah—contesté bebiendo el último sorbo de mi minúsculo cortado. Lo peor era que estaba muerta de hambre. Y si me ocurrió una idea: ¿Será que estaba permitido un acercamiento con Henry?

—En cuanto a Henry, por supuesto que *hoy* tampoco pasará nada entre ustedes dos. Debemos ganar esa apuesta, Adrianita—dijo Tony como si me hubiera leído la mente.

—¿Qué tal si me invita de nuevo a su suite? Tony, no soy una carmelita descalza, sino una mujer con... ciertas necesidades. ¡Qué injusticia!

Me pegó con el abanico en la cabeza.

—¡Cabeza de alcorcho! ¿Cómo te atreves a hablarme de injusticia? Yo que me empeño en que no seas una del montón y quieres arruinarme todo.

—No pretendo arruinar nada, solo no cagarme de hambre en todo sentido.

—Ay, esa boca tan sucia. Es que yo me considero experto en protocolo, también en psicología femenina, masculina, vidente, consejero espiritual...

todo eso en una sola espectacular persona. *¡Moi!*

—Qué alegrón. Y también está incluida la humildad, supongo.

—Mi señor me advirtió sobre tus ironías, pero no le creí hasta ahora. Adriana Sarcasmo de Ironía tendrías que llamarte. Pero eres un poquitito menos peor que Chelsy Owen-Keller, esa sí que es un demonio.

—¿Quién es? *¡Killer*, dijiste?

—Algo de eso hay. Ya sabrás todo, Adrianilla.

CAPÍTULO 10

—¿Qué tal el principito?— preguntó Ximena a través de *Messenger* de *Facebook*.

—Supongo que bien —respondí— Por lo que sé, ahora estará jugando al polo, y no tengo idea cuando lo veré.

—Me importa muy poco el detalle, vayamos a lo interesante. Mejor harías contándome que tal es en otro aspecto más íntimo.

—Amiga, no pasó nada de lo que te imaginás. Lo único interesante que te conté fue lo de la apuesta, seguro que le gano. ¡Ah! Y todo lo que me rodea es un jodido lujo, todavía no puedo creerlo.

—Adriana, muchas veces me pregunté de que planeta te caíste. ¿Te pensabas que el principito te alojaría en una choza de mala muerte?

De pronto escuché voces en el living de mi suite, y tipee con más velocidad:

—Xime, después de hablamos de la choza de Henry y otras hierbas. Te quiero.

Justo cuando cerré la notebook, entró Tony acompañado de un joven de pelo platinado vestido de manera estrafalaria y con un pañuelo de seda en el cuello.

—Adrianilla, quiero presentarte a la leyenda entre todos los coiffeur: él es Xavier y trabaja peinando a media nobleza británica.

Xavier tomó mi mano y le dio un beso.

—Encantada— dije. Era muy probable que el pobre hombrecillo pensara que estaba ante alguien importante.

—Xavier, peinarás a Adriana para esta noche. Y quiero que evalúes cuál es el look que más conviene.

—Qué mujer más encantadora, haré maravillas con ella. Pero yo resaltaría

sus rasgos con una tonalidad caoba— sentenció Xavier tocando mi larga cabellera.

—El negro azabache es mi color natural—dije un poco fastidiada.

—*Chèrie*, confía en Xavier. Tiene manos de hada.

—Tony, olvidaste que también tengo pies de ángel, porque además soy coreógrafo. Podríamos ponernos un poco en forma bailando un rato, ¿quieren?

La charla fue interrumpida por el celular de Tony que empezó a sonar.

—¿Qué?— chilló Pacheco y por la expresión de su cara, dejé de bailar y Xavier se apresuró a ponerle *stop* al tema de Rafaela Carrá que había elegido desde el *Spotify*.

—Tony, ¿qué pasó?— pregunté.

—¡Pasa que Dios me odia! El equipo de polo de Henry perdió de manera miserable y viene para acá como si lo trajera Satán desde las profundidades del infierno.

—¿Y qué culpa tenés vos? Perdió y punto, fin del asunto.

—Te pido POR FAVOR que no digas nada que lo ponga más nervioso de lo que está, mejor dicho, ¡no digas nada! ¡Porque arderá Troya!

No entendí el porqué de tanto revuelo, así que me senté en la cama mirando cómo Tony se comía las uñas mientras miraba desde el balcón.

—Diablos, ahí llegó. Xavier lo siento, pero si quieres conservar tu vida, ¡huye! Gente, aquí correrá sangre, y rueguen que no sea la mía.

—Una vez que puedo conocerlo, pretendes que me vaya con viento fresco, no puedo creer que en tantos años de amistad que tenemos jamás me lo presentaste—el coiffeur estaba más que ofendido.

—Vas a lamentar toda tu vida conocerlo después de un fracaso de su equipo de polo, es como Atila el Rey de los Hunos.

La puerta de la suite se abrió con estrépito.

—Pero que manga de inútiles, culos fofos— la voz de Henry se hizo oír con cierto matiz de ira. Tony se dirigió corriendo al living para recibirlo.

—Alteza, ¿quiere tomar un aperitivo?

— No entiendo por qué no lo pediste aún. ¿No ves que estoy cansado y sediento?

—Llamaré a Servicio, señor.

—¿Y se puede saber dónde está Adrienne?

—Haciendo una pequeña siesta—Tony le hablaba a Henry como si fuera una criatura de cuatro años.

—¿Otra vez durmiendo? Qué se levante y se prepare para mí ahora mismo.

—Mi señor, quiero recordarle que se encuentra un poco indisputada.

—¡Adrienne! ¡Adrienne!— empezó a gritar Henry y me dirigí rápido al living de mi suite.

—No soy la mujer de Rocky Balboa para que me grites de esa manera. ¿Qué pasa?

—Siempre estás durmiendo, ¿no te cansas de dormir?

Ante la frase dicha por Henry, Tony y Xavier largaron la carcajada. Pero cuando una mirada azul de más de un metro noventa cayó con todo el peso de la realeza enojada sobre ellos, las risitas cesaron de inmediato.

Adriana Mora alias La Altiva miró a Henry de pies a cabeza con las manos sobre las caderas y preparó su lengua de fuego para desplegar toda su ironía.

—Parece que tenemos que soportar el malhumor de “Harry el sucio”. Y no entiendo el motivo de semejante maltrato.

—No me hables así.

—Te hablo como quiero, encima que entras a los gritos, tienes la desvergüenza de visitarme con esa suciedad encima y ese horrible olor a ca...

¡A caballo! Podrías haberte dado un baño antes.

En medio de aquella batalla campal, llegó un apuesto hombre castaño con el mismo atuendo de polo tan sucio como el de Henry y en lugar de tener actitud de enojo parecía divertirse con lo que estaba presenciando.

—Me daré un baño ahora mismo, pero en tu compañía—Henry me agarró de un brazo arrastrándome hacia la puerta.

—No me toques.

En ese instante entró un camarero trayendo unos entremeses junto con varios refrescos.

—Alteza, llegó su refresco— dijo Tony con voz de hilo. De un brusco ademán, Henry le sacó el vaso y después de tomar un sorbo escupió a un costado.

—¿Y quién mierda dijo que yo quería tomar jugo de naranja? ¡Necesito un vodka ahora mismo!

Henry empezó a sacarse sus largas botas de polista. Xavier se le acercó pudiendo apenas ocultar la alegría que lo embargaba.

—Alteza, es un honor para mí conocerlo en persona— dijo emocionado.

Henry lo miró inexpresivo y ordenó con altanería:

—¡Lleva mis botas a limpiar!— le plantó su calzado en plena cara. Xavier sostuvo las botas a cierta distancia y supongo que el olor a bosta de caballo era bastante perceptible, porque se retiró de la suite con un color verdoso en el rostro. El misterioso joven polista que acompañaba a Henry se reía a carcajadas.

Henry dirigió su mirada azul a mí.

—¡A mi suite ahora mismo! ¿O te volviste sorda?

—No pienso ir a ningún lado. ¿Y saben qué? Se van ahora mismo todos de mi suite. ¡Fuera!

— ¿Yo también? ¿Estás echándome?— preguntó Henry con más sorpresa

que enojo.

—Serás el primero en irte —le indiqué empujándolo.

Tony no me contradijo y el joven polista castaño se dirigió también al pasillo del hotel. Una vez que todos estuvieron fuera de mi suite, cerré la puerta de un brusco impulso. Henry se dedicó a golpear la puerta con los puños.

—¡Nadie me echa de ningún lugar porque para tu información soy un príncipe! ¡Abre ahora mismo la puta puerta!

Después de unos minutos abrí la puerta con suavidad.

—¿Cuál es tu problema?

—No me gusta que me cierren la puerta en la cara.

—Principito, seguro que nadie te habló así en tu vida, y por eso te comportas tan caprichoso. ¿Y te digo algo? Voy a colaborar con tu baño.

—Veo que nos estamos entendiendo— dijo imaginando vaya a saber qué escena lasciva.

Le lancé una jarra entera de agua a la cara.

Henry se quedó estático, su acompañante de polo lo señaló y se puso rojo de risa. Sus carcajadas sonaron por todo el piso del hotel, y tuvo que apoyarse en la pared para no caerse.

—Ahí está. ¿Ves que con un poco de empeño todo se puede en la vida? Ahora te ves mucho más limpito... no del todo pero mucho mejor— agregué en tono de burla.

—¡Se viene la tercera guerra mundial! ¡Se hunde el Titanic! ¡Las mujeres y los niños primero! ¡Cuerpo a tierra!— gritó Tony y se tiró de panza al piso con las manos en la cabeza.

Henry agitó el pelo para sacarse un poco de agua y me miró ladeando la cabeza. El espontáneo “duchazo” al que lo obligué con la jarra de agua pareció calmarlo.

—Te gusta pelear, Adrienne— dijo entrando de nuevo a la suite y lo seguí.

—Si alguien me provoca, yo sigo— respondí muy seria. Él dirigió la mirada hacia la bandeja de entremeses.

—Yo he de estar muy sucio, ¡pero ahora tú también!— me plantó un canapé de caviar en el medio del pecho, dejando su rastro de comida en mi recién adquirido y caro vestido.

Pero me gustaban esa clase de bromas, y sin pensarlo dos veces le planté otro canapé en la frente. Al rato, al vernos tan sucios nos largamos a reír como dos tontos.

—¿Ustedes siempre se tratan así?— preguntó el polista castaño.

—A ella le encanta pelear—dijo Henry.

—Creo que me invitó a Londres porque acá no tiene con quien batallar. Pero, ¿quién es usted?— pregunté con sorpresa mirando al polista.

El tipo era hermoso, y si estaba soltero, un potencial candidato para mi amiga Ximena. Ya me tenía harta con la trillada cancioncita de que se moriría soltera.

—Soy Louis, un gusto— respondió con humildad.

Tony reapareció mágicamente. Vi que un canapé se le había alojado en la coronilla y tenía algo que se asemejaba a salsa tártara en medio de las cejas.

—Adrianilla, te presento a su Alteza Real, el príncipe Louis, futuro rey de Inglaterra— dijo tratando de rescatar pese a su aspecto, un poco de dignidad.

—Mi hermano Louis— agregó Henry dándole una palmada afectuosa al príncipe heredero.

Quise cavar un hoyo y llegar hasta Japón, porque muy pocas veces sentí tanta vergüenza. Estaba sucia de restos de comida y para peor, fui incapaz de reconocer al famoso, archi fotografiado y admirado príncipe Louis. Bajé la mirada, ensayé una torpe reverencia y lo saludé con voz titubeante, además de pedirle disculpas por mi comportamiento de mierda. ¿Dije mierda? Calla

boca.

—No hay problema, hacía rato que no me divertía tanto— besó el dorso de mi mano antes de irse.

Henry estaba de nuevo de buen humor. Esa era la primera vez que me topaba con su cambio drástico de carácter de un segundo a otro. Era evidente que esa incógnita se reflejó en mi expresión, porque Henry me acarició la mejilla y dijo:

—*Caríssima*, si piensas que mi intención fue ensuciarte de comida para que después te duches conmigo, no fue así. ¿Por qué tan seria? Mejor cenemos esta noche, pero nada de etiqueta, más bien informal.

—Dale.

—¿Qué te gustaría comer?

—Un *bigmac*— exclamé y di un paso delante de manera involuntaria, porque el abanico cerrado de Tony, recordándome la estricta dieta a la que me encontraba sometida, se incrustó en mi espalda —pensándolo mejor, papas fritas— nuevo golpe de abanico— ¡mejor un apio!

Confundido, Henry arqueó una ceja.

—¿Un apio? Como gustes.

Lo vi irse manchado de comida, sucio de barro y canapé. Con sus gritos, Tony me hizo volver a la realidad.

—¡A bañarse, si estás hecha un asco! Y yo ni te digo, una camisa con etiqueta de diseñador arruinada por completo. Vida sacrificada la mía, carajo.

Me presenté en su suite alrededor de las ocho de la noche. La mesa del living estaba dispuesta para una cena de etiqueta, pero al ver a Henry de camiseta azul y jeans me sentí aliviada y muy cómoda. Parece un chico común, es como cualquier hombre, me repetí para mis adentros. Aunque hermoso como ninguno.

Me senté frente a él y observé que el camarero me servía en un plato de porcelana, Sí, señores, un *bigmac* en un jodido plato de porcelana.

—¡Qué rico!—exclamé muy contenta dispuesta a darle un gran mordisco a mi hamburguesa preferida cuando Tony irrumpió en la suite. Me envolvió un mal presentimiento.

—Discúlpeme Alteza, quería recordarle que mañana a las ocho y treinta deberá desayunar con su padre.

Desesperada, puse las manos entrelazadas frente al plato para ocultar mi *MC Frito*.

—De acuerdo, Tony. Buenas noches.

—Perfecto. Qué tengan una buena noche, con permiso.

Al ver que por fin se fue, suspiré aliviada. Pero piensa mal y acertarás, ya que Tony volvió y se llevó mi descomunal *Big* reemplazándolo por una ensalada de un verde tan intenso que me ardieron los ojos.

Henry estalló a carcajadas. Su risa era magia para mis oídos.

—Ay, *caríssima*, fuera esa cara larga. No te preocupes, adiviné las intenciones de Tony y pedí otra hamburguesa que llegará en cinco minutos—murmuró haciéndome un guiño cómplice.

—Te lo agradezco mucho.

—¿No me merezco un besito?

Sonreí y me acerqué para darle un beso en la mejilla, él me ofreció la boca. Pero fui más rápida, y haciendo de tripas corazón la tentación de ceder ante sus encantos, posé los labios en su frente.

—¡*Hey*, qué beso más pacato! Eres demasiado tramposa.

—Qué principito tan atrevido, ¿piensa usted sobornarme con un *bigmac*?

—Está bien, veo que durante la cena no podré hacerte cambiar de opinión.

Después de comer, Henry me propuso caminar por el parque del hotel.

Acepté sin titubear.

El cielo estaba encapotado de nubes, tenía el clásico color violeta próximo a una tormenta y el viento era húmedo. Caminamos unos minutos en silencio y después nos sentamos en un banco para dos.

—Quiero disculparme por mi grosería de hoy. Hiciste bien en darme una lección— dijo él. Observé sus cabellos pelirrojos se desordenaban por la fresca ventolina. A la mortecina luz del parque me pareció hermoso.

—Yo también pierdo la cabeza cuando me enojo, no fue mi intención vaciarte una jarra de agua en la cara.

—*Carísima*, siempre tan deliciosamente espontánea.

—No te cansas de decírmelo.

—Es lo que más me gusta de tu personalidad, eres un diamante en bruto. ¿Y tu ex amigo con derechos volvió a aparecer?

—Se quedó con la otra. ¿No te acordás?

—Ese idiota no sabe lo que se perdió. Pero me hizo un favor, porque él pierde y el que gana soy yo— dijo acercándose hasta rodearme los hombros con un brazo. No atiné a moverme.

—La apuesta, claro— dije con el estómago en los talones.

—En realidad estoy haciendo trampa.

—Sos demasiado tramposo. La manito, por favor—dije con ironía.

—Adrienne, casi me haces creer que te disgusta mi cercanía.

—Para nada, pero recuerdo que tenemos una apuesta.

—El anillo me importa una mierda, y lo sabes bien—y me partió la boca de un beso.

Al principio quise escabullirme de su firme abrazo e incluso intenté balbucear la palabra “tramposo”, aunque con la boca tapada se me hizo bastante complicado. Además sus besos eran un embrujo, y los labios una tentación de la cual era imposible escaparse o resistirse. Resignada, o mejor

dicho, fascinada por su boca, me apreté más a su cuerpo. Para intensificar los besos, con una mano lo aferré de la nuca. Ya estaba sonada, porque que el anillo de la apuesta tampoco me importaba un carajo. Lo que me hizo volver en sí fue que se largó a llover con furia y además no quería volverme a Buenos Aires esa misma noche, mantra poderoso que me protegió del pecado que eran los besos de ese principito.

—Vámonos, tengo frío— pedí apartándome un mechón mojado de la cara.

—Una decisión muy acertada, vamos a mi suite. No puedo pescar un resfrío con la agenda tan cargada de compromisos.

—No, queridito. Taza taza, cada uno a su casa, o a su suite.

—¡Qué! ¿Y ahora que pudo ofenderte? No quiero parecer desubicado, pero me dejaste entusiasmado, por no decir muy caliente.

—¿Acaso yo estoy hecha soy de piedra? Quiero pero no quiero.

—Adrienne, no estaría entendiendo el motivo de tu negativa. ¿Querías volverme loco, que mis ratones se trepen por las paredes y se arrojen en picada? ¡Bravo, lo lograste!

Me daba cuenta que no habría en ese momento en el mundo una mujer más histérica y caliente como yo, pero volví a negarme.

Llegamos al piso de nuestras respectivas suites y cuando pensé que nos despediríamos, me estampó contra la pared y se apegó a mí. Me gustó ese gesto suyo tan salvaje, pero me abstuve de comentárselo.

—Vamos a mi suite. Prometo portarme bien.

—¿Y no va a pasar nada que no quiera? Me parece que estamos grandecitos para decirnos esa clase de mentiras.

—Haré uso de una voluntad que no tengo y cuando lo decidas, “taza-taza”.
¿De acuerdo?

—Hoy no, quiero ese anillo.

Estaba consciente que si Henry reaccionaba mal, podría estar sentada en un asiento avión rumbo a Buenos Aires al día siguiente, pero él sonrió y me atrajo para darme un beso de despedida. Corté el beso al minuto y con el pulso acelerado. Antes de que Henry volviera a atraparme, le cerré la puerta en la cara.

Entré a mi suite y no me pareció raro encontrar a Tony tomando una taza de café tirado en una otomana mirando *Velvet* por Netflix. Al verme llegar con el flequillo sobre los ojos y calada hasta los huesos, se incorporó hasta sentarse. Miró su reloj pulsera.

—¡Ja! ¿Haciendo travesuras en el jardín del hotel? Terminaste hecha una sopa, aunque sería una sopa llena de especias, ¡picante! Luego pásame la receta, ¿puede ser?

—¿Eh?— fue mi inteligente respuesta mientras hacía ruidito de sopapa en el piso con mis zapatillas mojadas.

—Te sale muy bien hacerte la boba, pero no nací ayer, porque los besos de ustedes dos en el pasillo se escucharon hasta en Hannover.

Empecé a sacarme la ropa empapada y Tony me envolvió con una toalla. Unos instantes después tomaba una taza de té verde.

—*Chapeau*, Adrianita —se sacó un sombrero imaginario— Pero te advierto que no juegues tanto, porque el canario se te va a escapar de la jaula. ¡Y sabes cuánto felino hay afuera que quiera cazarlo!

A lo lejos sentí que Tony chasqueaba los dedos frente a mis ojos.

—¡Despierta! Tenemos que planear una estrategia y te la voy a adelantar: por un par de días no lo vas a ver, ¡lo llenaré de compromisos!—orgulloso de su comentario lo vi desplegar su abanico que le tapó gran parte de la cara y cruzarse de piernas con su habitual elegancia.

—Menos mal que te caigo bien, porque doy a entender que me encanta y querés alejarlo de mí.

—De esa boca nada más escucho quejas, sarcasmos y malas palabras.
Hazme caso, todo saldrá bien. Confía en mí, Adrianilla.

CAPÍTULO 11

Durante tres días no volví a ver a Henry, sus compromisos se habían multiplicado y eso lo obligaba a no aparecer por el hotel, aunque se las arregló para contactarme por video llamadas a través de *whatsapp* para saludarme. Daba igual porque tenía un molesto resfrío y hasta unas líneas de fiebre me había dado producto del paseo que dimos en el parque del hotel. Pese a eso, me las arreglé para salir y recorrer Londres. Me pareció excesivo ir con uno de los guardaespaldas de Henry cuando recorrí *Picadilly Circus* (considerado por muchos el centro) o *Portobello Road* (un mercadillo que se ubicaba en *Nothing Hill*) con sus millones de puestos, dónde podía encontrarse desde antigüedades y ropa, hasta frutas de cultivo biológico. ¿Quién querría secuestrarme si nadie tenía puta idea de quién era? Lo que sí podía perderme, eso seguro.

Pero me encontraba a mis anchas recorriendo esa espectacular ciudad mientras sacaba fotos con mi celular o grababa videos para postearlos en *Facebook* o *Instagram*, ¡Londres era fabulosa! Había montones de lugares por visitar y sentía que el tiempo se desvanecía: El famoso *Big Ben*, la abadía de Westminster, *The London Eye* (Situado a la orilla sur del Támesis), *El Tower Bridge* y El puente del Milenio. Capté imágenes espectaculares y grabé videos para *Instagram* y *Facebook* mientras escuchaba a *The Beatles*, en especial el tema “*Eleanor Rigby*”. Allí estaba yo, a orillas del Támesis durante un áspero y otoñal crepúsculo, abrigada hasta las pestañas, lanzando nubecitas de frío por la boca y la nariz y eternizando imágenes mientras el Gigantón 1 o 2 de Henry se mantenía alejado a distancia prudencial. A veces creía que todo lo que veía y vivía era un sueño, pero cuando me daba cuenta que se trataba de una hermosa realidad tenía ganas de saltar y reírme a los gritos.

Una mañana cuando aún me encontraba en la cama, entró una camarera con el desayuno. Para mi sorpresa la bandeja tenía de todo: tostadas, mermelada, manteca, huevos revueltos, jugo de naranja y café con leche.

—Buen día, ¿te sientes mejor?— preguntó Tony sentándose en una silla cercana a mi cama.

—Estoy mucho mejor. ¿Qué pasó que veo tanta abundancia en esta bandeja, Tony?

—Lo que es tener poder, Adrianita. Y lo tienes de sobra, Henry me ordenó que no vigilara tu dieta.

—¿Hoy vendrá? La verdad que me estoy aburriendo bastante.

—No te hagas la indiferente porque se te cae la baba por verlo, querida. Hoy vendrá, sí, dice que quiere festejar Halloween con vos.

—Cierto que acá se le da importancia.

—Y seguro que te contará historias de difuntos y aparecidos de toda su parentela. A mí me dan un miedo horroroso —a Tony se lo notaba con fobia respecto a ese tema.

—Me dan terror pero a la vez quiero escucharlas.

—Entonces prepárate. Y si de casualidad tengo que escucharlas, te juro que dormiré en medio de ustedes dos. Con pensar que si veo sonreír a una *banshee* muero del susto.

Iba a preguntarle qué clase de espectro era esa tal *¿bansy?* cuando vimos entrar a un botones con un gigantesco ramo de rosas rojas. Lo dejó en el mismo escritorio donde se encontraba mi *notebook*. Me desaparecieron como por arte de magia los vestigios del resfrío y salté de la cama para mirar el regalo.

—Qué bonitas—leí la tarjeta en voz alta— “*Carissima, esta noche estoy de vuelta en el hotel. Espérame a cenar. H*”

—¿Nadie te enseñó que las flores se marchitan si no las ubicas pronto en

un florero?— reprendió Tony en un grito al chico que trajo las flores mientras yo suspiraba como una tonta.

Durante la tarde estuve sumida en un estado de ansiedad y expectativa a la vez. Quería que me viera linda. Y por dicha razón, Tony hizo resurgir a Xavier, el *coiffeur* con manos de hada.

—Hoy hice un trabajo sensacional, ¿verdad, Tony?— expresó Xavier admirado por mi aspecto.

—Te superas a ti mismo todo el tiempo, Xav— dijo Tony pasándome un peine de dientes grandes con delicadeza para no arruinarme el peinado.

—Lo sé, lo sé.

—Hazme el favor de ayudar a Adrianita a vestirse, porque “ésta” es capaz de ponerse cualquier cosa— dijo señalándome y le saqué la lengua— Ahora me iré a la suite de Su Alteza para verificar si todo está en orden.

En su suite, Henry recién salía de ducharse. Tenía puesta una bata azul marino y se secaba el pelo con descuido.

—Señor, ¿quiere que lo ayude?— oyó a su costado y observó que quien le hablaba era una mucama de unos veinte años y le sonreía con sensualidad. Era bajita de estatura y Henry que pasaba del metro noventa, tuvo que inclinarse para responderle.

—No es necesario, pero agradezco tu amabilidad.

—Alteza, insisto. Usted siéntese.

Sorprendido, Henry le obedeció acomodándose en un sillón. Ella le quitó la toalla de mano y empezó a secarle el pelirrojo cabello con suavidad.

—De verdad me siento avergonzado, tendrás cosas más importantes que secarme el pelo.

—Un gusto conocerlo y servirlo, Alteza. ¿Desea algo más? ¿Tal vez una copa? ¿Mi persona? Mi nombre es Chantal.

—Me gustaría una copa—dijo Henry ignorando el provocador comentario mientras sonreía de costado. Estaba intrigado por saber que haría Chantal para volver a insinuársele.

La solícita sirvienta se alejó a la barra de bebidas caminando de manera que su corto uniforme resaltara sus formas. Y volvió a su lado de la misma manera cargando un poco de vodka.

—Su trago, Alteza— dijo sentándose en el borde de la silla cruzando las piernas de manera que Henry viera lo que estaba a la vista y también un poco más.

—Gracias de nuevo— Henry y enarcó la ceja mientras miraba a Chantal. Que chiquitita tan descarada, pero logró captar su interés.

—¿Sabe usted, mi señor? Quiero confesarle algo sin que lo sienta como un atrevimiento de mi parte.

Henry quería largar una carcajada y ponerse a aplaudir por la fingida timidez de aquella mujercita y su voz de nena ingenua, pero lo escondió todo debajo de una semi sonrisa. Los jueguitos de palabras de Chantal lo estaban alentando cada vez más y ya se estaba imaginando si utilizaría esa misma voz de ingenua en otros aspectos más íntimos.

—Dime, no lo tomaré como un atrevimiento.

—Alteza, me parece más atractivo en persona, y sus ojos azules son muy hermosos. Discúlpeme usted, se lo habrán dicho muchas veces— dijo Chantal haciéndose la tímida y bajando la mirada.

—En realidad no me lo dijeron tantas veces como piensas, pero con que tú lo digas me basta y me sobra.

Chantal se le sentó en las piernas, acercó la cara para darle un beso y Henry deslizó una mano para desabrocharle el uniforme.

Justo entró Tony caminando como si se encontrara transitando por una pasarela, como de costumbre.

—¡Pero qué suciedad hay en este lugar!— exclamó en voz alta pensando que no había nadie. Cuando contempló la escena, se detuvo en medio del living de la suite con el abanico cerrado bajo el brazo, guardó el celular en el bolsillo de su elegante saco e hizo una inclinación.

—Alteza, me alegra verlo. Con su debido permiso, creo que hay algo que sobra en este lugar y lo quitaré ahora mismo.

Caminó hasta ellos y con toda tranquilidad, hizo una seña a Chantal para que se bajara de donde estaba sentada, o sea encima de Henry. Ella negó con la cabeza, pero Pacheco le propinó un abanicazo en plena frente que le derrumbó la almidonada cofia blanca. Con rapidez iban formándosele una especie de marcas rosadas que después lucirían como una oscura fila de chichones.

—¿Quién es usted para pegarme? —dijo Chantal enfurecida. Saltó de las rodillas de Henry.

—¿Qué quién soy yo, no lo sabes? Tú no me conoces, pero yo sí a las de tu raza. Y vuela de aquí antes que me enoje de verdad, además de ganarme un hermoso dolor de cuello por mirar tan para abajo— dijo amenazándola de nuevo con el abanico.

Henry no quiso hacerse partícipe de ello y se dirigió al dormitorio. Chantal vio como en un segundo se desbarataron todos sus planes.

—Mire lo que lo logró. ¡Henry quería que me quede!

El asistente lanzó una risita.

—Me di cuenta que estaba muy interesado por ti. ¡Magia, se fue! Porque él ya no está.

—Sabe muy bien que se fue por su culpa.

—¡Pero que señorita tan irrespetuosa!

Temerosa de que el asistente del príncipe reaccione de manera violenta, Chantal abrió la puerta de la suite y se alejó corriendo por el pasillo. “Patitas cortas pero veloces”, se dijo Tony con rabia. Como no quiso quedarse de brazos cruzados, se quitó uno por uno los zapatos y se los tiró en dirección a la mucama. Chantal esquivó el calzado lanzado como proyectil para luego recogerlos del piso y llevárselos. Tony no pudo creer lo que estaba viendo. ¡Tamaño descaro para un cuerpo y una mente tan chiquititos!

—Encima de provocativa, la tipa resultó ladrona. ¡Devuélveme ya mis zapatos! —exclamó Tony.

Fue tanto el alboroto que Adriana y Xavier salieron al pasillo porque escucharon los gritos de Pacheco.

—¿Qué pasó?— preguntó Adriana a Xavier.

—Cazadoras de noticias sensacionalistas. Tony detectó una buscona y la espantó.

—Ajá. ¿Entonces esto ya pasó alguna vez?

—*Divina, esto pasa siempre*— Xavier dio por cerrado el tema y la empujó hacia la suite.

Por la noche, Henry y yo cenábamos en su suite charlando y mezclando algún que otro beso en medio de la conversación. Procuré mantenerme lejos, el episodio de la mucama me había dejado un poco sensible.

Para no pensar en cosas que estaban fuera de mi alcance, incliné la charla hacia el ocultismo.

—Te imaginé con amigos festejando *Halloween*.

—Adrienne, tengo treinta años. ¿Me ves pidiendo caramelos por ahí? Creo que me vería un poco ridículo.

—Qué gracioso estás, y resulta que soy yo la sarcástica. Pregunté porque

por ahí tenías otros planes.

—Tenía ganas de verte, y por qué no, terminar lo que empezamos la otra vez. ¿Dónde nos quedamos?—dijo acercando la silla a la mía.

—Siempre queriendo encontrarme con la guardia baja—aparté mi silla más para la esquina.

Con buitres o no sobrevolando, insistí en mantenerme pacata. Y hablando de pájaros carroñeros y/o aves de rapiña, fue Chantal la encargada de servirnos la cena. Posó el plato de Henry con suavidad en la mesa y le guiñó un ojo. En cambio conmigo no fue tan amable, ya que arrojó el plato ante mis ojos y con un suspiro lleno de rencor, mientras mi plato seguía bamboleándose un segundo más en torno a sí mismo, salió de la suite dando un portazo. Miré con un dejo de alarma mi postre. ¿Y si lo había escupido?

—Si lo más apetitoso que haremos esta noche será comer esta porción de torta de chocolate, puedo contarte algunas historias paranormales —dijo Henry resignado a pasar buena parte de la noche sólo manteniendo una inocente conversación conmigo.

Comenzó con su amplio relato de fantasmas: Ana Bolena, Los guerreros fantasmales que se veían en la Colina de Cadbury, Enrique IV, los pequeños príncipes asesinados por su tío, más tarde coronado Ricardo III.

—Te olvidaste de “bansa”.

—¿Quién es esa, *caríssima*?—a Henry ya se le dibujaba en la boca el nacimiento de una carcajada. Ya empezaba a acostumbrarse a mis continuas metidas de pata.

—La difunta que se aparece en la ventana— dije un poco ofendida. Paranoica, observé que el cielo se había vuelto a encapotar con ganas de llover. Fatídico el clima de Londres. Alisado definitivo de pelo, te amo.

—¡Ah! Habrás querido decir *bansidhe*, más conocida como *banshee*.

—¿Y cómo voy a saber yo como se la conoce a esa tipa? Lo que me dijo

Tony es que abrí la ventana y se te aparece de la nada.

Después de reírse a gusto, además de elogiarme por hacerlo divertir tanto, me contó la historia completa. No dejó de lado ni siquiera el aspecto del fantasma, pelirrojo como él y que para colmo de males se le ocurría lanzar patéticos gemidos mientras hacía su monumental aparición.

—¡Basta! No quiero pasar la noche soñando esas porquerías.

—No te olvides de Ana Bolena ni de Enrique VIII. ¿Te cuento también la historia?— enfatizó aparentando ingenuidad mientras transformaba una carcajada en una fingida tos.

—Todos tus ancestros eran horrorosos. ¿No te da impresión pensar que esa gente andaba asesinándose por una corona?

—No me gusta la sangre, y mucho menos asesinaría a mi hermano, odiaría ser rey.

—Sos un amor de hermano—dije horrorizada porque su humor negro era peor que el mío.

Desde la ventana se oyó un trueno y semejante estrépito hizo que mi mandíbula se cerrara de manera brusca.

—Qué noche tan propicia para tener pesadillas, aunque yo tengo un método muy bueno para espantarlas. ¿Quieres saber cuál es? Te enseñaré de qué se trata si me acompañas a la cama, puedo asegurarte que te gustará mucho— invitó haciéndome un guiño.

—¿No te vas a cansar nunca de querer buscarme el lado sensible? Dije que no— me burlé aunque me moría de ganas de espantar pesadillas con él.

Un terrible trueno barrió mis ganas de seguir haciéndome la valiente, porque me abracé a Henry. Intuí que esa noche me costaría dormir mucho.

—Discúlpeme, Alteza —dijo Tony entrando de repente—Llamó su Alteza Real, su padre. Dijo que no puede comunicarse a su celular.

—¿Qué quiere?

—En realidad no me lo dijo.

—Por la noche apago mi teléfono, no entiendo el motivo de que me llame a estas horas.

Henry parecía molesto y Tony un poco incómodo. De repente me encontré en el medio de los dos mientras el aire se cortaba con un cuchillo.

—Henry estaba relatándome un par de historias de terror— dije para suavizar un poco el clima.

—Por cierto, Tony, siempre me dijiste que te fascinan las historias paranormales— acotó Henry.

—*Me encantan*, señor. Pero justo me iba, y disculpas por interrumpir.

—No hay puerta que te detenga, y ya te lo dije miles de veces, porque anunciarte antes de entrar parece un trabajo demasiado cansador para ti. Si viniste te quedas con nosotros, está decidido.

—Alteza, no quisiera molestar.

—Es una orden.

Tony se echó como un fardo en la silla con el disgusto pintado en la cara.

—Perdón—me acordé de su miedo a lo paranormal.

—Nada de perdón por ahora, porque si tenías otros planes con él, puedes sacártelo ya mismo de la mente. ¡Acá tienes a tu mal tercio de Halloween!—y se señaló con el abanico— ¿Viste que cuando quiero soy una bruja? ¡Ahora no quiero una mínima queja!

—No entiendo español, así que les pido que en mi presencia hablen siempre en inglés, ¿quedó claro?—se quejó Henry. Después le tendió una copa de *champagne* a Tony y se sentó a mi lado tomándome de la mano— ¿En qué me quedé? ¡Ah! Sigo con los espectros de la torre de Londres.

Durante un buen rato estuvo relatándonos historias con lujo de detalles. Tony temblaba, pero se abanicaba con rapidez. Tal vez era su manera de espantar el miedo.

—Yo no puedo creer que duermas en alguno de esos castillos, ¡yo ni que me paguen! exclamé espantada.

—Adrienne, jamás vi ni escuché nada. Pero que hay algo raro, eso seguro — dijo Henry saboreando un habano.

—Hoy estuvo *siniestro* con sus historias... eh digo, perdón Alteza, quise decir soberbio— a Tony lo traicionó el inconsciente.

—Soy muy bueno relatando— Henry ahogó un bostezo con el dorso de la mano— no sé ustedes, pero yo me muero de sueño. *Carissima*, ya sabes mi método para ahuyentar las pesadillas. Es muy efectivo.

—Eh... — empecé a dudar no solo porque quería seguir con Henry, sino porque recordé que el hotel, aunque muy lujoso, tenía toda la apariencia de un castillo demasiado antiguo. ¿Y si se me aparecía algo raro? Esta vez sentí miedo de verdad.

—Ay, *carísima*... tú te lo pierdes. Aunque deberías darme un beso de verdad como despedida —pidió Henry.

Sin darme tiempo a nada, me agarró de la cintura y me besó largamente hasta dejarme sin aliento. Con el corazón latiendo a mil pensé por qué mierda no echaba a Pacheco, le arrancaba la camisa y todo lo demás a ese principito, además de enseñarle quien era yo. No, maldita sea, tenía que aguantar un poco más.

—Contando monedas delante de los pobres, encima que me pelee con mi amante hace dos semanas y estoy más que solo. ¡Pérfida, lujuriosa!—dijo Tony culpándome de todo como siempre.

—*Carísima* —Henry me agarró del brazo atrayéndome de nuevo hacia él — quería recordarte que si te da “miedito”— para burlarse de mí hizo la pantomima de tocar una puerta imaginaria— Te soluciono ese problema al instante, adiós pesadillas.

—Gracias, pero ya no tengo miedo. Y quiero mi anillo, que no se te

olvide.

—El anillo te lo regalo y ganamos los dos.

—Hoy no— me volví a negar, taciturna. Iba a ganar y sanseacabó. En cabeza dura no me ganaba nadie.

—De acuerdo, que tengas lindos sueños —de manera disimulada me mordió con suavidad el labio inferior— *Bye*, señores.

Se retiró al dormitorio tatareando Enrique VIII, ahí me acordé que tenía que dormir sola. Carajo.

—¿Querías quedarte? —preguntó Tony mientras salíamos de la suite.

—Moría por quedarme, pero me encapriché con el dichoso anillo de la apuesta.

—Él te dará el anillo igual, creo que ninguna mujer lo hizo esperar tanto. Creo que ya lograste...

La frase de Tony se interrumpió por un escabroso trueno y después se cortó la luz. ¿Algo más podía pasar esa noche? Reinaba la oscuridad.

—¿Estás ahí?—pregunté con un hilo de voz.

—¿Y dónde quieres que me vaya si no veo nada? Estúpido hotel. No encuentro mi celular para usarlo como linterna.

—No quiero quedarme en esta oscuridad, es horrible.

—¿Qué piensas que es esto, un ensayo del teatro negro de Praga? Es que no encuentro el maldito móvil. ¿Qué tengo acá?—revolvía el bolsillo del saco

—Mis pastillas de menta. ¿Y esto? Mis lentes...

—¿Y si vas a la recepción?

—¡Ni loco! Ve tú si te la das de temeraria.

—Ni borracha.

—¡Ahhhhh!

Tony empezó a gritar con todas sus fuerzas y al mismo tiempo que pensé que iba a volverme loca, sentí que algo me tocaba la espalda. Muda de terror

actuó por reflejo y di un codazo, para mi sorpresa era algo tangible. Raro en un espíritu.

Todo pasó al mismo tiempo: volvió la luz, aparecieron Gigantón 1 y Gigantón 2 corriendo de quién sabe dónde y apuntaron con sus armas a lo que yo había golpeado: que no era un espectro sino Chantal, quien se encontraba tendida en el piso. Tony quería fundirse con la pared del pasillo y estaba pálido como un papel.

—¡Idiota! Nadie me toca en la oscuridad... ¡o al menos tú!— retó a la sirvienta un vez que salió del trance.

Chantal se levantó a duras penas sin que nadie la ayude y con la mano en la boca, porque según mis recientes cálculos y por la diferencia de estatura que teníamos ella y yo, mi codazo le había dado en medio de los dientes.

Henry salió de la suite envuelto en un salto de cama y nos miró con desconcierto. Todos incluida Chantal hicieron una respetuosa reverencia.

—¿A qué viene tanto alboroto?

—Perdón, alteza. Pensamos que se trató de un atentado contra usted, porque se cortó la luz en todo el hotel. Subimos a investigar, sentimos ese grito y pensamos lo peor— dijo Gigantón 1 a modo de explicación.

—Fue Tony quién me perforó los tímpanos, además de espantarme el sueño. ¿Siempre tienes que llamar la atención?

—Discúlpeme mi señor, no fue mi intención.

—¡Retírense todos!— Henry se metió en la suite dando un portazo.

Fue predecible lo que pasó después: reverencia cortesana de nuevo, pero esta vez una estúpida puerta cerrada y cada uno retomó su lugar. Gigantón 1 y 2 desaparecieron discretamente y Chantal al lobby quizás a buscar un dentista para que le recompusiera la boca. Pese a que la situación había sido aclarada, Tony y yo nos dirigimos tomados del brazo rumbo a mi suite a charlar hasta que amaneciera. Ninguno de los dos quería dormirse y menos

por separado.

CAPÍTULO 12

Los siguientes días no tuve noticias de la difunta Ana Bolena, ni de ninguno de los otros espantajos de *Halloween*. Menos mal, porque me seguían asustando.

La agenda de Henry se llenó de compromisos, pero esta vez su ausencia me pesó un poco más que la anterior. ¿Adriana, qué te pasa?

Resignada, porque no sabía si vería esa noche a mi principito, me fui a dormir una siesta. Era un día lleno de sol, ideal para dar un paseo y grabar un *Facebook live* recorriendo Londres, pero tenía un humor de perros.

Al rato, Tony me despertó a los gritos entrando a la suite como un huracán. Henry tenía razón, no había puerta que lo detuviera.

—Mensaje y regalo de Henry— dijo con una sonrisa radiante mientras un botones acomodaba un hermoso ramo de rosas rojas en un florero. Me levanté de un salto para ver mi regalo de cerca y observé que cerca de las flores había una tarjeta y un pequeño estuche de terciopelo. ¿Qué haría primero, leer su mensaje o abrir el estuche?

—Yo que tú, primero le echo un vistazo al estuche—dijo Tony.

Dentro del estuche estaba el famoso anillo de la apuesta. Todavía con la boca abierta me lo probé y calzaba perfecto en mi dedo meñique: dorado, de oro macizo y con una inscripción en letras negras: *Bvlgari*. Con cierta sospecha empecé a adivinar quién podía saber a la perfección la medida y el culpable justo miró para otro lado. Abrí el sobre con el mensaje de Henry y leí en voz alta:

“Carissima, te espero en mi suite a las once de la noche para tomar una copa. Quiero verte con el anillo puesto. Ganaste la apuesta. H.”

—Una cita— dijo Tony pensativo.

Los dos nos miramos perplejos. ¡Una cita!

—¿Qué me pongo?— dijimos pegando un salto mientras nos tomábamos de las manos.

El botones que llevó mis regalos nos miró con miedo y huyó despavorido, tal vez pensó que nuestra locura sería contagiosa.

—Basta de tonterías, vamos a prepararte para esta noche.

Cerca de la hora señalada, tenía puesto un vestido negro, un cinturón ancho a la cintura y el cabello peinado con el flequillo al costado. Tony me maquillaba mientras escuchábamos un tema de Raffaella Carrá. Pero en un momento, más nervioso que yo, le falló el pulso.

—Me pinchaste un ojo.

—No se te ocurra lagrimear porque te pincho el otro— amenazó con el cepillito del rímel.

Cuando por fin estuve lista, prendí un cigarrillo. Respiré hondo y para serenarme un poco me puse a cantar (mal) el tema de Raffaella Carrá que sonaba desde mi celular. Me concentré tanto en la letra que me puse a bailar.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? Deja ahora mismo de bailar que son las once en punto—Tony me sacó el cigarrillo de la mano y me empujó fuera de la suite, antes de cerrar la puerta, dijo en voz baja—No se preocupen que ni me aparezco por allá. Adiós.

No me dio tiempo a tocar la puerta de su suite porque se apareció posando sus ojos azules en mí. Estaba hermoso; tenía puesta una camisa blanca y unos jeans, su exquisito perfume evaporó lo poco de resistencia que podía tener yo frente a lo inevitable.

—Adrienne, te estaba esperando.

—Perdón, no estoy acostumbrada a tanta puntualidad— dije con una sonrisa.

Los nervios eran como mariposas que se chocaban aturcidas a lo largo de mi estómago. Estaba muy nerviosa.

—El anillo te queda muy bien, estás hecha toda una triunfadora.

Dejándome caer en una silla, observé que la suite tenía una iluminación muy tenue y en la mesa había una botella de champagne ya descorchada.

—¿Tensionada, Adrienne? — dijo tendiéndome una copa.

Sabía que el alcohol iba a nublar mi maltrecha mente. Sobria o no, el resultado iba a ser el mismo: y no hacía falta que viniera Clavelina a tirarme las cartas españolas.

—Podría hacerte unos masajes.

—Con el *champagne* estoy muy bien— dije y en realidad seguía nerviosa como nunca, pero tampoco entendía el motivo.

—Hoy vamos a hacer lo que quieras.

¿Qué quería yo? Para dejarlo bien en claro, me adueñé de su boca. ¡Basta de remilgos, si con pensar en él me prendía fuego sola!

Henry respondió al beso con una pasión superior a la mía. Ya no tenía la mínima duda, nuestra atracción era tan poderosa como un choque de planetas.

Ya en su comfortable cama dejé que me quite el vestido y con manos hábiles le saqué la camisa y los jeans. Por su respiración agitada y algún otro detalle que se notaba a simple vista (que no tenía nada de simple, pensé admirada) me di cuenta que estaba tan consumido de pasión como yo. Me tomó del pelo con suavidad para que incline la cabeza hacia atrás y me colmó de besos el cuello y los hombros. Cuando llegó a mis pechos usó también la lengua. Mi respiración también se agitó.

Sus manos fueron recorriendo mi vientre, mis caderas. Cuando con dedos expertos, llegó al centro, me mordí los labios para reprimir un gritito de placer. Empujé las caderas hacia Henry, envolviéndolo con mis piernas, estaba preparada para recibirlo. Al entrar en mí, empezamos a movernos primero con lentitud y luego de manera más rápida. Le mordí el hombro y arañé su espalda. Nos volvimos a besar, era de esos besos que no se

terminaba nunca. En un momento, unidos por el deseo, terminé encima de él. Era la posición que más me gustaba, porque en mandona no me ganaba nadie. Henry hizo el intento de levantarse para volver a situarse encima de mí pero le planté las manos en el pecho, sin tomarme el trabajo de reflexionar si me mostré muy brusca.

—¡No, queridito! Ahora te quedás acá— dije con maldad seductora. Él lanzó una carcajada y lo acallé con un beso.

Comencé a moverme de nuevo, tomándolo de las muñecas, para que extendiera los brazos sobre la cabeza. Henry se sostuvo de los respaldares de la cama y cuando me moví de manera más excitante, me tomó de las caderas, para adecuarse a mi ritmo. Cuando llegué al orgasmo, escondí la cabeza en la concavidad entre su cuello y el hombro. Seguimos moviéndonos de manera más frenética. Lo vi cerrar los ojos, con su respiración agitada, el pelo rojo todo desordenado y con la piel brillante de sudor. Moví las caderas, adentrándome más a él.

—Vas a volverme loco—dijo, instándome a que volviera a moverme de esa manera. Sobrevino un segundo orgasmo para mí y él también estaba a punto de llegar al clímax. Tuve la suficiente maldad para agarrarle la mano y meterme uno de sus dedos en la boca mientras seguía moviéndome sobre él con fuertes golpes de cadera. Eso lo excitó lo suficiente para hacerme girar en la cama y situarse de nuevo sobre mí.

Adriana Mora, la que se escapó siempre de educación física durante casi todo el secundario porque le daba pereza correr cinco miserables metros, alzó una pierna con precisión de gimnasta olímpica y apoyó el tobillo en el hombro de Henry, pidiéndole más a los gritos. Él obedeció mi petición y el tan esperado orgasmo llegó.

Nos miramos con una sonrisa, aún con la respiración entrecortada, desnudos, sudorosos y con el pelo revuelto.

—Que disparate de mujer, me volaste la cabeza— dijo abrazándome.

—Es lo que provocaste en mí—lanzamos la carcajada sin dejar de mirarnos.

Nos dimos un par de besos y nos quedamos dormidos.

Amanecimos a las diez de la mañana. Apenas abrí un ojo los vapores del *champagne* dieron lugar al comienzo de un dolor de cabeza. Abrí el ojo que me faltaba y lo vi durmiendo a mi lado: a plena luz del día era hermoso, un mechón de cabello pelirrojo le caía sobre la frente. Como quién sigue el hilo de un cuento de hadas pero a la inversa; deposité un beso en esa boca que era toda para mí. Se despabiló a medias y me devolvió el beso.

—Hola, *carísima*.

—Buen día, principito.

Buscó su celular de una de las mesitas de luz.

—No tengo idea de los compromisos de hoy— gruñó desperezándose— y quiero mi desayuno.

Apenas prendió el teléfono empezó a sonar.

—Hola, Louis. Sí, me quedé dormido y llevo dos horas de atraso en el desayuno que tomaríamos en tu casa con papá. ¿Qué con quién estoy? ¿Y responde a tu pregunta “qué mierda te importa”?—lanzó una carcajada—*OK*, en un rato estoy allá. *Bye*— concluyó con el llamado.

Por suerte encontré una bata de raso cerca de la cama. ¿Quién había estado en la habitación cuando dormíamos? Seguro que fue Tony, siempre estaba en todo, porque vi pétalos de rosa esparcidos por el piso alfombrado. Apenas entreabriendo la sábana y sin mirar a Henry, me metí adentro de la bata.

—¿A qué viene tanto misterio?—preguntó adivinando mi vergüenza.

—¿Eh?—aplasté con la palma mi maltrecho flequillo en un vano intento de tener un aspecto presentable.

—Te tengo malas noticias, ya te vi toda y me encantó—apoyó la cabeza

sobre un brazo— Cuéntame donde piensas irte con tanta urgencia.

—A mi suite.

—¿Y si yo no te deajo?

—Tu hermano te está esperando.

—No voy a ningún lado sin ducharme, ¿me acompañas?— pidió con un guiño ofreciéndome la mano y ni lo pensé.

Cuando por fin decidimos separarnos, Henry impidió de nuevo que me fuera agarrándome de la cintura.

—Dame un beso de verdad.

Después de una despedida de por si larga me estaba por ir, y de nuevo me retuvo, pero esta vez de las manos.

—Los últimos días vas a pasarlos conmigo, traerás todas tus cosas a esta suite. ¿OK?

—Sí, mandón—respondí con una sonrisa y le mordí la boca.

Liviana como una libélula recién salida de su crisálida, llegué a mi suite y me largué a bailar sola como una loca en el living de mi suite después de poner el tema “Me enamoré” de Shakira, en mi notebook a través de *Spotify*. Poca atención le presté al camarero que dejó el desayuno en la mesa. Sin dejar de danzar y cantar, con una seña le indiqué que dejara la bandeja en la mesita del balcón.

Ni bien llegó Tony, se unió a mi danza y canto. La coreografía la acompañaba con suaves ondulaciones de abanico.

Tony se acomodó su siempre bien peinada cabellera castaña con raya al costado y me empujó al balcón. Todavía tarareando la canción, me serví una taza de café con leche y él se sentó a mi lado siempre abanicándose.

—Lo que pasó no hace falta preguntártelo, sólo puedo agregar que tu piel luce luminosa, estás como angelada. Esos son los milagros del sexo.

—*Mira qué cosa bonita, que boca más redondita. Me gusta esa barbita—*

canté un tramo del tema de Shakira pensando en Henry.

—¿Puedes dejar de cantar? ¡Cuéntame todo ya!

—Estuvo espectacular, *Tonyto*.

—¿Qué cosa? ¿Él? ¿O la noche que pasaron?

—Todo— murmuró masticando una medialuna de manteca— ¿Viste cuando se fue Henry?

—Estaba igual de contento que tú, si sonreía un poco más se le partía la cara. ¿Qué le hiciste, maldita bruja erótica?

—Voy a tomármelo como un cumplido, Tony.

—Lo fue, y me cuentas todo en detalle, sino te decapito.

—Me pidió que pase los últimos días en su suite.

—Me parece perfecto. Cuando tomes el avión de regreso, viajaré un tramo contigo. Me voy a Nueva York porque me tomo unas mini vacaciones. ¡Y nada de lamentos cuando te separes de él! Ya me parece que adivino cómo te vas a poner.

—¿Lamentarme de qué? Si estoy feliz como una lombriz—sonreí con todos los dientes.

—Será como una perdiz, no como una lombriz, si serás bruta. Y ahora estás contenta, pero cuando se separen... ¡Quiero detalles ya!

CAPÍTULO 13

Me instalé con Henry en su suite y era increíble la afinidad que teníamos pese a tener vidas muy diferentes. Me di cuenta que le encantaba escucharme y preguntaba acerca de mi familia. Cuando le conté que mi mamá era maestra de jardín de infantes, sonrió con tristeza y dijo “como mi madre”. Disculpándome por mi ignorancia, pedí que me cuente acerca de su madre y me mostró algunas fotos viejas de ella, una hermosa mujer casi adolescente con el pelo corto y rubio y una mirada tímida. Los ojos azules eran de mi principito, pero la sonrisa me pareció idéntica a la de Louis.

—Era muy hermosa—dije devolviéndole el celular.

—Gracias.

—Ya sé que pasó mucho tiempo, y tal vez te parezca una pregunta tonta: ¿Pero la sigues extrañando?

—Todos los días de mi vida—me dio un beso en la frente—*Caríssima*, tengo un compromiso y si no me apuro llegaré tarde, a ver quién se aguanta a Tony después. ¿Nos vemos por la noche? Y seguiremos hablando.

Lo vi ir buscar el saco del perchero y llevando con él a uno de los gigantones, porque uno me lo quedaba yo. ¿Cuál de los dos? Ni idea, porque para mí eran iguales: grandotes, fortachones y con caras de malo.

Busqué la notebook y entré a *google* para buscar imágenes de la princesa Daria. ¿Así que era maestra? Como mi mamá, tal cual dijo Henry... aunque era abismal la diferencia entre mi mamá, una mujer de barrio y muy sencilla, con una noble que se había casado con el heredero del trono de una de las casas reales más importantes de Europa. Puse un video del casamiento de la princesa Daria y el príncipe Edward, padres de mi principito. ¡Por Dios, el vestido de novia de esa mujer! Metros y metros de tela que se deslizaban por el piso alfombrado de la catedral y una diadema le adornaba la cabeza rubia.

Ese simple detalle fue una alarma que resonó en alguna esquina de mi mente. ¡Adriana, esa diadema no era de piedras de fantasía, de las que vos te ponías de chica para disfrazarte de princesa, ella fue una princesa de verdad! Mucho dinero, títulos nobiliarios, palacios, lujo... Me sentí tal cual estaba, una simple espectadora frente a un video donde la monarquía se unía en matrimonio... y yo no tenía nada que ver con ellos. La princesa Daria además de ser maestra de jardín de infantes, antes fue *Lady Daria*, una aristócrata de rancio abolengo, con un árbol genealógico que tenía nada menos que a un presidente de Estados Unidos y lazos de parentesco con la misma casa real británica, leí en *Wikipedia*. Adriana, ¿qué hacías ahí, en una suite de un hotel cinco estrellas sintiéndote la Cenicienta? Henry no es como vos, despertate y bajate de esa nube antes de caerte y pegarte el porrazo de tu vida. De pronto sentí mucho frío y me abracé a mí misma, y a través del prisma de mis lágrimas seguí viendo imágenes del real casamiento de esa gente que era muy ajena a mí. La princesa Daria y el príncipe Edward se habían subido a una carroza que parecía tener oro hasta en los jodidos bordes. Los dos saludaban al gentío que los ovacionaba.

Sentí que unas manos se posaron en mis hombros. Era Tony. Sin decir palabra me arrojé a él para que me abrazara, me sacara el frío del alma y el miedo intenso que sentía. Él no dijo una sola palabra, me abrazó y me acarició el pelo con ternura. Esa mañana sellamos una amistad que estuvo conmigo siempre que la necesité.

Un día antes de mi partida y aprovechando la ocasión de que Henry había ido a visitar a su abuela (no hace falta mencionar quién es la benemérita anciana), Tony fue a buscarme para ir de compras al *mall*. En un momento que se ausentó para darle indicaciones al gigantón de turno que nos acompañaba dejándome en una coqueta tienda de ropa revolviendo en el

vestidor en busca de algo para obsequiar a mis amigas, una blonda aparición eclipsó esa mañana.

—¡Qué aburrimiento! ¿Puedes creer que papá cortó mi asignación? Justo que ahora se viene la época de los desfiles de los mejores diseñadores. — dijo la espectacular rubia a su amiga.

Era un poco más alta que yo y muy hermosa: una cascada de cabellos color sol le caían hasta la mitad de la espalda, poseía una boca pulposa que manejaba al hablar rayando lo *snob* (¿esos labios serían de ella?) y unos ojos celestes que de tan claros parecían transparentes. Iba vestida con elegancia pero también con cierta presunción; no se contentaba con sentirse bella, era obligatorio que tanto hombres como mujeres se volvieran a contemplarla.

Me miró de pies a cabeza. Cruzada de brazos, alcé la barbilla y con la mirada le pregunté: ¿Se te perdió una igualita a mí o qué?

—La semana pasada te dije que me apartes el vestido que estaba en la vidriera, ¿dónde está?— preguntó arqueando una ceja color dorado.

La rubia se volvió hacia su amiga.

—¡Vendedoras! Nunca escuchan lo que una tiene para decir, y después pretenden comisionar.

La verdadera vendedora se acercó a nosotras.

—Señorita Owen-Keller, ya tenemos su vestido empaquetado para que se lo lleve ahora mismo. La jefa del local las espera para tomar el té, tiene que mostrarle algunos adelantos de la nueva colección.

Ella no le dio ni siquiera las gracias.

—Perfecto. Vamos, Carol— y se las ingenió para darme un empujón y tirarme un gran mechón amarillo en la nariz— ¡Permiso, estúpida!— dijo y tuve el repentino deseo de plantarle una trompada en aquella sospechosa boca de frutilla.

—Disculpe a la señorita— agregó la vendedora, parecía tener vergüenza

ajena de la actitud de aquella rubita desubicada, entonces agregó en el mismo tono—: ella suele ser un poco temperamental.

Tony llegó en ese momento guardando el celular en el bolsillo y olisqueó arrugando la nariz.

—¡Mmmm, conozco ese espantoso perfume tan recargado!— se dirigió en tono confidencial abarcando con su gran abanico los labios e incluso los de la vendedora.

—La señorita Owen-Keller llegó hace un momento— contestó la vendedora guiñando un ojo.

—¡Vámonos ya, Adrianita! No quiero toparme con esa bruja. — horrorizado, Pacheco me agarró del brazo para que salgamos de la boutique.

—¿Quién es?— quise saber y llegamos a un café. Nos sentamos y encargamos dos capuchinos.

—La ex novia de Henry. Pero tiene tal desorden mental que ella *dice* ser aún su novia, viste que los mentirosos compulsivos hasta logran creerse su propio engaño. Hace un par de años, no tuvo mejor idea que dejar a Henry pensando que él iba a ir de rodillas a suplicarle que volvieran. Le salió mal... pero es un hueso duro de roer. Está en la ruina y su única tabla de salvación es casarse con alguien de la realeza.

Sorbiendo mi capuchino, sonreí con malicia.

—¿Así que un hueso duro de roer? Puedo asegurarte que yo me lo voy a carcomer todito, Tony.

—Te lo digo en serio, *chérie*. Debemos tener cuidado con esa mujer.

—Ay, mirá como tiemblo. Esa teñida no me da miedo alguno.

—Te lo digo por algo, Adrianilla. Está loca.

El día de mi partida Henry dio un cariñoso abrazo, al que yo también

correspondí con igual intensidad. Gigantón 1 y 2 llevaron las valijas para la camioneta y Tony estrenaba un nuevo abanico con detalles orientales. Se mostraba también muy compungido.

—Me encantó conocerte—dije forzando una sonrisa y haciéndome la idea que era la última vez que nos veíamos.

—A mí también, pero pronto nos veremos.

—No hagas promesas que quizás no vas a cumplir.

A Tony no le quedó más que hacer el papel del malo de la película.

—Alteza, perdón por interrumpir, pero estamos con el tiempo justo para alcanzar el avión. Querida, vamos— dijo tomándome de la mano y alejándose de él.

—Te juego lo que quieras a que la próxima vez se encontrarán en París. Me fascina esa ciudad.

Las palabras de Tony me rodeaban como un halo sin llegar a mi cerebro.

Llegando a Nueva York, debíamos separarnos. Yo debía tomarme otro vuelo a Buenos Aires.

—Hasta luego, querida— y poniéndose sus enormes anteojos de sol e inclinándose hacia mí sacándose un sombrero imaginario, lo vi irse en dirección a la salida del aeropuerto. Adiós Tony, le dije con la mirada.

Durante la espera de mi vuelo hice el vano intento de leer y no pude. Henry, ya te extraño.

Llegué a mi depto con mis múltiples maletas y las chicas me abrazaron hasta casi asfixiarme.

—Estás muy callada— dijo Ximena mirándome.

—¡Y qué buen aspecto!— agregó Alejandra con admiración contemplando mi elegante saco de gamuza color vino y mi falda acampanada

según la última moda en Europa. Ximena me puso una corona de plástico en la cabeza llevándome hacia el living y dijo:

—¡Qué anillo tan soberbio! Ahora nos vas a contar todo, ¿aquel hotel era muy lujoso?

Estallé en sollozos como un río contenido por una débil represa que no soporta tanta presión. De un manotazo y a las puteadas, volé la corona de plástico y me alejé corriendo a mi habitación y me tendí en la cama a llorar a gusto.

—¡Ella lo debe extrañar, insensible! ¿Todo te tengo que explicar?—dijo Alejandra a Ximena.

—¿*Esta* no se habrá enamorado?

—¿Y por qué no?

—Che, que re cagada, amiga.

—Lo mismo digo. ¿Ves por qué no quería que Adriana fuera a conocer a ese Henry?

Con el correr de los días, volví a mi rutina de buscar trabajo. Sin resquemor, le comuniqué a mi analista que por el momento no iba a seguir con las sesiones de psicoanálisis por apuros económicos. No era más que un engaño, gracias al dinero que me había mandado Henry antes de mi partida a Inglaterra podía vivir un tiempo; en realidad había conseguido una psicóloga por una amiga de Ximena con la me llevaba mucho mejor. Por supuesto, en la primera sesión omití decirle que Henry era un príncipe, sólo le conté la misma mentira que a Patricio, el novio de Ximena: Un acaudalado británico al que había conocido por casualidad y que me había invitado unos días a Inglaterra. Nada más.

Una mañana que desayunaba con pesimismo y rastros de ojeras en la cara

porque la noche anterior hablé con Henry por *skype*, Alejandra me tendió una misteriosa tarjeta. Sin dejar de masticar una tostada, leí un nombre: *Alexis Maidana. Clienting CG Corporation.*

—Patricio tiene un amigo en esa empresa que es el nuevo gerente de finanzas. Le contó que necesitaba una administrativa *senior* experta en contabilidad porque la anterior renunció ayer. Tenés una entrevista en dos horas.

—Ale, ¿de dónde carajo sacaste que soy experta en contabilidad?

—No seas boluda, todo se aprende. Se re interesaron por vos porque reformé tu currículum, y ahora te lo mando a tu correo. Quedó genial— dijo Alejandra siempre deseosa por animarme.

Lo mandó por *whatsapp* y descargué el archivo. Casi me atraganto con la galletita que estaba masticando.

—¡Alejandra, no tengo un nivel de inglés de experto!—exclamé con la boca llena sin poder contenerme. De haber estado Tony me hubiera tildado cuanto menos de ordinaria.

—Re sabés inglés. Encima volviste recién de Londres, ¡mostrales las fotos! Los videos de *Instagram*, los *Facebook live*, todo—se encogió de hombros y tuve deseos de besarla y también de acogotarla. Lo peor es que las cosas que decía no eran sarcasmos, sino que para ella se trataban de la santa verdad.

Era inútil discutir con Alejandra, a veces me enojaba porque Ximena la vivía retando, ya que ella vivía en otro plano astral, donde todo era perfecto y romántico. Sin agregar más la abracé, desde mi vuelta en Buenos Aires me había transformado en una sensiblera insoportable. ¡Estaba hecha una pelotuda!

CAPÍTULO 14

A la hora señalada me dirigí a la dirección que figuraba en la tarjetita que me había entregado Alejandra.

—Adriana, bienvenida a esta empresa. Mañana vas a hacerte los exámenes pre ocupacionales y el lunes venís a firmar contrato para comenzar a trabajar ese mismo día. ¿Conforme?

—Sí, señor Maidana.

—A partir de ahora, llamame Alexis— dijo dándome la mano finalizando la entrevista. — Hasta el lunes, Adriana. Mucha suerte.

El lunes llegué a las nueve de la mañana en punto. Acompañada por Alexis saludé a varias personas de distintos sectores de la empresa y odié ser el centro de todas las miradas.

En un momento, una joven de inteligentes ojos de águila se acercó a mí y me saludó con una sonrisa.

—Me enteré que vas a ser la nueva administrativa senior de la gerencia de finanzas. Mucho gusto, soy Eleonora Acevedo, coordinadora de cuentas.

—Adriana Mora, encantada— contesté.

—Perdón, Eleonora. Adriana tiene que conocer a su nueva compañera de área.

Eleonora me agarró del hombro y me habló al oído.

—Cuidado con Alexis y también con la zorra que va a ser tu vecina de escritorio. No confíes en ella, se llama Melisa Gálvez y me cae fatal— se dirigió de nuevo a su escritorio e hizo un disimulado guiño de confianza.

Me encontraba sumergida en mis pensamientos, cuando la voz de mi jefe hizo que retornara a la realidad.

—Adriana, ella es Melisa Gálvez, tu nueva compañera de sector.

Detrás de mi nuevo jefe se asomó una chica tan etérea como una estatua

de hielo; medía poco más de un metro y medio pero todo en ella era delicado y compacto. Se acercó a saludarme con un beso en la mejilla, y para qué mentir, a su lado me sentí simplona y patilarga.

—Espero que podamos ayudarnos entre nosotras, ¿no?— dijo con humildad. “¿Zorra?”, dudé al recordar las palabras de Eleonora. Uno nunca sabe que es lo que oculta una extraña bajo el poncho, pero ella no lo parecía.

Las tareas que me encomendaron no eran nada diferentes a las que estaba acostumbrada a realizar en trabajos anteriores, pero Melisa me instruyó en algunos programas básicos de la empresa. Era increíble todo lo que tenía para hacer, pero me sentía alegre porque tenía que cumplir un horario y de esa forma podría olvidarme rápido de Henry. Corrección: podría olvidarme de Henry.

Al llegar la hora de almuerzo, mi compañera de sector me recomendó un lugar dónde vendían unas ensaladas riquísimas y baratas. Nos acomodamos con nuestros respectivos bandejas en una plaza cercana sobre un banco de piedra.

—Es cierto que hace poco que nos conocemos, pero la imagen que me habían descripto de vos es muy diferente a lo que veo ahora— reconocí mientras revolvía mi ensalada para que el aderezo se impregnara al pollo y a las verduras.

—A qué adivino: Eleonora te fue a hablar de mí, ¿no?— dudó con su dulce sonrisa de adolescente pero también con cierto atisbo de ironía.

—También me dijo que estás saliendo con un viejo decrepito nada más que por la plata que tiene— agregué. Y ya que estaba le soltaba el rollo completo.

—¿A *esto* le llama viejo decrepito? Mi novio Franco—dijo mostrándome la pantalla de su celular.

El hombre de la foto se notaba un poco mayor que Melisa pero era divino.

Tenía un hermoso rostro delgado, y ojos grises. Poseía un aire intelectual y sofisticado a la vez.

—Es muy atractivo— dije devolviéndole la foto.

—Tengo veinticuatro años y él treinta y nueve, y como verás, de “viejo decrepito” no tiene un pelo. Si Dios quiere, él volverá esta semana de Europa.

—¿Viaja mucho?

—Demasiado para mi gusto— dijo Melisa mirándome con nostalgia. Se notaba que estaba muy enamorada de su novio.

Durante la semana compartimos confidencias, almuerzos y tareas de oficina. Un viernes, llegué chinchuda producto de una pelea con Henry por *whatsapp* porque le conté que estaba trabajando. En mi inocencia pensé que se alegraría por mí, pero se mostró receloso y estallé cuando dijo: “Qué oportuna eres, ¿Y te has puesto a pensar como harás para viajar?”. Lo mandé a la mierda en inglés, decoré mis gritos con puteadas floridas en español y corté la llamada.

—¿Te peleaste con tu chico?—preguntó Melisa arrancándome de mis pensamientos.

—Digamos que era mi chico— respondí un poco agria.

—Adri, por experiencia puedo decirte que salir con una persona que vive al otro lado del mundo es muy difícil. Franco vive acá, pero viaja tanto que es casi lo mismo.

—No entiende que no puedo viajar ahora, pero no es porque se me canta, sino porque estoy trabajando. Igual la tonta soy yo, si somos tan diferentes. Nunca me va a entender— dije dándole un vistazo a la planilla de Excel que tenía que mandarle a nuestro jefe.

El sonido de su teléfono interrumpió la charla. Mel miró la pantalla y vi cómo se le iluminó la mirada.

—¡Hola, amor! Perfecto, te vas a hacer cargo de tus negocios, ajá— conectó el manos libres de los auriculares y se puso a tipear en el *Outlook* un mail que tenía que mandar.

Cuando colgó la noté muy emocionada y la envidia me pegó con el ímpetu de una trompada. Ella feliz y yo a las patadas por *whatsapp* con un caprichoso que pensaba que tenía que dejar todo por él.

—Franco recién llegó. ¿Sabés? Esta noche voy a bailar para él, me compré un nuevo traje de danza árabe que me queda pintado—dijo Melisa con dulzura y me sentí la peor por envidiarla tanto.

A las seis en punto salimos de la oficina y vimos estacionar un importante auto negro. Un hombre de mediana edad y pelo entrecano bajó e hizo una respetuosa inclinación. Abrió una de las puertas traseras del auto y ahí bajó el novio de Mel. Ella no esperó un segundo para arrojarle a sus brazos y besarlo con pasión. Aquel hombre, aunque de estatura media y contextura delgada, al lado de Melisa parecía un coloso.

Se acordaron de mí mirándome a la vez porque emití una estratégica tosecita. Mel me presentó sin dejar de abrazar a su galán.

—Franco de Aguirre, mi novio. Adriana Mora, mi nueva compañera de trabajo

Me observó con aquellos ojos grises y no pude evitar estremecerme. ¡Qué embrujo la mirada de ese tipo!

Hacia algunos años, al cumplir la mayoría la edad, Henry solicitó permiso para vivir en una casa lejana a cualquier castillo de su familia. A regañadientes, su abuela, la reina, accedió a prestarle una de sus propiedades: una mansión ubicada en un tranquilo y residencial barrio en las afueras de Londres. Aunque debido a la antigüedad de la casa, hubo un problema con las

cañerías, y Henry junto a Pacheco, su fiel asistente, tuvieron que trasladarse a un hotel, el mismo en el que estuvo Adriana. En realidad Tony sugirió la idea de alojarse en el palacio de Kensington pero Henry, siempre deseoso de salirse con la suya y para desesperación de su asistente, se negó en redondo.

—Pero, señor... deberá tener un poco de paciencia, alojarse en este hotel no fue una buena idea— opinó Tony en voz baja.

—Es verdad, porque olvidé que no estás a mi servicio, sino que te contrataron para vigilarme. Soy un estúpido.

—Alteza, me encuentro a su servicio y no lo vigilo, pero siento la obligación de advertirle que la prensa hablará.

Tomaron el ascensor rumbo a las suites del segundo piso con los guardaespaldas y un estático *bell boy* que ni siquiera les dirigió una segunda mirada.

Henry siguió protestando mientras volvía loco a Tony, pero después de maldecir a gusto un buen rato, tomó una actitud reflexiva. Ese gesto alarmó al asistente, porque eso quería decir que su señor tramaba algo. ¿Bipolar, el príncipe? ¡Ojalá, sí tenía como cincuenta personalidades!

—Mi señor, ya dígallo, suéltelo de una bendita vez, así nos sentimos más aliviados. Conozco ese silencio. ¿Qué es lo que quiere que haga?

—Quiero que Adrianne se reúna conmigo en París.

—Recuerde que ella ahora consiguió un trabajo, y no creo que quiera dejarlo de un día para el otro.

—Eso es fácil, le das el triple de lo que gana y listo.

—Señor, usted conoce tan bien como yo el carácter de Adriana, ella no vendrá por más dinero que se le ofrezca. Además no olvide que ella no vive del aire, necesita trabajar.

Con furia, Henry plantó un puño en la mesita dónde se encontraba una botella de whisky, una jarra con agua, vasos y unas cuantas copas, todo

tintineó musicalmente.

Mientras, dos mucamas aparecieron en la suite: una cargada con una bandeja de canapés y otra llevando de la mesita la jarra de agua y la botella de whisky.

Sonó el teléfono de Henry y atendió con cara más larga aún.

—¡Chelsy, te dije que no quiero verte más! ¿De qué forma tengo que decírtelo?

“Aves de rapiña sobrevolando”, pensó Tony.

—¡No recuerdo ni quiero recordar nada de ti! ¿Entendiste o te lo digo una vez más? ¡No quiero verte!—Henry seguía gritando por teléfono.

Tony reflexionó sin perder detalle de la conversación. Pero para su estupor, Henry empezó a reírse siempre hablando por su teléfono.

—Recuerdo eso, “Chelsyta”. Ese viaje fue muy divertido, pero no sé si será conveniente que nos veamos ahora. *OK*, pero después cada uno por su lado, ¿entendido? Te espero a las ocho. *Bye*— y cortó la comunicación.

—¿Pero señor, qué hizo? Ahora sí que la señorita Owen-Keller no lo dejará en paz.

—Tranquilo, Tony. Ella entendió muy bien solo será un “encuentro de buenos amigos.”

—Señor, hace dos años que esa señorita trata de revertir un “encuentro de buenos amigos” en algo más.

—Harto estoy de escucharte, hoy no cesas de llevarme la contraria todo el tiempo. Mejor me voy a dormir un rato— cuando se retiró a su habitación, Henry pegó un portazo.

“Qué karma de los mil demonios tengo en ser asistente de este chico, un buen día o mejor dicho, un día malo, lograré llevarme a la tumba.”

Tony se apresuró a tomar el teléfono para llamar a Adriana a través de *whatsapp* para contarle acerca de Chelsy.

Me alegré mucho cuando recibí la llamada de Tony, pero me preocupó escuchar su tono de voz.

—¿Le pasó algo a Henry?

Hablaba con el manos libres mientras posaba la tarjeta SUBE en el lector del colectivo para pagar mi pasaje.

—Chelsea Owen-Keller se “invitó” a cenar esta noche—dijo Tony.

Al compás de las palpitaciones de mi corazón iba formándose una rabia sorda.

—Quiero que me demuestres tu astucia. ¡Sé que te gusta de verdad sea príncipe o no, no como esa! Piensa en alguna solución, que yo haré lo mío. Nos vemos dentro poco en París. *Au Revoir*.

—Tony, sabés muy bien que si viajo ahora me van a rajar del trabajo. Vos estás en Londres muy cómodo mientras que yo me las arreglo acá como puedo, las cosas no están para que me echen en el período de prueba.

—Muy cómodo no estoy, porque mi señor está ansioso por verte y no me cabe un solo clavo en el trasero ya que me tiene hasta la coronilla con que quiere que vengas. Eres astuta, invéntate algo para viajar, querida.

No pude sacarme el tema de la cabeza durante el fin de semana, porque yo moría por ver a Henry de nuevo. El lunes pedí reunirme con mi jefe después de la hora de almuerzo.

—Alexis, necesito viajar. Ya sé que soy nueva y no tengo derecho a pedirlo, pero trabajaré más horas de lunes a viernes y puedo llevar trabajo a casa para adelantar tareas.

—OK. Te daré permiso para que viajes, pero con la condición de que trabajes hasta compensar tus horas de ausencia.

Me retiré con el alma en vilo del despacho de mi jefe, volví a mi escritorio

y llamé a Henry por *whatsapp*.

—*Caríssima*, pensé que seguías enojada conmigo. ¿Dónde estás?— preguntó con acento despreocupado.

—En la oficina, me olvidé de pagar el celular, se me está terminando el paquete de datos y...

Como vaticiné, la llamada se cortó. Henry llamó al instante. Me encantaban las video llamadas con él. Con verlo aunque sea a través de la pantalla de mi celular ya me cambiaba el humor.

—Cuéntame que pasó.

—Llegué a un acuerdo con mi jefe y pude conseguir su permiso para viajar cinco días a París.

—¡Perfecto! Le diré ahora mismo a Tony que compre el pasaje y en dos días nos veremos.

Era evidente Henry no había entendido nada de todo lo que le dije. ¿Se pensaba que con decidir una cosa la podía obtener al instante?

—No puedo ir en dos días.

—¿Entonces el fin de semana?

Nunca me caractericé por tener paciencia y siempre supe que sufro de un carácter de mierda, pero respiré hondo, conté hasta cien mil y le expliqué a Henry que el problema, era mi bendito, querido y reciente trabajo. Él entendió, pero intuí que mi realidad no le gustó del todo. Cortamos la conversación de manera civilizada pero con la promesa de vernos pronto. No estaba tan mal.

Lo que sí estuvo más que mal fue trabajar entre doce o a veces catorce horas por día durante toda una semana. Cada vez que sonaba por la mañana el despertador quería estallar en lágrimas, era a todas luces una esclava. Al verme tan hecha talco, Alejandra se apiadó de mí y me enseñó un mantra para

que lo pensara cada mañana.

—Hay un poder infinito dentro de mí, hay un poder infinito dentro en mí, hay un poder...—repetía en lugar de estrellar mi celular contra la mesita de luz cuando sonaba en modo despertador.

Llegó por fin el día que debía viajar, pero en lugar de dormir todas las horas que me hacían falta desde que me había metido en la cabeza la locura de viajar a París, seguí trabajando desde la notebook. Había instalado el Outlook de la oficina para mandar unos mails que me habían quedado pendientes.

Cuando fue a buscarme al aeropuerto, Tony se estremeció al verme.

—¡Ay, pero si eres un susto de medianoche! Déjate los anteojos de sol, por favor te lo pido— procuró taparse con el abanico cuando lo miré.

Viajamos desde al aeropuerto *Charles de Gaulle* en auto hasta el hotel en el que nos alojaríamos, ubicado en el corazón de París.

Un rato después, vestida con un pijama de satén y engalanada con mi cara de dormida, me senté en la cama y Tony hizo uso de su interminable paciencia tratando de maquillarme pero me gritó que dejara de balancearme como una borracha.

—Hago lo que puedo—dije cansada de todo pero por sobre todas las cosas, de sus putas quejas.

—Me olvidé el tapa ojeras en mi suite, así que no te muevas que ya vuelvo — pero apenas se alejó un par de metros caí muerta de sueño cual montón de escombros en la cama y tan larga como era.

Cómo un minuto después, (o eso creí), sentí que alguien se sentaba cerca en la cama. El desconocido se inclinó hacia mí y empezó a darme besitos en el cuello.

—Tony no molestes, tengo sueño— protesté con amargura.

—Adrianne, no soy Tony—dijo la voz que me hacía palpitar el corazón a

mil por hora.

Comenzó a besarme primero sin dejar de reírse, para después hacerlo con pasión. No éste no es Tony, me dije respondiendo como pude a sus besos.

—Descansemos un ratito— dije. En mi cerebro no cabía otro verbo más que la palabra dormir con todos sus sinónimos.

—Descansaremos, *caríssima*.

Se sacó los zapatos y tendiéndose a mi lado, me atrajo hacia sus brazos y apoyé la cabeza en su pecho. Volví a dormirme.

Al día siguiente me desperté sobresaltada: ¿dónde estoy? Recordé que estaba en París y mi principito estuvo conmigo mientras dormía. Que desastre de mujer que era.

Fui con Tony a recorrer París. Hacía mucho frío y se me congeló la nariz. ¡Lo único que me faltaba era volver enferma a la oficina! Alexis me iba a hacer picadillo, por eso hice lo posible para taparme la cara con mi clásica bufanda de los colores del arco iris. No hicimos más que caminar y deambular a través de los adornados escaparates, ya con motivos navideños. “Falta poco para las fiestas”, recordé con melancolía.

Por la noche, me vestí muy elegante para cenar con Henry. El ambiente era cálido y con luces bajas, se escuchaba el sonido de un piano. Me sentí sumergida dentro de la película “Casablanca”. *Tócala de nuevo, Sam*; pensé muy alegre.

Le conté a Henry el porqué de mi bochorno de la noche anterior, aunque en lugar de encontrar el consuelo que esperaba, me di cuenta que pensaba que era lo menos que podía hacer por él. De pronto, su imagen de príncipe azul ante mis ojos empezó a resquebrajarse en toda su magnitud.

—Adrienne, ¿qué esperabas que hiciera? ¿Tirarme de rodillas a darte las

gracias porque pudiste venir a París? Olvidemos el asunto y dame un beso.

Me tomó de la cara pero me deshice de aquella caricia con un movimiento brusco.

—Basta, que mi paciencia tiene un límite.

—¡Qué idiota fui al venir hasta París!

Varias cabezas miraron en dirección a nuestra mesa. Siempre tenía que cometer algún desatino. “Y ya basta con la música, Sam”, quise pedirle al tipo del pianito.

—Te pido perdón—Henry me besó la mano y continuó en un tono muy dulce— quiero que sepas que estoy muy contento de que nos hayamos reunido en París.

Sabía que estaba haciendo lo que él quería, darle siempre el gusto. ¿Cuántas veces más caería en su trampa? ¡Tantas!

Los siguientes días fueron de ensueño: creo que pasamos más tiempo juntos que cuando viajé a Londres. Una noche me pidió que extendiera mi mano y sin mediar palabra, sacó de un estuche de terciopelo una pulsera plateada tan fina y brillante que su brillo eclipsaba cualquier objeto a su alrededor.

—No puedo aceptarla— protesté nerviosa y a la vez admirada mientras él adornaba mi muñeca con esa delicada joya.

—Y yo me empeño en regalártela.

Dejé de protestar, entre admirada y avergonzada mientras acariciaba el relieve de la pulsera.

—Más te niegas a recibir mis regalos, más me gusta dártelos. Y además por una simple pulsera me agradeces mucho.

—No tiene nada de simple, porque me la regalaste vos. ¿Sabes? Me gustaría aunque fuera una pulsera hecha con papel de diario, porque es un

regalo tuyo.

De manera instantánea, me arrepentí por lo último que dije. ¡Idiota! Hay cosas que hay que callarlas, porque le había dado un poder que Henry aún no se merecía.

Henry me llenó de besos y de mimos, al menos eso compensó mi manera tan sencilla de ponerme en sus manos por completo.

—Supongo que un día, cuando te canses de mí, se van a terminar tantos los viajes, como tus besos y los regalos—dije pensando en voz alta.

—Ay, Adrienne. ¿Y quién habla de cansarse? Yo no me canso de esto—me llenó de besos en la cara, el cuello, el pecho y el abdomen. Después me hizo cosquillas y me hizo el amor de nuevo. Yo no me cansaba de ser suya, ni de mirarlo, ni de besarlo. Después de estar juntos lo abracé, porque a veces era mejor una muestra de cariño que las palabras. Lo curioso es que sentía su calor pero a la vez su ausencia, como si no lo tuviera entre mis brazos.

La noche anterior a mi partida a Buenos Aires, fui con Henry y Tony a una *Discòteque* situada al lado del *Moulin Rouge* y con tres pistas de baile, dónde sonaban diferentes ritmos que iban desde la música electrónica hasta al *reggaetón*; el lugar era inmenso y estaba repleto de gente. Ideal para Henry, que como atuendo tenía una gorra de lana negra y ropa de calle, pasara desapercibido. Los gigantones de seguridad lo seguían a una distancia prudencial.

—¡Qué bueno! —Dije a los gritos ni bien entramos— Hace mil que no voy a bailar.

—Sí, ya te oí. Sácate ya el megáfono— interrumpió Tony tapándose una oreja.

La música electrónica que estaba sonando se cortó súbitamente. Henry empezó a reírse imaginando lo que venía.

—*Caríssima*, no te pierdas esto—dijo acomodándose su gorra negra y abrazándome por detrás.

—¿Qué cosa?—pregunté mientras apoyaba la cabeza en su cuello.

Primero llegaron varias chicas vestidas de *majorette* manejando con habilidad sus bastones al ritmo de una vieja canción de Pitbull “*I Know You Want Me*”, creo que se llamaba. Luego llegaron varios jóvenes guapos bailando y gritando “El rey de la noche en París” o “El número uno”, pero después apareció ÉL, un rey sin corona.

—¿Robbie Shott? ¿El magnate de las golosinas?— exclamé con la boca tan abierta como una O mayúscula— ¿Qué hace acá?

—¿Lo conoces?— preguntó Tony.

—Lo conozco por las revistas y de la tele— aclaré sin dejar de mirar semejante espectáculo. Después pregunté a Henry—: ¿lo conoces?

—¿Y quién no lo conoce? La nobleza europea huye de él como si tuviese la peste, pero a mí no me importa porque lo considero mi amigo. Aunque será mejor que abandonemos este lugar antes de que nos vea o perderé mi preciado anonimato, ya que es muy estridente. Gritará a los cuatro vientos mi nombre en cuanto me vea.

—¡No me digas que ya nos vamos! —protesté.

—Señor, tal vez podamos ir a otro piso o quizás al VIP— propuso Tony compadeciéndose de mi tristeza repentina.

—Al VIP, no. Robbie se dirigirá para allá con su séquito en cualquier momento—terció Henry— mejor vamos a otra pista y veremos qué hacer.

—¡*Enriquito*, mi querido amigo!—exclamó una voz muy grave.

Robbie sonreía tanto que temí que la cara se le partiera en dos. Sus dientes brillaban a la luz del boliche y de tan blancos me parecieron falsos. Se encontraba vestido con unos vaqueros azules llenos de complicadísimos dibujos decorados con strass, camisa abierta hasta la mitad del pecho,

campera de cuero negra, botas tejanas y anteojos de sol oscuros. Su cabello negro estaba peinado hacia arriba como en un grito. Mirabas en su cuello: oro. En sus muñecas: oro. Oro y más oro.

—Tony, ¿era indispensable que te pongas esa camisa de leopardo? Con ese look pueden verte a diez kilómetros de distancia. Nos descubrió por tu culpa.

—De *falso* leopardo, mi señor. Usted sabe que soy ecologista ante todo; nunca uso pieles genuinas. Por favor no me difame—dijo Tony muy ofendido.

Robbie se acercó a nosotros llevando del brazo a dos chicas altas con aspecto de súper modelos y los jóvenes de su séquito también lo siguieron.

Terminamos en el VIP. La música era un poco más baja e invitaba a charlar. Nos acomodamos en unos sillones de cuero rojo.

—¿Qué tal, Tony?— le preguntó dándole una palmada en la espalda con su musculoso brazo lleno de tatuajes.

—Muy bien, señor Shott. Siempre es un placer verlo.

—Linda juerga tuvimos en Ibiza el año pasado, ¿no, Henry? Menudo yate que me compré, espléndido. Pero Henry, no me llamaste más, ¿qué pasó?— dijo Robbie a Henry.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó?— repitieron como autómatas dos jóvenes acompañantes de su séquito.

—¡Silencio, tontos! ¿Alguien los autorizó a que hablaran sin mi consentimiento?— tronó Robbie sacando del bolsillo de su campera de cuero un abanico tan llamativo como el de Tony y empezó a abanicarse.

—Podemos reunirnos a tomar algo quizás más adelante, antes de que finalice el año, porque estoy lleno de compromisos— dijo Henry.

—Qué sobrio te volviste, Principito, casi como Louis. En fin, Sallie y Jeannette no dejan de preguntar por ti.

Robbie se golpeó la frente al percatarse por fin de mi presencia.

—La señorita que te acompaña debe haberse ofendido por lo que te pregunté, pido disculpas. Un gusto, ¿cómo te llamas?

—Soy Adriana—dije en español bien porteño.

—¡Es argentina como yo!—dijo Robbie en español con tono argentino y por poco no se tiró al piso de la emoción, pero después volvió a hablar en inglés— Ella me parece mejor que... ¿Charlotte, era? Que de tan fina no se aguantaba ni un simple chiste verde.

Uno de sus guardaespaldas se acercó a gigantón 1, quién a su vez murmuró algo al oído de Henry.

—*Paparazzos* en la *Discòteque*. ¿No puedo estar tranquilo en ningún lugar? —nos dijo a Tony y a mí. —Debemos irnos ya, se supone que aquí no debería estar. Si se entera la prensa estoy frito.

—¡De ninguna manera! Sacaré a toda la prensa a patadas —intercedió Robbie e hizo una seña a sus guardaespaldas, éstos se acercaron al instante.

—Mejor no, Robbie. Mi padre me arrancará la cabeza si hay un escándalo, ya te llamaré— dijo Henry tomándome de la mano.

—¡Empieza por responderme los *whatsapp* de vez en cuando!—gritó Shott mientras nos alejábamos.

Salimos rápido del vip.

—¡Foto! ¡Foto! ¡Foto!— empezaron a corear dos chicas que reconocieron a Henry y se interpusieron en nuestro camino. Re contra mierda.

Pobre Henry, pensé con pena. Pero al momento me di cuenta que yo tampoco podía andar muy campante. ¡La tipa pidió unos días a su jefe para andar paseándose por París! Y al percatarme de ese detalle, pedí permiso, agarré de la mano a Henry y corrí con más ganas.

Antes de que se nos viniera encima medio boliche, fuimos hacia la puerta en un desesperado intento por alcanzar la salida.

Subimos al auto. Henry se sentó al volante y sin esperar a que me ponga el cinturón de seguridad, arrancó a toda velocidad.

—¿Dónde vamos? Te estás yendo al carajo con la velocidad, me da miedo — dije mientras me veía bamboleada de un lado para el otro en el asiento del acompañante y proseguí con mi perorata—: Tony y los guardaespaldas deben estar buscándonos.

—Ellos saben del desastre en la *discothèque* —respondió con pocas ganas — Nos encontraremos todos en el hotel de Vêndome.

—¡Pará la mano! Por vos me estoy escapando de los fotógrafos—dije ya enojada.

—¡Y tú podrías colaborar cerrando el pico porque me pones más nervioso de lo que estoy!— exclamó furioso y al ver la expresión de su cara, me encogí en el asiento del auto— ¡Nos están siguiendo! ¡Mierda y más mierda para todos ustedes, malditos! ¡Hijos de puta!— pisó el acelerador.

No nos esperaba ninguna desagradable sorpresa en el hotel, sólo Tony y gigantón 1 y 2.

—¡Menos mal que están bien!— dijo Tony cuando entramos a la habitación— Solo queríamos asegurarnos que se encontraban bien, así que yo me voy con este par de inútiles—miró a los guardaespaldas con furia y éstos bajaron la mirada, avergonzados.

Henry me abrazó y me costó responder a su gesto ya que seguía enojada por su actitud en el auto. Pero al instante comprendí que su vida era así y era un poquito tarde para arrepentirme. Al menos para mí, la suerte ya estaba echada.

Y yo me estaba convirtiendo en algo que siempre odié al observarlo en los demás: en una idiota sin voluntad. ¿Qué mierda hacía ahí, en París, arriesgando mi trabajo y mi bienestar por un tipo que ni siquiera tenía libertad

para salir tranquilo a la calle? Su madre pagó un precio demasiado alto por huir de los *paparazzi*, y yo... ¿estaría dispuesto a pagarlo? Mi cabeza era un bombo de tanto pensar.

—*Caríssima*, quiero que dejes tu trabajo, necesito que nos encontremos más seguido— dijo de repente.

Lo oí pensando que sin querer me había golpeado en la cabeza durante la huida en auto de la prensa. Seguro que había escuchado mal. No, no había escuchado mal.

—¡Henry, me doy cuenta que no entendiste nada de lo que te dije! Tengo la vida de una persona que trabaja de manera normal, no soy princesa ni nada que se le parezca; y por si se te olvida, necesito trabajar y mantenerme, además de pagar la renta.

—¿El dinero es todo tu problema? Pásale los datos a Tony de tu cuenta y todos los meses transferiré la suma que necesites. De esa manera podrás pagar la renta de tu departamento y todas esas cositas que necesitas, no sé por qué haces tanto alboroto. Diablos, que querrá ahora mi hermano.

La palabra “cositas” dichas por esa boca que tanto me encantaba, fue como escuchar las uñas en el pizarrón. Para la realeza y el incalculable poder de la monarquía inglesa, mis necesidades de persona humilde y trabajadora eran solo eso, “cositas”, baratijas sin importancia.

Él agarró su celular para contestar los *whatsapp* de Louis, tal vez esperando que yo, radiante de alegría (al menos en su mente de “todo tiene un precio”) cante como un canario los números de mi caja de ahorros.

Para lo que a Henry le pareció una fácil solución al problema de vernos y tener sexo como dos conejos, a mí me cayó como una patada en medio de los dientes. Hola, soy Adriana Mora y no soporto que me traten como un pedazo de carne. Me sentía humillada hasta la médula.

—¿Quién te piensas que soy, tu puta mantenida?—grité con mucha rabia.

—Adrienne, nadie te trata como una puta mantenida, ni Tony, ni mis guardaespaldas ni mucho menos yo. Quiero que nos veamos más seguido y trato de encontrar una solución.

Estuvimos un rato largo discutiendo, porque mi enojo tardó en disiparse. Pero como una tonta terminé perdonándolo.

Al día siguiente volví a Buenos Aires y retomé mi vida normal. Los días no pasaron, sino que volaron. Y llegaron las fiestas.

Pasé la navidad en casa de mis padres y tuve que fingir para que ellos no se dieran cuenta de mi melancolía, pero mi mamá que me conocía de toda la vida me miró con preocupación.

—Adriana, ¿pasa algo? Hace días que te noto como apagada— opinó en la misma cena de nochebuena.

“Re mierda”

—Fueron días muy pesados en la oficina. Eso es todo, mami— me oí decir.

—¿Estás peleada con ese chico, el tal “Pupi”?

— Es “Pipu”, mamá —su confusión me hizo sonreír— Lo extraño, eso es todo. Viaja mucho y no podemos vernos seguido.

—Tanto lío por un tipo que ves cada tanto y yo como un pelotudo haciendo la comida que te gusta, Adriana—dijo mi papá enojado y agregó mirando al cielo y con las manos extendidas, eso sí, con el repasador de la cocina sobre el hombro— ¡Barba, me diste dos hijas tan desagradecidas!

—¿Y yo que hice?—preguntó mi hermana muy molesta.

—¡Cállese usted! Cuando hable su padre coma en silencio y no sea irrespetuosa.

Dejé la silla para darle un beso a mi papá y disculparme, porque sabía que

estando él a dieta estricta, era poco más que un sacrificio preparar comidas suculentas que no podía ni probar. Yo desdeñaba un matambrito a la pizza con papas a la crema mientras el pobre luchaba por comer una pechuga hervida con calabaza y sin sal. Eso sí, don Roberto Domingo Mora, seguía la dieta que le ordenó el cardiólogo pero por cada bocado desprovisto de sodio puteaba hasta en arameo.

Mi mamá retomó el tema de “Pupi”.

—Adri, hay otros chicos. La vida cambia de un minuto a otro. ¿Quién sabe? Quizás este chico que tanto te gusta cambie su trabajo y todo solucionado.

“Claro, mamá. Deja de ser un príncipe y se me soluciona la vida. Es así de simple.” Era sarcástica hasta en mis pensamientos, Tony tenía razón.

—Gracias, mamita— ante la envidia de mi papá, comí con ganas la comida que hizo para mí. ¿Ganaba algo con matarme de hambre? Para nada.

El treinta y uno de diciembre lo pasaba en casa con mis amigas. Después del acostumbrado brindis en la oficina, llegué corriendo a casa y me duché con rapidez. Dormí una siesta, me vestí con elegancia y me maquillé con dedicación. A las seis de la tarde cuando me conecté a *Skype* para hablar con Henry. En Londres faltaba una hora para la medianoche.

—*Caríssima*, estás hermosa. Me pondré celoso si pienso que alguien te verá así de linda— dijo muy serio.

Se lo veía engalanado con un traje oscuro con botones de oro y cerrado hasta el cuello. Una banda amarilla y roja cruzaba le cruzaba el pecho en el cual también lucía varias condecoraciones. Estaba muy elegante.

—Nada más que nosotras tres.

—*OK*, entonces está bien —alzó una copa de champagne— me tengo que ir ahora mismo porque me están esperando, pero antes quería saludarte

viéndote por lo menos desde una pantalla. Feliz comienzo de año, Adrienne.

—Feliz comienzo de año, Henry— respondí con la voz entrecortada y cuando me di cuenta que no estaba conectado, dije en español—: Adiós, mi amor.

En enero seguí comunicándome con Henry, para mi sorpresa aún no había encontrado candidata para ponerse de novio y se empeñaba en que fuera a verlo. Dadas las circunstancias me negaba a viajar, no por falta de ganas sino porque no podía permitirme ese lujo. Me iban a rajarse del trabajo.

Llegó marzo y se estaba yendo el verano. Lo que no se iban eran las ganas a mi principito de que me reuniera con él. Cierta vez me enojé y le grité a través de una video llamada por *whatsapp* que lisa y llanamente no me rompiera más las pelotas, que no podía viajar y punto. Me cortó. Durante varios días estuve de malhumor, no podía ni llorar porque me quedé muy cabreada.

Aunque lo que se avecinaba era aún peor.

—Querida —dijo Tony una noche por teléfono con voz trémula, como si fuera a contarme que alguien se murió— Otra vez Chelsy.

—Estoy en la oficina y tengo una pila de cosas que hacer. Hablamos más tarde, chau.

Corté la llamada. ¿Por qué tanto alboroto? Si tenía que ponerme mal por todas las fulanas que ocupaban la cama de Henry durante mi ausencia, me podía despedir de mi estómago y también de mi hígado.

Tony volvió a la carga a la noche mediante una llamada de *Messenger*. Antes de atenderlo, suspiré hondo y encendí un cigarrillo.

—Tenés que reunirte con él, no sólo se volvió intratable sino que esa *mujer* no cesa de perseguirlo. ¡Creo que van a volver a estar juntos!

—¡Y ahora resulta que tengo toda la culpa! Estoy en el culo del mundo y

la que ocasionó todo esto fui yo. Me asusta el poder que tengo—me largué a llorar. ¡Dios! Era increíble la habilidad que tenía de elegir mal a los tipos de los cuales enamorarme. Y todo porque Pipu no había querido recibirme esa lejana noche de lluvia. Ahí comenzó todo.

—Ay, no llores, *ma chérie*. Me partes el alma.

—Soy una boba, no tendría que haberme encariñado tanto con él. Siempre supe que es un príncipe y yo una laburante.

—Henry está desesperado por verte. ¡Y me está volviendo loco! Se volvió irascible y rebelde como hace algunos años, había mejorado y ya estaba esperanzándome, ¡pero no! Dentro de poco me va a matar de un disgusto, ¡o mucho peor, podrían despedirme!

Me sequé las lágrimas y me soné la nariz con un pañuelito descartable haciendo ruido. Nunca fui demasiado fina y Tony me censuró con el pensamiento.

—Está bien—agregué con la voz pastosa por el llanto—voy a arreglármelas para viajar, pero te aviso que si descubren en el trabajo que miento, me van a echar a la mierda y Henry me va a oír.

—Corazona, ya sé que no lo hacés por mí, pero igual te lo agradezco hasta Saturno y todo el sistema solar. Tu futuro está en juego, también el de Henry, ¡Y no nos olvidemos de mi tranquilidad mental!

Las opiniones de mis amigas estuvieron divididas cuando les conté mi decisión:

—¿Otra vez vas a viajar? ¡Te dije que ibas a vivir con el culo pegado en un asiento de avión hasta que ese tipo se canse de vos y te mande a la mierda! Y encima te van a echar del trabajo— dijo Alejandra escupiendo enojo y señalándome como si fuera una criminal.

Ximena me dejó con la boca abierta. Siempre se mostraba muy fría y

calculadora:

—¿Vos querés a Henry?

—¿Y a vos qué te parece? ¿Te pensás que me gusta estar de acá para allá como maleta de loco?

—¿Y qué querés con Henry? Adriana, lo único que te pido es que pienses bien que es lo que te pasa con él, porque las cosas empiezan a complicarse— dijo Ximena.

—Mirá, nena. Andá al grano y decime dónde pretendés llegar, porque sabés que si algo que no me sobra es paciencia.

—Si seguís viajando te estás jugando muchas cosas. ¿Querés o no pasar tu vida con él?

—Quiero vivir día a día los momentos que compartimos sin pensar en lo que viene después, porque no puedo ni quiero imaginarme un futuro.

—Listo, ya me contestaste lo que quería saber —me interrumpió Ximena con tranquilidad— si no querés sufrir al pedo no lo veas nunca más. Porque jugarte a medias no sirve nada más que para sufras al divino botón. Jugate el todo por el todo, hasta la última carta. ¡No pienses más! Nos tenés a nosotras como aliadas— Alejandra hizo una mueca de disgusto pero no replicó nada— Y a Tony.

—Tampoco sé si quiero eso. Es de terror, no aguanto imaginar que cualquier cosa que haga pueda salir publicada en todas partes y que todo el mundo me juzgue y se meta con mi intimidad; que me critiquen y piensen que estoy por él por su status, su dinero.

—Adri, pese a no estar de acuerdo con lo que vas a hacer, siempre te voy apoyar en lo que decidas, lo que dice Ximena es muy cierto. Si seguís encontrándote con Henry todo en algún momento se va a saber. Eso no lo podés evitar.

—No quiero, no quiero eso.

Pero pese a no querer eso seguí adelante. No sólo le ofrecí a mi jefe trabajar más horas para compensar mi nueva semana de ausencia, sino que además le prometí ir los fines de semana a la empresa a realizar trabajo extra.

En esta oportunidad, cuando viajé a reencontrarme con Henry fue en Turín, Italia.

—Siempre tan inteligente, Adrianita—dijo Tony cuando me recibió a la entrada del hotel en el que me hospedaría.

—Queridísimo, si fuera inteligente no estaría acá.

Caminaba muy rápido sin sonreír. Tony me seguía el ritmo pero no sin disgusto.

—¿Podemos caminar un poco más lento? Ya de tanto correr a la par tuya me dio taquicardia.

Una vez terminado mi desayuno, fui a pegarme una ducha dando un gran portazo en las narices de Tony, ya que no hablaría de la razón de mi enojo. No pregunté si Henry había llegado, ni cuando iba a verme y tampoco comprendía mi propia actitud.

Tony me esperaba con un café en la mano, sentado en un amplio sillón blanco cercano a la cama.

—A ver, ¿puedo preguntar a qué viene esa cara de culo tan expresiva?

—Estoy re podrida, Tony. Es la última vez que vengo, vine para despedirme.

Tony entró en estado de desesperación, y con gesto teatral arrojó la taza al piso.

—¡No estarás hablando en serio!

—Esta relación me está hundiendo en el abismo, destruyéndome. Trabajo como una esclava para poder viajar, tengo miedo de quedarme con las manos vacías. Y no me gusta ser un ser sin voluntad adaptándome a los caprichos de

alguien que no le importa manipularme para hacer lo que él siempre quiera.

—¿Se supone que ese “ser caprichoso” del que tan mal hablas soy yo?— preguntó Henry entrando a mi suite.

—Alteza, no quiero contradecirlo pero malinterpretó las palabras de Adriana, ella en realidad quiso decir otra cosa.

—Tony, no me defiendas. Él escuchó muy bien lo que dije.

Henry me miró con frialdad. Y ahí me di cuenta que perdió todo atisbo de dulzura, sus palabras eran cuchillos que podían atravesarte de lado a lado.

—¿Entonces para qué viniste? ¡Podrías haberte ahorrado el viaje diciéndomelo por teléfono!—dijo de manera cruel.

Pero no me dejé amedrentar en absoluto. Orgullosa, me le acerqué y lo miré a los ojos.

—¿Y si tengo ganas de decírtelo en la cara, qué?—dije con firmeza y una sonrisa sarcástica.

Tony se dio cuenta que era hora de irse.

—¡Ay, pero qué cansado estoy! Con permisito— se retiró muy rápido.

—Aquí estoy —Henry se acercó a mí de manera que estábamos muy pegados uno del otro— Dímelo en la cara.

—Estoy harta de viajar de un lado a otro siguiéndote como una tonta, ¿te quedó claro o me consigo un megáfono?

—Lo entendí perfecto. ¿Y qué esperas?—sonriendo de manera burlona me señaló la puerta—No eres mi prisionera. —Su expresión se endureció y sus ojos azules lanzaron dardos, entonces dijo con voz enérgica— ¡Vete ahora mismo y no vuelvas más!

Se merecía una trompada en la cara como regalo de despedida, pero respiré hondo y mantuve una actitud digna. ¡Por supuesto que me iría! Aunque sabía muy bien que lloraría durante todo el puto regreso a mi patria. Pero el orgullo Mora era lo más importante.

—¡Ok! Me voy, pero antes te pido algo—susurré a su oído y lo miré con ironía—Nunca más me rompas las bolas. ¿Oíste bien?

Escuchamos un “¡No!” detrás de la puerta. Se ve que Tony no consiguió aguantarse y se quedó para escuchar nuestra disputa.

Henry me miró con desesperación, había entendido que me iría y para siempre. Se terminarían los viajes y las conversaciones eternas y video llamadas por *whatsapp* y *Messenger*. Era evidente que estaba acostumbrado a que muchas le rogaran o lloraran ante su enojo extremo, pero esta vez se había topado con una como yo, que antes de suplicar, primerísimo muerta.

—*Caríssima*— prosiguió con ternura acariciándome el pelo y un escalofrío me recorrió entera— Creo que nos fuimos a un extremo con esta discusión. Mejor quédate y hablaremos más tranquilos— dijo con humildad para después besarme con tanta pasión, que sentí que me habían practicado una lobotomía. Por supuesto que me quedaría, mi maldito terco y caprichoso principito.

Al tercer día nos trasladamos a una hermosa casa con pileta y sirvientes que ni siquiera nos dirigían una sola mirada. Cada vez que alguno nos observaba más de medio segundo, Tony se ponía en guardia y ellos seguían con sus quehaceres retomando su mutismo habitual.

Una tarde fuimos imprudentes, pese a los consejos de Tony de no mostrarnos tan efusivos fuera de la casa, nos metimos en la pileta y no dejamos de besarnos y mimarnos sin pensar más que en nosotros y nuestro amor.

—Te amo— dijo Henry.

—Te amo— respondí con una sonrisa.

Volvimos a besarnos, sin darnos cuenta que la lente de una cámara iba sacando foto tras foto de nosotros. *Clic. Clic.* Después que consiguió varias

imágenes nuestras, el misterioso personaje se bajó del árbol y se subió a su auto para partir rápido como una flecha con rumbo desconocido.

La rubia estrujó una foto dónde se ve al príncipe besando a Adriana.

—India sucia, tercermundista muerta de hambre— dijo con furia mientras su amiga Carol la observaba con una mezcla de miedo y admiración.

—Chelsy, ¿qué puedes hacer? Si la quiere de verdad estás perdida.

Chelsy sonrió mientras apuraba su trago de Cosmopolitan.

—*Ésa* no sabe con quién se metió y voy a demostrárselo ahora mismo... dame el teléfono.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Ya lo sabrás.

Chelsy se concentró en el llamado que estaba haciendo:

—Hola, ¿hablo con el periódico? Tengo una primicia para ustedes... no podré decir quién soy, pero les garantizo que tengo entre manos la prueba de un *escándalo internacional*, el príncipe Henry sale con una mujer indigna que no pertenece a su círculo ni clase social. No tiene preparación académica alguna y además es una latinoamericana muerta de hambre.

Colgó feliz pero al pensarlo un poco mejor volvió a agarrar el teléfono, pero esta vez hizo una llamada a la revista más famosa de los Estados Unidos.

—¿Hola? ¡Tengo fotos sobre el príncipe Henry y una mujer que da vergüenza de lo vulgar que es!

CAPÍTULO 15

Pasaron dos días y con Henry no nos separábamos nunca. Charlábamos, mirábamos películas, nos reíamos juntos y a veces nos hacíamos confidencias. Empecé por contarle que a veces detestaba mi mal carácter. Y él me sorprendió agregando que estuvo mucho tiempo sin aceptar la muerte de su madre, la recordada princesa Daria, escondiéndolo bajo grandes capas de agresividad y rebeldía, y que se dio cuenta, gracias a mí que la falta de su mamá, así como su repentina muerte, tuvo sus efectos en su vida personal y sentimental. Además dijo que se sentía muy cómodo hablando conmigo, que enseguida intuyó que era muy empática y comprensiva. Tal vez mi férreo carácter a veces me jugaba en contra, pero reconoció que más de una vez se mereció mis duras palabras, porque sin darse cuenta se había portado como un estúpido. No le respondí, sino que lo atraje a mis brazos, que fue más valioso que mil palabras juntas.

Cierta vez, durante el almuerzo, una de las chicas que trabajaba en la casa, de escote generoso, empezó a servirnos la comida. A mi modo de ver, creo que se inclinó lo suficiente para que Henry viera toda la riqueza de su blusa abierta. ¿Y que hizo él? Con disimulo, no perdió detalle de los atributos físicos de la italiana.

Con una sonrisa irónica, le pinché un dedo con el tenedor.

—¿Qué mierda fue eso?—preguntó con sorpresa. Era la inocencia personificada, pero ya lo conocía muy bien, porque cuando se hacía el tonto se ponía tan rojo como su pelo.

—Y yo voy a contestarte también con una pregunta. ¿Qué estabas mirando?— indagué, sin dejar de sonreír.

—El detalle de su collar, es muy bonito— contestó.

¡Caradura! Era como para ponerle la fuente de fideos de sombrero, pero

decidí primero mirar el pecho de la tipa, y era verdad, era un collar muy lindo el que llevaba.

Antes que consiguiera llevarme un bocado de fideos a la boca empezó a sonar el celular de Tony.

—Señores, tengo un mal presentimiento— atendió al parecer calmo, pero Henry y yo notamos que se había puesto violento, tanto que pegó un salto de la silla hasta quedarse de pie y empezó a caminar nervioso por el comedor— ¡Quiero ver esas fotos, mándamelas ya!— y cortó la comunicación.

Se dirigió a Henry.

—Alteza, hay un problema grave, alguien le tomó fotos cuando estaba con Adriana. No sé hasta qué punto son comprometedoras, pero me temo que deberá retornar esta misma noche a Londres.

—¿Esta noche?— pregunté con un dejo de tristeza en la voz. Aún faltaban tres días para volver a mi país.

Tony no me prestó atención. Estaba atento al *whatsapp*, su informante le estaba mandando todas las fotos. Cuando pudo descargarlas, Henry y yo nos acercamos para mirarlas.

No eran una o dos, ¡sino como treinta! No había nada obsceno en las imágenes, pero se notaba a la legua que entre Henry y yo había algo. Besos, arrumacos, mimos. Cuando noté que en una de las fotos se veía nítida mi cara, ahogué un grito.

—Esto saldrá mañana en la mayoría de las revistas, señor. Por eso comprenderá que esta noche deberá estar fuera de Italia— dijo Tony.

—¿No se podrá hacer nada para frenar las publicaciones?

—En eso estamos, Adrianilla. —Su celular volvió a sonar y Tony atendió al instante— Perfecto, esta misma noche a Londres. Adiós.

—¿Y?

—Lo lamento, señor. Esta misma noche deberá volver a Londres.

—Adriana, viajarás conmigo —Tony me miró con comprensión, pero fue muy directo— lo siento, querida. Son las reglas del juego.

Ya era de madrugada cuando conseguí dormir, habían pasado horas desde que Henry se había ido, hasta que:

—¡Adriana, levántate ya!— entró repentinamente al cuarto. —La puerta de la casa está plagada de *Paparazzos*.

—¡No me hablés así! ¿No ves que la situación me está desbordando?

—¡Entonces no me mires con esa expresión de una vaca que ve pasar el tren!

Terminé de acomodar la valija, me cubrí con unos enormes anteojos de sol y no olvidé una visera para esconder gran parte de mi pelo.

Tony fue muy exacto: la entrada de la casa estaba llena de periodistas, igual mandó a llamar a un guardia de seguridad al servicio de Henry para que nos acompañe. Llamémoslo Gigantón 3.

—Quédate calladita— me susurró al oído.

Los periodistas no aguardaban, y nos rodearon como parias:

—*Signorina, del "IL Cuotidiano Figaro"*. ¿Es usted la nueva novia del príncipe Henry?

—Buenos días, *mademoiselle*. Soy de "*L'heure du conte*". ¿Desde cuándo usted tiene un idilio con el príncipe?

—¡Una foto para "*Newspaper Now*", señorita! Por favor, sonría.

Mirando siempre para abajo seguí a Tony, quién se hizo cargo del asunto. Pero un momento perdió la paciencia y asentó un abanicazo en la frente de un fotógrafo.

—Señor, no puede agredirnos— protestó otro.

—Y me importa un cuerno. ¡Déjenos pasar!—agregó Tony enarbolando su abanico.

Gigantón 3 ayudó a dejarnos el camino libre haciendo uso de su enorme humanidad, aunque el trayecto desde la puerta de la casa hasta el taxi, se me hizo interminable. Aunque a la vista de todos parecía imperturbable, no dejé de pensar en cuanto talento tenía para convertir mi vida en una mierda tan complicada.

—¿Adónde vamos?—pregunté cuando ya estuvimos dentro del taxi.

—A París.

Nos tomamos un tren y de allí, a un hotel de París. Más tarde, nos hicieron llegar el almuerzo, y las principales revistas inglesas, americanas e italianas. Henry y yo estábamos en todas las tapas.

Procuré calmarme, ¿Qué carajo ganaba con hacerme mala sangre? Y en las fotos me veía bastante bien. En cambio el pobre Tony tuvo un día de furia: el padre de Henry lo llamó y además de gritarle, lo volvió verde a insultos.

—¡Mierda, que no gano yo en disgustos! Se viene otra— dijo Tony, después de atender y tapando el teléfono, dijo en voz muy baja— Es Louis— volvió a retomar la conversación—: Alteza, no estoy ofendido por lo que dijo su padre. En parte tiene razón, creo que nos descuidamos un poco. Sí, por supuesto que lo recibiremos.

—¿Louis, acá?— pregunté sorprendida.

—Te imaginarás que *su* opinión cuenta y mucho, así que ahora mismo te vestirás con decencia.

—¡Pero estoy bien vestida!

Tony chasqueó los dedos con furia en mi dirección.

—Voy a hacer de cuenta que no dijiste nada. Mientras lo recibo vas a maquillarte y ponerte un bonito vestido, ¡ahora mismo! ¡Quién vendrá a verte es el futuro rey de Inglaterra!

Me fui a arreglar con mala cara, mientras tanto escuchaba las voces que

provenían del living:

—¡Alteza pase, por favor! —oí decir a Tony, y agregó con voz ya neutra — Ah, *también vino usted*, Sir James, entonces pase.

Unos minutos después, reaparecí en el living de la suite. Hice una humilde reverencia cortesana a nuestro invitado, (Sí, ya sabía cómo hacerla) y me senté en un sillón frente a él, el príncipe Louis, hermano de Henry. Muy correcto, me dio la mano.

—Adrienne, vine en nombre de mi hermano.

Al mirar sus atrayentes ojos azulados, me hizo recordar a la madre de ellos, con esa hermosura tan particular. A su lado, se encontraba sentado un hombre de unos cincuenta años, de rostro cetrino, sienes plateadas y con pinta de mayordomo. Tony me había hablado de él antes con cierto descontento, y se notaba a leguas que no se tenían simpatía. Era el asistente de Louis.

—¿Cómo está Henry?— no pude evitar preguntar. Sentí el peso de la mirada de Tony y la de Sir James, por indagar a boca de jarro, pero no me importó.

—Muy bien, y al saber que estoy en Francia, me pidió que viniera a verte, y a brindarte una solución para que salgas de Europa sin ser atosigada por los periodistas.

Tony, sin mediar palabra y muerto de los nervios, mordió la parte superior de su abanico hasta que lo partió en dos. Lanzó un resoplido, tiró el roto de un revoleo fuera de la habitación, y del bolsillo interior del saco sacó otro idéntico al anterior, pero sano.

—Dime, ¡perdón! Dígame, quise decir— remendé el error lo mejor que pude y miré nerviosa con el rabillo del ojo, a Tony. No quería que rompiera el siguiente abanico en la frente.

Miré a Tony y éste asintió con la cabeza, autorizándome a que trate a

Louis de manera informal. Aquel Sir James se puso lívido, pero no replicó nada.

Louis prosiguió:

—El mismo día de tu partida recibirás una visita bastante particular y pintoresca. Henry cree que viajando con este *personaje*, y disfrazada, pasarás desapercibida.

—¿Con quién?— pregunté con ansiedad.

—Ya lo sabrás, Adrienne— agregó con picardía.

¡Mierda! Tan enigmático como el hermano.

Mucho después que Louis se fue, sentimos golpes en la puerta. Tony y yo nos miramos confusos. Con cautela, él preguntó a través de la puerta quién era.

—Yo— dijo Robbie Shott presentándose ante nosotros como siempre todo brillo, gel, pedrería y oro— Vengo a buscar a Adriana.

No sólo vino él, sino también cinco de sus amigos, uno de ellos protegiéndolo con una gigantesca sombrilla (¿de qué?), una rubia muy guapa con un perro diminuto en los brazos; además de tres de sus guardaespaldas. De pronto mi suite se llenó de gente.

Robbie miró al de la sombrilla.

—¡Acá no llueve, imbécil! —lo señaló con su abanico repleto de pedrería y brillos.

Según las indicaciones de Robbie, Tony me disfrazó para salir del hotel y luego del país, sin que ningún periodista se diera cuenta de ello.

—Es evidente que mi señor perdió la cabeza—dijo Tony mientras me preparaba lo mejor posible para mi huida de París— y tampoco entiendo como Louis dejó que esto ocurra, ¡es ridículo!

Una vez completado mi nuevo look, me uní al séquito de Robbie y me

asusté cuando miles de periodistas se apelotonaron hasta rodearnos por completo a la salida del hotel.

—Calma, querida. Están esperándome a mí, así como te ves nadie va a notar tu presencia— me tranquilizó Tony en voz baja.

—Pero Robbie, ¿qué tal si se dan cuenta?— preguntó con inocencia uno de los de su pandilla.

Era muy hermoso, pero como la naturaleza es sabia y no brinda en exceso, se notaba a leguas que también era el más estúpido de sus amigos.

—A ver, ¿y vos vas a decírselo a alguien? Y si eso ocurriera podés despedirte de todos tus huesos —Robbie después señaló con el abanico a todo su séquito, al ser todos argentinos hablaba en español con modismos argentinos — eso va para todos, ¿oyeron?

—No diremos nada— dijeron sus amigos a coro. La rubia acariciaba su perrito.

Pese a mi atuendo me encontraba muy nerviosa, con un montón de periodistas a mí alrededor y sin que ellos notaran mi presencia. De sólo pensarlo me castañeaban los dientes.

Recién llegados al aeropuerto de Buenos Aires, otra nube de periodistas pasó por mi lado sin siquiera mirarme. Como en un sueño, escuché sus preguntas y sentí los flashes de las cámaras de fotos. Sin querer, alguno me empujó para acercarse lo más posible a, ¿quién? A Robbie, por supuesto.

No sé cómo y cuándo conseguí salir de toda esa vorágine y llegar a destino, mi casa. Camino al ascensor, Alfonso, el portero del edificio, me miró con desconfianza. Cuando abrí la puerta de mi casa, Ximena y Alejandra se quedaron mirándome como si fuera una extraña. Alejandra saltó de la silla, pegó un grito y me amenazó con el taco aguja de su propio *stiletto*. Al mirarme con más atención, Alejandra se calzó el zapato y empezó a reírse a carcajadas, Ximena también hizo lo mismo.

Ahí recordé que después de tantas horas de vuelo había olvidado por completo que estaba disfrazada con la ropa de uno de los amigos de Robbie. Me miré en el espejo de pie de la sala y también empecé a reír a mandíbula batiente. Pese a la peluca corta, la artificial barba candado, la campera de cuero y las múltiples camisas que llevaba debajo, tenía toda la apariencia de un alfeñique. Fue un milagro que nadie se diera en cuenta del engaño. Me sentí ridícula y me reí hasta las lágrimas.

CAPÍTULO 16

—¡Qué fea es!— chilló Chelsy con horror al mirar una de las fotos donde se veía a Adriana.

—No parece tan fea, esa imagen no tiene ningún retoque — dijo Carol.

Como quién está a punto de sufrir un ataque cardíaco, la blonda Chelsy posó una mano en el pecho.

—¿Estás insinuando que yo sí, Carol? ¡Sabes que soy la *perfecta rosa inglesa*, sin mácula ni huella de un cirujano plástico!

Carol empezó a enumerar cada una de las cirugías estéticas a las que se sometió su amiga.

—¡Basta!— gritó Chelsy perdiendo la paciencia.

Su clamor hizo que una bandada de pájaros saliera volando de un árbol cercano a la piscina, y que el mayordomo que llevaba las bebidas a la mesa del jardín cambiara rápidamente de opinión y huyera corriendo en dirección a la casa.

—¡Estás poniéndote de parte de esa india sucia!—dijo en el mismo tono alterado de voz.

—Amiga, ¿qué puedo hacer para ayudarte?

—Me ayudarías mucho si no nombras a esa inmunda. ¿Dónde están las revistas? — sus uñas manicuradas empezaron a hurgar en el revistero que tenía cerca.

Por fin una sonrisa de satisfacción se dibujó en su boca.

—Está en todas las revistas. Ya es hora de destruir su reputación.

—Chelsy...

—¡Qué! Ya me estás alterando.

—No sé si lo notaste, pero las fotos de la revistas no muestran a la susodicha con el rostro bien claro. Al parecer no publicaron *todas* las fotos

que enviaste.

Chelsy lanzó otro grito de rabia al comprobar que Carol tenía razón.

Estaba tan obsesionada, que no dejaba en paz a mis amigas.

—¿Y si me descubren que hago? ¿Qué digo?

—Algo habrá pasado para que no se te viera la cara en ninguna foto de las revistas. Tu principito fue muy hábil—dijo Ximena con pocas ganas porque por su cara adiviné que el tema ya la tenía súper podrida.

Pero Alejandra no dejó de demostrar su desacuerdo.

—Igual todo pende de un hilo. Y me imagino que habrás aprendido la lección y fue el último viaje. ¿O no?

—Obvio que no fue el último viaje—dije sorprendida.

—¿Estás loca? ¡Tuviste suerte que en aquella oportunidad Robbie Shott te ayudara, pero no va a haber una segunda vez, Adriana! Ni hablar que vas a quedarte sin trabajo.

—Voy a arreglar algo con mi jefe— dije sin pensar en las consecuencias.

Fue Ximena quien, días después, me brindó una solución.

—Tomá, usá esto para viajar.

Sobre la mesa, extendió un certificado médico.

—Es la alternativa que estabas buscando para hacer tu siguiente viaje: dice diez días de reposo. Lo malo es si te mandan médico laboral, pero supongo que correrías el riesgo, ¿no?

Querido diario:

Diagnóstico médico: Lumbago / Diagnóstico real: ¡Ansiosa por viajar!

Próximo destino: la cama / Próximo destino real: El Cairo, Egipto.

Período: 10 días de reposo absoluto en casa. / Lo real: ¡10 días de absoluto disfrute!

Mientras una taciturna Alejandra me miraba con una cara tan larga que podía llegar al centro de la tierra, yo iba y venía trajinando con mis preparativos para el viaje: siempre temía olvidarme algo.

Era la tarde anterior a mi partida, (supuestamente hacía un día que *yacía postrada* en mi lecho de dolor) y la única que parecía compartir mi creciente entusiasmo, era Ximena. Mi habitación era un desborde de ropa sacada del placard y valijas a medio hacer; una montaña de ropa interior y zapatos esperaban ser acomodados en cualquier recoveco que pudiera encontrarles.

—¡Qué emoción, vas a conocer las famosas pirámides!— me decía ayudando a encontrar lugar a tanta cantidad de cosas por acomodar.

—¡Por favor traeme un recuerdo!— pidió Ximena sentándose en mi valija mientras yo hacía el intento por cerrarla.

—¿Y a mí qué me vas a traer, una momia? En ése tipo de países no hay nada para ver, lo interesante pasó hace más de dos mil años—dijo Alejandra.

Con enojo, arrojé mi repleta valija de la cama.

—Podrías ponerle un poco de onda.

—¡No me gustan las mentiras que metiste en tu trabajo para viajar! ¡Y no me gusta nada de nada Henry y sus estúpidos caprichitos de hacerte ir de acá para allá!

—Ale, sé que no estás de acuerdo, pero te prometo que no voy a volver a mentir.

Me interrumpió una nerviosa y pálida Ximena.

—Es el médico laboral y Alfonso ya le abrió la puerta. ¡Está viniendo para acá!

Como cucarachas que se chocan tratando de huir cuando uno prende la

luz, empezamos a mirarnos las tres sin saber qué hacer.

Una vez salida de mi letargo, y luchando por hacer las cosas rápido, conseguí un viejo camión de algodón para ponerme y en el apurado intento de sacarme la remera que tenía puesta, me quedé trabada. Desesperada porque no podía ver nada, intenté sentarme en el borde de la cama pero errándole en el intento, caí en el piso como un saco de papas, Alejandra fue en mi ayuda. En cuanto a Ximena, a las patadas consiguió meter mi pesada valija debajo la cama.

Ya embutida en mi viejo camión, aparté las sábanas y me metí en la cama.

Oí a Ximena desde el living, intentando mostrarse amable con el doctor:

—Pase, por favor. Está que no puede ni moverse la pobrecita, tan apenada porque *no puede* ir al trabajo. Estos casos suelen ser desconcertantes, usted me entiende, ¿verdad?

Alejandra me ahuecaba las almohadas y un instante anterior a que entrara el doctor, logré poner mi cabeza al costado, dando un matiz de dramatismo y de inmenso dolor a mi rostro.

—Pase, acá estoy.

—¿Qué te pasa?— preguntó el médico al tiempo que se sentaba al costado de la cama.

—Casi no me puedo mover, la espalda me martiriza— hice el intento de incorporarme y emití un quejido— perdón.

—A descansar, y cuando pasen los diez días de reposo, tenés que ir a control— dijo el médico examinando mi certificado médico

Le sonreí con esfuerzo, y de reojo en la mesita de luz, observé que estaba mi pasaje de avión junto con el pasaporte. ¡Carajo! ¿Se habrá dado cuenta?

En una pose sensual, Alejandra logró sentarse encima de los papeles justo cuando el médico miraba en esa misma dirección.

—Esto es todo —dijo el doctor escribiendo en una carpeta— reposo absoluto, y estos remedios para el dolor.

—¿Lo acompaño?— preguntó Ximena con una sonrisa que parecía el Guasón. Dios, qué mala actriz era.

Al día siguiente, viajé desde Buenos Aires hasta Nueva York, donde me encontré con Tony para tomar el siguiente avión hacia nuestro próximo destino.

—Querida, qué gusto verte—dijo dándome un beso en cada mejilla—
¿Preparada para la aventura?

—Leí mucho sobre Egipto. Dicen que es muy lindo.

—La verdad que prefiero Europa, en Egipto hace mucho calor. Y la comida me indigesta.

—¿Henry ya llegó?

—Las paredes oyen, Adrianita —y prosiguió en voz muy baja—: Llegará a Egipto un día después.

Al salir del aeropuerto de El Cairo, nos costó un poco conseguir un taxi, obtuvimos un desvencijado vehículo que parecía cumplir esa función. Pero, ¡qué pintoresco lugar! Las calles, repletas de gente, dónde podía verse en perfecta concordancia personas con ropas de turista como nosotros o a la usanza árabe. Miré los carteles en los clásicos jeroglíficos, la mayoría de ellos tenían su correspondiente traducción en inglés.

Llegamos al hotel y mientras los *bell boys* corrían a hacerse cargo de nuestras valijas, Tony discutía con el taxista. Después de un altercado de cinco minutos, llegaron a un acuerdo y el conductor nos sonrió con sus escasos dientes similares a unos palillos amarillentos, deseándonos una buena estadía.

—No te hacía tan tacaño. Pobre hombre, podrías haberle dado una propina.

Íbamos caminando por el *lobby* del hotel a registrar nuestra estadía.

—Adrianilla, no entiendes nada de nada. La costumbre de este país es *regatear*.

—Ah.

—¡Qué asqueroso calor! Ahora iré a darme un duchazo. Tu novio y sus absurdos destinos, tengo toda la ropa polvorienta—se dirigió al botones—: Mi maleta va para la suite de al lado, y cuidado con mis cosas.

Al entrar a mi suite, me quedé enamorada de ella. Era hermosa, decorada en tonos pasteles y con cierto matiz oriental que se percibía en el aire. Luego del agotador viaje en avión, podía recorrer El Cairo a mi gusto hasta que llegara Henry. Así se lo dije a Tony.

—¡Qué! ¿Con este calor? — se espantó.

Empecé a poner expresión de una nena a punto de llorar, sabía que era la única manera de convencerlo.

—Cuando se oculte el sol y baje esta temperatura abrasadora, *tal vez* pueda llegar a considerarlo. Ahora me retiraré a mi habitación. — me dejó con la palabra en la boca. Pero volvió de inmediato y preguntó—: ¿No era que querías pasear? Rápido antes de que cambie de opinión.

Lo primero que se nos ocurrió visitar fue *al Khan el Kalili*, un conjunto de tiendas maravillosas dónde se podía encontrar desde imponentes joyas hasta hermosos vestidos y deliciosos artículos de marfil, cobre y ricas esencias que perfumaban todo ese mercado inmenso. Estaba tan entusiasmada como una nena.

—¡Tony, Tony! Mirá esa pulsera de plata maciza, ¿no es divina? O ése vestido, y aquel perfume debe estar bárbaro.

—¿Sabes qué? Cuando venga Henry, lo traes a este lugar y le señalas cada

uno de los objetos o cositas lindas que quieres, que él seguro te los va a comprar. ¿Has entendido?

—Che, qué tacaño. En Londres y en París no fue así.

—¡Yo no lo pagué, tonta!

—Esa pulserita nada más.

—*Míster*, dele el gusto a su amada. Venga, siéntese a beber un té y a charlar conmigo de negocios. ¿No quiere dejarla contenta?— dijo en inglés el vendedor de la tienda con una enorme sonrisa.

—*Mi amada*... Claro.

Tony me miró de reojo y se sentó en un taburete que le ofreció el mercader. Regatearon durante un cuarto de hora pero pude lucir con orgullo la pulsera en mi muñeca. Pero antes de salir de la tienda, volvió sobre sus pasos.

—Y esa *thobe* (túnica) tan hermosa, ¿cuánto cuesta?— señaló ansioso.

El mercado tenía millones de cosas para deslumbrarnos; muertos de cansancio y con los pies a la miseria, nos refugiamos en *El café del Fishawy*, lugar elegido por escritores, poetas y músicos.

—¡Qué dolor de pies! Ni bien salgamos de acá, nos damos una vuelta por el spa del hotel—dijo Tony empezando a ponerse fastidioso.

—Mañana podríamos ir a Alejandría o a las Pirámides.

Podía visitar todos esos lugares en compañía de Henry, pero ya no andaría tan tranquila a su lado, porque por más que el peligro fuera ínfimo, siempre miraría para todos lados, aterrada por si algún amarillista nos siguiera de cerca. Como decía Alejandra, quizás la primera vez había tenido demasiada suerte de que no me descubrieran.

Al regresar, me di un par de chapuzones en la pileta cubierta del hotel y Tony fue a buscarme al rato.

—Sirenita, ¿dónde vamos a cenar esta noche?

—A un lugar típico, cualquier sitio menos este hotel. Quiero tanto conocer la noche cairota y probar su exótica comida— dije sonriente.

—Temía que dijeras eso, porque la comida de acá me cae espantosamente.

El hotel nos proporcionó un auto con chofer para llevarnos al restó libanés *Sabaya*, ubicado a orillas del Río Nilo. El ambiente era festivo y con música acorde, justo el lugar que quería conocer en mi primera noche en El Cairo.

Mientras Tony comía con cierto descontento una porción de pollo con verduras al vapor que para él era “comida de enfermo”, me sirvieron una gran variedad de platos fríos y calientes que me fascinaron.

—Adrianita, con respecto a las fotos de ustedes en las tapas de todas las revistas, juego todas mis cartas sin equivocarme, que la responsable fue Chelsy.

—¿Ella?

—Ella mandó a seguir a Henry y después envió las fotos a las revistas.

—Igual no le salió bien, Henry pudo impedir que salieran las fotos donde se ve nítida mi cara.

—Quería que la prensa hurgara en tu pasado y en tu situación económica, y al ver que no tienes dinero, la opinión pública pensará que estás con Henry solo por interés.

—No me da vergüenza que la gente sepa que soy pobre. ¿Y qué gana ella con eso?

—Mostrar tu peor faceta, porque al fin y al cabo es ella la que se casaría por interés, desde luego piensa que eres igual.

—Esa mujer que se mete ahora para separarnos. Amo a Henry, pero no sé si la vida que él pueda ofrecerme me gustaría tanto. En realidad no estoy segura de nada— dije un poco pensativa. Era la pura verdad.

—Dejemos que el destino lo decida, ¿te parece? Creo que eres perfecta para él, claro que con cierta preparación. Eres una joya, un diamante en bruto,

sólo falta hacerte brillar —concluyó tomándome de las manos.

Los músicos empezaron a ubicarse en el escenario y un maestro de ceremonia empezó a hablar por micrófono en árabe. Tony tradujo:

—¡Señoras y señores, con nosotros la odalisca Maryam!

Una chica de cabello castaño, vestida con un hermoso traje, comenzó a danzar al compás de un tema de Amr Diab.

Había algo familiar en la bailarina, ¿pero qué? De todas maneras podía verle parcialmente la cara ya que tenía un velo.

Al día siguiente contratamos un guía. Era un árabe de mediana edad, que hablaba inglés con un correctísimo acento británico y su nombre era Karim. Tony me lo hizo notar.

—Ya sé que eso le encantaría a Henry. *Ma* sí, entonces que duerma con él.

—Tienes un carácter de mierda, y no sé con quién quedarme, si contigo o con la Owen-Keller.

Arquee una ceja aún más ofuscada.

—¡Es un chiste! —dijo Tony pegándome en el hombro con su abanico. — Vamos a las pirámides, así te das el gusto de montar a uno de esos horribles camellos, si puedes soportar el hedor que tienen esas abominables bestias, claro.

Nos trasladamos en auto hasta Gizeh y camino hasta allá, mientras nos alejábamos de la ciudad, a lo lejos se veían las señoriales pirámides: Keops, Kefren y la de Micerinos; y junto a ellas, contemplando el paso del tiempo, la gran esfinge. Todas, rodeadas por el color dorado de la arena. El calor era terrible.

Cuando llegamos a destino, el guía contrató el servicio de uno de los tantos camelleros que andaban por allí, quien se acercó con el animal, llevándolo casi a las rastras.

—Mr. Pacheco, son *cincuenta libras* por quince minutos— informó Karim a Tony.

—¡Qué! ¿Cuánto? ¿Por soportar el hedor de aquel caballo anormal? En fin, ¡Vamos, Adriana, que el tiempo acá es muy caro!

Me animó dándome un abanicazo en una nalga, pero en el último instante, desconfié. ¿Qué tal si en algún momento del itinerario el camello no quería llevarme encima y me arrojaba fuera de su desnivelado lomo? Saldría volando como proyectil humano hasta toparme de nariz contra una de las pirámides y tendría el mismo perfil cortado de la esfinge.

—No pasará nada malo, *mademoiselle*. Le ayudaré— me animó el guía y junto con el camellero, lograron que subiera. El animal, pese a su rudo aspecto parecía tranquilo. Y al fin pude disfrutar del paseo. Desde el lomo del animal, le pedí a gritos que Tony me sacara fotos:

—¿Así salgo bien? ¡Avisame! Las mejores fotos van para *Facebook* e *Instagram*.

—Se supone que *estás* con licencia médica, re tonta. —respondió Tony en el mismo tono—Y agradecería que no te acerques tanto. ¡Qué olor! ¡Puff!— agregó abanicándose con recelo.

Después fuimos a ver un poco de historia: observar Keops por dentro. A medida que íbamos introduciéndonos en la pirámide, empecé a sentir un poco de claustrofobia. Karim nos informó que era un recorrido de aproximadamente cuarenta y siete metros de largo y ocho de altura. Eso no me tranquilizó en absoluto, además subimos de a uno por vez, porque de tan estrecho era imposible abrir los brazos hacia los lados en su totalidad. Después de semejante esfuerzo, por fin llegamos a una cámara rectangular de paredes y techos lisos, conocida como la *cámara del Rey*, dónde lo único que había era:

—¿Un sarcófago?— dudé/ protesté. Estaba tan muerta de calor que el sudor me corría por la cara, cuello y espalda. Una decepción total.

—No, la cueva de Alí Babá está acá al lado —dijo Tony con renovado sarcasmo— ¿Qué esperabas?

—Míster Pacheco, se está haciendo tarde. Debemos pasar aún por *la cámara del Caos*—alegó Karim.

—Tony, no sé si ese nombre me anima mucho a visitarlo.

—¡Vamos, andando! Así tenemos tiempo para llegar y esperar a Henry, limpios como corresponde.

Tal cual había previsto, La cámara del Caos no fue lo más halagador de mi viaje a El Cairo. Se encontraba en el centro de la pirámide, dónde el pasillo además de ser muy estrecho, también se encontraba inclinado. Agradable, ¿no?

Ni bien llegamos al hotel, Tony por poco no me arroja de cabeza a la ducha. No cesó de repetirme:

—¡Camello, camello! ¡Tienes tanto olor a ése animal!

Obediente como pocas, asentí sin replicar. Cuando salí del baño aún con el cabello mojado y vestida con una bata de algodón, me esperaba una muy grata sorpresa.

—¡*Caríssima!* Te extrañé mucho— contestó Henry mientras me abrazaba. Contentos de vernos, no dejamos de besarnos y mirarnos.

—Qué lindo turbante— dijo después en tono burlón señalando la toalla anudada sobre la cabeza.

—Adriana, a prepararse. Henry...—empezó a decir Tony, pero al caer en la cuenta que su jefe ya se encontraba en la habitación, agregó—: Perdón, Alteza. Veo que mis informantes, siempre llegan un minuto tarde a todo. Me retiro, con permiso.

—¡Me la regaló Tony! ¿Te gusta?—dije mostrándole a mi novio la pulsera

que Tony me había comprado una vez que nos quedamos solos.

Henry rió entre dientes.

—No, querida. La compré yo y me encanta que te adornes para mí.

Me sentí una figura de porcelana lista para vestir y desvestir. Humillación, ven a mí y cúbreme con tu manto helado.

—¿Qué pasa, *caríssima*? Sabes que soy un bruto. Por favor te enojas, fue sin querer.

Para no arruinar el momento decidí dejar pasar su comentario, pero en algún momento dejaría claro a Henry que yo era más que una muñequita tonta.

Me di cuenta que Henry tampoco se moría de entusiasmo por conocer Alejandría, lugar al que nos trasladamos después. Desde luego que no demostraba el abierto desprecio de Tony hacia “tanta decadencia, cosa vieja y rota”, pero a lo sumo observaba todo con un disimulado desdén, o en el mejor de los casos, un aburrimiento camuflado. Prefería salir sólo en compañía de Tony y su cara larga de disgusto.

—¿Otra vez proponiendo paseos nefastos? ¡La primera caravana de beduinos que ofrezca por ti aunque sea medio camello, te vendo!— exclamó Tony mientras recorríamos Las Catacumbas de *Kom es-Shoqa*, famosas por sus elementos faraónicos y romanos.

—Tony, ¿a vos te parece que para Henry sólo soy un elemento decorativo? ¿Una muñequita tonta a la que puede llenar de adornos y utilizar a su antojo?

No me respondió, se limitó a mirarme, como si eligiera las palabras.

—¿Podés darme una respuesta?— dije llena de ansiedad.

—Louis muy pronto anunciará su compromiso de matrimonio.

—Eso no contesta a mi pregunta, además siempre dijiste que se casará con

una chica encantadora, ¿qué tiene de malo?

Tony abrió su abanico y empezó a lanzarse aire, nervioso.

—Chelsy no se detendrá ante nada, Adrianilla. Como te dije una vez, hará todo para lograr que quedes mal ante todo el mundo y ella se muestre como la futura esposa perfecta para mi señor. Necesito desenmascarar cuanto antes a esa mosquita antes, y ya lo lograré. Y en cuanto a tu pregunta, mi señor no te considera una muñequita tonta, y ya basta de pensar en tonterías.

Sí, era fácil decirlo. Pero si bien Tony respondió a una pregunta, el destino se encargó de demostrarme con hechos lo que yo tanto temía.

La respuesta llegó casi de manera inmediata cuando abrí la puerta de la suite con suavidad, y encontré a Henry hablando por teléfono.

—Chelsy, no puedo ir ahora... ¡No me grites! Esas fotos que viste en las revistas son una confusión. No me ato a nadie, quiero divertirme.

Me quedé parada mirándolo, estática, sintiéndome más miserable que nunca. ¡*Crash!* Un sonido blanco estalló en mi cabeza cuando largué la bolsa con los regalos que compré para mis amigas.

—*Caríssima*, llegaste temprano. ¿Qué tal el paseo?— dijo Henry con ternura.

Sin lograr dominar mi cuerpo ni mis pensamientos, le di un cachetazo en plena cara.

—¿Por qué...?— empezó a decir.

Una mancha se le dibujó en la mejilla, que se hizo tan roja como su pelo. Era el recuerdo de mi mano.

—¿Así que no quieres atarte a nadie? ¡O sea que eso me convierte en tu puta del momento!

Tony llegó corriendo.

—Adriana, ¿qué son esos gritos?

—¡Me voy, me vuelvo a mi casa!!— contesté llorando furiosa.

Con rápidos movimientos me deshice de la pulsera comprada en El Cairo, la cinta de platino obsequiada en París y el anillo de *Bvlgari*, tirándolos uno por uno al piso. Como una marioneta, Tony hacía volar su mirada desde mis manos hasta el suelo, dónde las alhajas brillaban como un mal chiste.

—Acá te dejo tus “regalitos”, no tienen valor alguno para mí—dije con ironía, escupiendo desprecio— guardátelos, o dáselos a otra. Chau.

Tony me siguió hasta el pasillo del hotel.

—Adriana, estoy seguro que todo esto fue una confusión. Ven a mi cuarto a calmarte un poco— una vez en su suite, me alcanzó un vaso de agua junto a un analgésico.

—Escuché muy bien lo que le dijo a ésa. Te pido, que por favor, que no me subestimes.

—¡Esa maldita! Adriana, ahora que estás serenándote un poco, reflexiona. Esta situación no es común... podemos encontrarnos con trabas en el camino, y si hay una piedra *gorda* y fastidiosa como pocas, esa es la Owen-Keller. Te lo advertí, fue ella la que mandó las fotos a la prensa, ahora sí que tengo la certeza. Toma esto, es tuyo— me extendió el anillo de *Bvlgari*, aquel que tiré durante el fragor de mi enojo.

Indecisa, lo tomé y me lo calcé de nuevo en el dedo. Ya le tenía demasiado cariño.

—Quiero dormir, estoy muy triste y a la vez con mucha rabia.

—Está bien, yo hablaré con mi señor, te dejo descansar.

Por supuesto que no quería dormir nada. Como antes mandé a juntar mis cosas de la suite que estaba ocupando, me encontraba lista para partir. Siempre que viajaba, llevaba algunos ahorros de emergencia y tenía en mi poder también las libras que Henry me había obsequiado antes de mi viaje a Inglaterra, que casi no había gastado. No había mejor ocasión para

utilizarlos que en ese momento, ¿no?

Por Internet, compré un pasaje de avión a *Ámsterdam* y conseguí el alquiler de un departamentito de poca monta en el corazón de la ciudad. ¿Volver a Buenos Aires y desaprovechar los días que me quedaban? Ni muerta.

Como en un sueño, me subí en el taxi que me llevó al aeropuerto. Parecía cosa del destino conseguir justo pasaje para irme bien al carajo. ¡Chau, Henry! Pensé mientras alzaba el dedo medio en dirección al hotel.

El departamentito que me aguardaba en *Ámsterdam* era muy bonito. Un mono ambiente luminoso y limpio, ubicado en un sencillo edificio con vista al *Vondelpark*, un parque inmenso y muy lindo.

¡Había tanto para ver! Lo primero que hice fue en recorrer El mercado de Flores. Después compré por capricho unos pocos tulipanes para adornar mi morada de paso.

Después me tomé el tranvía veintiuno, ¿era en la parada *Westermakt* dónde debía bajar? Ayudada por un mapa logré ubicarme en mi próximo destino, la casa de Ana Frank, convertida en museo. Mi celular no paraba de sonar, como adivinaba que podía ser Tony, no atendí.

Con una vasta provisión de alimentos que logré conseguir en el mercado, volví a mi departamento. Después de una frugal cena acompañada de vino, descorché una botella de champagne y empecé con una copita, luego seguí con otra... y a la media hora, cantaba a todo pulmón "*Some day My prince Will Come*", acompañada por Barbra Streisand, ella entonaba aquel maravilloso tema desde un video de *YouTube*, ambientado con imágenes de la película de Disney, Blanca nieves.

Para ese momento especial y ya chocándome con las paredes mientras caminaba, decidí adentrarme en clima con la canción; me até uno de mis collares alrededor de la frente a modo de tiara. Con esa improvisada "corona"

y botella en mano, canté con tono de borracha y en español, traduciendo la voz de la Streisand, que lo hacía en inglés. Yo también era una princesa, carajo.

Sonaron unos golpes en la puerta. ¡Mierda! ¿Por qué no me dejaban ser princesa en paz? Me deslicé haciendo perfectos ochos, era una borracha perdida.

—¿Qué es este bochorno?— agregó Tony con horror desde la puerta al ver mi ridículo aspecto.

—Soy princesa, ¿no te gusta?

—Y yo que esperaba encontrarte sumida en la peor de las depresiones, ¡y con qué espectáculo dantesco me encuentro!

—¡No me grites! Me duele la cabeza.

—Ahora mismo te haré un café así me escuchas con atención, porque te necesito sobria. ¿Cómo se te ocurre irte así sin avisar?

—Porque Henry vive su vida como si yo no existiera, ¡Y resulta que por él me la paso mintiendo! Y lo encuentro hablando alegremente por teléfono, diciéndole a esa bicha que quiere divertirse y pasarla bomba. ¿Qué querés que haga, quedarme para que él siga trapeando el piso conmigo?

—Henry nunca te trató como un trapo de piso, Adriana, pero creo que equivocas el camino. Deberías haberte quedado para decirle sus verdades en la cara, zapateando el suelo, imponiéndote. Pero no huyendo como una salvaje.

—Tony, soy una salvaje. Chelsy es nada más que el primer obstáculo. ¿Y después que me queda? La familia. ¿Te pensás que va a aceptarme de buenas a primeras?

—A Louis le caíste muy bien. No es poco para comenzar.

—Debe ser por el alcohol, pero me agarró un sueño atroz. El apartamento es muy chiquito, podés dormir conmigo si no te molesta.

—Te lo agradezco mucho, pero ya reservé habitación en un hotel cercano. Ve a descansar ahora mismo porque tu cara está en un estado lastimoso.

—¿Y Henry?

Tony se volvió a mí para contestar con otra pregunta:

—¿Lo vas a perdonar?

—Estoy demasiado dolida— contesté bajando la cabeza. El collar convertido en tiara me golpeó la frente.

—Si no estás tan ebria como veo, quiero que pienses sobre lo que recién hablamos. *Bye*.

Al día siguiente se me partía la cabeza. Cuando prendí el celular mientras me hacía un té de hierbas, me cayó un mensaje de voz por *whatsapp*, era de Tony: “*Iré a visitarte por la tarde, ahora me dieron ganas de ver a una amiga que reside aquí. ¡Apuesto a que estás con una resaca de película! Me alegro, te lo tienes bien merecido. Igual te envío cariños.*”

Mientras tanto, Tony fue a ver a su amiga que vivía en *Ámsterdam*. Apenas se acercó a la maciza puerta de entrada, un guardia de seguridad se detuvo a preguntarle, sin tapujos, qué quería.

—Vengo a verla a *Ella*, a *Your Royal Majesty*— dijo agitando su abanico con insolencia en la cara del sorprendido guardia.

—Imposible, señor. Requiere una cita para poder pasar y una autorización de la casa real—contestó el hombre, midiéndolo con la mirada.

Tony se salió de sus casillas, además de sentirse insultado.

—Estoy de visita en Holanda, porque resido en Londres la mayor parte del año. Dígame que soy Tony Pacheco O’Higgins.

El policía dudó sin saber qué hacer. Exasperado, el asistente de Henry sacó su teléfono celular y empezó a marcar.

En cuanto lo atendieron exclamó, con disgusto:

—¡Querida! Estoy por casualidad en Holanda y vine a verte. Hay un señor que no me deja pasar.

Al instante, el guardia recibió un llamado y luego de escuchar una orden directa en holandés, dio el visto bueno para que se abriera el gigantesco portón del castillo.

—Pase, señor— le dijo con irónica amabilidad.

—¡Por fin! Con permiso— exclamó Tony lanzándose aire con su abanico para mirar al policía con altivez.

Un estirado mayordomo lo guio por la enorme y lujosa estancia y al fin pudo verla.

—¡Querida! Estás preciosa. Ese porte, tu sonrisa... ¡irradias luz!

—Gracias, Tony— dijo Martina, Reina de los Países Bajos— pero no nos quedemos acá, vamos a mi oficina.

Saborearon jugo y café y hablaron sobre novedades en la vida de ambos, Martina lo miró con expresión dubitativa y a la vez expectante.

—¿Y, no piensas contarme nada importante? ¿Qué te trae por Holanda, algún novio?

Tony hizo un gesto de indiferencia.

—Ojalá, no estoy de novio. Vine por trabajo, acompañando a mi jefe.

—Cierto, lo recuerdo, eres asistente de Henry de Gales. ¡Es un desastre! Seguro debe sacarte canas verdes. Es el comentario de toda Europa, sus locuras son muy habladas, y según lo que dicen también, tiene un temperamento indomable, ¿o me equivoco? Pero tu paciencia es de oro, aún recuerdo cuando me dabas mis primeras clases de holandés y repetías sin cesar “¡Deberás parecer tan holandesa como un campo lleno de tulipanes!” ¡Qué buenos tiempos!

—No tanto, ¡mejoró mucho porque a mí nada se me escapa, lo vigilo bien

de cerca! ¿O no veo los resultados de mi gestión de protocolo en ti, mi reina? Eso es lo que eres: ¡Mi reina, mi reina! Sí, nadie como tú, Martina. Holanda te adora, y yo también, por supuesto.

Martina acarició la cara de Tony con cariño.

—Pero cuéntame más, por cómo te conozco sé que tienes alguna novedad jugosa. ¡Dale, soy toda oídos!

—Bien— suspiró Tony sorbiendo su taza de café— Es largo, pero como sé que no dispones de demasiado tiempo, voy a ir al grano.

—Quiero detalles—protestó Martina— ya avisé a mi gente que quiero el resto de la mañana libre.

—¿Te volviste loca? ¡Me van a odiar! No quiero excederme en la visita, pero lo prometido es deuda, así que comenzaré ahora mismo, mi reina.

Le contó todo acerca de Adriana, de Henry, como se conocieron, hasta la reciente pelea que tuvieron en Alejandría. Martina sonreía, fruncía el ceño, y como no era de reprimir sus raíces latinas, cuando le pareció que había humor en algunas anécdotas, se dio el gusto de reírse a carcajadas. Sus reacciones eran de acuerdo a cada relato.

—La verdad me dejas pasmada— dijo por fin, luego de escuchar con paciencia todo lo que Tony alcanzó a contarle. Prendió un cigarrillo, para después agregar—: ¡Pobre chica! Por cómo me la describiste, hasta me cae bien. Venir a conocer a Henry de esa manera... ¡hasta parece una novela! No tengo demasiadas buenas referencias de él, pero puede llegar a corregirse, si ella es inteligente y tiene un poco de paciencia. Mi marido, *lamentablemente*, era igual o incluso peor que él (Tony recordó, que al rey de Holanda, durante años lo llamaron “príncipe cerveza”, aunque por delicadeza no quiso decirlo), pero cambió un montón. Por eso decile de mi parte, que no pierda la fe, porque deberá tenerla, y en cantidad. ¡Bárbaro, Tony! Te felicito.

—Esto se viene para largo y lo veo bastante complicado.

Martina arqueó una ceja sin dejar de reflexionar y palmeo el dorso de una de las manos de Tony.

—¡Hasta podríamos ser amigas! —Apretó la mano de Tony— Él tiene que casarse con Adriana, lógralo— agregó ya con su habitual sonrisa.

Estaba muerta de aburrimiento. Miré algunos programas de televisión, todos en idioma holandés. Lo único que pude entender, fue sólo el noticiero de un canal inglés. ¿Y quién quiere mirar aquello para entretenerse? Agarré mi cartera y partí para seguir conociendo *Ámsterdam*.

Pero, ¿dónde ir? Recordé que me había quedado con ganas de recorrer el *Waterlooplein*, una especie de mercado de pulgas en el cual se vendían desde artesanías, hasta ropa y discos de los años 70'. ¡Era increíble! Como hipnotizada, no dejaba de revolver y mirar que era lo que me podía llevar, aunque a precio euro, todo se encarecía mucho. Al final, luego de adquirir algunos viejos recuerdos, me decidí también por una cadena bañada en oro, que tenía una hermosa medalla con la señal de la paz.

Recibí un *whatsapp* de Tony y decidí volver de nuevo a mi apartamento, no sin antes pasar por algún lugar dónde comprar algo para tomar. ¿Alcohol? ¡No!. En una tienda de víveres, decidí también adquirir unas setas u hongos, estaba encaprichada por hacer un *omelette*, seguro que a Tony le gustaría mucho.

A casi una cuadra de llegar a destino, sentí un susurro:

—¡Eh tú, muchacha! ¡Guapa!— era una gitana vieja que me llamaba agitando un dedo índice. Parecía de unos setenta años, vestida como las de su raza: pollera larga, cabello entrecano peinado en un rodete alto, blusa con los colores del arco iris y atiborrada con millones de collares y anillos (me hizo acordar un poco, a Robbie Shott. Con la diferencia de que él, jamás hubiera

usado pedrería falsa).

No alcancé a imaginar por qué me detuve y la miré con curiosidad.

—¿Eres de Latinoamérica?—preguntó y sorprendida, asentí en silencio. ¿Cómo diablos podía saber esa mujer que era de allá? Tal vez mi aspecto denotaba mi herencia latina.

—*Veo algo especial en ti*, ¿me dejas ver tu mano? Te cobro barato porque tu rostro me cae simpático.

Extendí la palma derecha. Ella empezó a mirarla con detenimiento y acercó hacia mí su cara tan amarilla como la de un pergamino.

—Oro, lujos, poder. Mucho poder, ¡pero varios peligros! Una mujer muy perversa, ¡cuidado con ella! En el medio hay un hombre, como en la carta de los enamorados, tironeado entre el amor que representas tú y ella, quién quiere envolverlo con sus intrigas. El triunfo depende de la señorita— me dijo sonriendo con sus escasos dientes marrones de nicotina— Si cumples tu destino y logras llegar a él, triunfarás.

Le pasé los pocos euros que me quedaban en la cartera y salí corriendo hasta el departamento.

Tony me esperaba en la puerta del edificio, con cara de fastidio.

—Hace cuarenta y cinco minutos que estoy esperándote. ¿Dónde te habías metido?

—Perdón, fui a uno de los mercados a ver chucherías y luego pasé por una tienda a comprar víveres. Te quedás a comer, ¿no?— consulté todavía agitada y lo invité a pasar a mi apartamento.

Tony empezó a revolver mis nuevas adquisiciones y asqueado, se limpió las manos en el pantalón.

—Cuántas porquerías. ¿Quién será el desafortunado receptor de los patéticos regalos? A mí no me mires.

—Yo misma, me gustan estas cosas. Además me compré un collar —dije

sonriente y después comencé a hurgar en mi cuello con angustia— ¡Mi collar! ¡Me lo robó la gitana!

—¿Estuviste hablando con una gitana? Eso te pasa por tonta, suerte que no te robó el anillo.

Con alivio, miré mi *Bvlgari*, ¡menos mal! Y le conté a Tony las predicciones de aquella vieja.

—¡Eso te lo dije yo y eso que no leo las manos! Igual ya me ocuparé de Chelsy. Tengo un par de ideas.

—¿Cuáles?— interrogué a los gritos desde mi minúscula cocinita. Había empezado a cortar las setas, luego de haberlas lavado. El *omelette* ya estaba en marcha.

—Amigos poderosos, influencias... pero por el momento no te contaré más. Creo que te pondría nerviosa.

Entre los dos pusimos la mesa, gaseosa de limón para mi maltrecho hígado y vino para Tony, además de platos y cubiertos.

—Mmm, no sé si quedarme a comer. ¿Qué tal si mi indigesto?— dijo Tony dándole una mirada de desconfianza al *omelette* ya listo.

—No seas malo, si hay algo que me sale bien, es el *omelette*. Te va a encantar, lo juro—agregué con orgullo mientras la llevaba en un plato grande con tapa, en dirección a la mesa.

Sonó el timbre. Corrí hacia la puerta pensando que era Isabelle, una encantadora francesa que se alojaba con su novio en el departamento de abajo.

Pero no era Isabelle.

—Hola, *Caríssima*— saludó Henry.

No supe que hacer. Traté de buscar odio en mi corazón pero no lo encontré.

—¿Puedo pasar?

Me hice a un lado para que entrara a mi departamentito. Tony lo saludó con una inclinación de cabeza y se detuvo a mirar por la ventana para darnos un poco de intimidad.

—Vine porque me moría por verte —prosiguió Henry— además de disculparme por lo que pasó en Alejandría. En mi afán de no darle información a Chelsy, terminé haciendo algo incluso peor. No es cierto que no amo a nadie ni que quiero divertirme nada más, te tengo a ti en mi vida y te amo. Lo siento, *cara*, te hice sufrir. Fui un idiota, ¿me perdonas?

—Mmmm. No sé si te perdono —dije intentando parecer severa— Pero si quieres y porque soy muy buena, te invito a cenar. ¿Te quedas?

Tony se volvió hacia Henry con actitud desesperada.

—Señor, no me hago responsable de lo que Adriana dice llamar “cena”.

—No hay problema, me gustaría probar lo que ella preparó. Con esas manitos tan lindas no puede preparar nada que esté feo, ¿no?

—Quizás debería preparar otro *omelette*, ¿dónde dejaste a tus guardaespaldas?— pregunté, los gigantones no se veían por ningún lado.

—Están en el auto. Tienen su buena provisión de Mac Donald’s, no te preocupes por ellos— contestó Henry y me besó en la frente.

—Qué suertudos— terció Tony mirando el cielo raso en actitud de ruego.

—Ya vas a ver que vas a terminar pidiéndome una segunda porción.

—¡Dios me ampare! Veremos si me convences— suspiró Tony. Masticó con desconfianza pero después me miró casi con admiración— ¡Mmmm, no está tan mal! Usted señor, ¿qué opina?

—Está rico, *caríssima*— respondió Henry comiendo con apetito. Me sentí exultante, halagada.

—Contra todo pronóstico te luciste, Adriana. ¿Con qué hiciste la comida?— preguntó Tony. Para sorpresa de ambos, y sin motivo alguno, Henry empezó a reírse.

—Compré setas en una tienda de por acá, ¿no quedó riquísimo?

Henry seguía riéndose sin razón aparente, era el que más había comido.

—¿En qué tienda?

—Ay no sé, Tony. No molestes, en una de acá a tres cuadras— contesté primero seria y luego con unas ganas terribles de reírme. ¿Sería que verlo a Henry tan divertido me había contagiado?

—Habrás preguntado qué clase de setas u hongos eran, ¿no?

—¿Por? No voy a preparar nada con cosas en mal estado. ¡Qué pregunta!

Tony saltó de la silla y fue a buscar el paquete vacío de setas a la basura, al encontrarlo lo extendió ante mis ojos.

—¡Idiota, son setas alucinógenas! ¡Nos envenenaste!— exclamó horrorizado.

Lo miré y estaba vestido como la estatua de la libertad. ¿Alucinógenos, dijo? Henry estaba ronco de tanto carcajear y la risa empezaba a burbujear en mi boca sin poder contenerla. Aquel Tony ataviado con la toga del monumento más famoso de Nueva York me señaló enojado con el dedo y hablando en un dialecto inentendible, ¡pero si era una antorcha encendida lo que tenía en lugar de dedo!

—Vas a quemarme— dije con miedo apartándome de su lado.

—Estás alucinando— exclamó la estatua de la libertad con la voz de Tony.

—¡Qué barbaridad!— exclamó Tony tomando de un brazo a un divertido Henry que lo miraba sin entender nada— Alteza, vámonos a su hotel. ¡No, mejor esperemos! En ese estado, no es conveniente que nadie lo vea.

—Al menos a mí no me hizo nada. Sólo es cuestión de que pase el efecto, quizás no dure más que unos minutos— agregó el asistente sentándose y sacando el abanico del bolsillo interno de la chaqueta.

Luego de mirarlo con detenimiento, el abanico se transformó en mariposa

y salió volando por la ventana. Tony se quedó mirándolo partir con la boca abierta.

Tocaron el timbre y fui a abrir.

—Disculpe, señora— le dije con pena a La Estatua de la Libertad. ¿A ver si todavía se enojaba?

Eran los guardaespaldas. Fueron a preguntar si Henry quería retirarse a su hotel a descansar. Pero para él no eran Gigantón 1 y 2, sino nada menos que la reina de Inglaterra.

Hizo como pudo una complicada reverencia cortesana hacia ellos.

—Majestad, cuánto honor verla. Pase usted, ¡veo que vino con su corona, cetro y todo! ¿Desea que le quite la capa de ceremonia? Ha de estar incómoda con todo eso puesto— invitó a Gigantón 1.

—Señor Pacheco, ¿está usted bien?— dudó uno de los guardaespaldas, arqueando una ceja.

Tony estaba desesperado y luego de un rato llamó a su amiga, la reina de Holanda.

—¡Martina! Qué suerte que estás despierta, mi amor, me encuentro en un verdadero aprieto.

Mientras, Henry hablaba con sus guardaespaldas sobre un soldado que se fue a la guerra.

—Por supuesto, señor— asentían los gigantones, aunque no entendían bien que era lo que decía.

—Mi reina, necesito pedirte *la madre* de los favores— continuó Tony charlando por teléfono— Quiero que me consigas el número de teléfono de algún médico que venga a domicilio y que por supuesto sea discreto, querida. ¿Qué que pasó? ¡Estamos envenenados, comimos setas alucinógenas por error! Te imaginarás que no puedo llevar a Henry en ese estado a ninguna

clínica, ¡Si algún *paparazzi* lo ve así, se armaría un escándalo mayúsculo!

El peinado de aquella estatua me fascinaba, ¡y esa especie de tiara tan puntiaguda que llevaba en la cabeza! Acaricié el pelo de Tony, parecía tan suave... ¡Qué linda estatua!

—Te paso las coordenadas si así lo quieres: Adriana se piensa que soy la estatua de la libertad, y en cuanto a Henry, escucha nomás— y acercó el teléfono en dirección a su jefe.

—*Marlbrough s'en va-t-en guerre, mironton, mironton, mirontaine. Marlborough s'en va-t-en guerre, sait quand reviendra Ne. Reviendra II-z-à Pâques, mironton, mironton, mirontaine.* —tarareó el príncipe con la mirada perdida. Los guardaespaldas lo acompañaron con silbidos y chasqueando los dedos; no por falta de voluntad, sino por no tenían idea de la letra en francés.

—¿Escuchaste? —Dijo Tony a Martina— Así está, cantando a los gritos la versión en francés de “Mambrú se fue a la guerra”, no sé si se imagina cantándolo con su madre o recuerda sus años en el colegio militar. En cuanto a mí, resulta que cada cosa que sostengo le sale patas o alas y sale corriendo o volando. ¡No, no te rías, que no es gracioso! ¿Te imaginas la desgracia de ver que el tercer abanico que saco del bolsillo se convierte en mariposa y escapa por la ventana? ¿No coincides conmigo, Martina?— poniendo los ojos en blanco, Tony volvió a apartar el celular de la oreja y podían escucharse, claramente, las carcajadas de su amiga.

Cuando ésta terminó de reír, volvió a ubicar su teléfono en el oído—: ¿Me mandas a tu médico personal? Gracias, mi reina— dijo al borde de las lágrimas y se sacó con gesto brusco, mi mano de la cabeza.

—¡Doctor, que suerte que usted pudo venir a estas horas!— exclamó Pacheco a punto de llorar de la emoción, unos minutos después— Espere que

voy por el dinero para pagar la consulta.

—No, no es necesario —dijo el médico con un gesto de indiferencia— esto corre por cuenta de Su Majestad.

—Dígale que es una gentileza de su parte, pero innecesaria— interrumpió Tony. Y en el bolsillo del saco del médico metió dos billetes de cien euros— Tome, tenga para sus alfileres. ¿Lo acompaño a la puerta? ¡Vaya con Dios, buen hombre! *Bye* —agregó empujándolo para que se vaya de una buena vez — ¡Gracias! Dígale que le envío recuerdos. Simpático el viejito, ¿no?— nos dijo después a nosotros.

—¿Cuánto tiempo pasó? Es como si no tuviera noción de lo que ocurrió después de la comida— dijo Henry con cara de disgusto.

—Casi nada, señor. Puedo agregar si le interesa, que Adriana me confundió con una estatua y usted cantaba. ¡Qué excelente entonación!

—Hacía rato que no me pegaba semejante viajecito.

—¿Hiciste varios “viajecitos”?— repetí irritada.

Para salvaguardar la situación, Tony saltó como resorte de su silla.

—Creo que se hizo un poco tarde. Sería muy conveniente ir partiendo en dirección al hotel.

—Tony, me quedaré— contestó Henry.

—Este lugar no tiene las comodidades a las que usted está acostumbrado.

—Cuando estuve entrenando me encontré en lugares feos de verdad. Además, en compañía de mi *carísima*, no hay sitio que sea desagradable— me miró atrayéndome a su pecho— ¿Me invitas a quedarme?

Lancé una carcajada. Ya lo había perdonado.

—En realidad te invitaste solo, Hen. Pero como soy buena y caritativa, dejo que te quedes.

—Perfecto— contestó Tony y dirigió la mirada a los guardaespaldas, que se encontraban entretenidos jugando una partida de cartas—: ¿Y ustedes dos

piensan quedarse, inoportunos?— de un golpe de abanico derrumbó algunos naipes.

—¡Señor, justo estaba ganando!— protestó Gigantón 1.

—No puedo creer en tanto descaró— dijo Tony con más sorpresa que enojo— ¡Vamos!, ¿no se dan cuenta de que molestamos? ¡Rápido!

—¡No puede ser, no puede ser!— repetía atónita Chelsy, mientras recibía por *mail* el informe del detective Jones, dónde constaba que Henry y compañía habían viajado a Ámsterdam y se dirigieron esa misma noche a un edificio ubicado en el corazón de la ciudad. ¿Quién estaba allí? “*Lady Adriana Mora*”, rezaba el texto— ¡Maldita india sucia! ¡Me las vas a pagar!

—Chelsy— llamó una voz de mujer en tono autoritario.

—Ah, mamá. Estaba viendo los informes del detective que contraté, ¿qué pasa?

Sophie Owen-Keller se sentó frente a su hija, de la cual había heredado sus mismos ojos celestes.

—Veo que las cosas no van bien con Henry, ¿no?

—Pensé que sí, luego de las noches que habíamos pasado juntos...pero *ella* viajó a Holanda y él se fue corriendo a verla.

—Eso es porque no estás haciendo las cosas bien. ¿Qué es lo que siempre te digo? ¡Pero al parecer, lo único que sabes hacer es ponerte un moño rojo en la cabeza una y otra vez, sin conseguir un anillo de compromiso a cambio, inútil!— la regañó Sophie casi a los gritos.

Chelsy se levantó de un salto.

—¡No te metas, yo sé bien lo que hago! Voy a sacarla del medio como sea.

—¿Cómo se te ocurre dejarte derrotar por una mujercita tan vulgar como

esa? Debería darte vergüenza.

Su hija se apartó un mechón rubio de la cara, empezó a caminar hacia una pared y se ubicó al lado de una antiquísima jabalina de metal, que estaba colgada al lado de la chimenea.

Sophie alzó un índice tembleque de ira.

—¡Estamos casi en la ruina, lo perdimos todo y eso lo sabes muy bien! Henry es nuestra tabla de salvación, él y nuestro apellido. No vamos a terminar en la calle por tu culpa, tu padre y yo exigimos que hagas las cosas como corresponde. Y si no puedes con Henry lo intentarás de nuevo con Louis.

—Yo no tengo la culpa de que no nos quede nada, fue papá y sus estúpidos negocios.

—Si todos se dan cuenta de que no tenemos un centavo, seremos humillados. ¡Idiota, la única forma de salvarnos es que te cases con ese inservible de Henry! Si sigues haciendo las cosas mal, todo se vendrá abajo, ¡y voy a responsabilizarte de nuestra caída!

Aquel discurso fue demasiado para la rubia, que descolgó la pesada jabalina de la pared y con la fuerza que sólo puede proporcionar el enojo extremo, la arrojó con todo el aliento que le quedaba. El instrumento silbó el aire, rozó el cabello de Sophie, pasó por un lado de la cabeza del mayordomo de la casa (quién quedó petrificado de terror, con la bandeja de licores en la mano) y decapitó a una armadura de caballero del siglo XIII. Entró Andrew Owen-Keller en escena. Miró a la armadura sin cabeza con curiosidad, pero sin perder el aplomo.

—Pobre de nuestro antepasado Rupert, pensar que si hubiera estado ahí, no tendría cabeza, ¿no?— dijo saboreando su pipa.

—Tu hija pretendió matarme —señaló Sophie— y como era de esperar, al igual que con Henry, falló.

—Pero no te confíes, mamá. Lo voy a conseguir— agregó Chelsy con la mirada vidriosa.

Me levanté de la cama tratando de hacer el menor ruido posible, tenía en mente un plan. Con la cabeza en las nubes, me propuse a hacer el desayuno, ¡qué linda sorpresa! Al menos para compensar el *omelette* “explosivo” de la noche anterior. Todavía me daba un poco de vergüenza, porque nos había dejado tan fuera de combate que ninguno de los dos se le había pasado por la cabeza ninguna idea interesante más que la de dormir.

¡Diablos! Menos mal que el departamento se encontraba “altamente equipado”, al menos eso decía en el aviso que vi por Internet. Por más que busqué no pude encontrar ninguna tostadora, salvo la eléctrica, a la que miré con desconfianza. Era tan antigua como mi abuela y la pobre había vivido épocas mejores.

Y quién piensa mal, acierta. Aquel infernal aparato arruinó todas las rebanadas de pan lactal que tenía disponible. ¡Qué porquería! Murmurando palabrotas por lo bajo, o en criollo, *reputeando hasta en chino mandarín*, busqué un cuchillo y empecé a sacarle todas las partes feas, dejándolas casi con forma circular, de la mitad de su tamaño original. ¿Qué podía hacer? Me encogí de hombros y preparé el café con leche. Del apuro, ni me percaté de que uno de los panes había salido incompleto de la tostadora y empezaba a chamuscarse.

Henry me miró llegar con una gran sonrisa y una bandeja repleta de tostadas oscuras y descolorido café con leche en dos tazas.

—Esto es una manera de pedirte disculpas por la comida de anoche, ¿me perdonás?— le dije.

—Adrienne, no tengo nada que perdonarte.

—Tomemos entonces el desayuno — con entusiasmo preparé una tostada con mermelada, tan gomosa como un magneto de heladera.

—No suelo comer tostadas con mermelada, no me gustan, *cara*— dijo con tacto.

—Ah, no sabía. ¿Qué sueles comer en tu casa?

—Huevos fritos, bacon. Café negro.

La desilusión hizo que me pusiera seria de golpe.

—¡Pero por nada del mundo voy a perderme este desayuno!— exclamó al ver mi cara larga. Y con valentía mordió una de las tostadas. Nunca lo amé más, porque estarían tan duras como para bajarle un diente.

—Rico, ¿no?— pregunté expectante.

Henry se apresuró a tomar un sorbo de café con leche, quizás para sacarse el mal sabor de boca, pero en realidad la infusión casi lo descompuso.

—*Exquisito*, Adrienne. Aunque el café tiene un gusto extraño, ¿por qué?

¡Qué raro! Me apresuré a tomar un sorbo de mi taza y de un salto me precipité al baño a escupir.

—¡Esto tiene sal!— dije con cara agria y recordé que la noche anterior, antes de hacer la cena, casi me había confundido. En ese momento me nacieron unas profundas e incontrolables de llorar a moco tendido.

—No importa. Las tostadas sí me gustaron.

—¿En serio?— de nuevo me sentía esperanzada.

Los tipos no saben que en algunas ocasiones, lo sencillo que es conformarnos.

—Claro.

Hice a la velocidad de la luz, otra tostada con mucha manteca.

Henry aprovechó la ocasión para desechar gran parte de la tostada en el

florero adornado con tulipanes. Adriana casi lo pesca. Al volverse ella para mirarlo, Henry volvió a su posición anterior: semi acostado en la cama, con un codo apoyado en la almohada. Él le dedicó una gran sonrisa y alzó el pulgar. Adriana se convenció que tal vez se lo había imaginado.

Mientras tanto, el pan chamuscado hacía de las suyas en la tostadora, como la ventana se encontraba abierta, el humo se veía desde afuera.

—Suerte que todavía es temprano, al menos llegamos con el desayuno antes de que Adriana se le ocurra prepararlo— manifestó Tony a los guardaespaldas al salir del auto.

Luego de retirarse del hotel dónde se hospedaban, Pacheco y los guardaespaldas pasaron por una confitería, dónde habían comprado exquisiteces típicas: tarta de manzana y panqueques.

Gigantón 2 señaló la ventana del departamento dónde Adriana junto con el príncipe, habían pasado la noche.

—Señor, sale humo de la casa de la señorita Adrienne.

Tony largó la bolsa del desayuno.

—¡No! ¡Mi señor no tema, ya voy a rescatarlo! ¡A la cargaaaaaa!— agregó pensando en el peligro que Henry podría estar pasando y entró corriendo al edificio. Los guardaespaldas lo siguieron a la misma velocidad.

—¡Ay!— se quejó después de golpearse el hombro. En sus planes estaba derribar la puerta para hacer una entrada intrépida y majestuosa al departamento.

—Señor Pacheco, ¿no sería conveniente que primero llamemos la puerta antes de entrar?— consultó Gigantón 2.

—¿Y si se están quemando? ¡Derriben la puerta, ahora!

Gigantón 1 miró a su compañero, junto con él se encogió de hombros de

manera casi idéntica y sin pensarlo dos veces se mandó de costado como un proyectil en dirección a la puerta, dispuesto a derribarla.

Todo pasó en cuestión de escasos instantes; la puerta se abrió como si fuera de papel y entró Tony alias *Rambo*, gritando como un guerrero y enarbolando un matafuego como si fuera la más mortífera de las ametralladoras.

—¡Ah!— con ese clamor ensordecedor empezó a disparar a mansalva, llenando de espumas a Adriana y a su señor, a la bandeja que contenía los restos del funesto desayuno, al florero con los tulipanes. También la tostadora tuvo su parte, que era la culpable de aquella humareda.

—Tony, ¿qué mierda te pasa?— bramó Henry.

Su asistente no sabía dónde meterse, así que a manera de disculpa, hizo una reverencia, sin siquiera atreverse a mirarlo a los ojos.

—Señor, los guardaespaldas y yo vimos salir humo por la ventana. No hicimos más que correr hasta aquí y derribar la puerta. Bah... en realidad sus guardaespaldas la derribaron. Yo no pude porque usted sabe que tengo una contextura física muy delicada.

—¿Y no podrías haberme llamado al celular? ¿O por lo menos haber tocado el timbre en lugar de entrar cómo un salvaje? ¡Faltaba que llames a los bomberos, así el puto mundo entero se entera de que me encuentro en *Ámsterdam!*— dijo Henry en el mismo mal tono.

Adriana permanecía callada. Pese al susto que se había llevado al principio cuando vio volar la puerta, ahora se tapaba la boca para aguantar las ganas de reírse.

CAPÍTULO 17

Descalza y en ropa de dormir, daba vueltas por mi habitación mientras discutía por celular con Henry. Había pasado un mes y medio desde que nos habíamos visto por última vez.

—¡No puedo ir! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

—Estás metiendo excusas y más excusas, pareciera que no me quieres.

—Henry, no seas infantil. Te lo repito para que te quede bien clarito, porque pareciera que hablo en tailandés: ¡Me van a echar del trabajo!

—Deberías dejarlo. ¿No te gustaría reunirse conmigo?

—¿Ah, sí? ¿Y quién me va a mantener?

—Después que viajes lo veremos.

—Necesito más tiempo, creo que mi jefe sospecha que el certificado que ingresé era falso, así que por el momento tengo que hacer buena letra.

—*Ok*, Adrienne. Arregla todo como mejor te parezca, no te obligaré a hacer nada que no quieras.

—¡No es cuestión de obligar a nadie, yo también te extraño y quiero verte! Pero ahora es imposible.

—Yo también lo siento, cuando recapacites hablamos. Tendrás los pasajes cuando quieras. *Bye*— y me cortó.

Arrojé el celular sobre la mesita de luz. A pesar de ser las nueve de la noche, no tenía ánimo más que para dormir. Me tapé con la sábana hasta la cabeza.

A miles de kilómetros de distancia y océano de por medio, Henry tampoco se quedó de mejor humor, claro que en lugar de irse a dormir siguiendo el ejemplo de Adriana, decidió hacer algo totalmente inesperado: marcó un

número de teléfono y charló con esa persona alrededor de una hora.

Durante varios días, sentí una presión en el pecho, una especie de angustia. Mi celular no había vuelto a sonar con una llamada suya. No era sólo la cuestión de que no habíamos vuelto a hablar, sabía que pasaba algo más.

Por la noche, hablé con Tony.

—Adriana— susurró con cara de quién anuncia una desgracia.

—Ya conozco ese tono de ultratumba, Tony. ¿Ahora qué? ¿Vas a decirme lo que ya sé?

Tony se movió incomodo en su silla, nos estábamos comunicando por *Skype*.

—*Esa mujer* de nuevo, ya no tengo cara para decírtelo pero no me importa, ¡tienes que reunirte con él!

—Harta, estoy harta de todo esto. Apenas me doy la vuelta ya está con otra, si no es ella será cualquiera. No puedo luchar contra eso.

—Querida, no es tan así.

Ahí me salí por completo de mis casillas.

—Lo único que falta, encima lo defendés. Basta de todo, no quiero oír nada más del tema, es tarde y me tengo que ir a dormir.

—Adriana, debes presionarlo, de esa manera mataremos dos pájaros de un tiro, le damos a Chelsy un poco de su propia medicina y él tendrá que tomarte en serio. En el próximo viaje siéntense a hablar, ponlo entre la espada y la pared.

—¿Te parece fácil? ¿Quién se anima a presionar a Henry con el temperamento que tiene? Y ahora no puedo viajar, ¿qué excusa meto?

—¿Cuánto cobraría ese médico por una nueva receta? Giraré el dinero si

ahora se puso más pretencioso. ¡Qué ponga que enfermaste de gripe A, dengue, cualquier cosa! Qué diga una cifra.

—¿Y el médico laboral? La otra vez tuve mucha suerte.

—Deberás arriesgar tu empleo. O tienes una cosa o la otra. ¿Arriesgas o no?

No quería dar el brazo a torcer, pero casi contra mi voluntad asentí en silencio. ¿A quién quería mentir? No a Tony, que me conocía muy bien.

—Estaré de tu lado incondicionalmente. Lo vuelvo a preguntar, ¿arriesgas?

—Sí.

—Entonces, que así sea— agregó con severidad y después sonrió.

Desde que observó el acercamiento de Henry con Chelsy, Tony se comportó muy formal con su jefe.

—Anoche volvió mi hermano de Canadá, vendrá a cenar con su novia.

Tony anotó en la agenda de su celular.

—Ajá. No se preocupe, señor. Todo estará dispuesto para esta noche, con permiso.

—Tony.

—Dígame— el asistente volvió sobre sus pasos.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? —Se encogió de hombros— Estoy como siempre, a sus órdenes. Con permiso.

Llegó la noche, y con ella la visita de los novios.

—Alteza— Tony se inclinó en una inequívoca reverencia cortesana.

—Tony— saludó Louis entrando a la casa.

Llevaba de la mano a su novia, una hermosa joven de cabello castaño oscuro largo hasta la cintura y ojos azules.

—¡Tony!— exclamó ella con una sonrisa. Se acercó para saludarlo con dos besos, uno en cada mejilla.

Tony le besó también la mano. Louis se fue a conversar con su hermano.

—Estás preciosa, Amy. Ya falta poco para el compromiso.

Amy Marshall- Sullivan sonrió esperanzada.

—¡Sí, tengo unos nervios! Tony, sé que estás ocupado acompañando siempre a Henry, ¿pero podrías asesorarme antes de la boda? Necesito a alguien como tú, que me inspire confianza.

—Sería un placer, Amy.

Amy lo miró con curiosidad.

—Veo que hay algo que te preocupa, puedes contármelo.

—¿Cómo puedo tener de pie a una futura duquesa? Se supone que soy experto en protocolo. ¡Por Dios! Vamos a sentarnos, querida, y de paso te contaré todo.

Pasó cerca de media hora, los hermanos charlaban entre sí saboreando unos habanos, mientras Amy y Tony tampoco no dejaban de pasarse novedades entre sí:

—¿Así que Henry tiene un amor a la distancia?—preguntó ella a media voz— ¿Y es linda? ¡Quiero que me cuentes!

—¡Di-vi-na! ¿Sabes a quien se parece? Es *igual* a Penélope Cruz, tiene un porte, unos ojos... y es perfecta para él.

—Henry es *muy* difícil, esa chica se merece que la canonicen, ¡la pobre debe tener unos nervios de acero! A veces doy gracias al cielo por estar enamorada de Louis, él y su hermano son tan diferentes.

—Soy yo el quién tiene que tener nervios de acero, queridísima. Y para

colmo de males, ¿a qué no sabes quién reapareció en escena buscando una reconciliación con Henry?

Como si fuera una especie de premonición, el mayordomo anunció:

—*Lady Owen-Keller.*

—¡Diablos! La llamé con los pensamientos— dijo Tony al ver a la recién llegada y con manos temblorosas empezó a abanicarse.

Ella entró como si fuera en su propia casa. Tenía el lacio cabello color oro peinado hacia atrás y sujeto con unas hebillas de plata en cada costado, lucía un vestido que resaltaba sus formas y zapatos de taco bien alto. De un solo ademán arrojó a la cara de la mucama su abrigo.

Al ver la entrada triunfal de Chelsy, Louis miró a su hermano con curiosidad.

—¿Volviste con Chelsy? ¿Y Adrienne?

—Louis, no tengo humor para hablar de ella, Chelsy es sólo una amiga.

El futuro rey lanzó una carcajada.

—Vamos Hen, ella no desea tu amistad, no seas tan ingenuo, por favor.

Tony la miró caminar hacia ellos.

—¿Qué son esos brillos que tiene en la cabeza? Parece un arbolito de navidad.

Amy estaba lívida de la rabia.

—¡Es una ridícula! ¿Qué hace en esta casa? ¡Ella se insinuó con *mi* novio! Si llega a hacerle una sonrisa de más, le haré tragar una de sus horribles hebillas.

—Y se hubiera insinuado con tu futuro suegro si él no se hubiera casado de nuevo, porque a *ésa* la creo capaz de todo. Vamos a ver de qué manera, logramos que por lo menos se le quede atragantada la cena, ¿qué te parece?

Amy sonrió un poquito.

Chelsy llegó junto al asistente y a la novia de Louis.

—Amy, ¡estás preciosa! Aunque ese vestido no te favorece demasiado, creo que deberías cambiar de estilo, te deja un poco gorda y ¡es una pena!— dijo dándole una rápida ojeada a la futura reina.

—A mi novio le encanta. ¿Y a que no sabes? La diseñadora lo hizo especialmente para mí, y dijo además que fue en honor ya que seré su futura soberana. Qué lindo detalle, ¿no es cierto?

Chelsy no dejó sonreír pero arrugó un poco la nariz. Después se acercó para besar a Tony en la mejilla, pero éste abrió su abanico, poniéndoselo en la cara. Después empezó a toser.

—Perdón, tu perfume me da alergia. ¿Es muy ordinario?— preguntó mientras seguía tosiendo con fuerza.

—Lo mío es exclusivo, ¡jamás usaría algo de mala calidad! Con permiso, voy a interrumpir la charla de los hermanos.

En cuanto la rubia se alejó, Tony sacó un frasquito de perfume en spray y roció alrededor casi con desesperación.

—¿Qué es eso?— dudó Amy

—Agua bendita, a ver si esa bruja nos tira maldiciones. ¡Dios, qué noche!

Durante la cena, el aire estaba tan denso que se cortaba con un cuchillo. La charla decaía por momentos, y la Owen Keller hizo gala de su maldad:

—Louis, me alegra que hayas decidido comprometerte. ¡Ah! A ti también te felicito, Amy. Por poco me olvido. ¡Ja!

“¡Qué voz aguda más fea! Es como cuando pasan las uñas por el pizarrón”, pensó Tony molesto.

—Gracias— repitieron Louis y su novia a coro. Los mucamos iban sirviendo la comida y los vinos.

—Es increíble que hoy en día puedan casarse nobles y plebeyos, ¿no?

¡Cómo cambian las cosas!—La rubia acarició la mejilla de Amy con falsa ternura—Fuiste muy afortunada por vivir en esta época.

Amy simuló limpiarse los labios con la servilleta, pero cuando Chelsy dejó de mirarla, se limpió la caricia de la rubia.

—Amy es la principal heredera y accionista de una de las empresas más grandes del mundo, ¡además trabaja! —agregó Tony poniendo énfasis en la última palabra. En agradecimiento, la aludida le dirigió una sonrisa radiante — Su fortuna, porte y elegancia es tema de las principales revistas del mundo, ¡la prensa la adora! En cambio hay tantos nobles que dan lástima; no tienen un centavo, sólo deudas resguardadas bajo la alfombra de un buen apellido. Triste, ¿verdad, Chelsy?— y se refería a la ex de Henry, ella era hija de un conde.

—¡Y también es increíble que un sirviente como tú comparta esta cena con nosotros!

Henry se puso serio, no le gustó nada aquel comentario.

—Tony no es un sirviente, Chelsy. Es mi asesor, consejero y también lo considero mi amigo.

—¡Pero mi señor, ella tiene razón! —chilló Tony— Mi familia también es noble y está emparentada con casi todas las casas reales de Europa, pero quise ser experto en protocolo, ¡es que adoro ganarme la vida! Y hablando de familia, Chelsy querida, y perdón la libertad que me estoy tomando; dicen por ahí, que en la familia de tu madre hubo un pirata muy famoso escondido, calculo que no cuelgan su retrato en la pared porque en vida ya a ese forajido lo colgaron una vez pero de la horca. ¡Qué divertido! Ya sería hora del postre, ¿Altezas? —Louis y Henry asintieron— entonces que lo traigan— agitó una minúscula campanita de plata llamando a los camareros. La cara de Chelsy era tan larga que por poco tocaba el plato.

—Cómo se están sacando chispas, aquí por las dudas no me meto—dijo

Henry en voz muy baja a su hermano.

—¿Te parece? —dudó Louis con sarcasmo— ¡Por suerte no viviremos todos juntos! Me volverían tan loco con sus peleas que terminaría abdicando.

—No por favor, no abduques —exclamó Henry desesperado— ¿A ver si todavía tengo la desgracia de ser rey?

—¡Qué divino que ellos se casen! ¿No es cierto, Henry?— comentó Chelsy acariciando a su vez la mano de Henry, pero sintió que algo la golpeaba en un ojo, al punto de hacerla lagrimear. Con el ojo disponible vio que era una cereza.

—¡Pero qué torpe que fui! Perdón, habrá sido en el momento de cambiar de plato, que sin querer levanté la cuchara y se resbaló un poco de lo que quedó —exclamó Tony con inocencia— Mira cómo te quedó el ojo, todo rojo, pareciera que te hubieran dado con el puño.

Chelsy tomó un pañuelo de papel para limpiarse. Tony fingió preocuparse por ella.

—Ahí casi está, pero se te corrió un poco el rímel —dijo el asistente con fingida voz de alarma— Al menos déjame ayudarte, lamento levantarme de la mesa de esta manera, sé que es una total falta de etiqueta, ¡pero es un caso de emergencia!— salió de su lugar para limpiarle el maquillaje corrido.

Mientras tanto, Amy simulaba tomar un poco de vino, pero en realidad se reía en silencio.

Tony prosiguió dándole una “mano” a Chelsy.

—Voy a limpiarte un poco el párpado, ya casi está. ¡Uy, te dejé una marca! ¡Perdón, pensé que eran restos de delineador y resultó ser una pata de gallo! Lo lamento, quise decir una ligera línea de expresión.

Luego de aquella complicadísima cena, Henry sugirió a su hermano:

—Creo que es hora de ir a tomar una copa, ¿Vamos al estudio? Necesito que hablemos.

—Sabía que ibas a decir eso, te acompaño— contestó Louis, siguiéndolo.

Mientras Chelsy se frotaba su ojo malsano, mientras Tony y Amy se dirigieron a la sala de estar para tomar un café.

—¡Pero qué deforme te quedó ese ojo, querida!— exclamó Pacheco en tono pueril.

—¿En serio?— preguntó llena de ansiedad.

Amy la miró casi con piedad al mismo tiempo que tomaba un sorbo de su café.

—Está bien rojo y más grande que el otro— contestó con malignidad y se mordió el labio inferior para no reírse.

—Entonces creo que debería irme, no era lo que tenía pensado. Espero que no se molesten— dijo Chelsy con un dejo de humildad.

—Estamos desolados por tu pronta partida, Chelsy querida, pero lo entendemos. Deberías llamar a un médico a tu casa para que te revise ese ojo. ¡A ver si todavía queda un poco más grande de lo normal y para toda la vida!— agregó Pacheco con voz chillona.

Amy estaba morada de tanto aguantar la risa.

—¡No me digas!

—Sí, señora— afirmó Tony y agregó en tono de quién cuenta un secreto—: Escuché que se lo conoce como el “síndrome del ojo de Cuasimodo”. Si uno se descuida o se deja estar, el ojo se va desplazando para afuera cada vez más, más y más hasta que... ¡PAF! ¡Se termina saliendo de su órbita!

Chelsy se puso pálida como la cera pero Tony la tranquilizó, dándole una palmada en el hombro:

—Fue una simple broma. ¿Pero no era que te estabas yendo? *Aller avec Dieu, chérie.*

La Owen-Keller se acercó para saludarlos con un beso, pero Tony abrió su abanico para protegerse.

—Odio decir esto, pero puede que sea contagioso. Es una pena mencionarlo, no te ofendas por favor, ¿pero a ver si te entró un microbio y sea el comienzo de una terrible peste? Y te aconsejaría que tampoco te acerques a Amy, y ni hablar de Louis y Henry, siempre tienen muchos compromisos y no sería adecuado transmitir una supuesta espantosa infección. Les mandaré recuerdos de tu parte. ¡Adiós, linda!

Una mucama descolgó su abrigo para ayudarla a ponérselo, pero Tony la detuvo con un toque de su abanico en el brazo.

—Te daré un consejo, hermosa. No utilices más el índigo en tus vestidos, Henry detesta ese color.

—Él siempre dijo que adoraba como me queda el índigo. Y es mi color favorito.

Tony le acarició la mano.

—Sin embargo lo detesta, dice que es un color vulgar y propio de las mujeres de vida alegre, no es que sea tu caso, claro. ¿Te estabas yendo, verdad? ¡Adiós, querida!—y por poco le cierra la puerta en la cara.

Amy empezó a reírse a carcajadas, tuvo que apoyarse en el borde del sofá para no caerse.

Desde el despacho, Louis le recriminaba errores a su hermano.

—¿Te peleaste con Adrienne? ¿Y ahora que le hiciste?

—¿Por qué siempre tengo la culpa de todo?— contestó Henry de mal humor.

—Te conozco de sobra, ¿no te parece que ya es hora de que sientes cabeza? Además aparece Chelsy entrando como si fuera la señora de esta casa, pretendiendo humillar a mi novia y a Tony. Esa mujer no tiene escrúpulos Henry, deberías abrir bien los ojos.

—¡Claro! Resulta que siempre fuiste el hermano aventajado y yo el

estúpido que nunca se percató de nada.

—Hen, quiero ayudarte. En cuanto a Chelsy, no te quiere, le da lo mismo cualquiera de los dos, solamente desea a alguien que la mantenga y le de prestigio, lujos, también me dijeron que su familia está en la ruina.

—Ya te dije, Chelsy es una amiga. Nada serio.

—Creo que el tema se te irá de las manos, ¿pero y Adrienne, no estabas enamorado de ella?

Hubo dos golpecitos discretos en la puerta, entró Amy al estudio.

—Louis, perdón por interrumpir —se disculpó—ya me siento un poco cansada, podrías quedarte un rato más con tu hermano, le diré al chofer que me lleve a casa.

Louis lo miró buscando una respuesta a su pregunta. Amy observó a ambos sin entender nada.

Henry sonrió.

—Les agradezco a los dos su visita. Nos vemos en estos días.

—Creo que ya es tiempo de que madures. No me parece que te estés manejando muy bien, Tony quizás no se atreva a mencionarlo, pero yo tengo autoridad para decírtelo en la cara. Qué descansas. Buenas noches— dijo Luis abandonando la estancia de la mano de su novia.

Mi cabeza era una maraña de confusiones. ¿Debería hacer caso a lo que me aconsejó Tony y buscar de nuevo al médico que me recomendó Ximena para que me entregue otro certificado por enfermedad? Igual pese a extrañarlo, detestaba darle ese gusto a Henry. Y con todas aquellas preocupaciones, los raviolos del almuerzo me cayeron muy mal.

—¡Aggg! Qué basura— exclamó mi hermana Macarena, al mismo tiempo que hacía caer una parte del diario que estaba leyendo.

De soslayo, leí: “*Reino Unido. El príncipe Louis anuncia su compromiso*”. No pude evitar manotear como desesperada el suplemento.

El artículo decía: “*Louis de Gales, futuro rey de Inglaterra, anunciará su compromiso con su prometida, la bella heredera del imperio Marshall-Sullivan, una joven llamada Amy. Según fuentes de la casa real, el matrimonio será celebrado el día...*”

Mi hermana me arrancó la hoja de un manotazo.

—¿No ves que estoy leyendo?

—¿Y desde cuando te interesan las bodas reales?

—Cosa mía, che. Dámelo. — se lo quité para seguir leyendo.

—Tanto lío por esos nobles, no sé qué les ves de interesante.

Pese a conocerlo poco, Louis me parecía una buena persona.

—Ellos no le hacen mal a nadie. Es una monarquía.

—Y también una antigüedad absurda. ¡Bah, y a mí que me importa!— exclamó levantándose del sillón y se dirigió a su cuarto.

Seguí leyendo. No terminé el artículo, porque empezó a sonar mi celular. No llegué a atender, porque alguien se adelantó a mi deseo de contestar la llamada. ¿Quién pudo haber sido? La maleducada de mi hermanita menor, con quién nos llevábamos más de diez años de diferencia.

—Están hablando en inglés, no entiendo un carajo porque hablan muy rápido —dijo Macarena— ¿Vos sos Adrienne?

No le contesté y le saqué mi teléfono.

—*Caríssima*— dijo Henry.

—Perdón, atendió mi hermana. Estoy en casa de mis padres, ¿cómo estás?

—Te extraño, ¿cuándo nos vemos? —Preguntó, y agregó con humildad—: lamento haberte cortado la otra vez, ¿me perdonas?

—No sé, ya te dije que se me hará difícil viajar— empecé a decir y luego le recriminé a mi hermana en castellano—: ¿Podés hacerme el favor de

dejarme a solas que estoy teniendo una conversación privada?

—¿Desde cuándo hablás tan bien en inglés?— preguntó con ironía y tuve deseos de golpearla.

—Eso no te importa. ¿Te podés ir?

Macarena se alejó hacia la cocina.

—Estás disgustada. Te conozco, *cara*— dijo Henry en tono neutro.

—Nunca entiendes las limitaciones que tengo para viajar. Tendría que darle la razón a mi amiga Alejandra, no soportas que una vez te digan que *no*.

—Adrienne, no quiero pelear. Solo quería decirte que te amo, que te necesito. ¿Cuándo podrás venir? No te lo estoy exigiendo, te lo pido con modestia.

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias, Adrienne. Esta vez estaremos los dos solos, Tony me aconsejó que sería ideal, ¿qué te parece?

Sonreí sin poder evitarlo, Tony se hacía a un lado brindándome la oportunidad de que Henry y yo habláramos con tranquilidad. Qué hábil era. Será cuestión de ver que salía de esa charla.

Después de terminar la conversación que tuvo con Adriana, Henry reflexionó sobre lo que había pasado hacía unos días. Se sentía culpable y no podía sacarlo de su memoria.

¿Por qué había actuado de aquella manera? Su actitud se debía a lo que sucedió esa tarde—noche, cuando recibió a Chelsy. Su asistente le había preguntado:

—Señor, veo que se está arreglando. ¿Alguna cena importante?

—Viene Chelsy a cenar.

—Ah— respondió Tony con una mueca— Dispongo entonces cena para tres, ¿quiere alguna comida en especial?

—Será sólo cena para dos. Te dejo la noche libre.

—Entiendo, señor— Tony pensó que todo era producto de un mal sueño, y siguió reflexionando—:“Quiere que me haga humo, claro. Esa bruja escapada del fuego de la inquisición está moviendo bien las piezas. Es más astuta de lo que pensaba. ¡Pero no podrá conmigo!”

—Tony, ¡no te quedes ahí parado pensando!

—¿Eh? Disculpe señor, me distraje. ¿Qué desea que encargue?

—El mejor menú.

“Ésa después de conseguir casarse con él, va a terminar pesando como trescientos kilos. No, Chelsy querida, no engordarás feliz con una tiara en la cabeza, antes tendrás que pasar por sobre mi cadáver.”

—Basta de quedarte pensando en otra cosa. ¡Cumple con lo que te pido!

—Discúlpeme de nuevo, señor. Dispondré todo para su “esperada” cena de esta noche. Con permiso.

Se inclinó en una reverencia, acompañándola con su abanico. Y después se retiró.

Esa misma tarde que Chelsy debía ir a cenar con su señor, Tony llamó por teléfono a Xavier. El coiffeur estaba en París probando sus habilidades nada menos que en la cabellera de la mujer del presidente.

—Xav, ¡no sé qué hacer! ¡Otra vez esa mujer poniendo sus zapatos puntiagudos en esta casa!

Xavier lo aconsejaba con aquella voz parsimoniosa que tenía, pero hizo que Tony se pusiera más nervioso. Mientras hablaba por celular, espiaba por la ventana a ver si vislumbraba la llegada de Chelsy.

—No, re tonta. Adriana está en Buenos Aires, si te lo conté la otra vez.

¿Por qué te piensas que estoy desquiciado? Tienes que ayudarme, ya que conoces a tanta gente; llámese chamanes, mentalistas o hechiceros: ¿Existirá alguno que haga algún trabajo de magia para que la Owen-Keller no pueda asentar nunca más un solo pie suyo talla cuarenta en este lugar?

Xavier volvió a hablar, y Tony esta vez lo escuchó con atención.

—¿Con un simple ajo funcionará? Ah, te refieres a todo un “collar” de ajos, me lo tengo que colgar del cuello y la reciba así cuando llegue. ¡Pero con esa porquería no sólo se irá ella, sino también yo pero con mis maletas, porque Henry me echará a la calle por apestar su residencia, estúpido!— exclamó muy enojado.

Al abrir la ventana vio llegar el auto de Chelsy.

—Yo solito me las arreglaré —dijo a Xavier— Se ve que hoy no estás iluminada, mira por lo menos la torre *Eiffel*, a ver si en una de éstas se te prende la lamparita. *Au Revoir*— y cortó la comunicación con rabia.

El mayordomo anunció la llegada de la señorita Owen-Keller, la acompañó a la sala principal y Henry bajó corriendo desde su habitación.

“Se va a tropezar con sus hormonas”, pensó Tony.

—Espere, señor. No se mueva— sacó del bolsillo interno de su saco un frasquito con atomizador y empezó a rociarle la camisa.

—¿Qué es eso?

—Después me lo va a agradecer, un poco de agua bendita no le hace mal a nadie.

—A veces te pasas de lunático. Ahora tengo que hablar por teléfono con mi padre. Habla un poco con Chelsy para que no se aburra.

“Para que no se aburra, ¿se piensa que soy un payaso?”

Tony se dirigió a la sala. Chelsy estaba tomando un jugo de naranja. Se sonrieron con dureza, porque se sabían viejos enemigos. Tony se sentó al

lado suyo y con un solo movimiento, abrió el abanico y se tapó con él, dejando sólo los ojos al descubierto. Chelsy sacó de la cartera un abanico muy similar e imitó su gesto. Cuando Henry llegó, los dos guardaron los accesorios.

—Ah, señor. Le estaba diciendo a Chelsy que se ve muy bonita hoy ahora que tiene su ojo sano. Y yo que pensé que vendría con un parche, quizás emulando a su antepasado pirata —y como quién dice un secreto, ironizó—: ¿Se trataba de Edward Teach, más conocido como “*Joe Barbanegra*”, no? ¡Hasta aparece en los libros de historia, deberías sentirte orgullosa!

La rubia tenía ganas de asesinarlo, pero cuando Henry la miró, sonrió como si Tony hubiera dicho el más divertido de los chistes y lo abrazó. Los dos se detestaban por completo, pero simulaban quererse como dos buenos amigos.

—Este Tony es tan gracioso.

Lo agarró de la corbata dándole un feroz tirón. Cuando ella lo soltó, empezó a correr buscando una jarra con agua sin dejar de toser.

—Por poco lo matas, Chelsy— dijo Henry un poco confundido.

Tony ya iba por el segundo vaso de agua, no aliviado con eso, se vertió un poco en la cabeza.

—¿Yo? ¡Es que soy así de intensa, cuando alguien me cae tan bien no me fijo! Hasta me compré un abanico, casi igual al de él. ¿No es lindo, Hen?— la rubia lo abrió desplegándolo con gracia.

—Señor, pueden imitarme pero jamás igualarme, lo demás es burdo — agregó Tony con voz gangosa— No, Chelsy adorada, no quise llamarte burda. Ahora me voy, que tengan una excelente noche.

Después de retirarse Tony, la cena fue una excusa. Los mucamos se llevaron los platos intactos, pero si bebieron mucho champán. Chelsy acarició una de las manos de su ex.

—Qué bueno que Tony nos haya dejado solos. Es que deseaba tanto emular los buenos tiempos, como cuando éramos novios. ¿Lo recuerdas?

Incómodo, Henry tragó saliva. Louis tenía razón, si no era astuto la situación se le iría de las manos.

—Sí, me acuerdo —apartó la mirada— Pero pasó mucho tiempo y muchas cosas en el medio. Los dos cambiamos, ¿no te parece?

—Yo te quiero y te deseo como siempre, eso no cambió. Te perdono todas las infidelidades, fueron cositas sin importancia. ¡Con todas las ofrecidas que hay, no es nada asombroso que se tiren encima por el sólo hecho de que seas un príncipe!

—Ajá, o sea que la gente sólo se me acerca por el título que tengo.

“¡*Diablos, casi lo arruino!*”, pensó Chelsy y decidió ensayar otra táctica:

—Me expresé mal, lo siento. Pero olvidémonos de ello, ¿puedo pedirte algo, en nombre del amor que nos profesamos una vez?

—Te escucho.

Henry parecía interesado de nuevo. Era buena señal.

—Un solo beso, sé que piensas que no entendí sobre “tus tiempos” ¡Ahora he cambiado! Nos veremos cuando quieras, como dos buenos amigos.

Chelsy le habló de una manera tan dulce que Henry, sin darse cuenta, fue cayendo en su hechizo. “*De aquí a su cama hay un paso muy corto*”, reflexionó Chelsy muy satisfecha.

Fue tal cual ella lo premeditó, aunque no tanto.

En la cama, mientras Chelsy ya saboreaba su triunfo, Henry no podía concentrarse en lo que pasaba entre ellos. El acto era en su totalidad, mecánico.

“¿*Qué me está pasando?*”, se preguntó mientras veía a Chelsy ubicarse encima de él, moviendo su cortina de cabello dorado con sensualidad, pero

con ese gesto y como si fuera un espejismo, el color de su pelo se hizo oscuro, negro como el de... ella, sí. Volvió a mirar y era Adrienne, ¡Su Adrienne! Con sus oscuros ojos como ónice, su sonrisa de luna, su perfil travieso y respingón. Otro movimiento de melena y pudo ver el espeso flequillo que casi le tapaba las cejas, el suave tono mate de su piel, que brillaba con la tenue luz de su habitación.

—Cuanto te extrañé— dijo en un susurro, besándola con avidez en el cuello.

—Yo también— le dijo ella sonriéndole. *“Por fin, eso era lo que quería escuchar”*, pensó Chelsy.

—Te amo, no te vayas nunca.

“Claro que no me iré, si te casarás conmigo, inútil.”

—No me dejes, te prometo hacer todo bien esta vez— pidió Henry en súplica. Y hundió su rostro en el negro cabello de Adriana, aspirando su fresco perfume.

—Sí, Hen —contestó Chelsy y puso los ojos en blanco cuando él no la miraba— *“Espero que no diga esto porque bebió de más”*.

—Eres mía, ¿para siempre?

“Sí, idiota. Y podrías terminar de una vez, que ya estoy cansada”.

Cuando terminó, Henry sonrió satisfecho, feliz.

—Adrienne, mi *caríssima*.

—¡Qué!— exclamó Chelsy

Al prender la luz del velador, Henry pudo verla con claridad: el cabello rubio alborotado, los ojos celestes como témpanos y la piel blanca. Aún se encontraba encima de él.

—Chelsy, perdón.

—¿Cómo pudiste nombrar a esa india sucia cuando estás conmigo?— saltó de la cama y sacó con brusquedad una sábana para cubrirse.

—¡No la llames así! ¿Y sabes una cosa? Quiero que te vayas.

Chelsy intentó articular palabra, temblando como una hoja, vaya a saber uno si era de frío o de indignación, o quizás de ambas. Louis tenía razón, pensó Henry, ella era capaz de todo.

—¿Estás echándome?

—Quiero dormir solo.

—Estúpido, ella no te quiere. ¡Te presionará para que la hagas tu novia de manera oficial, y cuando eso ocurra, te acordarás de lo que te dije!— vaticinó señalándolo con un dedo amenazador.

Con toda la dignidad que pudo permitir, recolectó sus diseminadas ropas y se retiró dando un portazo que hizo temblar toda la casa.

De camino al baño, se encontró con Tony, quién ya volvía de su paseo silbando bajito.

—¿Qué miras?— protestó ella con el pelo entre los ojos y una mirada de fuego líquido.

—Nada, Chelsy. Por lo que veo, no estás demasiado satisfecha. ¿Qué pasó?— preguntó Tony fingiendo interés, aunque había sorna en sus palabras.

—No te importa.

Tony la tocó en la espalda con la punta del abanico, Chelsy se volvió hacia él con cara de pocos amigos.

—Me pareció verte cierto rastro de celulitis. Deberías cambiar de esteticista. ¿Te recomiendo una?

Chelsy cerró la puerta del baño con estrépito. Una vez cambiada de nuevo, Tony estaba esperándola mientras se abanicaba.

—Déjame en paz.

—Estoy intentando ser tu amigo. Es más, para combatir la insatisfacción sexual, nada mejor que una porción de torta de chocolate. Estarás cansada y

hambrienta después de *tanto esfuerzo inútil*. ¿No?

La rubia apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—¿Te apetece un dulce?—preguntó Tony y levantó su celular sonriendo con malicia— ¿Te pido un taxi? Me bajé una aplicación buenísima, en cuestión de segundos tendrás un auto en la puerta de tu ca...

Ella lo apartó de un violento empujón y unos segundos después de escuchar que daba un portazo a la puerta de entrada, se oyeron los chillidos de las gomas de un auto. Chelsy se había ido.

A la mañana siguiente, el asistente desayunaba en la mesa de la sala principal, cuando Henry se presentó en bata de dormir. Una mucama le ofreció huevos fritos pero él los rechazó.

—Buenos días, señor— saludó Tony.

—Hola.

—¿Durmió bien? Veo que aún no se ha cambiado, recuerde su agenda.

—No iré.

—Su Alteza Real, su padre y Su Alteza Real, su hermano, estarán allí.

—¿Estás cuestionando mis órdenes? Te dije que no iré. ¿Cuántas veces debo repetirlo? Busca en tu agenda el teléfono de mi padre o el de mi hermano así me disculpas del compromiso—Henry plantó un puño sobre la mesa.

La mucama que estaba por aparecer en escena, se esfumó como por arte de magia. Todo lo que contenía vidrio en la mesa tintineó de manera musical.

—Está bien, lo disculparé de su compromiso, sabe que siempre cuenta conmigo. ¿Puedo saber que le ocurre?— con cada palabra Tony iba tanteando terreno.

—Pasa que soy un estúpido.

—No diga eso, señor.

—Quiero que arregles todo para encontrarme con Adrienne, necesito verla.

—Como usted diga. Yo le aconsejaría que por esta vez, pueden verse a solas, así yo no estoy en el medio. ¿Qué opina?

—De acuerdo.

—Señor, seguro que no fue nada que no pueda arreglarse. Déjelo en mis manos, hablaré con ella. Pero usted en la próxima conversación deberá mostrarse menos intransigente.

Chelsy descansaba en el jardín de la mansión familiar dispuesta a tomarse todo el sol disponible que había en Londres, milagro que le tocara un día espectacular. De repente sintió que algo le impedía sentir el calor de los rayos.

—¿Quién es usted?— preguntó con más asombro que enojo y lo miró de pies a cabeza.

—Soy su nuevo chofer, señorita. Quería presentarme.

—¿Y quién te crees para presentarte sin más ante mí, igualado? ¡Es el mayordomo quien debe hacer ese trabajo! ¿Dónde se metió aquel inútil? ¡Ahora fuera de mi vista!

El joven inclinó la cabeza con humildad y se retiró rumbo a la casa. Carol se lo cruzó cuando iba en dirección al jardín para ver a su amiga y sin disimulo, lo miró con interés.

—¿Quién era ése?

—Según lo que dijo, mi nuevo chofer —respondió Chelsy con indiferencia— Seguro que fue mi papá al que se le ocurrió esa brillante idea, no sé por qué.

—Porque anoche casi destrozaste uno de sus autos. ¿Es ése que está

llevándose la grúa?

—Le hice un par de ligeras abolladuras, un poquito de aquí y otro de allá.
¡Qué fastidio! No quiero que nadie vigile mis movimientos.

—¡Bien que me gustaría tener un chofer como ése! El mío tendrá como mínimo mil años... En cambio el tuyo, tiene muy buen porte.

—Entonces te lo regalo, porque no quiero ningún maldito chofer.

Capítulo 18

Estrasburgo sería mi próximo destino, y según lo que investigué en internet, era un encantador lugar ubicado en Alsacia, una región francesa que limitaba con Alemania y Suiza. Quedé fascinada con esos paisajes de castillos medievales y casitas de cuentos de hadas. Sin demora contacté al doctor de las recetas falsas. El nuevo certificado médico que obtuve señalaba que debía realizar reposo absoluto por una bronquitis especialmente virulenta. Tiempo: quince días. ¿Resultaba creíble?

Antes de viajar recibí un llamado de Tony que me dejó un poco preocupada.

—No vayan a hacer líos.

—¿Por qué no se lo decís también a Henry?

—No te hagas la tonta. Cuídense, y me refiero en todos los aspectos. *Bye* —me cortó sin más.

Qué bien que empezamos el viaje, reflexioné un poco molesta.

Me sentía angustiada, expectante, malhumorada, risueña y melancólica. ¡Qué maraña de sensaciones contradictorias! Además estuve a punto de perder una de las conexiones, ya que el vuelo de San Pablo a Ámsterdam salió con demora.

Cansada y de malhumor, me registré en el hotel y caminé en dirección a mi suite, planeando darme una ducha mientras esperaba a mi Principito. El botones no logró dejar mis valijas en la habitación cuando Henry me agarró del brazo, atrayéndome hacia él.

—Por fin, Adrienne. Estaba ansioso por verte.

—¿Me dejás llegar a la suite? Te prometo que no huiré. Ni siquiera me saqué la cartera y el saco.

Me respondió con un beso apasionado y el pobre *bell boy* miró para otro

lado.

—Hen, el botones espera algo, ¿no sería conveniente que...?

—¡Cierto! Aquí tienes— le puso un billete en el bolsillo del uniforme— Ahora fuera, no estamos para nadie. ¿Entendido? Adiós— y le cerró la puerta en la cara.

—¡Qué brusco! No deberías...—protesté, pero él acalló mi frase con un beso que me dejó sin aliento.

—¿Me extrañaste?

—Sí.

—Yo te amo tanto, mi Adrienne— dijo en tono posesivo mirándome a los ojos.

—Y yo también te amo. Creo que te lo demuestro con hechos, ¿no es cierto? Es probable que me echen del trabajo, pero decidí arriesgarme. Eso mismo me aconsejó Tony, así que...—me dio la ligera impresión de que no escuchaba ni media palabra de lo que le estaba diciendo, porque veía que mientras me miraba, luchaba con los botones de la camisa, desabrochándoselos.

—Qué linda que eres, toda para mí, mi *carísima*. *Toda* mía, mía.

—Claro que soy toda tuya, estás muy extraño hoy. Me asustas un poco.

—Shhh. Ahora no hablemos más.

Me soltó el pelo, y ésta cayó en una suave cascada de rizos azabache, llegándome hasta la mitad de la espalda. Apartó uno de los mechones de mi cuello, y recorrió cada uno de los recovecos de mis hombros, omóplatos, parte de mi brazo, con los labios y la lengua.

Me besó y me acarició desde la frente hasta la punta de los pies. Se desnudó en la penumbra de la suite y observé su cuerpo. Era hermoso, perfecto. Se ubicó a mi lado y terminó de sacarme la ropa interior, dejándome tan desnuda como él. Mis manos recorrieron su espalda, sus hombros y su

pecho. Con suavidad, Henry empujó mis dedos hasta su pene.

—Quiero que me acaricies como solo tú sabes hacerlo, Adrienne.

Mis manos recorrieron de manera lánguida su sexo, primero con suavidad y luego con movimientos enérgicos. Estaba duro, me sentí fascinada por su tamaño.

Su boca se adueñó de mis pechos. Primero lamió uno y después el otro. Una de sus manos rozó mi clítoris, acariciándolo, logrando que ganara en tamaño y volumen. Cuando me mordió uno de los pezones, gemí de placer. Sin dejar de tocarlo, me incorporé de la cama y me situé sobre él. Me adentré a él casi con desesperación y cuando estuvimos unidos, los dos suspiramos de pasión. Empezó a moverse haciendo que sus embestidas acompañen el ritmo de mis caderas.

Henry se dio la vuelta y se situó sobre mí. Acomodé mis talones sobre sus hombros. Quería sentirlo muy adentro.

—¿Esto es un castigo?— pregunté a duras penas.

No podía hablar, me faltaba la respiración.

—No. Esto es un castigo, quiero que te muevas— dijo con malicia y me dio una palmada suave en la nalga.

—Más fuerte— susurré.

Otra embestida y una nueva palmada. Abrí la boca y cerré los ojos, incapaz de pensar que alguna sentiría tanto placer. Terminamos agotados pero felices.

—Mi amor— dije acariciándole la cara.

—Te amo, Adrienne— respondió todavía con la voz agitada y me besó en la frente con ternura.

De repente una idea escabrosa surgió en mi cabeza como una llamarada, ¿Y si era sólo eso para él? ¿Una simple mujercita que le calentaba la cama?

—¿Qué te pasa? Qué cara más larga— dijo Henry sonriendo dándome un

pellizco en la nariz.

—No nada, solo tonterías— respondí aparentando tranquilidad.

Al rato ya dormía, y aproveché para levantarme y llamar a Tony.

—Tony, estoy preocupada.

—¿Qué diablos haces llamándome a estas horas?

Me contó que estaba en una fiesta de disfraces junto a un grupo de amigos. A lo lejos se sentían muchas voces animadas, ruidos de copas y bien de fondo, el tema “*Numa yei*”, un tema ya antiguo pero seguía siendo el himno gay por excelencia.

—Espera un minuto. ¡Bajen el volumen de esa porquería, desafortunadas!— el tono de la canción bajó, pero apenas un poco. Tony volvió a la conversación que teníamos— Disculpa, pasa que el pobrecito de Xavier regresó de París con el corazón hecho añicos, lo dejó su novio.

—¡Uy, pobre! Decile que lo siento mucho.

—Si lo vieras disfrazado de “arlequín”, saltando por todo los rincones de la casa como si tuviera resortes en los pies. Insistió en hacer una fiesta para “celebrar” su separación y aquí estamos, acompañándolo en su dolor.

—Todos ustedes me parecen tan acongojados—dije con ironía.

—Nosotros sobrellevamos el dolor y lo transformamos en felicidad. Pero volvamos a tu tema: ¿Qué mierda haces hablando por teléfono conmigo cuando tienes un hombre hermoso que estaba loco por verte y te está esperando en la cama? ¿Te das una idea de cuantas de las que están acá, *quisieran* estar en tu lugar?

—¿Crees que Henry esté enamorado de mí? ¿No pensás que en realidad él confunde sexo con amor?

—¡Ay, Dios! Vi tantas que fracasaron y no se fueron de su lado a la mañana siguiente, sino a las dos horas. Hazme un pequeño favor: mantente

tranquila, no pienses más en cosas que no son. Pero no te olvides de aclarar las cosas, fíjate cuál es el momento propicio.

—Está bien.

—Debo dejarte porque sigue llegando gente, ¡esto es una locura! Y quiero lucir mi disfraz completo, aún no me puse el sombrero.

—¿De qué te disfrazaste?

—Del “llanero solitario”. ¡No sabes el traje que me confeccioné! Lleno de brillos y lentejuelas.

—Adrienne— oí decir a Henry.

—Nada tienes que hacer teniendo charla conmigo. ¡Uy, se acerca mi ex, y si vieras el espantapájaros con el que llegó! Ahora si te dejo, cuando note lo fantástico que me veo, seguro que se caerá de espaldas, jajaja, entonces que se coma las uñas. *Bye*, querida.

Una noche cenamos en un restó que parecía una gran casa de juguete toda hecha de tablas de madera, adornada con figuras de cigüeñas. La comida era excelente, pero muy pesada: *choucroute alsacienne*, *bacon* ahumado, y de postre, el popular *Kugelhupf*, que me gustó al principio, pero al encontrar en la porción varias pasas de uva, lo desdeñé por completo. Gigantón¹ la aceptó encantado, y eso que ya iba por la cuarta porción.

En medio de la apacible velada, sentí que había llegado el momento de hablar en serio.

—Vámonos, Henry— pedí tomándolo de la mano.

—Haremos lo que quieras— respondió muy tranquilo.

A solas en nuestra suite, empezó a besarme el cuello. Lo aparté con suavidad.

—Primero quiero que hablemos.

Me senté en una silla enfrentada a él, tomándolo de las manos. Qué difícil

se me estaba haciendo, pero tenía que sacar el tema en algún momento.

—Basta de estar ocultándonos, probemos a ver qué nos pasa actuando de esta manera. ¿Estás dispuesto a asumir el riesgo?

No me contestó, pero me soltó de las manos. Con tristeza, miré las mías, ya vacías.

—¿Henry?

—No estoy preparado ni quiero asumir ningún riesgo, Adrienne.

Lo miré muda, sin poder creer en lo que me estaba diciendo. Fue como si el techo y el mundo entero se derrumbaran sobre mi cabeza.

—Quizás no te ame tanto en realidad— dijo después de un rato.

—Se ama o no se ama, Henry.

—Haremos de cuenta que no existió esta conversación. Eres hermosa y divertida, me gustas mucho.

Él mientras tanto seguía hablando, planificando. Como si la charla que tuvimos jamás hubiera existido:

—Viajes como éste podemos hacer cada tanto y podrás elegir el lugar que quieras, me avisas y nos reunimos. ¿Te parece?

—Se terminó, no podés ofrecerme lo que quiero porque sos un inmaduro. Hasta acá llegué.

—¿Entonces te vas?

—Voy a hacer mi equipaje y te dejo en paz.

—¡No te vayas! Creo que nos estamos precipitando, Adrienne— por fin pude ver un chispazo de sentimiento en sus ojos azules.

Dominé el gusto horroroso a bilis que me había subido a la garganta, y me solté de sus brazos.

—Voy a hacer mi equipaje— respondí con frialdad.

Cuando estuve lista, lo volví a besar, pero esta vez con intensidad.

—Adiós, me encantó conocerte— dije acariciándole la cara.

Cuando el *bell boy* se hizo cargo de mi equipaje, agarré la cartera y lo saludé con un simple movimiento de mano y con ese gesto, me pareció también cerrar una parte de mi vida.

No quería escuchar a Ximena, ni a Alejandra, ni mucho menos a Tony. Sabiendo que mi plazo de “enfermedad” había concluido, no tenía ganas de regresar a mi casa. No quería volver a Buenos Aires y necesitaba estar a solas con mi dolor, así que vendí la cinta de platino que Henry me había obsequiado en París, y partí a Milán.

Esos cinco días que pasé sin compañía pude ver con claridad lo ilusa que había sido. ¿Me había creído el cuento de la cenicienta?

Tony, mientras tanto pensaba que Henry y Adriana vivían el idilio de sus vidas, y por dicha razón no quiso molestarlos con llamados. Para brindarle una grata sorpresa a Adriana y celebrar “el inicio de su noviazgo público”, decidió darse una escapada a Buenos Aires. Antes de ello, había llamado a sus amigas para preparar un brindis en su honor.

—No sabemos nada de ella. Estamos un poco preocupadas —le confesó Alejandra.

—Adriana tiene que resolver un asunto muy urgente con Henry y ustedes saben de lo que se trata. Cuando ella vuelva, todo habrá cambiado en su vida, la cual dará un giro de ciento ochenta grados.

—Pero podría avisarnos si está bien o no, es todo tan raro, ¿y si la está pasando mal?

—No, querida. Volverá feliz y radiante.

Tan radiante no me encontraba, porque me sentía cada vez peor. Y lo que daba un giro perfecto de ciento ochenta grados era mi cabeza, porque me mareaba muy seguido. La comida me caía fatal y no podía soportar el aroma del café, al que fui adicta desde tiempos inmemorables; en cambio en ese momento, debía soportar las náuseas cuando tenía una taza cerca.

Cuando sentí que la soledad me estaba volviendo loca, junté mis bártulos y tomé el primer vuelo que encontré para volver a casa. El viaje fue un tormento de millones de horas que jamás se pasaban porque me sentía muy mal, ni hablar de todas las conexiones que tuve que hacer para volver. ¿Me cuidé? No. ¿Se cuidó él? No. ¿Tomé las pastillas anticonceptivas? Ni las miré siquiera. Ya en casa, me eché agua a la cara y con una voz que inspiraba la mayor de las lástimas, supliqué a Ximena:

—Comprame ese maldito test, por favor.

El timbre del departamento sonó varias veces y Ximena fue a abrir.

—¡Tarán!— exclamó Tony desde la puerta.

—¿Quién?— alcanzó a preguntar Alejandra y al verlo, se quedó helada de espanto.

—Soy Tony y vengo a celebrar con ustedes.

Ximena no entendía nada y tampoco se imaginó que Tony podía estar hablando de otra cosa. Y por cierto, él se refería al noviazgo público de Adriana.

—Yo no creo que sea para festejar, quizás si el resultado fuera negativo— agregó confusa.

—El resultado tiene que haber sido positivo, querida. ¿Si no por qué celebraríamos?

—¡Pero, Tony!

—¡Será muy dichosa! Siempre quise eso para ella— terció el asistente mientras maniobraba con el sacacorchos.

—No es fácil, quedaría expuesta frente a todo el mundo.

Tony sirvió el contenido del champán que había llevado para celebrar en cada una de las copas.

—Un poco expuesta quedará, no es sencillo, pero ella lo podrá afrontar. ¡Es tan carismática!

—No creo que sea cuestión de carisma, sino de mala suerte. Quizás si la situación fuera otra— replicó Ximena.

—¿Cuál otra? ¡Es la ideal! Ellos tan jóvenes y con toda una vida por delante. Deberían ponerse felices por la suerte de Adriana, ella pasará a otra etapa.

—Una etapa muy distinta— agregó Alejandra pensando en voz alta.

—Y yo muy feliz por ella no me siento, pero por ahora se trata sólo de una sospecha— dijo Ximena.

—Pensé que eran más alegres —y en un gesto de triunfo, el asistente alzó su copa— ¡Llamen a esa insensata que vamos a festejar!

Yo seguía en el baño, no había escuchado la llegada de Tony. Por eso salí con mi aspecto de enferma crónica enarbolando el test de embarazo.

—Chicas, ¿saben dónde dejé la caja? No sé cuánto hay que esperar para saber.

—¡Qué! No puede ser— Tony tiró la copa y agarró la botella, bebiendo el contenido desde el gollete.

Con una expresión que demostraba que se encontraba al borde de un ataque de nervios, Tony me observó como si hubiera perdido la cabeza:

—¿Qué mierda es eso? Yo te mato, tarada. ¡Voy a arrancarte las tripas y

hacerme unos tirantes para el pantalón!

—Tony, yo te dije que no había nada que festejar— saltó Ximena

—Claro que no hay nada que festejar, esto es una tragedia. No te hagas la tonta, ¡y dime de una puta vez que salió en el test!

—Creí que había que esperar unos minutos pero no se ve nada.

—¡Dame ya mismo esa cosa!

Se lo entregué con humildad, pero él casi me lo arrancó de la mano.

—Es verdad, no dice nada —dijo después de mirarlo con detenimiento— es raro porque no suelen fallar casi nunca. Mañana te acompaño al médico.

—Yo no quiero ir al médico.

—¿Te has visto la cara? Estás pálida como un difunto y hablando de difuntos, por las dudas, deberé tener listo mi testamento. Porque si todo llega a salir mal, puedo considerarme un muerto caminando.

—¡No quiero un chofer, papá! ¡No quiero y no quiero!

Andrew Owen-Keller, quién siempre consentía los caprichos de su hija, esta vez se mostró intransigente.

—Nunca te consulté qué era lo que querías, es una orden y basta. Ahora fuera de mi despacho que quiero trabajar.

Chelsy lo miró con una mezcla de ira, decepción y descreimiento.

—¿Y qué pasa si no acepto?

—Tendrás que manejarte en bus, o irás caminando a todas partes.

—Papá, qué humillación. ¡No sé viajar en bus, seré el hazmerreír de Londres!

—El chofer o el bus, Chelsy.

Como toda respuesta, Chelsy se retiró del despacho dando un portazo.

Media hora más tarde, se moría de aburrimiento. No podía vivir encerrada,

quería ir al *mall*. Entonces se dirigió a la cocina. Entró como una tromba a la estancia. El chofer se encontraba tomando una taza de café. Lo miró con la cabeza bien en alto y lo señaló con soberbia.

—Necesito que me lleves de paseo.

El muchacho hizo una respetuosa inclinación y la condujo hacia al garage de la casa. Le abrió una de las puertas de atrás del auto y se ubicó en el asiento del conductor.

—¿Cómo te llamas?— preguntó Chelsy en un momento.

—Me llamo Bruno, señorita.

—Tienes un acento extranjero, ¿de dónde eres?

—De Puerto Rico, señorita Owen-Keller. Llegué hace apenas unas semanas y le pido disculpas por mi torpeza, todavía no logro hablar inglés con fluidez.

“Miren lo que contrató papá para mí, un tipejo que habla con un acento horrible. Estaremos muy mal de finanzas, porque un británico pretendería un sueldo más alto.” Pensó Chelsy.

—Pero dentro de poco tiempo podré hablar de manera más correcta, no se preocupe.

—Espero que así sea. ¿Cómo era tu nombre?

—Me llamo Bruno, señorita.

—*Mmmm*, no me gusta. Te llamaré Byron, ¿entendido? “Bruma” me parece un nombre espantoso.

—Bruno, señorita.

—No me corrijas. Serás Byron y punto.

El chofer detuvo el auto y abrió la puerta de Chelsy. La tomó de la mano para ayudarla a salir e iba a volver a su puesto cuando la rubia dijo con aspereza:

—¿Qué estás haciendo, Byron? Quiero que me acompañes al shopping.

Necesito que me ayudes con unas pocas cositas livianas que voy a comprar ahora.

Dos horas después, Chelsy caminaba risueña por el *mall* mirando los escaparates de las tiendas, mientras Byron se hacía cargo de las “pocas cositas” que había comprado para sí misma: tres pares de zapatos, cuatro vestidos, dos jerséis de media estación, y una capa para usar en alguna noche fresca.

—Rápido Byron, que no tengo todo el día y cuidado con mis bolsas.

—Disculpas, señorita Owen-Keller— caminó a paso más ligero pese al cargamento de compras con las que tenía que lidiar.

Tenía que complacer a la señorita. Casi choca con ella, cuando Chelsy se detuvo de golpe.

—Por poco lo olvido, necesito un par de regalos para Carol— En actitud de reflexión, posó una perfectísima uña cuadrada y nacarada sobre los labios — Con el poco dinero que tengo disponible y a la idiota se le ocurre cumplir años justo en un par de días. Le compraré algo baratito. Byron, volvamos sobre nuestros pasos. ¡Rápido, dije!

Retornaron a ver las mismas tiendas que antes.

En lugar de pensar que Adriana tuvo una buena razón para haberse alejado de él, Henry se lo tomó muy mal.

Cuando ella no respondió el último mensaje de *whatsapp*, pensó:

“Está bien Adrienne, como quieras. No te obligaré a nada.”

Arrojó de mala manera el celular a un rincón, pero lo volvió a buscar un minuto después. ¿Por qué no llamar a alguna chica para que lo divirtiera? Entonces así sería, pero, ¿quién? Bueno, había varias. Entonces cuando se decidió, marcó un número:

—¿Hola, Rubí, te acuerdas de mí?—preguntó mientras sonreía.

A la mierda con Adrienne y su estúpido orgullo.

Las horas que pasó junto a ella fueron placenteras y animadas. Rubí era divertida y con un cuerpo fabuloso, sabía complacer todos sus pedidos, y para qué mentir, también la chupaba muy bien. Pero cuando los vahos del champagne no se le habían ido del todo, la oyó decir:

—¿Salimos mañana? Qué bueno que me hayas llamado, Hen.

Henry se la quedó mirando sin encontrarle el sentido a sus palabras.

—Hay una pulsera muy bonita que vi en el escaparate de *Tiffany*. Un verdadero sueño: de oro blanco, con brillantes engarzados, pero sale un poco cara.

Henry sonrió con ironía porque recordó lo interesada que era.

—Y voy a usarla cuando nos encontremos, me presentaría sólo con la pulsera como todo abrigo— prosiguió ella enarcando una ceja con sensualidad.

Henry empezó a reírse a carcajadas.

—¿Puedo preguntarte el porqué de tu risa? ¿Estás burlándote de mí?

—No pienso comprarte nada, ¿sabes?— el príncipe le acarició la cara, para luego darle unas cariñosas y despreciativas palmaditas en la mejilla, mirándola a los ojos— Date tu lugar, querida, porque no eres nada mío. Viniste para pasar un buen rato y ya te di más de lo que te mereces. Quiero dormir solo.

—¿No comprarás la pulsera? ¿Y me tengo que ir también ahora?

Rubí también era un poco lenta para las indirectas.

Henry ni se preocupó en contestarle. Se tapó con el cobertor de la cama y llamó a una de las mucamas, ya que no estaba Tony para mostrarle, a su manera, dónde era la salida.

—Sylvia, saca a... —lo pensó un poco mejor y se corrigió—: la señorita

Rubí se va. Cuando termine de vestirse, le pides un taxi.

Sylvia hizo una reverencia y empujó a Rubí a la puerta, que todavía se encontraba envuelta en una sábana.

—¡Lámame cuando quieras!— exclamó mientras Sylvia la seguía empujando hacia afuera de la habitación.

—Te llamaré, Rubí.

—Estaré disponible en *whatsapp* o *telegram*.

Henry ya no quería oírla, su vocecita de nena boba que le gustaba en otra situación le estaba dando dolor de cabeza. En realidad le gustaba más cuando ella tenía la boca ocupada haciendo algo más interesante.

Henry se envolvió en la bata de dormir y se dirigió al living a servirse una buena medida de whisky.

A lo lejos, escuchó a Rubí, se estaba tomando un taxi. Ruidos de otro auto al llegar.

—¡Hola, Louis!— dijo Rubí.

Henry no pudo creer en su mala suerte. Justo lo que le faltaba para rematar la noche. Re contra mierda.

—¿Qué tal?

Louis ignoró el saludo, se acomodó en un sillón de la sala y aceptó una buena medida de whisky.

—Veo que no pierdes el tiempo, Rubí hoy y mañana vaya a saber uno a cual llamas. ¿Volvemos de nuevo a las andadas?

—Louis, te pediré una cosa: no me fastidies. ¿Qué quieres que haga? ¿Llorar porque Adrienne me dejó?

—Para empezar, deberías dejar de portarte como un estúpido inmaduro y comenzar por retomar tus funciones. No puedo creer que seas *tan* irresponsable, pero dejémoslo ahí. ¡Hasta descuidaste la fundación que apadrinamos! Yo no puedo, me voy a Zimbabwe la próxima semana, así que

viajarás mañana mismo. Y no aceptaré negativas.

—Louis, son tus compromisos.

—Los dos estamos comprometidos en la fundación que era de madre. Mañana mismo viajas para allá. Y me voy porque no soporto las idioteces que cometes, hasta pareciera que tienes quince años de nuevo, me das vergüenza. Adiós.

—¿Podrás cambiar esa cara de sepulcro? Me da mucho disgusto verte con esa expresión—me regañó Tony.

Nos encontrábamos en la clínica, no pude negarme a su insistencia de ir hacerme un análisis de sangre a la mañana siguiente.

—Me siento mal.

—A ver, ¿cómo te explico? Podrías haber controlado ese estúpido organismo fecundo tuyo tomando las pastillas anticonceptivas, pero no supiste cuidar ni tu reputación ni tus ovarios, nada más te empeñaste en consumir esas calóricas comidas bretonas.

—Encima que me mata el dolor de cabeza, me decís cosas feas. Se supone que sos mi amigo.

—No te gusta oír verdades, igualita a tu novio. Por cierto, anoche cuando fui a tu casa no me dijiste porque estabas sola en Milán y no en Estrasburgo con él. ¿Qué pasó?

—Lo dejé.

—¿Qué?

—Shhh— lo censuró la recepcionista del lugar.

Al mismo tiempo le señaló un cartel con la imagen de una enfermera que tenía un dedo en los labios, pidiendo silencio.

Tony se disculpó con la mirada. Sacó de un bolsillo interno del saco una

llamado Roberto Domingo Mora, vaya Dios a saber cómo reaccionaría. Verdaderos problemas se acercaban. Tuve el súbito impulso de acariciarme el ombligo y decirle al porotito que estuviera allí, que mamá se ocuparía de todo. Porotito, ya mamá te ama.

Siempre serio, Tony me tendió el papel. Temblando como una hoja, lo leí. Decía negativo.

—Esto te enseñará a pensar la próxima vez con la cabeza y no con los pies, por no decir otra cosa, ¿no? ¡Dios, qué susto! Ya me imaginaba en un ataúd.

Dejé de tener náuseas, ¿mi malestar entonces de verdad habría sido psicológico?

¿Quién dijo que no existen los milagros? Puedo asegurar con sinceridad que sí los hay. ¿Cómo se entiende que no me hayan echado del trabajo? Aunque Alexis, mi jefe, se mostraba más frío que de costumbre, nada me preguntó acerca de mis días de ausencia cuando el certificado por enfermedad había caducado. Retorné a la rutina, me mostré como una autómatas y los días parecieron uno exactamente igual al otro: trabajo, sesión de psicoanálisis, clases de árabe, compras al súper y salidas a algún restó con amigas.

Cómo no se puede pasar por alto una ruptura sentimental, por algún lado debía canalizar mi angustia. Entonces me dediqué a la comida. Sucumbí ante las cosas dulces: chocolates, tortas, caramelos masticables. Y durante Semana Santa arrasé con cuanto huevo de pascua o rosca estuviera a mi alcance. Cuando aparecía luego de la cena con una porción gigante de helado rociado de chocolate caliente, Alejandra se hacía la tonta y fingía no ver con cuanta glotonería paladeaba el postre, mientras hacía *zapping* con el control remoto.

Cierta vez decidí ensayar al día siguiente la repostería casera. El postre no salió de muy buen aspecto pero decidí probarlo igual y hundí el dedo en el

mar espeso del chocolate. ¡Mmmm, no estaba nada mal! Para mí, que era todo un logro hacer una milanesa sin que me saliera tan negra como una madrugada de invierno, me pareció lo mejor de lo mejor. Orgullosa de mi labor, busqué mi celular y le saqué una foto. Pero en el momento que me alejé de la cocina, el nivel de azúcar de mi organismo bajó en picada y busqué de nuevo la torta. Después saqué otra foto, pero esta vez mostrando la bandeja vacía. Decidí enviarle las dos fotos a Ximena. *“Xime, debes estar roncando a esta hora. El motivo de este whats es simple, quería comunicarte que en un ataque de ‘angustia oral’ tu amiga consumió una torta entera hecha con sus propias manos. Te mando las imágenes adecuadas, dónde puede verse con total elocuencia, el antes y el después. Bye.”*

Después me fui al living, elegí mi sillón favorito y prendí la tele. En un momento, detuve el botón del control remoto en un canal de noticias español. Un acartonado conductor con traje impecable y corbata grisácea anunció:

—Luego del informe de nuestro corresponsal neoyorquino, Nelson Gómez acerca de las predicciones del fin del mundo, pasamos a Sudáfrica. Buenas tardes, Cecilia Ordóñez. Estamos en conexión.

—Buenas tardes, Elmer. Aquí Cecilia Ordóñez —saludó una joven con una brillante sonrisa periodística. Empezó a parlotear y su tono tan correcto me aburría e iba a cambiar de canal, cuando informó—: Estamos en Lesotho, cubriendo el viaje benéfico del príncipe Henry. Su alteza real llegó en compañía de la cruz roja británica para la construcción de un nuevo comedor infantil. Acá tenemos parte de su discurso a la prensa.

No supe que hacer, si cambiar de canal o no. Busqué los cigarrillos y prendí uno. Decidí dejar el informe, ya estaba jugada.

Rodeado de periodistas y flashes, apareció Henry en camiseta deportiva, visera y jeans. ¡Qué lindo se veía! Te odio, estúpido. Pero también te amo.

En un momento se inclinó para alzar a una nenita negra de unos nueve o

diez años y de contextura delgada, pero se la veía feliz y sonriente.

—Vanine, eres mi preferida, ¿sabes?— aseguró a la nena. Ella le tocó la mejilla con ternura.

Las lágrimas inundaban mis ojos, de un manotazo me limpié las pestañas húmedas.

Desde la tele, Henry dejó a Vanine de nuevo en el piso y siguió hablando:

—Ella y tantos chicos en una situación similar necesitan de nuestra ayuda— prosiguió.

Mientras, del otro lado de la pantalla, seguí llorando como una Magdalena con zapatos tres números más chicos.

—Nunca viene mal que nos den una mano para seguir colaborando— prosiguió Principito—Pónganse en contacto con nuestra fundación, los estaremos esperando. Gracias.

Con paso cansino de recién levantada, Alejandra apareció en el living. Me dirigió apenas una mirada antes de ir a la cocina a prepararse un café, pero cuando escuchó mis sollozos, corrió a mi lado.

—Adri, ¿qué te pasa?

Señalé el televisor. Seguían pasando imágenes de Henry peregrinando por su fundación: llevando carretillas con cemento hacia el comedor en construcción, ubicando ladrillos en una futura pared, con un bebé en brazos y jugando al béisbol con un grupo de chiquitos.

—No, Adriana no llores. Estoy con vos, Ximena y yo te adoramos. Odio decir esto, pero creo que no todo está perdido, tendrías que hablar con Henry.

CAPÍTULO 19

—Señor, ¡las mejores críticas en el diario sobre su persona! Sus páginas de fans de *Facebook* e *Instagram* estallan de tantos comentarios positivos. No sé cómo haré para responder a todo eso— dijo Tony una mañana, mientras desayunaban.

—Me hizo bien volver a Lesotho, Tony. Me siento mejor conmigo mismo.

—Se lo nota de mejor semblante y humor, si no le molesta que opine lo que me parece, ¿planeará otro viaje?

Henry se quedó reflexionando.

—Aún no tengo decidido dónde. Tendré que conversarlo con Louis— y de pronto se puso serio.

—¿Se siente bien?

—Digamos que sí, pero algo preocupado —dijo Henry— es por Adrienne, hace tiempo que no contesta los *whats* ni atiende mis llamadas. ¿Está bien?

—Ahora sí lo está. Pero pasó por un momento difícil.

Henry pegó un salto, y la mucama que servía el café, dio un respingo.

—¡Entonces cuéntame que es lo que le pasó, te lo exijo!

—No debería hablar de esto con usted, Adriana me va a matar. Pero si usted lo pide.

Le contó los días de Adriana en Milán y sus oscuros presentimientos sobre si estaba embarazada o no.

—La llamarás ahora mismo, quiero escuchar cómo se siente. Ya sé que pasó mucho tiempo, pero quiero que la llames.

—Pero alteza, si son las ocho de la mañana en Londres, entonces en Buenos Aires, han de ser las tres de la madrugada.

El príncipe le extendió a Tony su propio celular. Pero él hizo un gesto de

negativa, sacando el suyo del bolsillo.

—Utilizaremos el mío, si ve su número no lo atenderá.

Fue un milagro que no apagara el celular, porque cuando sonó a semejante hora de la madrugada tuve una especie de *deja vu*. Con la cabeza hundida en la almohada y tapada hasta el flequillo, toqué una especie de minué con los dedos a lo largo y ancho de la mesa de luz, todo para encontrar mi teléfono sacando el menor porcentaje de mi cuerpo de entre los acolchados. Ahí fue cuando derrumbé un cenicero, que cayó al suelo y se hizo pedazos.

—¡Mierda!

Tuve que prender la luz. Cuando me puse de pie y miré la pantalla, me asusté y pensé en todas las catástrofes posibles. Atendí lo más rápido que pude, era Tony haciendo una llamada desde su *whatsapp*.

—¿Le paso algo a Henry? ¡Decime ya lo que sea, por favor!

Sentí que el teléfono pasó de mano.

—*Caríssima*, no pasó nada grave. No culpes a Tony, recibió órdenes mías. Me enteré del susto que pasaste por mi culpa, me lo contó todo.

—Henry, no quiero oírte.

—Por favor, no cortes. Fui un bruto al expresarme de aquella manera en Estrasburgo, no dije en realidad lo que pensaba.

—Dijiste lo que sentiste, a veces no hace falta pensarlo dos veces, y entendí todo perfecto.

—Dame otra oportunidad, y tiempo, necesito tiempo. Por favor.

—Está bien, pero no quiero que pienses que cambié de postura. Aún sigo esperando que me tengas en cuenta para ser algo más que tu amante.

—¡Nunca te consideraré de esa manera, Adrienne! Y eso lo sabes bien, te amo y te necesito.

—Yo también te amo, Henry... pero no me hagas sufrir más.

—Si te miento, será como mentirme a mí mismo. Por ahora sigo ocupado con mis compromisos, no puedo hacer un viaje de placer, tengo todos los ojos puestos en mí: los de mi abuela, mi padre y mi hermano. Pero en cuanto pueda nos reuniremos.

—No sé, siempre me confundís cuando decís esas cosas tan lindas, porque me halagas y después haces lo contrario.

—No creas que no lamento todos los errores que cometo. Pero los asumo y ahora te pido disculpas, *cara*, miles de disculpas.

—Dedícate a tu fundación, Lesotho te vino muy bien. Vi la entrevista por el canal de noticias.

—Te amo, *Carissima*.

¿Estaría haciendo bien en perdonarlo?

Chelsy, quien tenía la autoestima muy cerca de Júpiter, esta vez pensaba que la perfección había bendecido a su persona. Se sentía hermosa de verdad; esa noche tenía una fiesta, quizás hasta podía conseguirse un buen partido. Al diablo Henry y sus amores con aquella indígena tan horrenda, ojalá un rayo los fulminara a los dos juntos.

—Vamos, Byron— dijo de buen humor al chofer, mientras subía a uno de los autos de su padre.

—La señorita se ve muy bien.

A través del espejo retrovisor, Chelsy lo miró con enfado. Después lo pensó mejor y sonrió lisonjeada.

—Atrevido, te perdono nada más porque estoy de muy buen humor. Ahora presta atención al volante porque quiero llegar puntual a la fiesta.

—Sí, señorita.

Cuando llegaron a la mansión Douglas-Scott, propiedad de los padres de su amiga Carol, la rubia bajó del auto como una reina.

—¿Espero a la señorita?

—Ve a la cocina con los sirvientes... supongo que alguna sobra de comida quedará para ustedes. ¿Entonces piensas que me veo bien?

—La señorita parece una reina.

—¿Y me tendrán envidia?

—¡Por supuesto!

—¡Eso es lo que quería escuchar, adoro tanta sinceridad! Ahora sí entraré a la casa. Deberás estar atento a mi llamado, aunque supongo que será muy tarde. ¡Bye!

—*Bye*, señorita Owen-Keller— contestó Byron haciendo una ligera inclinación.

El mayordomo le abrió la puerta y recibió su abrigo. Carol corrió a su encuentro. Se saludaron con un beso en cada lado de la mejilla pero sin rozarse, para no estropear el maquillaje.

—¡Chelsy, estás preciosa!

—Lo mismo digo de ti, querida—era mentira, la pobre Carol parecía punto de estallar en su vestido color rojo.

—Ven conmigo —dijo Carol mientras la tomaba del brazo— ¡están todos nuestros amigos! Nos divertiremos mucho.

Durante un buen par de horas, Chelsy no hizo más que bailar y disfrutar de charlas superfluas y tragos de los mejores. Estaba riéndose del nuevo chisme del momento, cuando la vio llegar y la risa se le congeló en los labios.

—¿Invitaste a Amy Marshall- Sullivan?— exclamó Chelsy sintiendo que el mundo se le venía abajo cuando observó la entrada triunfal de la prometida de Louis.

—Chelsy, lo siento. Yo sé las diferencias que hay entre ustedes dos, pero

mi papá tiene negocios con los Marshall- Sullivan, y por otro lado, ella será la esposa de Louis.

Chelsy perdió los estribos y pataleó el piso con furia. Algunos la miraron.

—¡Ya sé! ¿Piensas que me gusta imaginar que esa plebeya insignificante dentro de poco casándose con Louis nos tendrá a todos en un puño?

—Chelsy, por favor... ahí se acerca—Suplicó Carol.

—Ella y aquel ridículo sirviente rosa de Tony, me humillaron— terció Chelsy mientras reflexionaba en irse o no.

—Shhh.

—Carol, feliz cumpleaños— saludó Amy con una sonrisa sincera, pero su expresión mutó en una mueca sarcástica cuando posó los ojos en la rubia, midiéndola con la mirada—Hola, Chelsy.

—Hola, Amy.

—Veo que tu ojo se recuperó del todo, después leí que no podía ser una peste lo que lo había puesto rojo, sino sólo el golpe que te diste. Creo que Tony y yo exageramos—exclamó Amy riéndose de buena gana y arqueó una ceja con ironía, sus amigas la secundaron de igual manera, porque como ella, odiaban a Chelsy— Espero que no hayamos arruinado tu noche, quizás tenías planes con Henry, ¿no?

—No, en realidad era tarde, y ya pensaba irme— se obligó a decir con calma la Owen-Keller.

—¡Ah! Entonces me quedo tranquila, eso lo dije para que no te hicieras ilusiones, porque según lo que oí, tiene amoríos con una argentina muy bella — agregó la novia de Louis, para luego fruncir el ceño con un dejo de falsa tristeza y palmear el hombro de Chelsy, compadeciéndola— ¡Uy! Eso no debería haberlo dicho, ¿no, queridas?— y miró a sus amigas.

Chelsy bebió junto con el siguiente trago Cosmopolitan, un poco de su propio veneno.

—Ahora lo siento, Chelsy. Me agradó esta intensa e interesantísima charla que estamos teniendo, pero debo seguir conversando con la gente que asistió a esta fiesta. Hasta luego. ¡Carol, me encanta tu festejo de cumpleaños!— se retiró dándole la espalda, la muy maleducada, en un esplendor de raso, joyas relucientes y maquillaje perfecto.

—Chelsy, me parece que estás bebiendo demasiado— advirtió Carol.

—¡No me molestes! Es tu culpa por invitar a esa serpiente.

Carol se encogió de hombros y se retiró en dirección a un grupo de invitados, que charlaban en otro rincón de la casa.

Chelsy saboreaba su copa, pero el trago le sabía muy amargo. Y peor sabor tuvo cuando oyó los comentarios de otras personas a su alrededor:

—Sé de buena fuente que a su familia no le queda un solo penique, nada más que hipotecas y deudas.

—Pensaba salvarse casándose con Henry, y él no le presta más atención.

Otra voz más terció:

—¡Qué patética es regalándose de aquella manera! ¿Será verdad lo de aquella plebeya latinoamericana? Oí decir que era preciosa.

—Por más *lady* que sea, Chelsy ya no tendrá más suerte con Henry, por más que haga lo que haga.

—Chelsy, ¿adónde vas?— le preguntó Carol alarmada.

—Eso no te importa.

—Estás pasada de copas, tu chofer está en la cocina, voy a llamarlo.

Con cierto esfuerzo, Chelsy sacó de su cartera unas llaves de auto y las alzó con un gesto de triunfo.

—Tengo una copia de las llaves, así que me voy sola. *Bye*— dijo alejándose, pero volvió y le dijo a su amiga—: Engordaste mucho, ese vestido te deja el trasero enorme. Adiós.

Byron estaba tomando un café junto a la cocinera y unos de los choferes de la casa Douglas-Scott, cuando irrumpió en la estancia una Carol muy alterada.

—¡Byron, la señorita Chelsy se encuentra fuera de sí! Creo que piensa ir a algún lado a hacer un escándalo terrible.

Byron pegó un salto de la banqueta y junto a Carol, fueron corriendo a la entrada de la mansión. Cuando llegaron ya era tarde, el auto propiedad de Andrew Owen-Keller, hizo unos guiños con las luces y arrancó.

—¡Señorita, vuelva!— gritó Byron con desesperación, interponiéndose frente al auto. Pero Chelsy, borracha pero no estúpida, logró esquivarlo y huyó a toda velocidad.

—¿Dónde irá?— se preguntó el chofer maldiciendo su suerte y viendo que el auto se alejaba, y junto con él, su nuevo empleo en la casa de los Owen-Keller.

—Yo sé dónde, le pediré a uno de mis choferes que te lleve, Byron— agregó Carol enferma de preocupación por su amiga.

Según su deslucido cerebro embebido en alcohol, Chelsy podía obtener a Henry cuando quisiera.

“Y ahora mismo, si se me antoja, idiota.”, pensó cuando frenó en la casa de su ex novio, llevando por delante varios postes de la entrada. El vigilante de la puerta, saltó como un resorte de su silla cuando vio el lujoso auto zigzagueante. Pensó que se trataba de un atentado en contra del príncipe, por eso no abrió la puerta ante los bocinazos que propinaba Chelsy.

—Señorita, no puedo dejarla pasar. Son órdenes de su alteza real de no permitir el ingreso a la propiedad a quien no conozca.

—¡Soy la novia de su alteza real, estúpido!— bramó Chelsy, acompañando sus gritos con bocinazos— ¡Déjame pasar o mañana tendrás

que buscarte un nuevo empleo!

Gigantón 1 cometió el error de hacerle caso y así fue entonces cuando la ex novia de Henry aprovechó para entrar en la propiedad. Éste quiso asirla del brazo, pero ella lo apartó de un empujón.

—¡No me toques, atrevido! ¡No se interpongan en mi camino!

Al llegar a la casa, empezó a golpear la puerta principal como endemoniada.

Chelsy estaba llena de rabia. Como no le hacían caso, caminó tambaleante hacia una de las ventanas y gritó con todas sus fuerzas mirando siempre hacia arriba.

Tony se asomó desde una de las ventanas.

—¿Te volviste loca o qué? ¡Basta de escándalo, Chelsy! Su Alteza Real está durmiendo.

—¡Sé que lo estás cubriendo, seguro lo acompañará en su lecho alguna vagabunda barata! ¡Ahora mismo lo llamas porque aquí está su futura esposa, rápido!

—No eres nadie para darme órdenes, Chelsy querida.

—¡Entonces te vas a arrepentir, tonto afeminado!

—¿Ah, sí? —Y lanzó una carcajada— Vas a ver como consigo que despejes la entrada de esta casa, ahora mismo.

—No me enfrentes, mucamo insignificante. ¡O en lugar de reírte vas a llorar!

Tony se apoyó en el marco de la ventana con tranquilidad, como si en realidad tuvieran una alegre charla y no aquella violenta discusión.

—Veo que estás borracha, y por eso no voy a echarte de esta estancia como te lo mereces. Es más, hasta se te puede ir un poco la ebriedad con lo que voy a hacer ahora, ¡igual no me lo agradezcas! —sacó una fuente cargada de agua, vertiendo todo su contenido sobre Chelsy, que quedó

calada hasta los huesos.

—¡Ahhh!

—Ahí tienes. ¿Ves lo bueno y generoso soy?

Byron salió del coche que lo había traído a la casa de Henry y saltó del automóvil antes de que este se hubiera detenido. Los gigantones se interpusieron en su camino, como dos pesados muebles de cocina.

—Soy el chofer de la familia Owen-Keller, déjenme pasar, vengo a buscar a la señorita. ¡Tengo que llevármela ahora mismo!

El portón volvió a abrirse, el chofer entró corriendo y miró a la Owen Keller, quién pese a estar muerta de frío, seguía peleándose con Tony.

—Vamos, señorita. Por favor, déjeme llevarla, se va a resfriar— le dijo sujetándola por los hombros.

—Sí, muchacho, llévesela y dígale a sus padres que deje de hacer escándalo en casas ajenas porque llamaré a la prensa y también a la policía. ¡Diablos!— ladró Tony y cerró los paneles de la ventana con un brusco ademán.

Chelsy temblaba y lloraba balbuceando insultos. Byron no lo pensó dos veces y se quitó el saco para abrirla.

—Vámonos señorita, usted debe descansar— dijo con dulzura mientras la conducía hacia el coche. La depositó en el asiento de atrás, y después de ubicarse la gorra de chofer, llevó el auto a la mansión Owen-Keller.

Cuando llegaron, ella estaba dormida. Por más que la llamó varias veces, no consiguió despertarla. La alzó en brazos y la llevó a la habitación. En el camino se encontró con una mucama.

—La señorita tomó de más y tiene la ropa húmeda, creo que deberías ayudarla a cambiarse— la dejó en la cama y se dirigió a su habitación.

Al cerrar los ojos intentando dormir, se le apareció el rostro de Chelsy

tiritando de frío, apoyando la cabeza en su pecho. Sintió la necesidad de protegerla, porque por una vez le pareció vulnerable.

—Tony, anoche me pareció sentir una serie de ruidos extraños, ¿sabes que era?— preguntó Henry a la mañana siguiente.

Tony tomó una servilleta de la mesa y tocó una campanilla de plata: el desayuno debía servirse.

—Nada de importancia, unos gatos callejeros haciendo barullo, persiguiendo a su presa.

—Entre sueños, me pareció escuchar la voz de Chelsy.

—Precisamente por eso.

—¿Qué?

—No deberá darle importancia. Un día de éstos les tiraré un baldazo de agua encima, así no vuelven más— le guiñó el ojo a la mucama que traía una jarra de jugo de naranja. Ella devolvió el gesto con una sonrisa.

—A veces no te entiendo, hablas de una manera muy enigmática. Hora de volver a mis funciones. Tengo un compromiso con mi hermano y Amy.

—Hasta luego, señor.

—Quiero hacer otro viaje, pero necesito ir a un lugar dónde pueda ir a brindar ayuda, ¿no se te ocurre ninguno?

Tony reflexionó unos segundos para contestar después:

—Y yo diría Francia o Italia.

—Te dije países que necesiten ayuda.

—Pero, señor... uno puede poner siempre su granito de arena comprando unos zapatos bonitos, algún traje vistoso, tal vez un buen perfume y yo contribuyo mucho en ese aspecto, siempre es bueno ayudar a la economía de un país. ¿En cuál pensó usted?

—Afganistán por ejemplo.

Tony, quién escuchaba la conversación de su señor mientras saboreaba su jugo de naranja, escupió un sorbo a un costado de la mesa. Una de las mucamas se apareció con un estropajo a limpiar el desastre.

—Señor, ¡ese lugar es un peligro! Corrupción, guerrillas, pobreza absoluta y allí detestan a los extranjeros. Usted, con el título que tiene, no caerá bien en absoluto. Y yo, con todo este *glamour* que derrocho, creo que les gustaré aún menos.

—Hablaré con mi hermano porque quizás hasta tengas razón, igual estoy evaluando otros lugares, como por ejemplo, Surinam.

—Calor, selva húmeda tropical, animales exóticos, pestes...—dijo Tony empezando a abanicarse.

—Entonces Tayikistán.

—Glaciares, infinidad de zonas montañosas, imagínese el frío que hará allí. Ya bastante tengo con el clima de Londres, me deja el cabello horroroso.

—Quizás la franja de Gaza.

—Señor, usted está fuera de sí, ¿quiere volar en mil pedazos?

—Hoy pareciera que nada de lo que te digo te gusta. Entonces me voy—dijo Henry de mal humor y se retiró como un huracán del comedor.

Traté de no pensar en Henry y nuestra posible reconciliación. ¿Era justo que lo perdonara con tanta facilidad? Por supuesto que no, quería resistirme a darle el gusto.

De pronto fui arrancada de mis pensamientos porque sonó el timbre. Era mi hermana Macarena.

—Hola, vine recién de lo de una amiga y pensé que como mañana es sábado, podría dormir en tu casa.

La miré casi con admiración. Ojalá yo fuera tan determinada, seguro que hasta me hubiera ido mucho mejor en la vida. Me apoyé en el marco de la puerta para observarla. Con diecisiete años, Macarena era casi tan alta como yo, si bien un poco más curvilínea y con unos ojos color del tiempo que encandilaba corazones. Tenía un aro que le colgaba del costado de la nariz y un *piercing* en el mentón y en ese momento llevaba el pelo teñido de negro azulado. Don Roberto Mora cuando vio por primera vez el aro y el *piercing* por poco se infarta, pero terminó acostumbrándose. Pero cierta vez que Maca se apareció con el pelo de color rosa, nuestro padre la acompañó a comprarse un “color de tintura decente”, para que dejara de parecer “una de esas nubes de azúcar que venden en las plazas, carajo. ¿Qué va a decir la gente? Te pareces a esos dibujitos japoneses con ojos grandes que salen en la tele.” Eso fue hace tiempo, pero Macarena y yo nos seguimos riendo porque Roberto, preocupado más por el aspecto de su hija menor que por el suyo, abandonó el pollo al horno que estaba preparando, y con su eterno repasador a cuadros que siempre colgaba del hombro derecho, así la llevó al perfumería de la vuelta.

—Me parece que te faltó algo— señalé irónica a mi hermana volviendo al presente.

—¿Qué cosa?

—Pedirme permiso, tipo un “¿Adri, cómo estás? ¿Te molestaría si me quedo a dormir en tu casa?” Nunca me lo preguntaste.

Repitió con fastidio y mala cara toda la frase dicha antes por mí. Era lo máximo que podía esperar de ella.

—¿Qué ambiente más lúgubre! ¿Se murió alguien? ¿Y por qué tenés esa cara de velorio?

—Es la única que tengo— contesté buscando un poco de gaseosa para convidarle y chequeando en la puerta de la heladera algún magneto de

delivery de pizza para que cenemos. Porque cocinaba pésimo y las dos lo sabíamos.

—¿Quién es éste? ¿Tu novio de Oxford? Qué ojazos que tiene, bien color del cielo— dijo Macarena mirando una foto que tenía escondida en mi diario íntimo.

—¡Pendeja! Dame eso.

—No está tan mal, mucho mejor que los esperpentos que llevaste a casa, seguro— dijo mi hermana encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Más respeto que soy tu hermana mayor.

—¿Quién es? ¿El tal Pupi?

Arrugué los labios, dubitativa. Macarena era una bocona, pero deseaba con desesperación que alguien de mi familia compartiera mi secreto.

—Resulta que...—empecé a decir, pero me interrumpió el sonido de mi celular. Tenía una llamada de *whatsapp*, era Henry porque le había puesto un *ringtone* especial.

—Seguro que es él. Lo voy a saludar— quiso manotear mi celular.

—¡No, queridita!

—*Bon giorno, caríssima*— saludó Henry cuando atendí.

—Hola— dije simulando desinterés.

—¿Todavía tan brusca conmigo? Te tengo una sorpresa.

—¿Y qué es?— pregunté con neutralidad.

Macarena aguzaba el oído para entender nuestra conversación. Si no se rateara de inglés clase de por medio, tal vez hubiera interpretado mejor nuestra charla.

—¿Qué sentido tiene si te cuento que es, Adrienne?— dudó Henry.

—No me tomes por tonta, mejor dicho, no me tomes más por tonta— respondí enojada.

—Volvamos otra vez al principio de todo, como si recién contestaras la

llamada, ¿Qué te parece? Hola *caríssima*, ¿cómo estás? ¿Quizás un poco menos enojada conmigo?

Mientras tanto, mi hermanita no cesaba de mirarme con expresión de interés, casi como si dieran por la tele su novela preferida de las tres de la tarde.

—¿Por qué no lo perdonás? No sé qué te hizo, pero parece arrepentido.

—Vos no te metas.

—¿Quién es? ¿Qué te dice?— se interesó Henry.

—Mi hermana. Habla por hablar, porque en realidad casi no entiende inglés ni tampoco sabe quién sos. Está intercediendo a tu favor.

—No la conozco pero ya me cae bien. ¿Ves? Deberías perdonarme, no cabe otra posibilidad.

—No tenés vergüenza— exclamé con un tono de voz más relajado.

—Eso lo supe siempre. Pero volvamos a la sorpresa, digamos que la vas a recibir, empezamos a contar...en diez, nueve, ocho, siete...

—¿Es una bomba?

—Seis, cinco, cuatro, tres, dos...

Entraron Ximena y Alejandra al departamento, como siempre discutiendo entre ellas. Ximena llevaba un paquete en las manos.

—Adriana, en la entrada pasó algo rarísimo. Un tipo me entregó esto y me dijo que era para vos.

La miré con sorpresa y retomé la conversación.

—Henry, ¿Cómo lo lográs?—dudé mientras me retorció un mechón del flequillo.

Lanzó una carcajada.

—Eso no te diré, pero espero que te guste mi regalo. En cinco minutos llamaré de nuevo para saber tu opinión— cortó.

Macarena estaba desenvolviendo el paquete con manos expectantes y la

corrí de un empujón.

—¡Salí, nena!

—¿No era que no lo perdonabas? Entonces podrías dejar que me quede con el regalo.

—¿Macarena sabe todo?— preguntó Ximena.

—Sí, lo sé todo.

Abrí la caja, había montones de chocolates de una marca italiana muy prestigiosa. El papel que los recubría era de un color rojo brillante y todos tenían forma de corazón. Después de excederme con golosinas por cerca de un mes, estaba un poco asqueada al ver de nuevo tanto dulce. Pero corazón de mantecuita derretida por el sol, Adriana Mora, perdonó un poquito a Henry.

—¿Vas a perdonarlo?— preguntó Macarena adivinando mis pensamientos.

—Dejá de meterte en mi vida.

—Principito está haciendo méritos— agregó Ximena mientras le quitaba el envoltorio a uno de los chocolates.

Con un gesto rápido le dije con la mirada: “mi hermana no sabe la verdad” y ella cerró la boca tan rápido como si le hubiera puesto mil candados. En cambio Alejandra nunca se percató de nada.

—Yo no creo que sea ningún mérito hacer este regalo y contratar un mensajero para que te lo alcance, es demasiado simple para él.

—¿Y por qué es simple para él?— preguntó Macarena con la boca llena de chocolate y muy interesada en el tema. Al final, la vida de su hermana mayor no resultaba tan aburrida.

—Un príncipe como él puede hacer lo que se le antoje, qué novedad— dijo Alejandra muy seria.

—¿Un príncipe?— Maca estaba confundida.

—¡Claro! ¿Qué le cuesta poder enviar un regalito tan insignificante como éste? Si al fin y al cabo, es un príncipe— Alejandra seguía parlotando a tal velocidad que su lengua podía hacerse un nudo, ignorando por completo las señas que le hacía para que se calle de una vez.

—¡Callate, mierda! Macarena no sabe nada —gritó Ximena a todo pulmón.

Pero era tarde, mi hermanita me agarró de los hombros.

—¡Boluda, decime que es una broma!

—Es la pura verdad— y le conté todo en un resumen de pocas palabras.

—Sos *grosa*, pero, ¡grosa de verdad! Es increíble.

—Lo que quiero es que te quedes callada. Si se entera Roberto antes de lo previsto, vas a cavar una tumba para tu hermana mayor. Y también para mi principito, porque lo va a buscar por la galaxia entera, Maca. Sabés como es.

—¿Me jodés? Hace casi dieciocho años que lo conozco. Claro que me callo y con todo gusto, porque si se entera que lo sé, me mata y me entierra con ustedes dos.

—Genial, pero si sospecha algo te mato esta misma noche— amenacé, pero ella no pareció asustada.

—Posta que no digo nada. Alto novio te mandaste, che.

Mi celular empezó a sonar de nuevo. Henry quería saber que me había parecido el obsequio.

—Gracias por los chocolates— dije retomando mi inicial tono glacial.

—Me alegro que te hayas gustado. ¿Me prometes una conversación *hot* para más tarde? O podrías adelantar algo ahora, si prometes una video llamada y te pones un vestido sugerente, mucho mejor.

—Sos un sinvergüenza sin igual, además estoy con mis amigas. Volviendo al temita anterior, te recuerdo que no soy una muerta de hambre para que me mandes comida. Quizás se te ocurrió seguir el consejo de tu ex novia Chelsy,

o mejor dicho tu compañerita de alcoba. Humillarme sin motivo alguno.

—Adrienne, no entiendo el motivo de nombrar a Chelsy y jamás te humillaría. Te amo.

Me irrité de nuevo con él. A lo lejos escuché que Alejandra, Ximena y Macarena seguían comiéndose los bombones.

—¿Y por qué no la puedo nombrar? ¿Sigue compartiendo tu cama todas las noches?—indagué a Henry con ironía y proseguí llena de ira—: Como hoy no fue a tu casa, y te falló la cita, ¿me llamas a mí porque estás aburrido?

—*Cara*, no quiero discutir —dijo con voz calma— ¿Podemos hablar con tranquilidad? Hay un regalo escondido entre los chocolates, supe por uno de mis guardaespaldas, que lo viste cierta vez en una tienda de Londres y te gustó mucho.

—No quiero tus regalos— refunfuñé.

—Acéptalo, después puedes hacer lo que quieras; venderlo o tirarlo.

—*OK*, ¿qué envoltorio tiene?

—Creo que lo recubre un papel plateado o dorado, aunque no es rojo como los demás chocolates.

—Tiene un recubierto dorado o plateado... —repetí y con alarma contemplé que con un ademán satisfecho, Ximena tiró en uno de los ceniceros un envoltorio plateado, un papel similar al que Henry había descrito.

—Adrienne, ¿estás ahí?— dudó Henry pensando que le había cortado, pero ignoré su pregunta y posé el celular en el pecho para correr al lado de mi amiga.

—Ximena, ¿por casualidad no encontraste nada extraño en ese bombón?

Ximena tragó el último bocado sin culpa y negó con indiferencia. Seguí inquieta el movimiento de su tráquea. Tuve la firme sospecha de que mi

regalo iba a hacer un curioso paseo en su aparato digestivo.

Volví a hablar por teléfono.

—Henry, dime que en el “chocolate sorpresa” había en realidad otro chocolate más pequeñito— pregunté con cierta esperanza.

—¿Por qué no te fijas bien mientras te espero al teléfono?

—Quiero que me lo digas ahora. ¡Me parece que Ximena se tragó tu regalo!—dije al borde de una risa histérica.

—¿Qué? ¡No había ningún chocolate pequeñito, sino un relicario de oro en miniatura!—exclamó Henry con sorpresa.

—Ximena, te comiste mi segundo regalo: dentro de ese chocolate había una joya.

La palabra joya fue mágica para ella. Empezó a toser mientras Alejandra y Macarena le palmeaban la espalda con energía.

—No hay caso, se lo comió— dije con pesimismo. Solo yo podía tener unas amigas así.

Ximena siguió pegando saltos, pataleó como posesa, intentando todavía sacar de su ser el famoso relicario. Hasta se hubiera colgado de la lámpara del techo cabeza abajo como una equilibrista de un circo ruso, si con eso lograba desprenderse de la alhaja.

—¿Por qué no le echas una última ojeada a la caja de chocolates? Quizás hubo un error y hay algún chocolate con un papel idéntico —propuso Henry, y con el teléfono en la mano, me acerqué a la caja.

Empecé a revolver entre los bombones, y ahí estaba, la golosina recubierta con un papel dorado brillante. Lo desenvolví y frotando la cobertura de dulce, el relicario hizo su aparición.

—¡Lo encontré!— exclamé con un grito de triunfo.

Henry empezó a reírse a carcajadas, mientras Ximena corría a la cocina para tomarse un bidón entero de agua. Alejandra y Macarena la siguieron

para socorrerla.

CAPÍTULO 20

Dos meses después.

—¿A Venecia?— dudé cuando Henry me lo preguntó por teléfono.

Él se tomaría unos días de vacaciones, ya que en Inglaterra era pleno verano. Me rompía la cabeza pensando que excusa metería en el trabajo, aunque en esta ocasión no se me ocurría ninguna. Si decidía viajar, con toda seguridad me echarían a patadas.

—¿No te gusta? Podríamos ir a otro sitio, el que quieras— dijo.

—No conozco Venecia. Estuve en Milán—que recuerdo de mierda que evoqué.

En videoconferencia por *whatsapp*, Henry vio la expresión de mi cara, similar a cuando prueba algo muy amargo.

—*Cara*, olvidemos ese viaje. En Estrasburgo me porté como un imbécil y me encantaría no recordar el motivo de tu partida a Milán.

—Fue sin querer, y ese viaje me gustó menos que a vos.

—Hablemos mejor de Venecia.

A la vez que hablaba con Adriana, Henry repasó desde su *notebook* unos documentos con los costos del próximo refugio que se construiría para albergar a la gente que se escapaba de los crueles horrores de la guerra en Siria.

—Esta vez es definitivo, creo que en mi trabajo se terminaron todas las segundas oportunidades—dijo Adriana con pesadumbre.

—No te preocupes, de alguna manera lo arreglaremos. Te amo, *cara*.

Henry cortó la llamada, se levantó de la silla y abrió la puerta del

despacho. Apenas giró el picaporte, cayeron al piso Tony con una copa en la mano, para mejorar su capacidad auditiva, (que no se rompió de casualidad) y su amigo el peluquero, Xavier. Era notorio que habían intentado escuchar desde el pasillo detalles de la conversación que el príncipe tuvo con Adriana.

—¿Escuchando mis conversaciones privadas?— consultó Henry enarcando una ceja.

—Claro que no, mi señor— negó con firmeza y ayudó a levantarse a Xavier, quién hizo una perfecta reverencia cortesana, que quedó muy cómica con sus delicados ademanes debido a su corta estatura.

—¿Y entonces?— Henry miró muy serio a los dos.

—Este idiota perdió una lente de contacto y lo ayudé a buscarla. También vine a traerle su copa con jugo de naranja, porque me doy cuenta que las mucamas suelen distraerse y se olvidan la mitad de las cosas. Entonces usted abrió la puerta. ¡Pero no juzgue sin saber, alteza!— explicó Tony con expresión de inocencia, alzando un índice y con la otra mano mostraba la copa de cristal.

A Henry estaba divirtiéndose le encantaba la idea de ponerlos en un aprieto.

—¿Y dónde está?

—¿Qué cosa, alteza?

—El juego de naranja, porque esa copa está tan seca como tus ojos, Tony. Te queda la mirada rara cuando me mientes en la cara porque ni pestañeas.

Tony lo miró con sorpresa, agitó la copa vacía hacia el piso y sin pensarlo dos veces giró la mirada hacia abajo y, ¡*Plaf!* Le asentó un cachetazo en la cabeza a Xavier.

—¡Ay!— se quejó el peluquero refregándose dónde le habían pegado.

Henry se dio la vuelta para mirar por la ventana haciendo el esfuerzo para contener la carcajada. Aquellos dos juntos eran un espectáculo.

—¡Estúpido! Te tomaste el zumo de naranja de mi señor— improvisó Tony y agregó en el mismo tono indignado—: ¡Atrevido! Ahora terminarás en las mazmorras del palacio de la reina, peinando a las ánimas por los siglos de los siglos.

—¡Pero yo... no me tomé nada!— dijo Xavier a punto de llorar, desesperado se volvió a Henry—: Alteza, yo sería incapaz de semejante atrevimiento— lo agarró del brazo, dispuesto a ponerse de rodillas y suplicar clemencia.

—Mejor no hables porque empeorarás aún más las cosas. Mi señor es compasivo y por esta vez no te va a castigar. ¿No es cierto, alteza?— dijo Tony.

—Cierto— contestó Henry con una sonrisa y con una ceja arqueada. Xavier lo seguía tomando del brazo.

—Eso es para que aprendas a respetar a mi señor, pues sino puede irte muy mal. Y no se toca a la realeza, atrevido. Fuera esa mano.

Louis hizo su aparición en la estancia. Xavier se volvió hacia él con el rostro demudado, restregándose las manitos en actitud de súplica.

—Alteza, usted... ¿me perdona?

El futuro rey no entendía nada y sorprendido, miró a los tres. Henry le guiñó un ojo a su hermano para que siguiera la broma.

Louis alzó dos dedos y los posó en la frente de Xavier.

—Te perdono— dijo lo más adusto e inexpresivo posible.

Unos segundos después entró Amy. Tony y Xavier la rodearon, llenándola de cumplidos. Uno le besaba la mano, el otro se inclinaba en su honor y la elogiaba su brillante cabellera y su tez: — ¡Pero qué bella piel, casi parece de porcelana y esa mirada de enamorada, que te hace aún más bella! ¡Querida, estás divina! —no cesaban de parlotear entre sí.

—Si a ustedes no les importa, tengo una reunión con mi hermano— pidió

Henry.

—Ahora mismo nos retiramos alteza— contestó Tony, ofreciendo el brazo a la joven futura duquesa y Xavier hizo lo mismo adueñándose del brazo que le quedaba disponible.

Iban los tres sin dejar de hablar y lanzando exclamaciones sobre la última crema que salió en el mercado, se decía que era milagrosa para las líneas de expresión y el contorno de ojos: ¡Será del Mar Muerto! ¿Qué se consigue solo en París? ¡Pues iremos mañana mismo a conseguirla!

—Imbécil, me pisaste y me sacaste un zapato— protestó Tony mirando a Xavier y deteniéndose para acomodarse el calzado.

—Estoy tratando de salir del despacho sin darle la espalda a sus altezas— se defendió el coiffeur.

—¿Pero no puedes hacer las dos cosas al mismo tiempo y bien, torpe? Discúlpalo Amy, el pobrecito hace veinticinco años que peina a media nobleza europea, ¡y todavía no aprendió buenos modales!

—Tengo treinta y un años recién cumplidos.

—Que petisito más mentiroso—dijo Tony muy indignado.

Los siguientes días trabajé con más ahínco que nunca, aunque no estaba demasiado entusiasmada; Melisa, mi compañera de labores, venía faltando hacía ya varias semanas.

Una noche me comuniqué con Tony a través de *Skype*.

—¿Qué el médico te pidió cuánto por el certificado de reposo?

Al final me ganó la cobardía y no hablé nada con mi jefe.

—Cinco mil pesos, pero se lo tuve que pagar, Ximena me prestó la plata.

—Hoy mismo transferiré el dinero a tu cuenta. Ahora sí que aquel doctorcito nos tomó el cuento, pero ya está. Este será tu último viaje como

una persona anónima, Adrianita— me tranquilizó Tony. Aunque yo no me sentía calma ni mucho menos.

—¿Y si todo sale como el culo?

—Algo tenemos que hacer con esa boca tan sucia, te empeñas en seguir hablando así y lo único que has conseguido fue contagiarme esa mala costumbre.

Los días pasaron volando y me preparé para viajar a Venecia, no sabía si en realidad los vaticinios de Tony iban a cumplirse, pero intuía que luego de este viaje en mi vida iba a producirse un antes y un después.

Macarena solita fue a despedirme al aeropuerto. Dijo que había salido antes del colegio, aunque creo que más bien se había *rateado* de clases. Cuando anunciaron mi vuelo, la envolví en un abrazo. Por los ventanales del edificio, el cielo se mostraba gris y con amenaza de lluvia, el frío era gélido.

—Gracias por acompañarme— dije envolviéndola en un abrazo.

—Todo va a cambiar después de este viaje, Adri— dijo con una sonrisa tímida.

Sin hacer otro comentario, acomodé mi bolso de mano en un hombro y la saludé con un gesto. Subir al avión me dio la sensación de estar transitando un camino empinado, difícil. ¿Pero tenía otra alternativa más que transitarlo lo mejor que podía?

Toda la tensión que pasé durante los días previos al viaje hizo mella en mi cuerpo y dormí gran parte del viaje. De no haber sido porque tuve que hacer una conexión de vuelo en San Pablo, no hubiera abierto los ojos hasta aterrizar en el aeropuerto Marco Polo, a quince kilómetros de Venecia.

—Madrecita de todos los santos, hasta que por fin llegaste —dijo Tony ni

bien puse un pie en el aeropuerto— ¿Qué pasó que tardaste tanto?

—La escala en San Pablo se hizo más larga porque la conexión salió una hora más tarde por una tormenta.

—Pues entonces vámonos de aquí porque tu novio está histérico. Por suerte viniste para hacerte cargo de él porque ya no lo aguanto más. ¡Vamos, vamos!

—Yo no soy su niñera.

—No me vengas ahora con tus malos modos y tu pésimo carácter, Adrianilla. Si quieren, cuando se reúnan con Henry, mátense a golpes si quieren y a mí déjenme en paz. No me gusta Venecia. Ahora vamos a tomar ese maldito taxi-bote.

El día era precioso y llegamos media hora después al hotel.

—Venecia me trae pésimos recuerdos— dijo Tony muy serio y para acompañar su tristeza, usaba un abanico negro— por eso le dije a este torpe de Xavier que viniera a hacerme compañía.

—¿El peluquero?— pese a verlo pocas veces, me caía de maravilla.

—No le digas jamás así, porque se ofende. Y ese más vale que venga pronto, porque le pondré un pie encima y esta vez sí que medirá un metro veinte. Además nos vendrá bien para camuflarnos; Venecia en verano es muy concurrida, resultará muy difícil pasar desapercibidos.

Entramos a la suite junto al *bell boy* y Henry me llenó de besos, que yo no contesté con tanta pasión como siempre.

—¡*Caríssima!*— exclamó abrazándome hasta ahogarme.

Tony se tapó la cara con su abanico de viuda y el botones extendió la mano exigiendo la propina.

—Todavía estoy enojada, no me olvidé— le dije esquivando el beso.

—Sí, ya lo sé. Pero te sacaré ese enojo ya mismo— miró en dirección a su asistente.

—Necesito una cosa.

—¿Cuál, mi señor?

—Qué te vayas ahora mismo, eso es lo que necesito que hagas— lo interrumpió Henry con fastidio.

—Cuando no me necesita así me trata— se lamentó el asistente sacando un pañuelito de seda negro para sonarse la nariz. Compungido y antes de cerrar la puerta, asomó la cabeza y largó un sollozo.

—Está muy raro, pero cuando venga su amigo, supongo que estará muy contento, porque ya no lo soporto afligido—agregó Principito mirándome a los ojos— ¿Y ahora qué te pasa?

—Sabes que es lo que me pasa.

—Sí, pero hagamos de cuenta que no pasó nada malo. ¡Dijiste que ibas a darme otra oportunidad!— empezó a besarme el cuello.

Yo que me sabía de memoria sus tácticas para eludir conversaciones importantes. Hice un esfuerzo para mantener la mente en frío y me separé de él.

—No quiero.

—¿Qué cosa?

—Que hagamos el amor— respondí de manera cortante.

—¿Por qué? Pensé que te encantaba.

Y me encantaba, eso él se lo sabía de memoria, pero no quería darle el gusto tan rápido.

—Quiero que me demuestres que no soy una más en tu vida.

Me abrazó con ternura, me llevó de la mano hasta un sillón y me sentó en sus rodillas.

—A ver, ¿y quién te dijo eso?— preguntó de manera dulce. Me sorprendió verlo reaccionar con tanta tranquilidad.

—Nadie, pero a veces lo siento.

—*Cara*, nunca pero nunca más pienses eso. Creo que a esta altura deberías conocer lo bruto que soy a veces.

—Sí, muy bruto— dije con una sonrisa.

—Y tosco.

—Muy tosco. Y por más que lo reconozcas, no quiero que haya sexo entre nosotros.

—¡Uy! Y yo pensé que habías cambiado de opinión— dijo dándome un pellizco en la mejilla.

—No voy a ceder.

—Lástima que no estamos ahora en Londres, como fue esa vez que por poco te convengo para que duermas conmigo, porque empezaría de nuevo a contar historias de fantasmas célebres. Resulta que en este hotel...

—Basta, que mentiroso —le pegué en broma en el hombro ya riéndome— Si seguís insistiendo con lo mismo, voy a dormir con Tony y Xavier.

—¿De verdad prefieres dormir con ellos? Supongo que no debería preocuparme porque hagas nada más pecaminoso que tener conversaciones de chicas y sacarme el pellejo a puras críticas— y empezó a reírse a carcajadas

—Quiero quedarme, podemos dormir, pero nada más que eso—remarqué.

—Ah, pero eso me interesa. Siempre puedo valerme de algunos trucos para que cambies de opinión— exclamó expectante y sonrió con picardía. Era incorregible.

Me envolví en una bata y fui a la suite de Tony. Xavier me planchó el pelo mientras Pacheco me maquillaba con esmero. Me puse un hermoso vestido sin mangas y me cubrí los hombros con un chal, aunque la temperatura de la noche veneciana era muy agradable.

—¿Le dijiste que no harás nada con él?— preguntó Xavier con admiración.

Si con Tony no tenía secretos, con su amigo Xavier nos hicimos íntimos al instante. Los dos se convirtieron en un buen reemplazo de mis amigas cuando cruzaba el charco para reunirme con Henry.

—Al menos por hoy no le daré el gusto— contesté muy ufana.

—Eso sí es tener ovarios, querida ¿Y qué te dijo?— se interesó Tony pensando era me comportaba muy temeraria.

—Qué no haremos nada que yo no quiera.

—Y decías que no te amaba. Si así fuera que buena patada en el trasero te hubiera dado.

—Cuanta voluntad— confesó Xavier en un susurro con la mano en el pecho.

—Y claro, el Señor Fácil se admira— dijo Tony.

—Tony, si me sigues diciendo esas cosas tan feas, le cuento ya mismo a Adriana todas tus aventuras.

Henry nos invitó al teatro que estaba casi lleno, veríamos el show de *Il Divo*. De izquierda a derecha nos ubicamos de esta manera: Gigantón 2, gigantón 1, Tony, Xavier, Henry y yo. Curiosa salida romántica la nuestra, con cuatro personas más, y lo más raro es que empezó a parecerme lo más normal del mundo. Mientras más gente hubiera a nuestro alrededor, la gente no se percataría que detrás de aquella campera sport, remera, y jeans, se escondía un príncipe.

Hubo una ovación cuando el cuarteto se presentó en el escenario. Ximena los amaba tanto como yo, y levanté el celular para grabarle un videíto y mandárselo, se volvería loca. El público coreó todas las canciones, mientras que Xavier y Tony cantaron las canciones tanto en italiano como en inglés mientras movían los brazos de un lado para el otro en perfecta sincronía. Gigantón1 bostezó con los ojos vidriosos y el 2 se durmió con los brazos

cruzados. De vez en cuando, se escuchaba algún ronquido de su parte.

Miré a Xavier y lo vi llorando. Tony tenía también los ojos llenos de lágrimas, del bolsillo interno de la chaqueta buscó una rosa roja de tallo largo y la arrojó al escenario. Después, tal vez imitándome a mí con Henry, buscó refugio en el hombro de Gigantón¹, apoyando la cabeza en aquel colosal hombro. Pero el guardaespaldas lo miró con inquietud, Tony entonces se disculpó. Gigantón² seguía roncando. Tony y Xavier se largaron a llorar abrazados y coreando el tema “Regresa a mí”. Lloraban y lanzaban rosas rojas al escenario, parecía que la provisión de flores del bolsillo de Tony era ilimitada. Casi divertida, miré a mi Principito, que miraba con desaprobación en dirección a ellos.

Después cenamos en un restó sencillo. Al llegar al hotel, me quedé parada en medio de las suites de Henry y Tony.

—¿Y, *caríssima*?— preguntó Henry, y no supe qué hacer.

Entonces me decidí por Tony y Xavier. Lo despedí con un beso en la mejilla y me fui del brazo de su asistente y el coiffeur.

—Cuidado con eso, no te abuses porque el canario... —empezó a decir Tony.

—Se te escapará de la jaula— agregó Xavier.

—Yo sé lo que hago— dije muy segura.

Aquella reunión la acompañábamos con café, galletitas y mi fiel mate. Xavier me pidió probar un poquito y me dijo que era delicioso, aunque su expresión demostró lo contrario.

Al rato los dejé parloteando y volví a mi suite en puntas de pie. Me puse un camisón de satén y me deslicé entre las sábanas de la cama lo más silenciosa posible. Mi Principito ni me oyó llegar. Le rodee el abdomen y me apoyé en su espalda. Él giró la cabeza mirándome con un solo ojo abierto.

—Pensé que te quedarías con ellos.

—Quiero dormir con vos.

Se dio la vuelta para mirarme de frente.

—¿Segura que nada más?

—Nada más— dije acariciando su desordenado cabello rojo.

—Mierda que eres decidida. *OK*, entonces dormiremos. ¿Puedo pedirte un beso?

—Uno solo. Y sin trampas.

—¿Ahora cuentas los besos? Apuesto lo que quieras a que tienes miedo de tentarte.

—Claro, porque el señor con el pelo rojo desordenado y con cara y aliento de dormido me tienta mucho.

—Eres muy mala, Señorita Sarcasmo. Vamos a ver como este señor con cara y aliento de dormido sí que te tienta.

Se ubicó sobre mí para besarme con pasión. Al sentir el calor de su cuerpo y su perfume, estubo a punto de no cumplir, a esas alturas de la noche, aquella descabellada y tonta promesa mía. Con ese beso me volví loca y se me aceleró la respiración.

—¿Era nada más que un beso, verdad? Hasta mañana— dijo pasándome la lengua por la boca. Era más vengativo que yo.

—Maldito, maldito, maldito—le dije al oído mientras se daba la vuelta y atraía mis manos para que le rodeara el abdomen. Henry se rió entre dientes.

Al día siguiente nos dirigimos al puente de los suspiros en dirección a las góndolas: una para Henry, gigantón 1 y 2, y yo. En otra, Tony y Xavier. Era un mañana espléndida, repleta de luz. A medida que transcurrían los minutos, empezaba a hacer más calor.

La góndola se deslizó bajo el puente de los suspiros, el gondolero

empezó a cantar a viva voz. No lo hacía mal, pero quizás hubiera sido apropiado que entonara un poco menos fuerte. Igual me sentía feliz. Complacida, me apoyé en el pecho de Henry y él me abrazó con cariño.

Mientras contemplaban a Henry y Adriana, los guardaespaldas hablaban entre sí.

—Oí lo que le contaba su alteza acerca de este puente, que se llama *suspiros* o algo así— dijo Gigantón1 en tono meloso de broma— dice la leyenda que quienes pasan por debajo en una góndola estarán juntos eternamente, ¿eso iría aplicado para nosotros también?

—Podría meterte un tiro en medio de los ojos en esta misma góndola o cuando nos bajemos. ¿Cuál de las dos opciones te parece mejor?

—Era una broma.

—Shhh— los censuró Henry bastante disgustado mirando en dirección a ellos, sin dejar de abrazarme.

La gente nos observaba desde otras góndolas y también desde el puente.

Luego del paseo en góndola recorrimos la plaza san Marcos. Curioseamos por comercios, y sobre todo en las joyerías y tiendas de antigüedades. Tanto me embelesé con una cruz de plata, que me la obsequió Henry. También visitamos el *palacio ducal, el Pisani, el Pesaro y la iglesia de Santa María Della Salute*. El día pasó volando y cuando la tarde cayó, empezamos a sentirnos cansados. Después de caminar un rato más y tomar un refresco en otra *trattoria*, emprendimos el regreso al hotel y decidimos tomar una ligera cena en la suite de Tony, que era la más espaciosa.

—Después de la boda de Louis iré a Afganistán— comentó Henry como si

nada.

—¿A dónde?—pensé que había escuchado mal.

Era grande mi ignorancia en cuanto a conflictos políticos o bélicos, pero por los noticieros que miré siempre sin mirar, sabía que ese lugar era un desastre.

Los guardaespaldas miraron para otro lado, Tony agachó la cabeza en dirección a su plato, y Xavier apoyó la cara entre las manos con actitud de interés.

—Henry, no vayas... podrías ayudar de otra manera. ¿Y si envías a otro? — pedí en súplica.

—Adriana, mi señor debe ir, no te metas. Él es piloto de la RAF (Fuerzas Aéreas Reales Británicas) y recibió su condecoración. No protestes— dijo Tony.

—Nadie te pidió tu opinión—respondí en caliente. Parecía enojada con el asistente de mi novio, pero en realidad estaba enojada con mi injusto destino.

Tony se levantó también de la silla, señalándome con el vértice de su abanico.

—Ya te lo dije una vez, estas son las reglas del juego. Él tiene una carrera, un estatus, un título. Tu lugar está a su lado, pero apoyando sus decisiones, ¡no poniéndole trabas en el camino!

Tony quiso seguir hablando, pero Henry lo detuvo con un gesto conciliador.

—Adriane, mi amor —dijo con mucha dulzura— Es mi deber.

—¿Vas a tener mucho cuidado? Al menos prométemelo.

Claro, a Cenicienta le habrá tocado un príncipe ocioso, según el cuento. En cambio yo, querido Perrault, pensé en el autor de dicha historia, no me la hiciste fácil con un príncipe en pleno siglo XXI con una carrera militar. Un príncipe de verdad al que podían herir, podían lastimar e incluso matar.

Porque no era un cuento de hadas, sino la pura realidad. Me volvía loca de pensar que le hicieran siquiera un rasguño.

—Adrienne, no te traje aquí para que sufras. Después que hables con tu hermana y tus amigas, te contaré mis planes. Tranquila, ya habrá tiempo para pensar en Afganistán.

—Lamento mi reacción —me disculpé y extendí la mano para estrechar la de Tony— Perdón, hay veces que no me puedo contener.

—No es nada, mi corazona. A tus órdenes —miró la pantalla de su celular— Son las doce. ¡Feliz cumpleaños!

Uno de los gigantones descorchó un champagne y todos brindamos. Nunca esperé un comienzo de cumpleaños tan feliz. Al término del brindis, nos encerramos en nuestra suite. Entre besos y caricias, Henry quiso llevarme directo a la cama pero me negué con dulzura.

—Primero tengo que hablar con Macarena y mis amigas— dije mientras intentaba conectarme a *whatsapp* para tener una videoconferencia con ellas.

Me dejó sola para hablar con ellas por unos minutos. De reojo y haciendo de cuenta que prestaba atención a la pantalla de mi celular, me percaté que metía un estuche negro de terciopelo en el bolsillo.

Finalizada la charla con mis amigas y Macarena, Henry descorchó una nueva copa de champagne y brindamos por:

—¿Por mi cumpleaños de nuevo? No hace falta que me emborraches para hacer lo que tienes más que planeado— lo reprendí en broma.

—Es por otra cosa, *cara* —dijo abrazándome— También por nuestra relación, y respecto a eso, sellaré con este regalo, dándote mi palabra de honor— abrió el estuche y mostró el anillo— Que te amaré toda la vida, Adrienne.

Siempre me consideré una bocona, y hablaba en los momentos menos indicados, pero en esa ocasión mi novio logró quitarme el habla. Era como

estar dentro de un sueño hermoso, del cual una no desea despertarse nunca. Anhelaba que ese instante durara por toda la eternidad.

—Este anillo es tuyo, perteneció a la familia de mi madre, y ella, cuando era una novia feliz, a su vez, le fue obsequiado por mi abuelo, su padre. Y ahora te lo regalaré a ti, *cara*.

—No puedo aceptarlo. Era de tu mamá.

—Quiero que lo tengas— afirmó impidiendo que me lo quite.

—No tengo derecho a tenerlo.

—Ese anillo pasó a mi propiedad cuando cumplí veinticinco años y mi madre quería que lo usaras, porque sé que le hubieras gustado mucho.

Me gustó el anillo, pero más me gustaron sus palabras. ¿Le hubiera gustado mucho a una princesa, a esa mujer tan admirada y fotografiada? Quería creer que sí.

—Adrienne, me preocupa tu silencio—el pobre de mi novio malinterpretó mis palabras.

—Es que no puedo hablar de la emoción. Te amo con toda mi alma, y también estoy muerta de miedo. Todo esto me asusta, mi amor—dije sin dejar de mirar mi anillo mientras se me caían las lágrimas.

—Adrienne, no tengas miedo.

Como en los cuentos de hadas, me levantó en brazos y me llevó a la cama.

—No me zarandees tanto porque estoy un poco borracha.

—También estoy un poco borracho, pero al menos nos caeremos los dos juntos— dijo Henry.

—Qué gracioso, si voy a terminar en el piso, mejor que me bajes ahora mismo.

Al día siguiente “amanecimos” cerca del mediodía, y fuimos a buscar a Tony y a Xavier.

—Alteza— saludó Tony y cuando Henry se alejó un poco, sonrió con

satisfacción. Al mismo tiempo que se colgaba de mi brazo; Xavier hizo lo mismo, prendiéndose del que me quedaba libre.

—Mmmm, parece que pasamos una noche inolvidable, ¿no?— preguntó guiñándome un ojo.

—Ejem.

Alcé la mano izquierda, mostrando triunfante mi nuevo anillo.

—¡Bravo!— festejó Tony y Xavier aplaudió con disimulo.

Pero me acordé de un ínfimo detalle.

—Tony, ayer mientras paseábamos en góndola, me pareció que alguien nos sacó una foto.

—Era lo que nos esperábamos, querida. Deberás meterte en la cabeza que será así a partir de ahora y para siempre.

—Mi familia, ¡mi jefe!— exclamé horrorizada.

Por fin tomaba en cuenta que había gente a la que debía una buena explicación. Aunque en cuanto a Alexis, lo más correcto hubiera sido decir mi “ex -jefe”.

—Con tu familia... ya te arreglarás.

—Ajá—dije con inseguridad. Tony no conocía lo que era tener un padre como el mío.

—En cuanto a tu jefe, creo que deberías llamarlo para contarle todo, porque supongo que no le gustará enterarse por las revistas.

—Siempre fue muy bueno conmigo, merece enterarse de la verdad antes que la noticia estalle por todos lados.

—¿Qué pasa, Adrienne?— preguntó Henry rodeándome la cintura.

—Tratando de solucionar algunos cabos sueltos que dejé en Buenos Aires— respondí tratando de aparentar tranquilidad.

—Eso ya vendrá después, ahora disfrutemos— manifestó como siempre, restándole importancia a mis asuntos.

Nos trasladamos en *vaporetti* a Burano, una isla al norte de la laguna *Veneta*. Todos sus canales se encontraban rodeados por casitas de colores. El transporte atravesaba la vía principal con total tranquilidad, que tenía por nombre *Baldassare Galuppi*; el nombre de un compositor buranés.

Cuando llegamos a Lido, contemplamos el templo *Votivo*, una enorme cúpula de forma circular que se destacaba en la Riviera *Elizabetta*. El paseo por la playa del balneario me pareció hermoso e inolvidable.

—¿Te gusta este lugar, *cara*?— preguntó Henry.

—Me encanta— contesté mientras separaba un mechón de mi cara.

Ante tanto calor, la ventolina que provenía desde el mar Adriático resultaba un alivio. Nos sentamos en una de las rocas de la playa.

Estábamos en medio de un beso cuando oímos un agudo silbido. Intentamos ignorarlo pero esto vino acompañado de una exclamación.

—¡Eh, principito!— gritó una voz en inglés.

—No puede ser— dijo Henry con la expresión alterada mientras miraba por sobre mi hombro. Seguí la dirección de su mirada.

Era Robbie Shott junto a su séquito: llámese novia rubia con perrito faldero, guardaespaldas y amigos. Y se aproximaban hacia nosotros con velocidad.

Robbie Shott se detuvo ante nosotros, dejando a su séquito unos pasos atrás y sin esperar demasiado, abrazó a Henry con sentimiento. Vestía enteramente de blanco: una remera apretada al musculoso abdomen, pantalones bombachos e iba descalzo. A la luz de la tarde de verano veneciana, sus anteojos de sol espejados lanzaban destellos de colores y su pelo negro se alzaba hacia arriba rivalizando en altura con la cúpula del templo *Votivo*.

—¡Qué bueno encontrarte por aquí! —exclamó con regocijo y sus dientes blanquísimos centellearon.

—Vine con mi novia a festejar su cumpleaños— contestó Henry sin dejar de abrazarme.

Robbie sonrió con amabilidad y me saludó con un beso en la mano.

—Me acuerdo de la señorita argentina como yo, un gusto volver a verte — luego miró a Henry— Esta chica es un encanto, querido —después detuvo la mirada en Tony— ¡Qué bueno verte!— le dio una palmada tan poderosa en la espalda, que Tony casi se cae.

—Como siempre, un gusto verlo, señor Shott— respondió Tony frotándose donde el millonario lo palmeó. Ese buen hombre tenía la mano bastante pesada.

Robbie puso dos dedos en la boca y lanzó un nuevo silbido que nos perforó los tímpanos. Era la señal para que sus compañías se acercaran.

—Mi novia Miranda— presentó.

La rubia dejó a su perrito en la arena, inclinó la cabeza platinada hacia Henry y me saludó con efusividad.

—Viniste de vacaciones con tu novia —repitió Robbie pensativo dirigiéndose a Henry— Yo me encuentro aquí por negocios de la empresa, también para grabar escenas para mi programa y por supuesto, no puedo dejar de lado el placer— y miró con satisfacción a Miranda.

—Me alegro— manifestó Henry con incomodidad.

—Me dio hambre, ¿Vamos ir a comer algo?— preguntó el millonario y sin esperar respuesta, caminó en dirección al sur de la isla.

Ir con Robbie por la calle fue todo un acontecimiento: cada medio paso alguien lo saludaba, le pedía un autógrafo o le rogaba que se sacara una foto con él. Semejante exposición me puso un poco nerviosa, era una pequeña muestra de lo que me tocaría vivir una vez que el noviazgo con Henry se hiciera público. Sin ansiedad ni nada similar a lo que yo sufría, Miranda sonreía inalterable ante los flashes y los homenajes de la gente que reconocía

a su novio. Claro, ella estaba acostumbrada a esa vida y a mí me agarraba urticaria de sólo pensarlo.

—Deberías aprender de Miranda —dijo Tony como si adivinara mis pensamientos— aunque te aconsejaría que *no* te muestres tanto.

—Yo no tengo nada *tan* llamativo para mostrar, querido— agregué divertida también refiriéndome al escote de la rubia.

—Querida, estás divina —dijo Tony dirigiendo la mirada al abundante pecho de la novia de Shott— Cuando nos vimos hace un tiempo, *ellas* no estaban, ¿puede ser?

—Me operé hace poco— respondió ella muy contenta y orgullosa de su nuevo escote.

Comimos en silencio, después retornamos a nuestro cuarto y el temor de Henry se hizo realidad: Robbie y sus acompañantes se trasladaron al mismo hotel que nosotros elegimos.

—*Cara*, cuánto lo siento —se disculpó Henry en nuestra suite.

Parecía apenado, pensaba que estaba enojada porque *míster* Shott y su gente habían invadido casi por completo nuestra intimidad.

—Ellos me caen muy bien, son divertidos —dije con una sonrisa para tranquilizarlo— No me molestan, mi amor.

—Pensé que tal vez preferías un viaje a solas. Tony y Xavier volverán a Londres esta misma noche. Pero te imaginarás que con este imprevisto, da lo mismo.

—Ya tendremos tiempo de estar a solas, a menos que Shott y compañía se queden a dormir en esta misma suite. ¿O será así?—bromeé.

—*Cara*, eso ni en broma. Aunque creo que este encuentro sería bastante beneficioso; podría pedirle que colabore en la fundación que presido junto a Louis. Con la estima que me tiene, supongo que se mostraría de acuerdo.

—Imagino que *su* estima viene por ser ustedes viejos compañeros de

juerga y diversión— dije torciendo la boca, producto de los celos.

Se sabía que Robbie amaba el lujo, la ropa cara, las joyas y por sobre todas las cosas, a las mujeres hermosas. Aunque no en ese mismo orden.

—Eso ya es cosa del pasado, Doña Celosa.

—Espero.

Por insistencia de Robbie y Miranda nos fuimos a Roma con ellos, Henry y yo decidimos acompañarlos, porque entre verlos hasta en la sopa y viajar con ellos era lo mismo, además en un grupo grande de gente era más posible pasar desapercibidos. Tomamos una copa en un pub, y más tarde terminamos en una disco donde pasaban música electrónica. Me fascinaba bailar, y Miranda era tan aficionada como yo.

Estar aquí me recuerda al desastre que ocurrió en París— dijo Henry de malhumor.

—No fue muy grato— agregué mirando de soslayo como Tony, Xavier, Miranda y los amigos de Robbie cantaban y bailaban (con exacta coreografía) el tema “*Hung Up*” de Madonna.

Robbie, quien no quiso ser menos, se unió al baile chocando abanicos con Tony y se puso unos anteojos de sol espejados. En un segundo su novia y sus amigos también los llevaban puestos. Pronto fue el centro de atención, la gente del lugar aplaudía. Y toda esa atención también se dirigió hacia nosotros, aunque no participáramos del baile. Pude leer los labios de algunos que nos miraban, habían reconocido la identidad de mi novio.

Los guardaespaldas de Robbie y “nuestros” gigantones no tardaron en rodearnos. Nuevamente volvieron a materializarse desde el éter. Ninguno de los que murmuraba se acercó.

Nos retiramos rápido de la disco y resultó un alivio para Henry y para mí; porque a la media hora de estar allí todos estaban enterados de la presencia de

mi novio en ese lugar.

Tomamos unos capuchinos en su suite charlando de diversos temas, cuando Miranda tuvo una idea:

—*Rob*, amor mío —dijo con su voz más dulce— podríamos proponerles que nos acompañen a Marruecos, ¿no es buena idea?

—No sé si ellos podrán, querida.

Miranda me agarró de las manos. Pese a casi no entablar una conversación, se notaba que le caía bien.

—Adriana quiere venir con nosotros y me dijo que su anterior viaje a medio oriente quedó trunco y Henry está ahora de vacaciones.

—Me encantaría —dije con ganas y miré a mi Henry— Yo no tengo problema.

Seguro que él se había acordado de lo mal que habían finalizado las cosas en Alejandría y por eso asintió en silencio.

—Ni una palabra más, nos vamos a Fez —exclamó Robbie muy contento.

Partimos de Venecia a las dos de la tarde. Al pisar el aeropuerto de Fez me invadió el mismo entusiasmo que en El Cairo: aquellos carteles en raro jeroglífico, la vestimenta oscura de los religiosos del lugar, los velos de las mujeres, hasta los trajes de los extranjeros que iban de viaje de negocios; todo era raro, pero muy agradable.

—Hotel *Riad Le Calife*, por favor—ordenó Xavier en perfecto árabe al taxista.

El hotel tenía una vista fabulosa hacia la medina. La planta baja estaba decorada como si fuera un hermoso patio medieval, dónde había varias plantas, fuentes con agua cristalina y hasta árboles.

Dejamos nuestras valijas y cenamos en una de las maravillosas terrazas del hotel una apetitosa comida provista de *bissara*, *zaaluk*, *cus*, y “*Lben*”, *méchoui*, y *kefta*. Ya no podía respirar de tanta gastronomía, apenas y

haciendo un esfuerzo, porque me pareció ya a simple vista un manjar, probé el postre: los afamados *cuernos de gacela*.

Robbie no era de aquellas personas que podía quedarse quieto demasiado tiempo así que saltó de su silla como un resorte, dejando la servilleta a un costado de la mesa.

—Señores y señoritas, más tarde tengo que reunirme con alguien en el salón principal del hotel. Me dijeron que el show que ofrecen es de lo mejor de Fez, los cantantes y las bailarinas son fantásticos, ¿me acompañan?

Todos aceptamos.

Henry se dirigió hacia nuestra suite para hablar por teléfono con Louis, su cara no parecía demasiado alegre. Robbie, con pandilla de amigos y guardaespaldas incluidos se quedaron allí en la terraza saboreando habanos, Gigantón 1 y 2 fueron a sus habitaciones a descansar un rato y Miranda y yo a la suite de Tony y Xavier a engalanarnos para la salida de esa noche.

Las sospechas de Adriana sobre Henry eran ciertas: su hermano le hablaba por teléfono en tono irritado.

—¿Qué se te pasó por la cabeza al haber elegido a Robbie Shott como compañía en tu viaje? ¿Acaso no planeabas un viaje romántico con Adrienne en Italia? ¡Primero Venecia y ahora Marruecos!

Molesto y sin abandonar el teléfono de su mano, aunque tenía ganas de tirarlo por la ventana y que aterrizara en la medina, Henry intentó justificarse.

—Lou, ya sea por Robbie Shott o por una foto sorpresiva de algún turista, esto iba a saltar a las revistas y a los tabloides de chismes en cualquier momento. Hace un tiempo, antes de Lesotho, casi pierdo a Adrienne por no mostrarme con ella a la vista de todo el mundo, la pobre se creyó que era un inmaduro y que no quería asumir lo que me pasaba con ella. Y ya está, estoy

harto de esconderme.

—No era necesaria tanta exposición. Podrías haber realizado un viaje un poco más tranquilo. Robbie no hará bien a tu imagen, a él le encanta llamar la atención dónde quiera que vaya. Y padre está muy disgustado.

Cuando volvió de la charla telefónica con su hermano, le pregunté a un taciturno Henry que le pasaba y se encogió de hombros con indiferencia.

—Podemos ir a la suite a hablar a solas —comenté en su oído a modo de secreto. Su expresión de disgusto era más que obvia.

—Adrienne, no te preocupes. Me hará muy bien distraerme porque discutí con Louis.

—¿Podrás contarme qué pasó?

—No quiero arruinarte este viaje como hice con los últimos. Ya me las arreglaré, quiero que estés tranquila.

—Hen, podemos irnos a la suite a descansar.

—Iremos a ver aquel espectáculo. Ha de ser muy bueno— afirmó muy seguro, y entonces nos encaminamos a ver el show, siempre acompañados por la gente de Robbie, Tony y Xavier. Lejos estaba de imaginar que me esperaba una sorpresa.

El salón de fiestas del hotel era fascinante. Enorme, apenas iluminado, y de alguna manera, lujoso: alfombras persas recubrían el piso, varios candelabros de bronce pendían de diversos ángulos de las paredes y los camareros estaban vestidos a la usanza beduina. Nos acomodamos en una mesa cercana al escenario. A viva voz, un cantante interpretaba el tema “*Amarain*” de Amr Diab.

Durante el tema, el intérprete señaló mientras cantaba a Miranda,

invitándola a bailar. Ni lerda ni perezosa, ella me tomó de la mano y me llevó al escenario, porque no se atrevía a ir sola. Cuando volvimos a nuestra mesa los amigos de Robbie nos aplaudían y lanzaban silbidos. Muerta de calor, me apuré a tomar una copa de agua.

—*Cara*, no sabía que bailabas tan bien— dijo Henry.

—Es una de mis múltiples habilidades. Si te portas bien, tal vez sea buena y te dedique una danza privada. Aunque olvidé mis trajes y accesorios árabes.

—Mañana podemos ir de compras y elegimos algunos trajes de danza— dijo Miranda. Como toda respuesta le dediqué una incómoda sonrisa.

—Lo que quieras, Adrienne. No tienes más que pedir— dijo Henry.

No estaba muy de acuerdo en solicitar ningún regalo; si Henry me lo regalaba por cuenta propia no había problema, pero no me gustaba eso de seleccionar algo para que él luego me lo compre. Miranda no era tan compasiva, *estúpida, traduciría Ximena*, como yo, Robbie Shott era para la rubia como una especie de genio de la lámpara de Aladino.

Hablando del magnate, miré a un costado del salón y lo observé cuchicheando con un desconocido de traje mientras saboreaban un *narguile* y se lo pasaban por turnos. Como estaba de espaldas a mí, sólo alcancé a vislumbrar del acompañante de Robbie la espalda y su corto cabello, que por las luces del lugar, parecía rubio o castaño. A un lado de la silla descansaba un bastón. ¿Sería muy mayor?

Los camareros fueron encendiendo las velas de los candelabros ubicados en cada una de las mesas. Las luces del salón se apagaron. En cualquier momento comenzaría el show de danza.

Uno de los músicos habló en árabe y luego en inglés anunciando:

—¡Con nosotros la espectacular Maryam, una de las mejores odaliscas de medio oriente!

Las luces del escenario estallaron en un juego de colores. El cantante

empezó a entonar “*Zahma Yadunia*” de Tony Mouzayek.

Maryam apareció de un costado del escenario. Esperaba que fuera alta, con imponente porte y piel aceitunada, pero la odalisca era todo lo contrario: poseía la piel tan blanca como la luna, era de pequeña estatura y con el cabello ondulado hasta los hombros. Su traje de danza era majestuoso; de dos piezas en brillante tono violeta, dejando la esbelta cintura a la vista y continuando a la altura de la cadera, repleto de moneditas doradas. Un velo del mismo color tapaba buena parte de sus facciones y sólo se le veían los ojos oscuros, grandes y pintados con *kohl*. A medida que se acercaba al escenario lo hacía bailando y sosteniendo una espada enorme. ¡Era narcótico verla bailar! Con destreza apoyaba la espada en la cabeza, en el pecho, en el ángulo entre la cintura y la cadera. Si yo estaba así, ¿qué se podía esperar de los hombres? Molesta, me volví hacia Henry.

— ¿Qué tanto miras?— pregunté repleta de celos.

—Adrienne, miró lo mismo que tú. Baila bonito— respondió con cara de nada.

Al lado de Miranda, estaba un recién llegado Robbie. Dejó corriendo su mesa de negocios para asegurarse un lugar en la nuestra y poder observar a Maryam de cerca. Miranda tenía una evidente expresión de disgusto, porque a diferencia de Henry, Robbie miraba con regocijo a la bailarina. La odalisca bajó los escalones del escenario y se dirigió a cada una de las mesas. Esa era la parte que menos me gustaba, cuando les bailaban a los novios y maridos ajenos. Primero eligió a uno de los guardaespaldas de Robbie, aquel que no sonreía nunca. Con ademán seductor, le extendió su espada y movió las caderas al son de la música. El grandote se puso rojo como un tomate y sin cambiar de expresión, la obsequió con un billete anudándoselo en la cadera. Después Maryam se detuvo en Tony y le danzó con la espada suspendida en el pecho. Él la llamó con su índice y le susurró algo. Ella sonrió a través del

velo y dejó que el asistente le regalase otro billete. Fue hacia Xavier, y éste además de dinero, depositó en el escote de su traje una tarjeta con el número telefónico de una de sus peluquerías en Fez. Por fin llegó a Henry, antes de reanudar su danza se tocó la frente con dos dedos e inclinó la cabeza en señal de respeto. Lo homenajeó bailando con la espada suspendida en la cabeza. Cuando pasó por mi lado, la mirada de Maryam se encontró con la mía. Esos ojos grandes y oscuros, ¿a quién me hacían acordar? Ella pareció nerviosa y continuó con su tarea, quién seguía en su lista era Robbie Shott, para suerte del millonario, Miranda se dirigió al *toilette* en ese preciso momento y entonces él tuvo plena libertad para coquetear con la bailarina. La miraba con descarado embeleso, con las enormes manos sobre las mejillas y una sonrisa que de tan grande podría haberse deslizado para ambos lados de los pómulos y hacer que se le saliera la cabeza.

Cuando ella siguió el recorrido por las mesas, Robbie llamó la atención de su guardaespaldas inexpresivo y escuché que le dijo en español-argentino:

—Averiguá cuál es su camarín y pedí un ramo de flores para ella. Qué sea el más grande y con las flores más hermosas. ¡Rápido! —le ordenó. El grandote no se hizo rogar y se levantó de un salto, pero Robbie lo detuvo agarrándolo de un brazo y le indicó también — Preguntale dónde podemos reunirnos, que fije fecha, hora y lugar.

Maryam concluyó su recorrido en el lugar del acompañante de Robbie, aquel que tenía un bastón al costado de su silla. El hombre la miraba casi con amor. “Este es peor que Shott”, pensé. De pronto el desconocido giró la cabeza y me quedé helada. Era... ¿El novio de Mel? Y la que bailaba era, ¿Mel? Claro, ahora sí cerraba todo: su pequeña estatura, la piel tan blanca, la delicadeza de sus movimientos, su cabello oscuro con ciertos destellos de tonos claros. Era evidente que mi ex compañera de trabajo usaba el mismo ardid que yo para acompañar a su novio adonde fuese. Hacía rato que sus

ausencias preocupaban a todos y las justificaba con falsos certificados médicos, como solía hacer esta humilde servidora.

Mel pareció adivinar que la había reconocido, porque después de los aplausos del público por brindar su arte, me dirigió una mirada de complicidad y desapareció tan rápido como cuando se sopla una flor de diente de león y ésta se esfuma con la brisa.

—Esa mujer es una diosa de la danza, única— no cesó de comentar un sorprendido Robbie Shott, pero al retornar Miranda a la mesa, se abstuvo de seguir elogiando la danza de la odalisca.

Me quedé pensativa por un buen rato. Ahí comprobé cuanto nos parecíamos Mel y yo, aventurándonos a recorrer lejanas tierras dejando de lado trabajo, familia y amigos por igual; buscando un sueño: el del amor incondicional.

—*Cara*, ¿algo te preocupa?— consultó Henry.

—Es que recién descubrí algo.

—¿Qué pasó?— volvió a preguntar muy interesado.

Cerca de nosotros Miranda y Robbie peleaban como perro y gato.

—Mejor vamos a la suite, es largo de contar.

Henry me tomó de la mano y saludamos a quienes compartían nuestra mesa. Tony y Xavier también se levantaron de un salto.

—Perdón alteza, mi amigo y yo también nos dirigimos a nuestros aposentos. Porque en cualquier momento en esta mesa vuelan platos, botellas e incluso el candelabro con velas incluidas— explicó Tony.

Era cierto, Robbie y su novia se encontraban en una acalorada disputa y la situación estaba poniéndose incómoda.

Cuando nos dirigíamos a nuestras suites, sentí que unos pasos se aproximaban hacia nosotros. Gigantón 1 y 2 se pusieron en guardia.

—¡Adri!— era Mel todavía ataviada con su traje de danza, aunque llevaba

un largo saco de hilo encima y ya no iba descalza. Se había despojado del velo.

—Mel— la rodee en un tierno abrazo.

Nos miramos primero con tristeza, después con una sonrisa, y terminamos estallando en carcajadas. Nadie entendía nada.

—¿Así que tenés una gripe muy fea? Mirá donde te vengo a encontrar, mentirosa— la reprendí en broma.

—Tengo una recuperación asombrosa— su mirada me preguntaba: “¿qué hacés acá?” Esperaba a que preguntara por eso, pero posó los ojos en Henry y entendió todo. Gracias por ahorrarme el trabajo, querida.

—Alteza, no sé si le gusta que lo llamen por su título— dijo en perfecto inglés inclinándose en una respetuosa reverencia— encantada de conocerlo.

—Mi novio Henry —dije también retomando también el idioma inglés, y a modo de explicación con una sonrisa nerviosa, proseguí con las presentaciones—: su asistente Tony Pacheco— Tony le besó el dorso de la mano —y su amigo, el afamado coiffeur Xavier— el peluquero imitó el gesto de su amigo.

—Me alegro que disfruten de Fez, es una ciudad encantadora —dijo Mel — ahora tengo que irme, me espera mi novio. El pobre se recupera de una herida en la pierna y tengo que cuidarlo.

Por último, me pidió en español:

—Adriana, avisame cuando tengas un tiempo libre. Me encantaría que hablemos.

—¡Por supuesto! Ahora que soy una mujer desempleada podemos acordar para mañana.

Llegó el novio de Mel, ayudado por su bastón. Caminaba lento pero con la cabeza en alto, tal cual lo conocí cuando me fue presentado por Mel en Buenos Aires.

—Adriana, un gusto verte. Alteza, un placer conocerlo, soy Franco de Aguirre. Salude de mi parte a su padre y a su hermano. En una oportunidad conocí a su madre, la princesa Daria, un encanto de mujer— agregó también en inglés con impecable acento británico e inclinó la cabeza en dirección a los demás.

En nuestra suite, Henry no quiso hablar acerca de su charla con Louis y mientras le hacía unos masajes en la espalda, le conté acerca de Mel y su misterioso novio.

—¡Cuánta casualidad! Ahora creo de verdad que el mundo es un pañuelo.

—Sí, mañana cuando vea a Mel le voy a preguntar a qué se dedica su novio— informé. Me moría de curiosidad.

Henry giró un poco la cabeza para mirarme.

—¿Tanta fe te tienes? Lamento desanimarte, *Cara*, pero no creo que te cuento nada.

—¿Sabes algo de ese tipo?

—No mucho, sé que trabaja con una organización alrededor del mundo entero y que gente tan importante como Robbie solicita sus servicios y todas las casas reales de Europa también, pero...

—Pero, ¿qué?

—No sé en realidad a qué se dedica, ni siquiera sé si Franco de Aguirre es su verdadero nombre, aunque una vez oí decir a mi hermano que tiene decenas y hasta cientos de identidades.

—Esta conversación me pone los pelos de punta, Hen —lo interrumpí— No hablemos más de ese hombre, hasta me da frío.

Mi novio se incorporó de la cama y me abrazó.

—*Cara*, a veces no es tan bueno preguntar. Pero quise satisfacer tu curiosidad, ahora no

hablemos más de Franco de Aguirre. Vamos a dormir.

—¿A dormir?— pregunté con voz acariciante.

Pude admirar el brillo de sus ojos, ese chispazo de picardía que encendía esos ojos azules que tanto amaba.

—¿Qué quieres hacer?

—Quizás algo más emocionante que dormir. ¿Se te ocurre algo?— me mordí el labio para no reírme.

Con un movimiento rápido, Henry se dio la vuelta, me tomó de la cintura y me hizo sentar encima de él.

—Quiero que me sorprendas, chiquita— pidió poniendo los brazos en cruz sobre las almohadas. Salté de la cama.

—¡Hey! ¿Adónde vas?— Henry no entendía nada cuando volví de abrir mi valija y busqué dos pañuelos grandes, uno blanco y otro negro.

Retorné a la cama y lo tomé de las muñecas. Con el pañuelo blanco le até los brazos al respaldar de la cama.

—¿Se supone que no puedo tocarte? Pensé que la pasaríamos bien.

—Veo que estás comprendiendo el juego: el pañuelo negro será para cubrirte los ojos. Me da pena porque tus ojos azules son muy hermosos para taparlos, pero no quiero que mires, sino que disfrutes, amor.

—OK.

—Haré cosas, con las manos...—le pasé los labios por el pecho, después enfrenté su mirada— también la boca y la lengua— Ahora voy a tapar sus ojos, estimado.

—¿Y no podré ver lo que harás? *Cara*, quiero que tomes conciencia del castigo horrible que estás imponiéndome.

—Si te portas bien, tal vez sea buena quitándote el pañuelo después de besarte... aquí. ¿O dije besar o chupar?— sentada sobre su centro di un saltito.

—Es esa maldad que nace de tu alma y hace que me sienta tentado de castigarte dándote unas buenas nalgadas.

Ahugué el comienzo de una carcajada suya besándolo con pasión. Después le tapé los ojos.

Hice lo que quise con él: lo besé, lo acaricié y también lo mordí. Admiré cuando se estremecía de placer pero se abstuvo de protestar. Conociéndolo, soportaba todo sin quejas porque quería que le “levantara el castigo” antes de tiempo. Y como soy mala pero no tanto, no solo le quitaría la venda de los ojos sino que también lo liberaría de las ataduras de las muñecas. En realidad, Henry podía deshacer el nudo del pañuelo cuando quisiera, pero aquel juego lo excitaba tanto como a mí y siempre quería ganarme en todo.

—¿Es usted bueno o muy malo?— susurré cuando terminé de jugar con su cuerpo.

—Depende, *carísima*. Cuando quiero puedo ser muy bueno o también muy malo— respondió buscándome con la mirada pese a sus ojos tapados.

Llevé un índice a sus labios y lo mordió con suavidad. Acto seguido, le quité el pañuelo que ataba sus muñecas. Me asombró la rapidez con que se sacó el pañuelo que le cubría los ojos y me plantó de espaldas en la cama con un movimiento brusco.

—Ya verás, ahora sí que me vengaré —dijo acercando su cara a la mía, sus ojos azules se habían oscurecido, como un animal al acecho— pero mi maldad será peor que la tuya, Adrienne.

—¿Me vas a atar?

—Claro, es mi venganza— e imitando lo que hice anteriormente, sujetó mis muñecas con el mismo pañuelo que había usado con él. Me levantó el camisón de satén y empezó a besarme y a lamerme. Maldito... Aunque mi odio se disipó de manera instantánea cuando sus labios trazaron un excitante camino desde mi abdomen hasta detenerse donde yo quería. Ahí pude darme

cuenta del castigo al que lo había sometido.

Cuando sentí que no podía aguantar más, me liberó de mis ataduras y nos entregamos al sexo con tanta avidez que fue una especie de guerra de poderes

CAPÍTULO 21

Nos dedicamos a recorrer Fez pese al terrible calor. Como compañera de paseo decidí llevar a Miranda, siempre secundadas por un Gigantón, Tony, Xavier y además un guardaespaldas para la novia de Robbie, que resultó ser “*Míster Inexpresivo*”. Recorrimos una de las mayores medinas de Marruecos, el primer monumento que encontramos fue la *vasta madraza Bou Inania*, ornamentada de mármol y ónice. Después llegamos a *Kissaria*, un mercado cubierto y cerrado por la noche, dónde se vendían joyas y telas. Miranda salió disparada a admirar los bellos tesoros que se ofrecían en las magníficas tiendas. Durante el regateo, Guardaespaldas que Nunca Sonríe vigiló con la torva mirada a cada vendedor que realizó una transacción con la novia de su jefe. Miranda era muy llamativa, pero nadie se atrevía más que a observarla, porque después hacía su aparición “Señor Inexpresivo” y también el Gigantón que me cuidaba.

Henry insistió en que llevemos un guía, elegimos a uno que se llamaba Amad, éste tenía una tez color café con leche y se mostraba muy simpático con nosotros. Reconozco que fue una feliz idea de parte de mi Principito, porque la medina me pareció algo similar a un laberinto. Muerta de miedo, vigilaba nunca separarme del grupo. Desde la plaza *es- Seffarin* llegamos enseguida al barrio de Chuara, dónde Amad comentó que es punto de referencia para cualquier turista. Sorprendidos, fuimos tomando unas ramitas de hierbabuena que nos ofrecieron los curtidores cuando subimos a las terrazas para observar el curtido de los cueros. “¿Para qué?”, nos preguntamos en ese momento, y la respuesta la obtuvimos al notar el olor insoportable que nos envolvió como un desagradable manto. Uno de los hombres que trabajaba en una de las tinajas se burló de nosotros al son de una frase que pronunció en un mal inglés: “Quien tiene menta no se lamenta”.

Cuánta razón tenía: el guía nos explicó que aquellas pieles permanecían en cal durante diez días en el interior de las cubetas, dónde eran mezcladas con tintes naturales de colores tan encendidos como rojo amapola, naranja henna, azul índigo o amarillo azafrán.

—Qué barbaridad —expresó Tony espantado— Primero el calor, luego los bichos con alas y después este insoportable hedor. — acercó tanto la ramita de hierbabuena a la cara que por momentos pareció que iba a incrustársela. Decidimos pasar por alto aquello y de a poco nos fuimos acostumbrando a los agresivos aromas de las terrazas de cueros.

Cuando propuse ir a la Ciudad Nueva y situarnos en la avenida de *Hassan II*, el asistente de Henry casi me muerde.

—Adriana, huelo como un camello. ¡Por favor, volvamos al hotel!

—Amad acaba de decirme que es de rutina venir acá y tomar un té de menta.

—Té de menta podés pedir en tu suite, ¿es necesario tomarlo aquí y con sesenta y ocho grados a la sombra? ¡*Yallah, yallah!*— pidió también a los guardaespaldas, a Xavier y a Miranda.

Henry estaba aburrido y sin saber qué hacer. Su celular no paraba de sonar y en la pantalla figuraban por palabras como “Louis”, “papá” o “número desconocido”; tal vez ese llamado sería desde el palacio de su abuela, tanto peor.

Justo recibió un *whatsapp* de voz de Adriana: “*Amor, estamos en el barrio de Chuara, dónde se encuentran los curtidores de cuero. Volvemos en un par de horas. Te amo.*”

Henry no era tan egoísta como para interrumpirle el paseo, y tampoco quería quedarse encerrado en la suite; entonces optó por llamar a Robbie

Shott.

—*Enriquito*, estoy reunido con De Aguirre tomando café, saboreando habanos y hablando de negocios. Ven ahora— fue su breve comentario y cortó la comunicación. Robbie no se andaba con demasiados rodeos.

Sobre la terraza el calor era evidente, pero la vista hacia la medina era impresionante. Robbie y su acompañante estaban solos. El primero vestía una musculosa blanca, pantalones bombachos hasta el tobillo, sandalias y anteojos de sol; en cambio el novio de Mel era toda elegancia y discreción: camisa azul, pantalón de vestir, zapatos y esos anteojos intelectuales con aumento cuyos cristales se oscurecían cuando los rayos de sol eran muy fuertes. El bastón descansaba a un costado de su silla.

—Excepcional paisaje, ¿no? Lástima este calor tan horroroso— comentó Robbie sacando a relucir su abanico.

—A mí no me molestan las altas temperaturas, siempre que viajé a medio oriente me hacía un tiempo para pasar por Fez— agregó Franco mirando los alrededores de la terraza. No tenía ni siquiera un rastro de sudor en la frente y con esa piel aún más pálida que la de Henry podía hacerse pasar tranquilamente por un turista europeo de vacaciones.

—Falta poco para la boda de Louis, ¿no, Henry?— preguntó Robbie muy animado.

—Unas pocas semanas— contestó Henry.

—Mágico lugar, hermosos paisajes, gente tímida pero generosa y servicial la de este país. La primera vez que vine con Mel, se sintió enamorada de esta ciudad al instante— dijo sacando un habano de una caja de plata.

—Es tan extraño que Adrienne y Maryam... perdón Mel, se conocieran de antes y coincidieran justo aquí— agregó Henry pensativo.

—Amo a mi novia y a veces me planteo que quizás la vida gitana que lleva conmigo es muy injusta para ella —murmuró Franco como si

reflexionara en voz alta— Podemos pasar hasta incluso meses sin vernos.

—Lo mismo me pasa a mí, pero por el momento es la vida que puedo brindarle... no por mucho tiempo, claro.

—Henry, Adriana y tú están en todas las tapas de revistas— informó Robbie.

—Era lo que tenía que pasar —dijo Henry— Voy a enfrentar a todos cuando vuelva de este viaje. Después que hable con mi padre, iré por unos meses a Afganistán, después presentaré a Adrienne como mi novia oficial, y al que no le guste...

—¡Qué se vaya bien a la mierda!— Robbie terminó la frase casi con alegría.

—Iba a decir “me da lo mismo”, pero tu agregado también podría ir.

—Así se habla— concluyó el millonario extendiendo la mano en dirección al camarero para pedirle otro café.

En cambio Franco frunció el ceño casi con preocupación.

—¿A Afganistán?— dudó como si no hubiera escuchado bien.

—Me iré en unos días.

—*Enrico*, estás chalado. Yo ni borracho iría para allá— reflexionó Robbie con espanto.

—No soy quien para aconsejarlo, pero creo que no debería ir— habló De Aguirre con aquel tono pausado de profesor universitario de literatura.

—Me lo dijeron varias veces, pero es mi deber.

—Tenga mucho cuidado. Hay gente en ese país a la que usted no le gustaría en absoluto.

Henry se quedó helado, no hacía mucho que había escuchado de Tony casi esas mismas palabras.

—Seguiré pecando de indulgente, pero si va le sugiero que no confíe en nadie y tenga ojos hasta en la nuca— insistió Franco.

—Sano consejo— intervino Robbie.

De Aguirre sacó una tarjeta de su bolsillo y se la extendió a Henry.

—Tenga mis números, y no comparta esta información con nadie. Contamos con clientes selectos y recomendados.

—Esto sí que es vida— dijo Tony con placer al sentir unas manos expertas en la espalda.

Miranda, el asistente de Henry, Xavier y yo disfrutábamos del beneficio de unos buenos masajes.

—Tenemos que visitar el desierto del Sahara— comentó la novia de Robbie mirándome de costado desde su camilla.

—Conmigo no cuenten —dijo Tony.

—Yo sí iré. Es un lugar exótico y muy lindo—opinó Xavier.

—¿Quién eres ahora, Laurencia de Arabia?— lo interrumpió Tony.

—No, Xaviera de Marruecos.

—¿Adri?— preguntó Mel asomándose a la puerta de la sala de masajes.

Despedí a mi masajista, me puse una bata encima y llevé a mi amiga a mi suite. Teníamos mucho de que hablar.

Tal me advirtió Henry, no pude sacarle ninguna información extra acerca del trabajo de su novio.

—No puedo develar nada acerca de lo que hace, Adri. Si podrás disculparme— empezó a decir. La apreté la mano para tranquilizarla.

—No hay problema, te entiendo. Mel, ¿por qué tuvimos que poner los ojos en hombres tan particulares?

—No sé, a veces me gustaría salir con un maestro, un cajero de banco... ¡un bombero!

—Un oficinista que trabaje de ocho a cinco— agregué.

—Pero las cosas son así para las dos, Adri. Lo único que quiero es estar al lado de mi novio y que nunca le pase nada.

—¿Se arriesga mucho?

—Muchísimo, sé que ama su trabajo, pero me preocupo mucho por él.

—¿Y si le llega a pasar algo grave?— quise decir “Si se muere” pero me contuve a tiempo.

La envolví en un abrazo. Nos entendimos sin necesidad de palabras.

Unos días después recorrimos el desierto del Sahara. Amad, nuestro guía, nos informó que es el más extenso del mundo y que su dominio abarca desde el Océano atlántico hasta el Mar Rojo y recorriendo a su paso Argelia, Túnez, Marruecos, Níger y Libia, entre otros países. Llegamos al lugar en vehículos todo terreno y luego en dromedarios—“otro caballo anormal”— hubiera dicho Tony; quién se quedó en el hotel, disfrutando del spa y otras comodidades.

El viaje llegó a su fin luego de tantos paseos y diversiones, y Mel organizó la última noche una sorpresa para nosotros.

Apenas el cantante empezó a entonar en el escenario el tema “*Ah ya Albi*”, las luces del salón se apagaron de inmediato. Miramos en dirección a una puerta lateral y llegó Mel llevando un enorme candelabro de bronce con varias velas encendidas sobre la cabeza. Acompañaba el ritmo de la canción con un chinchín en cada mano y sin dejar de sonreír.

—Yo no podría tener ni siquiera sobre mi cabeza ese candelabro vacío, ¡y ni hablar de las velas encendidas!— se admiró un perplejo Xavier.

—¿Y quién querría verte vestido de odalisca y bailando como Maryam?— comentó Tony en tono burlón.

—Qué bonito, es una danza nupcial—dijo Miranda— el guía me contó que en los casamientos de medio oriente se contrata a una odalisca para que

“ilumine” el camino de los recién casados.

Un movimiento me llamó la atención, era Robbie quién extendía su teléfono celular y le decía a Mel con los labios que lo llame. Miranda no tardó en notar aquel atrevimiento y lo fulminó con sus ojos maquillados de reina oriental. El millonario escondió el aparato tras la espalda y simuló saludar a alguien.

Todos aplaudían con admiración, hasta el guardaespaldas inexpresivo, siempre con ese rostro de caballero de naipe, lanzaba vítores a doquier. La canción terminó y Mel concluyó con una rodilla apoyada en el piso del escenario y el torso erguido. El candelabro seguía en su lugar.

El día de mi viaje, me despedí de Henry con congoja. Él debía partir junto a los gigantones en vuelo privado a Londres una hora más tarde que nosotros. El personal de seguridad del lugar hacía lo posible para contener al centenar de *Paparazzos* y curiosos que se amontonaron en la puerta del edificio.

—¿Vas a hablar pronto con tu papá?— le pregunté mientras un molesto Tony me advertía que Robbie y su séquito iban a partir sin mí si no me apuraba.

—Por supuesto.

Robbie no cesaba de vociferar a su gente con expresivo malhumor.

—¡Diablos, apúrense! —gritó tanto a los botones del hotel como a sus guardaespaldas—necesito estar en Buenos Aires lo más pronto posible para cerrar un importante negocio y llevar mis golosinas al hospital de niños. Rápido, inútiles.

—Rob, ¿estás seguro que ellos podrán consumir el tipo de cosas que fabrica tu empresa? Quizás la mayoría se encuentre demasiado débil para poder comerlas, ¿no te parece?—dije sin dejar de abrazar a mi novio.

—¿Te parece? —dudó rascándose la coronilla con un índice sin despeinar

su complicadísimo peinado en punta.

—Es sólo una humilde opinión.

—Mierda, no lo había pensado. Supongo que tendré que donar las golosinas a algún jardín de infantes y encargará juguetes para el hospital— marcó con velocidad en su celular y se corrió de nuestro lado para gritar a través de su sofisticado teléfono a su agente de prensa y le habló en español-argentino furioso—: ¡Idiota! Otra “brillante” idea de tu parte y vas a terminar vendiendo lapiceras en el tren. ¿Oíste bien? —cortó la comunicación y con el mismo tono de voz siguió gritando en español— Quiero listo a todo el mundo en quince minutos porque viajo. ¡Miranda! ¿Era necesario que te compraras medio Marruecos? ¿Dónde mierda vamos a acomodar tanta porquería? Parece que no están oyendo lo que digo, muévanse rápido porque me voy.

—Creo que si llego a decirle algo que lo saque de sus casillas durante el viaje en su avión, me tira por una de las ventanillas— dije a mi novio.

—No lo hagas disgustar, *Cara*— se desprendió de mi abrazo para sacar del bolsillo de su camisa un sobre y depositarlo en el interior de mi cartera.

—¿Qué es eso?

—Una orden de dinero para que la cobres en cuanto llegues.

—¿Para qué querría tanto dinero? De ninguna manera pienso aceptar esto.

—Adrienne, no seas orgullosa —me pellizcó la nariz con suavidad— ahora que renunciaste a tu trabajo, ¿de qué vivirás?

—Me las arreglaré de alguna manera.

—No quiero negativas, porque voy a enojarme mucho. Además necesito que sepas algo más— llamó con un gesto de mano a “Señor Sin Sonrisa”, el guardaespaldas de Robbie.

—Te presento a tu nuevo escolta— dijo y el grandulón inclinó la cabeza en dirección a Henry y luego hacia mí.

—Pero Mike trabaja para Robbie.

—Ya no. Cómo sería un trastorno contratar a alguien con tanta rapidez sin evaluar sus antecedentes, decidí pedir a Robbie que “cediera” a uno de los de los suyos y me dijo que sí. Mike, será ahora tu guardaespaldas, *cara*.

—¿Para qué?

Si me costaba imaginarme algún día como la esposa de Henry, menos podía caber en mi cabeza la idea de tener un tipo pegado a mi lado las veinticuatro horas del día. Mike, con su presencia, alteraría el normal funcionamiento de mi ya revolucionada vida. ¿Qué opinaría Alejandra? El grandote no era un perro, no podía prepararle una casita en el balcón ni darle la comida que nos sobrara.

Como un río desbordado le presenté mis dudas a Henry.

—Puede ubicarse en algún hotel cercano a tu departamento y cuando necesites trasladarte a algún lugar irá enseguida a buscarte para le des instrucciones. Su sueldo y alojamiento lo pagaré yo, solo deberás preocuparte porque te obedezca en todo— y le lanzó una severa mirada de advertencia a mi nuevo guardián, quién no respondió más que con una humilde inclinación de cabeza. Siempre serio, claro.

Me abracé a Henry por última vez y unos minutos después, en compañía de Robbie y los suyos, partimos en dirección al aeropuerto de Fez.

Durante el viaje en avión, Robbie se tumbó a dormir una siesta. Absorta en mis pensamientos me dediqué a mirar por una de las ventanillas. Con sigilo, Miranda se acomodó en un asiento cercano al mío.

—Perdón por ser inoportuna —dijo en voz muy baja para no despertar a su iracundo novio— Pero creo que deberías estar al tanto de lo que te espera en Buenos Aires— y puso en mi regazo dos o tres revistas de periodismo amarillista.

—No te preocupes —me tranquilizó Miranda mirándome con una dulzura

cercana a la compasión, cuando no le respondí, ya que devoraba con los ojos las portadas de las revista— Al principio te parecerá terrible, pero luego se hará rutina.

—Ah, me quedo más tranquila. No sé cómo diablos voy a hacer para conseguir un trabajo.

— Olvidáte de trabajar, tu lugar va a ser mucho más importante y glamoroso que el mío. Además me imagino que Henry te habrá dado una sustancial suma de dinero para que te mantengas, ¿no?

—No soy una mantenida. Siempre trabajé y voy a trabajar.

—Adriana, estás loca. ¿Pensás ahorrarle unas pocas libras a uno de los príncipes con más fortuna en el mundo? Creo que estuviste *pecando* de contemplativa y humilde; tendrías que haberle pedido más regalos, más joyas, más vestidos.

—No me gusta pedirle cosas.

—Supongo que más adelante, a su lado deberás acostumbrarte a una nueva vida—dijo meneando la cabeza con desaprobación.

Mientras, ya despierto y de peor talante después de su improvisada siesta, su novio ladró órdenes. Miranda no movió sólo dedo para tranquilizar el nervioso temperamento de Shott. Imperturbable, sacó el espejo de la cartera y empezó a retocarse el maquillaje.

Inquieta, seguí mirando por la ventanilla. Ahora sí me moría de ganas por llegar a mi país. Unas horas después me arrepentiría de desear eso. Una nube de periodistas nos abordó ni bien llegamos. Los guardaespaldas los frenaban, los empujaban. Robbie sonreía, saludaba. Todo iba bien hasta que un fotógrafo exclamó con entusiasmo:

—¡Es la novia del príncipe inglés!

Toda aquella marea de gente sensacionalista giró su mirada hacia mi lado. Instintivamente, “el Señor Nunca Sonriente”, alias mi nuevo escolta, se puso

delante de mí como un enorme y protector escudo humano.

—Adriana, porque tu nombre es ése, ¿no? ¿Cómo conociste a Henry?— preguntó uno de los cronistas ubicando un micrófono debajo de mi nariz. Por poco me hizo estornudar.

—Adriana, ¿cuándo tu compromiso va a hacerse oficial?— indagó otro.

—Se rumorea que Louis, el príncipe heredero al trono, hermano de Henry, te considera perfecta para ser duquesa. ¿Cuánto de verdad hay en eso?

—¡Otra argentina engalanando una de las casa reales más importantes de Europa! Adriana, ¿vas a entrevistarte con la reina de Holanda para que te de unos consejos?— terció un joven notero calvo de un importante programa de chismes.

Adoctrinada por Tony, me dirigí a todos ellos con una vaga sonrisa de Gioconda. Un silencio inundó a ese mar de gente. Esperaban absortos, anotando, grabando, fotografiando. Mi imagen se repetiría a lo largo de todo el país.

Me subí en uno de los autos que esperaba a Robbie y a todo su séquito. A la velocidad de la luz, Mike se encargó de mis maletas y entramos al edificio. Alfonso, el encargado del edificio, nos miró sin sorpresa y siguió limpiando la vereda sin prestarles atención a los periodistas que nos siguieron.

Alejandra me recibió con un abrazo, apenas me liberé de su gesto se me tiraron encima Ximena y mi hermana Macarena.

—Adriana, en este país no se habla de otra cosa más que de tu noviazgo con el Principito— exclamó Alejandra.

—Mike, podés dejar las valijas en mi habitación. Gracias.

—¿Quién es éste?— lo señaló Ximena. Mi amiga era bajita. Era curioso y hasta divertido ver que Mike le llevara de ventaja de estatura como de tres cabezas.

—Mi guardaespaldas.

Siempre silencioso y al parecer también, muy eficiente, Mike llevó las valijas a mi cuarto.

—¿Lo puedo usar?— preguntó Macarena.

—¿Yo también?— quiso saber Ximena en tono de adolescente, imitando a mi hermana. Aunque imaginé que le otorgaría otro tipo de utilidad a Mike, además de guardaespaldas haría lo posible por convertirlo en su amante. Podía hacer una excepción de estatus social aunque sea por una noche. Mike lo ameritaba; con su estatura de gladiador romano y su descomunal cuerpo, era muy bello.

—Nadie va a usar nada. No es un bronceador, sino una persona. Él trabaja para mí, ¿no es cierto, Mike?

—Sí, señorita.

—Si no conseguís alojamiento, con todo gusto podés quedarte a dormir en mi cama... ¡Eh, perdón! Quise decir en mi casa. — ofreció Ximena con un guiño de sensualidad.

Haciendo de tripas corazón y desafiando la cruenta tormenta que se desató esa noche, fui de visita a la casa de mis padres. Nunca había visto a Macarena tan feliz y orgullosa de que Mike nos dejara entrar primero al taxi que tomamos para ir de paseo y nos abriera y cerrara todas las puertas que se cruzaban a nuestro paso.

Mi mamá nos abrió la puerta con gesto serio. Papá me miró sin expresión y dejó el sillón. Dios, la que se me venía con don Roberto Mora. Y antes de enfrentar a la fiera decidí tantear el terreno:

—Mamá, por tu cara veo que te enteraste de quién es mi novio.

—Sí, Adriana. Tu papá y yo estamos muy preocupados por todo este asunto.

Roberto volvió de la cocina con una bandeja donde estaba el mate, una

panera llena de tortas fritas caseras y su omnipresente repasador a cuadros sobre el hombro. Y me sobresalté cuando dejó todo en la mesita ratona con demasiada energía. La bomba estallaría en cualquier momento.

—Tu mamá está siendo demasiado amable con eso de que “estamos muy preocupados”—dijo mi papá con sarcasmo. Cuando usaba ironías estaba más que enculado—Adriana, ¿en qué carajo estabas pensando cuando te metiste con ese príncipe gringo? Encima un inglés.

—¿Y qué tiene que sea inglés?—fue la estúpida pregunta que provocó que el volcán Mora hiciera erupción. ¡Calla boca!

—¿Esa es la educación que yo le inculqué, que usted mal aprendió, y encima se anima a responderle a su padre?—y alzó las manos al cielo, conversando con Dios, una de sus clásicas—: ¡Barba! Yo con el culo pegado al asiento del taxi doce horas por día para pagarle a esta ingrata las clases en la Cultural Inglesa y ves cómo me lo devuelve, metiéndose con ese colorado gringo.

—Roberto, calmate un poco. Entendé que está enamorada, no le hables así—dijo mi mamá tratando de poner paños fríos a la situación. Roberto ni la escuchó, porque lanzó todo su enojo sobre mí:

—¿Y no hay tipos acá para buscarte un colorado como ése, de otro país, encima tan lejos?—Y se quedó callado por un terrible instante, el cual me dio taquicardia—No habrás dejado que te falte el respeto. ¿No?

Me quedé muda, con la boca abierta e intentando hablar, boqueando como un pez fuera del agua, y mi hermana me miró tapándose la boca con las dos manos, calculé que su risita histérica era contenida a duras penas. Roberto era muy anticuado, pensaba que Mica y yo, metidas en una cajita de cristal, debíamos esperar a nuestros príncipes azules sin mácula. Una parte la cumplí, Henry por lo menos era un príncipe. Y lo del respeto, mejor lo dejaríamos de lado, porque muchas veces era yo la que provocaba a Henry. Me pasaba de

zorra y lo peor era que me encantaba.

—Claro, papá. Miren—mentí con intenso descaro, y mostré mi anillo a los dos. Mi mamá sonrió extasiada—Era de su madre, y me lo dio como regalo de compromiso.

El anillo era precioso, y algo pareció tranquilizar a mi papá, pero no lo conmovió del todo.

—Eso no es un compromiso serio, Adriana. Un compromiso va a ser cuando ése de la cara y me diga que la quiere a usted, mi hija, Adriana Sofía Mora, para casarse y me pida su mano. Y después conozca a su padre para hablar de ustedes dos como corresponde.

Ni me podía imaginar una escena así entre el narcisista Edward, tan seguro de su linaje, con Roberto, invitándole un mate y vestido con su camiseta de Racing Club. Sería una escena bizarra.

—Encima me vas a traer un colorado—meneó la cabeza mientras vertía el agua del termo sobre el mate, Macarena se reía a las carcajadas—Pero si tiene buenas intenciones, no tengo nada que decir.

El volcán Mora se calmó y yo respiré tranquila ¿Pero por cuánto tiempo? Roberto se dio cuenta de la presencia de Mike y lo observó con curiosidad.

—El guardaespaldas de Adri —se apresuró a decir Macarena muy suelta de cuerpo.

—Así que “el quía” te puso un vigilador. Che, pibe. Sentate que me ponés nervioso. ¿Querés un mate? Las tortas fritas están recién hechas.

CAPÍTULO 22

El mayordomo hizo una reverencia y lo ayudó a quitarse el abrigo. La visita avanzó en dirección al despacho de Henry y abrió la puerta. Tony lo vio llegar y antes de que el recién llegado se diera cuenta de su presencia, arremangó la pierna en una perfecta pose de bailarina de *ballet* en dirección a sus aposentos de nuevo. Por nada del mundo quería cruzarse con él.

—Papá, no te esperaba hoy. Llegué de Marruecos hace unas horas— dijo Henry.

La ilustre visita se sentó frente a su hijo sin decir media palabra. Con discreción, el mayordomo se presentó con una bandeja de jugos y café.

—Para empezar podrías preguntarme como me fue— dijo Henry ya de malhumor.

Su padre, el recién llegado y muy disgustado príncipe Edward ironizó:

—Mejor podría preguntarte: “¿Ya terminaste de *descuidar* tus obligaciones?” o “¿Hasta cuándo vas a tontear junto a Robbie Shott y a las zorras con las que se rodea?”

—No estuve tonteando, sino de vacaciones con mi novia.

—¿Esa mujer que logró que la prensa hable no sólo de ti sino de toda nuestra familia? ¿*Esa* es tu novia? Me das vergüenza.

—No permitiré que hables así de ella.

—¿Entonces me podrás explicar por qué haces lo imposible para reunirte con ella, dejando de lado tus tareas y exponiéndonos al ridículo?

—Es mi vida y yo hago lo que quiero.

Nervioso y con las manos temblorosas, Tony empezó a marcar el número de su entrañable amigo Xavier. “Contesta, estúpido. ¡Contesta!”, pensó

mientras desde el otro lado la línea no cesaba de sonar sin que nadie respondiera.

—Diseños de peinados y moda Xavier. Habla Linda, ¿en qué puedo ayudarle?

—Quiero hablar con Xav, querida. ¡Pásamelo ahora mismo!

—Señor Pacheco, qué tal. El señor Xavier en estos momentos se encuentra arreglando el tocado de *Lady*...

—Dile que utilice para terminar esa tarea a cualquiera de aquellas mariconas inútiles que tiene como asistentes y venga ahora mismo a agarrar el teléfono.

La recepcionista emitió una nerviosa tosecita.

—Veré que puedo hacer, señor Pacheco... pero no puedo prometerle nada.

Aún con la puerta cerrada y a metros del despacho se podía escuchar la voz de Henry cargada de furia:

—¡Muchas cosas podría decir de esta condenada familia y sin embargo me quedo callado! La mayoría de las cosas que pasaron fueron por tu culpa.

Tony no podía ignorar semejante discusión y seguramente, las lenguas de los sirvientes de la casa tendrían una ardua tarea comentando aquello durante varios días.

—¿Hola?— dijo Xavier.

Pacheco salió al balcón para hablar con tranquilidad. Era preferible aguantar los ruidos de la calle, porque los gritos de padre e hijo le ponían los nervios de punta.

—Pensabas dejarme de lado por un peinado idiota de una de tus clientas.

—Tony, no sabía que eras tú y estoy trabajando.

—Creo que dentro de poco me tomaré una licencia psiquiátrica.

—¿Qué pasó?

Tony deslizó el teléfono en dirección a la puerta. La pelea de Henry con su

padre estaba en su total apogeo.

—¡No quiero a esa mujercita en la boda de tu hermano!—gritó Edward.

—Si no va Adrienne, yo tampoco iré.

—¿Escuchaste?— indagó Tony retomando la conversación con su amigo.

—¡Pero qué horror! ¿Es Henry peleando con Louis?

—No, con Edward. Salí a presentarle a mi señor su agenda con todos los compromisos anotados de la semana, cuando llegó su padre con tal humor como si lo trajera Satán desde las profundidades del infierno. A ver si caigo yo también en este lío.

—Y vas a caer, amigo.

—Gracias por el aliento que me das, peinadora barata.

—¿Y con Adriana que vas a hacer?

—No sé. Me gustaría saber qué harías en mi lugar.

—No le comentaría nada, quizás a la pobre la angustiemos por nada. Además Henry y Edward chocan todo el tiempo. Tu señor tiene un carácter espantoso, pero su padre no se queda atrás. ¿Estará en los genes?

—No creo que este barullo sea cosa de poca monta, Xav; pero seguiré tu consejo.

Chelsy estaba de compras por el *mall*. Cuando la blonda estaba escrutando el enésimo vestido de temporada, sonó su celular. En la pantalla apareció la palabra “Dona”. Era el nombre de una de las doncellas de la casa de Henry. Aquella joven servía de espía en la mansión de su ex novio. Con unas pocas libras fue sencillo comprar la información de la sirvienta, quien la mantenía al tanto de todo lo que pasaba en esa casa. Cuando la mucama le contó todo lo que pudo escuchar de la discusión de Henry con su papá, Chelsy emitió un grito de triunfo.

—Perfecto. En un rato tendrás tu pago por esta información, pero cuando salgas que nadie note tu ausencia. Una vez que encuentres una excusa para ausentarte de la casa, me envías un *whatsapp*—dio fin a la conversación y guardó el teléfono en la cartera.

—Byron, quiero que me lleves a la *maison* de Emile— le ordenó a su chofer.

Emile era la diseñadora más famosa de vestidos de fiesta y trajes, la mimada y preferida de los nobles y de la casa real. Amy usaría un traje diseñado por ella para uno de los últimos compromisos como novia de Louis, la boda con el príncipe heredero se celebraría en unos pocos días.

“Amy, tendrás que tolerarme en tu boda, y del brazo de tu futuro cuñado”, pensó Chelsy con una sonrisa.

Esperaba ansiosa el llamado de Henry. Di vueltas por mi departamento, aburrida y sin saber que hacer: mi casa se había transformado en una cárcel. Con irritación me estiré uno de los mechones del flequillo y tuve una revelación: ¿Qué tal sería irme a París para darle una sorpresa? Más sencillo sería irme a Londres, pero sería una total provocación poner un pie allá, ya que no era oficialmente la novia de mi Principito. Con una sonrisa, acaricié mi anillo *Bvlgari* y también el que había pertenecido a la madre de Henry.

Reservé un pasaje de avión para mí y Mike, aquel colosal guardaespaldas que Henry había contratado para mí. No hacía falta alojarme en un hotel de lujo, podía buscarme un alojamiento más económico, algo confortable pero sencillo. Ideal para no llamar la atención de la prensa cuando Henry fuera a encontrarse conmigo.

Siempre solícito y servicial, Mike alias “Señor que Nunca Sonríe” llegó a los diez minutos de haberlo llamado.

—Mike, quiero que prepares tu equipaje porque nos vamos a París.

Unos días después en el aeropuerto, merendamos en una de las cafeterías. Estaba a punto de mordisquear mi segunda medialuna de manteca cuando Tony me llamó.

—¿Dónde estás?— preguntó.

Dudé en decirle la verdad o no, pero decidí contarle lo que estaba dispuesta a hacer.

—En el aeropuerto con Mike, viajamos a París.

—¿Qué?

—Ay, Tony... pareciera que no aprobás la idea que viaje a reunirme con Henry.

—Eh...— Tony, apartó el teléfono para hacerlo descansar en el pecho y respirar hondo.

—¿Y Henry?

—Se fue a lo de su hermano, me parece que está disgustado por algo.

Chelsy se estaba en la *maison* de *madame* Emile, mirándose en uno de los espejos del lugar mientras dos costureras ajustaban la tela de su nuevo vestido a la altura de la esbelta cintura y las caderas.

La puerta de la *maison* se abrió y escuchó una voz que exclamó:

—¡Señorita Amy! Qué sorpresa, aunque ahora deberíamos llamarla su alteza real, dispéñeme por favor— afirmó la recepcionista del lugar.

Chelsy sonrió aún más satisfecha.

—Vengo a buscar mi traje para el desfile militar que se celebra mañana, ¿dónde está *madame* Emile?— consultó Amy.

—Vendrá en un momento a traerle la prenda, señorita Amy. Tenga la

amabilidad de tomar una taza de té en la sala mientras la espera— ofreció la empleada.

—Muchas gracias, pero prefiero ver si consigo algún otro accesorio para combinar mi ropa.

Chelsy escuchaba sus pasos, ¡Por fin! ¿Qué cara pondría Amy cuando la viera tan espléndida, probándose ese hermoso vestido que le quedaba pintado?

Amy la contempló parada en un rincón mientras las costureras hacían su trabajo y la rubia Chelsy la miraba también a ella desde el reflejo del espejo del vestidor. Sonrieron con malicia, pensando darse con munición gorda: Amy encantada por pasarle por la cara aquel notición del noviazgo de Henry con Adrienne, y Chelsy para informarle que estaba más que atrasada de novedades, que la que iría a su boda sería ella y nadie más que ella, porque aquella india inmunda no pondría ni el dedo gordo del pie en la boda real.

—Es evidente que te gusta mi vestido, ¿no, Amy?— preguntó Chelsy irguiendo bien alta la cabeza para enfrentar la mirada de la joven futura reina.

—La verdad que no me gusta el índigo. Oí decir a Tony que es el *color de las ramer*as—dijo Amy tomando asiento en un sillón cercano.

Chelsy agrió un poco la expresión pero se cuidó muy bien de no demostrárselo a la novia de Louis.

—Pero no tomes como una alusión hacia tu persona lo que dije recién, querida Chelsy. Lo aclaro por si te quedó la idea que te comparé con una ramera, y nada más lejos. Se entendió, ¿verdad?—dudó Amy esbozando una maquiavélica mueca a modo de sonrisa.

Chelsy despidió con un solo gesto a las costureras, esta vez la miró de frente y plantando los puños a cada lado de las caderas. Era hora de poner las cartas sobre la mesa.

—Quizás deberías tener un poco de ramera, querida. A veces los hombres

se aburren de las mujercitas demasiado correctas. No quiero hacer alusión a tu persona, querida Amy. Pero deberías cuidar a Louis, porque nunca se sabe. Se entendió, ¿verdad?

La novia del príncipe heredero a la corona asumió una actitud reflexiva luego de cruzar las piernas.

—Quiero contarte un secreto: Louis detesta a las ofrecidas. Y adora a esta mujercita correcta que aquí ves—dijo señalándose con una gran sonrisa que al contemplarla, Chelsy pensó que nunca en la vida había sentido tanta rabia—Esta mujercita correcta le dará muchos hijos. Y hablando de hijos, ¿no te parece que Adrienne también le daría hijos hermosos a Henry? Es una chica muy bonita.

“Maldita plebeya sin modales”, ladró Chelsy para sus adentros. Tragó saliva para no perder la compostura y agregó con suave tono:

—¿Y crees realmente que se casarán? Siempre pensé que eras menos ingenua. Porque nadie que tenga dos dedos de frente se le ocurriría semejante ridiculez.

Amy dejó su pose de despreocupación.

—Chelsy, veo que no te agota intrigar en contra de los demás. Tus ironías no me mueven un pelo, y esa frase venenosa que dijiste no me preocupa en absoluto. Esa clase de comentarios sólo pueden venir de alguien que no tiene nada que hacer.

—Lo que digo es la pura verdad, querida. Adrienne se quedará con las ganas de asistir a tu boda —y se volvió en dirección al espejo, para seguir contemplando su reflejo en el espejo, sin que por eso, dejara de mirar a Amy— ¿Y adivina quién va a ir? ¡Qué honor que tendrás!

—Desde luego que haré lo imposible para que no ver tu cara en el momento más importante de mi vida.

—Shhh —dijo Chelsy sonriendo— Nada ni nadie impedirá que asista a tu

casamiento. Me parece que deberías empezar a amigarte conmigo, porque dentro de poco seremos parientes. Yo estoy más que dispuesta.

—¡Jamás! —gritó Amy. De un tirón sacó su bolso del costado del sillón donde había estado sentada y salió como un huracán de la estancia.

—Señorita, ¿encontró a *madame* Emile?— preguntó con sorpresa la recepcionista de la *maison*.

—Les pediré un enorme favor: de ahora en adelante harán lo posible por combinar mis horarios de pruebas de ropa de manera que *nunca* se crucen con los de la señorita Owen-Keller. ¿Entendido?

Dejando a la empleada con la palabra en la boca, se retiró del lugar.

Chelsy echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada de satisfacción. Byron entró al vestidor e inclinó la cabeza, al mismo tiempo que se quitaba la gorra en señal de respeto a la joven.

—Perdón por molestarla. Observé que olvidó su celular en el auto y como estuvo sonando, vine a traérselo— sacando del bolsillo de su uniforme el teléfono, se lo tendió.

Chelsy lo recibió. Pero antes de alejar la mano, sus dedos rozaron los del chofer. Durante un instante que le pareció larguísimo, ella lo miró desde el espejo y Byron le devolvió la mirada, embelesado por la belleza de la señorita.

—Gracias— dijo Chelsy con inexplicable humildad, tratando de eludir aquel estremecimiento que sintió al rozar la mano de su chofer— Ahora fuera de aquí que estoy ocupada. Hay un café cercano a la *maison*, pide lo que quieras y luego nos encontramos allí. ¿Entendido?

—La señorita es muy generosa. Esperaré allí sin falta. ¿La señorita desea algo más?

“Que te alejes de mí, Byron. Creo que me estoy volviendo loca y si no te vas pronto, voy a cometer algo placentero y a la vez inapropiado”, pensó

Chelsy y lo miró con su habitual altanería— No necesito nada más.

—Perfecto, con permiso.

—No te vayas.

—Dígame.

—¿Crees que me veo bien con este vestido?

El chofer titubeó bastante incómodo.

—¡Vamos! No te tildaré de atrevido, quiero tu opinión... siempre y cuando te expreses con respeto.

—La señorita es una reina, brillará opacando las estrellas del cielo con su belleza.

Chelsy pensó que se derretiría con semejante cumplido y carraspeó para recuperar la compostura.

—De acuerdo —agitó la mano para que Byron se retirara— Ahora fuera, que estoy ocupada y me molesta tu presencia.

Ni bien se fue el chofer le mandó un *whatsapp* de voz a su amiga Carol. Impaciente, se cruzó de brazos y golpeando el pie en el piso, con el teléfono en la mano. Dos, tres minutos, cinco minutos. ¿Dónde se había metido esa idiota que tanto tardaba en responder? Estuvo a punto de saltar de la emoción cuando su amiga la llamó.

—Estúpida, tardaste demasiado, necesito verte ahora mismo. ¿Entonces voy a tu casa? Espléndido, porque tengo que contarte algo importante, creo que la falta de sexo me está volviendo loca, y debo *amarrar* al estúpido de Henry lo más rápido posible.

Carol le preguntó a que se debía esa confesión.

—¡Carol, a veces dudo si tu problema de idiotez es de nacimiento o lo adquiriste con el tiempo! Te contaré todo en tu casa. ¡Nada! ¡Bye!— colgó con el corazón desbocado.

Una vez en París, dejé que Mike, mucho más canchero que yo, nos guiara hasta nuestro destino. Descubrí que hablaba francés fluidamente y se manejaba a la perfección por las calles de una ciudad que yo apenas pisé una sola vez. Henry había hecho la mejor de las elecciones al pedirle que fuera mi guardaespaldas y me sentí más que aliviada. Cuando llegamos al hotel, le pedí a Mike que me dejara sola. Ya en mi cuarto iba a dejar el celular en la mesita de luz para leer un rato, empezó a sonar el teléfono. Atendí, era Tony.

—Estamos en París —dije muy contenta por escuchar una voz amiga—
Recién llegamos al hotel. ¿Y Henry?

—Está durmiendo.

—¿A esta hora? Me pareció escuchar cuando estábamos en Fez, que tenía una agenda repleta de compromisos.

—Se levantó enfermo y cancelé toda su agenda de hoy.

—Uy, pobre. Después le mandaré un *whats* para saber cómo sigue.

—Seguro que te mensajeará él cuando despierte, Adrianilla.

—Tengo ganas de hablar con él, pero más de verlo —dije tirándome en la cama con el celular pegado a la oreja.

—Quedará encantado con la noticia que estás en París, queridísima.
¡Mientras disfruta de tu primer día en París!

Henry apareció en el living en bata de dormir y con su clásica cara de pocos amigos.

—Mi señor, no era necesario que se levante. Iba a indicarle a una de las mucamas que le alcance un vaso de agua junto con un analgésico.

—Estoy aburrido de estar en la cama y tengo un dolor de cabeza que me está matando. Dame alguna buena noticia, que para las malas ya habrá tiempo, querido Tony.

—Estaba esperando que se levante porque tengo una noticia para usted, mi señor.

—Si es sobre mi padre, prefiero que te ahorres la saliva.

—Se trata de Adriana. Ella está en París.

—¿Mi *caríssima* en París?—pese a la migraña, sonrió— Si por mí fuera, la traería aquí. Pero por cómo están las cosas con mi padre, mejor sería esperar un poco.

—Mi señor, permítame expresar una humilde opinión: las cosas con su padre se arreglarán. Estoy seguro que su padre en cuanto conozca a Adriana la adorará.

—Yo no soy tan optimista, mi padre es muy terco, además de prejuicioso. Pero yo no me quedaré de brazos cruzados y no permitiré que ofenda a Adrienne de ninguna manera. Ahora prepararé todo para reunirme con ella.

—Alteza, trátame de atrevido y metido si quiere, pero usted sabe muy bien que el horno no está para bollos.

—Tony, me importa una mierda.

—Era lo que me esperaba. Ordenaré que preparen sus cosas para que parta enseguida a París.

—Te sientes atraída, ¿por tu chofer?—preguntó Carol de nuevo por si no había escuchado bien.

—Sí, no sé qué es lo que me está pasando— contestó Chelsy pensando que era el fin de su vida.

—Lo que te pasó fue que Henry no te presta atención y no estuviste con nadie más. Además tu chofer es muy guapo.

—Sí, es apuesto y muy amable, y eso que lo trato como un perro.

Carol la miró con curiosidad, Chelsy no paraba de comer. Tenía un ataque

de ansiedad extremo.

—Pareciera que de golpe te quedaste muda y no cesas de mirarme.

—Te veo muy nerviosa, eso es todo.

—Es que estoy nerviosa, tonta. ¿Te parecería descabellado que tuviera una *affaire* con Byron?

—En absoluto, pero siempre dijiste que nunca te fijarías en un sirviente o un hombre que esté por debajo de tu status. ¿O no? Aunque yo sí me fijaría en Byron. Si no te das prisa, te lo quitaré yo.

—Ni se te ocurra.

—Chel, era una broma.

—Lo que dijiste fue de muy mal gusto. Está loco por mí, así que es mío.

Caprichosa como pocas, Chelsy estaba convencida de que tanto personas como objetos, eran iguales y podían pertenecerle cuando quisiera.

A la mañana siguiente de mi llegada a París unos golpes en la puerta me despertaron.

Sin haber abierto más que una mínima parte de los ojos, me levanté de la cama y al llegar a la entrada de mi habitación, pregunté recordando lo poco que sabía de francés:

—*¿Qui l'est?*

—*Le garçon, mademoiselle.*

Confusa, me estiré un mechón del flequillo. Mis conocimientos de francés eran nulos y además estaba dormida.

—*¿Vous parlez anglais?*— indagué al tiempo que iba poniéndome nerviosa. ¿Y si era un periodista camuflado?

Apenas llegué al hotel, rogué en recepción que nadie supiera que me alojaba en ese lugar. Pero siempre había grietas en todo, la prensa averiguaba

hasta lo más oculto. Mierda y más mierda.

—*Mademoiselle, je suis désolé, ne parlez pas anglais.*

Decidí abrir la puerta con la peor cara del mundo. Si el sujeto en cuestión resultaba ser un *paparazzi*, Mike se encargaría de él con todo gusto.

—*Très bien!* —exclamé muy ácida. Y abrí la puerta de un solo ademán.

—Adrienne— era Henry con la bandeja de desayuno, Mike lo secundaba. Empecé a reírme como una loca. Él tendió la bandeja a Mike y me abrazó con cariño.

Henry se quedó tres o cuatro días a mi lado, pese a encontrarnos casi reclusos en el hotel la pasábamos bien, charlando y hablando de nuestro amor. No respondió las llamadas de nadie, ni los *whats* de su hermano ni los de Tony. Deseaba olvidarse el destino que tenían diseñado para él desde la cuna e hicimos de cuenta que nos encontrábamos en una isla desierta, sin familia, ni *paparazzi* u obligaciones. Pero el casamiento de Louis se acercaba, y con ello el momento de enfrentar la situación.

Una noche sonó su celular. Refunfuñé de malhumor pero detuve a Henry antes de que apagara su teléfono.

—Desde que llegaste acá no respondiste un solo llamado. Atendé, por favor.

Henry insultó por lo bajo pero me hizo caso. Puse el celular en altavoz.

—¿Louis? Es tarde. ¿Qué pasa?

—Si respondieras mis *whats*, o siquiera te tomaras la molestia de leerlos, no te llamaría. Escucha con atención: intenté hablar con padre sobre Adrienne, pero ni siquiera quiere que se pronuncie su nombre. Lo peor es que se está desquitando con tu asistente, quiere despedirlo.

—¿Qué? —gritó Henry.

Me dolió el alma cuando escuché todo lo que Louis estaba contando, pero

era mejor saber la verdad por más dura que fuera. Henry debía volver cuanto antes a Londres. Una tormenta estaba sobre tu nuestra relación y amenazaba con arrasar con todo a su alrededor, hasta volar al pobre Tony que nada tenía que ver con nosotros dos. Louis pareció adivinar mis pensamientos, porque agregó:

—No es mi intención molestarte, pero te sugiero que vuelvas lo antes posible. O no te encontrarás con Tony a tu regreso. Padre es muy determinado, y cuando se le mete algo en la cabeza, no hay quien se lo quite.

Miré a mi novio, y por su expresión adiviné que era capaz de quedarse conmigo tan sólo por desafiar a su padre. Pero me solidaricé con Tony, era mi amigo y jamás me quedaría tranquila si lo echaban de su trabajo por mi culpa. Le rogué con la mirada que volviera a Londres, que no desafiara más a su padre.

—Está bien. En un par de horas salgo para allá— dijo a Louis y cortó.

Nos aferramos en un apretado abrazo. Todo era cada vez más difícil. ¿Cuánto tardaría la bomba en explotar?

Preocupada por el giro que tomaron los acontecimientos, Amy fue a visitar a Tony.

—Querido Tony, No quiero que pienses que estoy de acuerdo con esta espantosa situación. Vine a visitarte para demostrarme mi apoyo y cariño— dijo la novia de Louis abrazándolo con sentimiento.

—Gracias, mi reina. Tengo un profesionalismo intachable, y mi trabajo lo cumplo a rajatabla. ¿Y cómo quiere pagarme, su alteza real, el príncipe Edward? Echándome a la calle como a un perro pulguiento. Estoy desolado, querida Amy.

—Tranquilo, Henry no lo permitirá.

—Mi señor está haciendo las cosas bien, además ama a Adrienne con locura. Si el príncipe Edward fuera un poco menos intransigente me daría tiempo a demostrarle que Adriana es perfecta para mi señor. Le hacen falta unas clases de protocolo, pero es un diamante en bruto.

—Lo sé, tienes un ojo crítico para la gente y confío ciegamente en ti. Y a propósito de eso quería preguntarte algo: ¿Estarías dispuesto a arriesgar tu trabajo?

—Mi reina, mi trabajo ya está en riesgo. Y a tal punto que no me haría nada mal mirar avisos de trabajo.

—No seas tonto. Henry nunca permitirá que dejes de trabajar para él. Pero hablo de Adrienne, porque se me ocurrió una idea. ¿Me ayudarías?

—Por supuesto.

La partida de Henry me dejó devastada. Era increíble como todo se estaba complicando: Edward no quería verme ni en pinturitas y Tony con un pie fuera de su trabajo. No me gustaba para nada provocar ese tipo de tempestades, pero a la vez tampoco era culpa mía. ¿Cuál era mi responsabilidad, enamorarme de un príncipe? ¿No nacer con sangre azul, ser latina además de malhablada? Apagué el celular y no quise hablar con nadie, me negué a que alguien supiera de mí y después de un día y medio, Mike empezó a preocuparse. Ni me molesté en decirle que ni se apareciera por mi suite, que pensara que estaba durmiendo o lo que fuera.

Mike utilizó la llave de emergencia y entró a mi habitación. Me encontró acurrucada en un rincón mirando la nada y se acuclilló a mi lado.

—Estaba muy preocupado por usted. No puede pasarse más de un día sin comer nada, si se enferma tendré que vérmelas con el príncipe. ¿Y si salimos a dar una vuelta? Le hará bien tomar un poco de aire, y París es una ciudad

preciosa.

—Tenés razón, no gano nada con hacer un ayuno. Tal vez dando una vuelta me den ganas de comer. Debo tener un aspecto espantoso, ¿no?

—La señorita parece una flor marchita.

—Acepto lo de la flor, pero no lo de marchita. No sé si fue un cumplido a medias o un insulto.

—No me malinterprete. Quise decir que usted es una flor, por lo linda—titubeó muy nervioso y lleno de vergüenza.

CAPÍTULO 23

Salí con mi guardián a caminar por la *Faubourg-Saint-Honoré*. En ese momento la media tarde en París se encontraba en su momento más fantástico del día.

—¿La señorita piensa adquirir algún bonito vestido o traje para realzar aún más su belleza?— dijo Mike en una pregunta halagadora, quizás para resarcirse por su anterior ácido comentario, comparándome con una flor marchita.

—La señorita por el momento no puede darse esos lujos, Mike. Es más pobre que una rata.

—De eso no se preocupe. Su alteza real se molestará mucho conmigo si no llegara a comprarse siquiera un pañuelo de seda.

—Su alteza real no decide por mí. Pero estoy cansada de caminar, vamos entonces a “regalarnos” con una copa de vino en algún restó, Mike. Me duelen los pies de tanto andar.

Nos trasladamos hasta un bar de cócteles a tomar un *Apéritif*: vino blanco acompañado con encurtidos, frutos secos y aceitunas, mientras observábamos de cerca el comienzo de la noche parisina. Cuando vimos un lujoso automóvil detenerse frente al bistró donde decidimos tomar nuestro aperitivo. Se ve que mi quijada estaba bien sujeta a mi cara, porque no se desprendió ni cayó al piso cuando vi que de ese auto de lujo quién bajaba de era Tony junto a una mujer que llevaba un pañuelo en la cabeza y unos anteojos de sol muy oscuros. Entraron al bar.

—Tony— dije muy emocionada abrazando a mi amigo.

—Adrianilla de mi alma, todo estará bien. Tranquila.

Tony pidió a un camarero que nos llevara a una mesa apartada de las ventanas. Cuando nos ubicamos en un rincón apartado, le hablé a aquella

mujer que no conocía mientras pasaba un pañuelito de papel por mis ojos húmedos.

—Te pido disculpas por la cara que tengo, pero no estoy pasando un buen momento.

La joven se desprendió del pañuelo que le tapaba el pelo y se sacó los lentes de sol. Tenía una cara preciosa y unos grandes ojos color del cielo, lo que más me conmovió es que me miró con cariño. Tony saltó de su silla para presentarnos:

—Adriana, te presento a Amy Marshall- Sullivan, prometida del príncipe Louis y futura reina de Inglaterra.

Intenté hacer una humilde reverencia, pero Amy me lo impidió.

—No quiero que hagas eso—me tomó de las manos para tomar asiento de nuevo. Avergonzada, bajé la mirada—A ver, quiero ver tus ojos. ¡Qué bonita es, Tony!—dijo a mi amigo.

—Lo mismo digo de ti— dije con sinceridad. Amy me parecía una beldad.

—Ya me aburrieron de tantas flores que se tiraron mutuamente—dijo Tony haciéndonos soltar una carcajada— Pidamos algo para tomar que estoy sediento. ¡*Mozo!*

—Adriane, vine para decirte en persona que estoy de tu parte—comentó la novia de Louis con la voz cargada de dulzura—No estoy de acuerdo en absoluto con la actitud de Edward. Pero no desesperes, la situación mejorará, y si está mis manos, colaboraré para que sea lo más rápido posible.

—Ojalá, porque la verdad estoy muy triste.

—Amy insistió en conocerte y brindarte todo su apoyo. Fue idea de ella.

Se notaba que Amy quería tanto a Tony como yo. Se tomaron de la mano con el cariño de dos amigos de años.

—Muchas gracias, siempre valoraré tu gesto, Amy.

—Todo esto es muy injusto. Pero esta situación mejorará.

Quise creer en las palabras de la novia de Louis, pero aun así seguí amargada por estar lejos de Henry. Después de la boda de su hermano, él partiría a Afganistán. ¡Necesitaba tanto pasar ese tiempo a solas con él! Ahora todo era más complejo. Y para colmo de males: ¿Quién estaba en Londres esperando mi caída? Chelsy, la *maldita* señorita Barbie. Adivinando mis pensamientos, Amy exclamó:

—Adrienne, me temo que Chelsy estará presente en mi boda.

—Con sólo pensar que tengo que volver a verle la cara, me dan náuseas, mi reina—dijo Tony dirigiéndose a Amy— además, ¿qué le diré a Martina de Holanda cuando vea que Adriana no está junto a Henry?

—Tony, ¿le hablaste a Martina de Holanda sobre mí?— pregunté con asombro.

—No veo la hora de presentarlas, ella quiere conocerte —al ver mi cara larga me consoló—Basta de caras largas. No faltará oportunidad de que se conozcan en persona. No quiero que llores de nuevo, ¿después como haremos para ocultar las líneas de expresión? Habrá que usar Botox.

—Ni se te ocurra, por el momento me abstengo de eso— protesté, Amy lanzó una carcajada.

Tony recibió un mensaje y después de responder, dijo:

—Amy, debemos irnos ya. Me mandó un *whats* tu asistente, en tres horas son las pruebas de tu vestido de novia.

—Lo siento —se disculpó Amy— me encantaría quedarme, pero más adelante pasaremos horas enteras charlando. ¡Hay tantas cosas que quiero saber de tu vida! Sobre todo—esbozó una sonrisa— Como lograste el milagro para que Henry cambie tanto y se lo vea tan enamorado.

—Tenemos mucho de que hablar —dije también sonriendo y la abracé con sentimiento.

—Hasta pronto, Adrienne.

—¡Ánimos! —me pidió Tony también abrazándome— Muy, pero muy pronto, nos veremos en Inglaterra para más clases de protocolo. Y esta vez me mostraré implacable —me señaló con su abanico— así que toma esta estadia en París como si fueran tus últimas vacaciones.

Amy volvió a esconder la cabellera bajo el enorme pañuelo que antes llevaba puesto y se puso los anteojos de sol. Subieron al automóvil y partieron en dirección al aeropuerto. ¿Alguien se daría cuenta de su identidad?

Chelsy reflexionaba sobre su inexistente vida sexual. Sentada en una reposer del jardín y disfrutando de la ligera brisa que le desordenaba los rizos rubios mientras la noche avanzaba, ignoró la reverencia que le dedicó el mayordomo al dejar en la mesa el cóctel que había pedido. Despidió al hombre como siempre, con un movimiento de mano para que se fuera rápido porque le molestaba su presencia. Se concentró en algo que le preocupaba mucho: ¿Qué debía hacer, insinuarse con Byron? Descubrió que le encantaban esos ojos grandes y oscuros, la belleza de sus rasgos, la piel naturalmente bronceada, la blancura de los dientes, la elegancia de sus movimientos y la suavidad de sus manos. Un escalofrío le recorrió la piel. ¿Por qué no? Podía permitirse la licencia de pasar un buen rato con él. Debía tenerlo pronto en su cama. Contenta de su decisión, volvió a su cuarto.

—¿Dónde está Byron?— preguntó a una de las mucamas.

La chica, que tenía los brazos cargados con toallas limpias, además que temía a Chelsy más que al diablo, negó con la cabeza baja. Era incapaz de mirarla a los ojos.

—¿Y entonces por qué te quedas ahí parada sin hacer nada como una tonta? Quiero que Byron venga ahora mismo. ¿Entendido? ¡Dije ya mismo,

rápido!

La muchacha inclinó la cabeza y bajó a la cocina a la carrera, rezando para encontrar pronto a Byron, no quería que la señorita descargara toda su furia en ella.

El chofer llegó corriendo.

—Discúlpeme usted, no pensé que la señorita quisiera salir ahora— dijo apartando la mirada del diminuto camisón de Chelsy y su transparente salto de cama.

Chelsy le dedicó una sonrisa seductora mientras se cruzaba de brazos para realzar el escote.

—No quiero salir ahora, pero mañana bien temprano quiero que me lleves a la *maison* de Emile. Los preparativos del vestido para la boda del príncipe Louis, no lo olvides, Byron.

—No lo olvidaré, señorita. ¿Desea algo más?

—Tantas cosas deseo...

—¿Cómo?

—Nada, no quiero nada. Fuera de mi habitación que quiero descansar—así era el carácter de Chelsy. Explotaba por cualquier cosa.

—Hasta mañana, señorita. Qué tenga usted un buen descanso.

—Sí, hasta mañana, fuera de aquí, Rápido. —El chofer cerró la puerta y Chelsy arrojó un alhajero contra la puerta— ¡Quiero que duermas conmigo, estúpido!

El día anterior a la boda, Amy recibió un tosco paquete en su casa. ¿Quién osaba molestarla durante las pruebas de peinado? Cuando una chica de servicio se lo llevó a su cuarto, no entendió el motivo de aquel extraño regalo.

—¿Qué esto, Charlene? ¿Un obsequio de qué índole?— preguntó mirando la mucama y luego a Xavier, el amigo de Tony, ahora transformando en su coiffeur personal. Mientras él le nutría el cabello con un baño de crema, ella se limitó a dar vueltas el paquetito una y otra vez en sus manos.

—Mi reina, ¿no será peligroso? —dijo Xavier después de terminar su trabajo y envolverle la cabeza con una toalla.

—Xavier, por favor, ¿acaso deberé llamar a la policía para que lo abra en mi nombre?—carcajeó Amy mientras deshacía el nudo del misterioso obsequio.

El coiffeur decidió no opinar más. ¿Qué tal si era un humilde presente de algún fiel admirador de la futura esposa de su alteza real? Podía ser factible, la gente adoraba a Amy.

Una vez sacado el papel que envolvía el paquete, y abrirlo, Amy frunció el ceño. Gran sorpresa y decepción a la vez tuvo cuando se encontró con un pedazo de trapo blanco en el interior de aquella cajita. ¿Eso que significaba? Era una tela tosca, sin adornos y de un feo tono claro al borde de lo amarillento.

—¿Esto es una broma? —dudó en voz alta. Xavier tomó la nota que descansaba en el fondo de la caja del presente y leyó:

“Querida futura reina: como cualquier novia próxima a casarse, deberá recibir para los buenos augurios, algo azul, algo nuevo y algo viejo. Este obsequio entra en la categoría de lo último. Tu sincero admirador.

XXXXX”

—¡Qué horror!— protestó la bella prometida dándole vueltas al trapo, a ver si por lo menos lograba adivinar la intención de ese tonto regalo, que de por sí, también era horrible.

—¡Mi reina! El mensaje sigue en el reverso. ¿Lo leo?— preguntó Xavier.

—Claro, ¿qué dice?

—Ejem— dijo el amigo de Tony, primero carraspeando para aclararse la garganta:

“Hermosa princesa de cuentos de hadas: Como ha de ser algo viejo lo que manda la costumbre, elegí un trapo que amortajó a mi bisabuela, tuve la suerte de que este mismo año abrieran su cripta...”

—¡Ahhhhhh!— chilló una aterrorizada Amy tirando el trapo bien lejos y pasando las manos con desesperación sobre el salto de cama que la cubría para limpiarse las manos.

—¡Ahhhhhh!— la secundó Xavier abrazándola, más muerto de miedo que ella.

Un auto se encontraba estacionado en la esquina de aquella casa, y sus ocupantes escucharon el carnaval de gritos que salían desde el domicilio de la prometida de Louis.

Desde el interior del automóvil, Chelsy arrojó la cabeza hacia atrás mientras lanzaba una carcajada. Esa era la clase de reacción que esperaba de Amy. Con lo ignorante que era, seguro se volvería loca pensando que el trapo que recibió sería un mal presagio para su boda.

Byron se asomó para mirarla desde su asiento de conductor.

—Señorita, ¿qué estamos esperando?

La Owen-Keller se limpió las pestañas húmedas de tanto reírse.

—Ya sucedió lo que esperaba, Byron. Ahora podemos irnos.

Gran acontecimiento el de la boda del futuro rey y de su novia, aquella hermosa plebeya que se ganó el corazón de sus súbditos. Ya desde muy temprano, la gente se apelotonaba en las inmediaciones del palacio y de la abadía de Westminster, para ver pasar aunque sea a varios metros, a la pareja

real.

Amy estaba muy nerviosa, obligada por sus padres, logró apenas tomar una taza de té y unas pocas galletas a lo largo del día.

Llegaron a las inmediaciones de la Abadía en medio de los gritos del público que se encontraba en las inmediaciones del lugar. James bajó el velo sobre el rostro de su hija.

—Vamos, querida. Llegó el momento— dijo abriendo la puerta del auto.

Amy llegó a la Abadía, subió las escalinatas del brazo de su padre también acompañada por su hermana Patricia, su madrina de bodas, quién sostenía la cola del vestido. El vestido de novia era espectacular, una cola de varios metros de tela blanca rozaba los escalones a medida que subía en dirección al recinto sagrado, y un fino velo de seda enmarcaba su rostro de ángel. Siempre sonriente, Amy saludó a la multitud que se encontraba reunida en las inmediaciones del lugar. El arzobispo la seguía de cerca, quien luego se encargaría de unirla en matrimonio con su amado, el príncipe Louis.

Al entrar a la abadía, dónde se encontraban contemplando su paso, todas las cabezas coronadas de Europa y los selectos invitados, fijaron su mirada en ella. Prosiguió su camino hacia el altar en dirección a la nave del lugar, entre las tumbas de los monarcas más gloriosos de Inglaterra, entre ellos la del Rey Jorge V y la Reina Mary, abuelos de la actual reina.

Los más íntimos de los novios, se transportaron por unas horas al esplendor de la época del Rey Arturo, cuando ocuparon los sitios de la Orden de la Jarretera. Cada sitio poseía una placa de metal, que llevaba el escudo de armas de un caballero, y arriba, bajo un magnífico techo abovedado, pendían los estandartes llenos del color de los caballeros, que reflejaban la ventana.

Concluida la ceremonia, el flamante matrimonio abandonó la abadía atravesando el largo pasillo que llevaba a la puerta. Previo a ello, hicieron el

reverencial y protocolar saludo a la Reina; quién se mostró en todo momento feliz por la boda. A la salida de la abadía, los jóvenes esposos se subieron a un landó de las caballerizas reales, tras ser despedidos por sus familiares al pie de la escalinata y recorrieron las calles entre los aplausos y las felicitaciones del público.

El landó dio dos grandes vueltas antes de dirigirse al castillo de la reina, dónde tendría lugar el saludo desde el balcón principal y el beso de los novios.

—Alteza, ya sé que no debería meterme, pero...—dijo un Tony muy elegante a su señor, mientras bajaban las escalinatas de la capilla.

—¿Qué?— preguntó Henry.

—*Los paparazzi* inundan Londres, y usted tiene muy mala cara.

—Nací con esta cara, y si no les gusta, que ni me miren.

—¿Henry?— oyeron que dijo una vez.

Tony la miró como si contemplara a Lucifer en persona. Chelsy se presentó ante ellos con su vestido índigo; los zapatos, la cartera y el sombrero haciendo juego.

—Ah, Chelsy. ¿Qué tal?— saludó Henry sin cambiar de expresión.

—Chelsy, qué regocijo contemplar tu radiante belleza— comentó Tony mirándola de pies a cabeza— Pero ahora no tenemos tiempo de hablar. Vámonos, alteza.

—¿Qué preciosa la boda de tu hermano!— exclamó la rubia a Henry con fingida alegría— Hasta me dan ganas de pasar por ese momento ahora mismo. ¿No?— y se apartó un mechón de pelo de la cara.

—Chelsy adorada, no todos piensan en casarse, mi querida— contestó Tony ubicándose en medio de ellos dos para que la prensa no confundiera una inocente charla con reconciliación, aunque viniendo de la Owen-Keller, nada era inocente o casual.

Ella le tenía mucho odio al asistente de su ex novio, pero decidió guardar sus ansias de venganza para después.

—Es cierto —y unió las manos enguantadas en el pecho— ¡Aunque es tan romántico!—miró en dirección a la calle— ¡Pero qué contrariedad! Creo que mis padres se fueron en dirección al palacio y se olvidaron de mí. Hen, ¿podría ir con ustedes?

Antes de que el príncipe respondiera, Tony negó con la cabeza y la señaló con el abanico.

—Lamento decirte que no, mi querida. No hay lugar —exclamó Pacheco y luego abrió los brazos en un gesto de impotencia, mientras pensaba—: “Esta vez perdiste, ridícula. En otra vida, tal vez si eres buena, y hay un nuevo reparto de príncipes, te toque uno en suerte para casarte.”

“Plumífera apestosa, te sacaré una por una las plumas, pero con una tenaza. Después te meteré al horno y te serviré en la mesa como a un pavo de navidad”, le respondió Chelsy con el pensamiento e hizo un mohín de tristeza, para dirigirse en tono melancólico a Henry—: ¿No podríamos hablar en el camino? ¿Vas a trasladarte en el mismo landó que tu padre?

—Tengo otro landó, no iré con mi padre —masculló Henry muy molesto.

“¡No! No sea ingenuo señor. No la lleve. ¡No!” pensó, rezó e imploró Tony mientras estrujaba el abanico con impaciencia.

—Me trasladaré en el mismo landó que mis primas, podemos ir juntos a palacio—concluyó el príncipe con indiferencia.

Tony no pudo evitar un salto de furia al verla sonreír de costado, mientras ella se dirigía junto a Henry al landó que los aguardaba.

Desesperado como estaba, el asistente vio salir de la abadía a un apurado Xavier, que corría en dirección a la calle, acompañado por dos de sus más fieles asistentes.

—¡*Chiss*, bajito!

—¡Tony! ¿Qué haces acá? Te hacía ya en el palacio de la reina.

—¿Ya te vas para allá?

—Tengo que seguir muy de cerca a Amy, no quiero que por nada del mundo su peinado se arruine, ¡estoy llegando con demora porque quise quedarme a contemplar la ceremonia completa y me retrasé!— exclamó el diminuto peluquero con impaciencia y luego adoptó una expresión soñadora — ¡Pero qué linda boda!

—¿Podrías llevarme? No tengo transporte— suplicó Tony.

—Iremos muy justos en el auto, va también la maquilladora, y es casi imposible llegar por la cantidad de gente que se encuentra en la calle. ¡Las inmediaciones de la abadía y del palacio estallan de tanta multitud!

—Entonces vámonos de una bendita vez. Rápido, porque si dejo solo más de la cuenta a Henry, esa bruja terminará engatusándolo de nuevo. Debe tener un plan secreto entre manos.

—¿*Secret*? ¿Cómo el tema de *Madonna*?— dudó el peluquero con una sonrisa.

Los dos se abrazaron para entonar el estribillo del tema. La gente los miraba con mucha curiosidad.

*“Something’s comin’ over, mmm,
shomething’s comin’ over, mmm.
Shomething’s comin’ over me,
My baby’s got a secret...”*

—¡Yo quiero ser como Madonna!— exclamó Xavier con énfasis pegando saltitos.

—Idiota, hiciste que me distraiga cantando mientras esa cobra de color índigo intenta devorarse a mi señor. ¡Vámonos de una vez, *Madonna*!— lo reprendió Tony pegándole con el abanico en el brazo y se subieron casi a

presión al auto para dirigirse al palacio.

Residencia oficial de los soberanos durante más de ochocientos años, el castillo de la reina, fue acondicionado especialmente para recibir a los exclusivos invitados al brindis real junto a pareja de los recién casados luego del tradicional beso de la pareja en el balcón.

Con la excusa de ir a uno de las toilettes, Chelsy se escudó en uno de los salones más ocultos del palacio, sacó el teléfono celular e hizo una llamada:

—¿Tienen todo preparado? —habló en voz baja mientras no sacaba la mirada de los alrededores.

Del otro lado, la misteriosa voz asintió con un monosílabo.

—¡Perfecto! —Contestó ella con una sonrisa— ¡No quiero equivocaciones! ¿Me oíste bien? Si todo sale bien —la boca se le ensanchó de gozo, al sentir tan cerca su triunfo— Recibirás el *doble* del pago que acordamos.

—Ahora debo colgar. ¡A la hora señalada, ni un minuto más, ni un minuto menos!

—Chelsy, tu lugar es al lado de Henry—dijo su padre.

—Sí, papá, ahora mismo voy. Estaba llamando a Carol, no la veía por ningún lado.

“¿Dónde está esa bruja?”, se preguntó Tony mientras buscaba a Chelsy con la mirada y no tardó en amargarse cuando la vio llegar del brazo de su padre, Andrew Owen-Keller, conde de Brighton. “Que horrible vestido, tanto el color como su forma, y ni hablar del sombrero que luce en la cabeza, casi podría competir en altura con el *Big Ben*”.

El asistente confiaba que nada empeorara la delicada situación de Adriana, lamentando sola su destierro en París.

Los *paparazzi* no me dejaban en paz; y opté por el encierro: era desesperante saber que una no era dueña de salir cuando quisiera, y con el casamiento de Louis de por medio celebrándose en Londres, más de un periodista no querría perderse la jugosa toma de la excluida Adriana Mora, alias la Famosa Desterrada de la boda real.

Mandé a Mike por cigarrillos y varios libros, no podía pasar todo el santo día metida en el hotel, sin la compañía de mi fiel tabaco y algo para leer, pero ni así podía con mis nervios. Sobre todo, detestaba que Mike me ganara en las partidas de cartas, encima que el pobre se ofrecía para entretenerme un poco.

—Los *paparazzi* me vuelven loca, ¡no quiero entrevistas! Ni por teléfono, ni por *mail*, ¡ni por ósmosis!

—Por supuesto. En el hotel ya tienen orden de no pasar llamadas ni dejar entrar a nadie, a excepción de su alteza real— dijo mi guardaespaldas.

Me quedé callada y Mike entendió que no quería jugar las cartas, ni mucho menos hablar. Ya sola, apagué mi celular. La prensa hasta era capaz de conseguir mi número privado. Por el momento no quería que nadie me moleste. Me tendí de nuevo en la cama para empezar uno de los libros que Mike compró para mí y me enfrasqué de lleno en la lectura.

Martina hizo su aparición en el recinto, tan alta y glamorosa como era. Una diadema de brillantes coronaba su peinado; lucía unos pendientes a juego y un vestido de tono naranja pálido, color que simbolizaba a la casa

Real de Orange. Se acercó hacia Tony, en compañía de su marido, su alteza real el rey Hans.

—¡Tony!— exclamó la reina y dejando de lado todo tipo de protocolo, se saludaron con dos besos en cada mejilla.

—No, mi reina. Mejor así— le susurró Tony al oído y se cruzó en una magnífica reverencia.

—No era necesario, mi querido. ¿Dónde está mi compatriota? Quiero verla YA— exigió en español sin soltar las manos del asistente de Henry, quien con un solo gesto, le hizo saber que Adriana no se encontraba entre los invitados de la boda.

El rey Hans no entendió una sola palabra, pero intuyó que esa conversación no le concernía en absoluto.

—Saludaré al novio, con permiso— dijo sin dejar nunca de sonreír.

—Yo que quería conocerla hoy mismo, ¿y quién es esa rubia que no deja a Henry ni a sol ni a sombra?— preguntó Martina a Tony.

—Ese es el otro problema, queridísima.

—Siendo tan astuto, ¿cómo no pudiste hacer nada para impedir que ella le estuviera tan cerca?

—¡Ojalá pudiera, mi reina! Cada intento que hago, ella da vuelta la situación de manera que pueda volcarse a su favor. Además Henry no me ayuda en absoluto, ¡pareciera que no se percata de que esa mujer quiere envolverlo en sus intrigas! Todo se irá al precipicio, tengo un mal presentimiento.

—No quiero ofenderte, pero ojalá que esta vez te equivoques.

Chelsy miró su reloj, era hora de actuar. Después del brindis los novios se retirarían del palacio en dirección al aeropuerto para comenzar su luna de

miel de diez días en Nueva Zelanda. El brindis. Ése era el objetivo de Chelsy.

Se dirigió a uno de los camareros y eligió dos copas de champagne. Con frialdad de movimientos, se alejó a un costado y apoyó las copas en una mesita. Sin perder un segundo, sacó de la cartera un frasquito de vidrio y vació su contenido en una de las copas de cristal. Con una cuchara de metal, revolvió el líquido para disimularlo con el champagne. Quien se lo había vendido, le aseguró que no tenía sabor, y no había peligro de que su víctima reconociera que la bebida tenía otro gusto. Aquel elixir, no era más que un poderoso somnífero, y Chelsy al vaciar su contenido en la copa, tumbaría a la víctima, sumergiéndola en un profundo sueño. El efecto de cansancio comenzaría en unos minutos, y el receptor de aquel trago, caería desmayado durante varias horas.

“Con eso basta y sobra”, pensó Chelsy, guardando el frasquito vacío en la cartera y se dirigió con las dos copas directo a su presa.

—Para brindar por tu próxima reconciliación con Adrienne, querido— le dijo muy sonriente.

—No quiero más champagne. Te agradezco, Chelsy —se negó Henry muy serio. Al día siguiente planeaba partir a París y refugiarse en los brazos de Adriana.

—Será sólo un brindis.

Henry tomó la copa de su mano y sonrió un poquito.

—¿Cuál es el motivo de este extraño brindis?

—Brindaremos por tu felicidad.

—Me conmueve tu gesto. ¿Deberé darte las gracias? En fin, gracias, Chelsy.

—Y por mi felicidad, por supuesto— tomó solo un sorbo de la copa.

Henry en cambio apuró la suya hasta casi vaciarla.

“Qué bien, estúpido. Fue mucho más fácil de lo creí.”

—Chelsy, ¿hay algo que quieras contarme? Te veo muy feliz.

—En realidad estoy como siempre. Al hacer un poco de memoria te darás cuenta que tengo el carácter de un ángel.

El príncipe tomó una actitud reflexiva mientras se rascaba la frente.

—A ver: lo que me viene a la memoria es, que cuando éramos novios, cierta vez amenazaste con darme una estocada en el corazón, usando una de las espadas que pertenecieron a la orden del Rey Arturo que son propiedad de tu padre. Fue porque tardé *quince minutos* en llegar a tu casa.

—Hen querido, ¡Estaba jugando, si éramos tan niños en esa época!

“¡Te voy a matar, idiota! ¿Qué estuviste haciendo para llegar tan tarde?” Eso me dijiste, tu padre y el mayordomo tuvieron que sostenerte para que no me atravesaras de lado a lado con esa espada de hierro. Y te pusiste a llorar, porque al empuñar la espada, se te rompió una uña—dijo Henry sonriendo.

—Es que se ama o no se ama, Henry— Chelsy unió las manos sobre el pecho y dijo en tono efusivo, porque no también con cierto matiz de obsesión.

Henry enarcó una ceja y sin pensarlo dos veces bebió el resto del champagne.

—Los novios ya se van, Hen. ¿Podemos esperarlos afuera, no?— comentó Chelsy con los ojos brillantes, pidiéndole en una muda súplica que la acompañara del brazo.

—Louis, ¿qué hace esa mujer al lado de Henry?— le susurró Amy a su marido.

—Amor mío, no es asunto nuestro, por favor.

La mirada de Amy se encontró con los ojos de Chelsy, quien dejó de lado todo tipo de sutilezas y le sonrió con ironía, mostrando por fin cuál era su

verdadera cara. La futura reina no se dejó amedrentar y literalmente, la enterró con la mirada.

Se despidieron de los invitados y fueron corriendo en dirección a una de las habitaciones del palacio, para mudarse de ropa y tomar el avión que los iba a trasladar a Nueva Zelanda, su próximo y primer destino de amor como marido y mujer.

Cuando la pareja se dirigió al aeropuerto, los invitados comenzaron a dispersarse: los más importantes se quedaron en palacio (entre ellos se encontraban Martina y el rey Hans), y otros partieron en dirección a diversos palacios y hoteles cinco estrellas de los alrededores.

A Henry empezó a darle vueltas la cabeza, y no podía dejar de bostezar. Buscó a alguno de sus guardaespaldas. ¿Y Tony, se habría retirado ya? Imposible, sin duda lo esperaría. Buscó del bolsillo de su elegante uniforme militar, el teléfono, en medio de su enésimo bostezo.

—¿Pasa algo, Hen?— preguntó Chelsy a su oído.

—Me atacó un cansancio repentino —protestó el príncipe bostezando de nuevo—Y además es hora de irme.

Chelsy sonrió con dulzura y le tomó la mano.

—Querido, hubieras empezado por ahí. Yo te llevaré a tu casa.

—Agradezco tu generosidad, pero me iré en mi auto. Conducirá uno de mis guardaespaldas o Tony.

—Me das a entender que te produzco miedo, no voy a morderte. Vamos en mi auto, nos espera el fiel Byron, mi chofer. Y no acepto negativas. Te ves tan cansado y no es justo que esperes a Tony que seguro se habrá ido ya.

—Jamás se va de ningún lado sin mí—volvió a bostezar—Este champagne del demonio me destruyó.

—Ni una palabra más, te llevaré a tu casa— dijo ella y salieron del palacio en dirección a la puerta de entrada.

Henry ya no podía más, y más que caminar a su lado, se apoyaba en el hombro de la rubia. Resoplando por el peso de su ex novio, y con el último aliento disponible que le quedaba, gritó:

—¡Byron!

El chofer salió del auto.

—¿Es su alteza real? ¿Qué le pasó?

—Creo que se siente mal, llévalo, por favor— pidió Chelsy y Byron se hizo cargo de Henry. El príncipe ahora estaba desmayado

—¿Su alteza real tiene residencia en Kensington, señorita?

—No vive ahí, pero no lo llevaremos a su casa, sino a *la mía*.

—Así desmayado como está, quizás hasta lo más aconsejable será dejarlo en el palacio de la reina.

—No te contratamos para que cuestiones mis órdenes. Vamos a mi casa ahora mismo, Byron.

El chofer conocía de sobra el carácter de la señorita, así que se encogió de hombros y puso en marcha el auto. Aquel no era asunto suyo.

Tony llegó corriendo a los límites del palacio. Había visto esa insólita escena desde uno de los balcones y bajó lo más rápido que pudo. Pero cuando logró situarse a la salida, el auto de Chelsy se alejaba. Xavier llegó con él también muy agitado.

—¡Esa maldita bruja se llevó a mi señor, Xav!— exclamó el asistente con ganas de estallar en lágrimas.

—Tony, si de verdad tu señor se fue alegremente con la Owen-Keller y les interrumpes la noche, lo que te espera mañana. En tu lugar esperarías su vuelta todo calladito como si nada hubiera pasado.

—Esperaré a mañana. Mejor no me meto en asuntos que no son míos,

porque después me va peor.

Unos minutos después, Byron sacó a Henry del auto. Sus intentos de despertarlo fueron vanos. Por las dudas buscó su cuello, tratando de tomarle el pulso.

—Byron, ¿qué estás haciendo? Rápido, llévalo a mi habitación— le ladró la Owen-Keller.

El chofer sostuvo uno de los brazos de Henry y con él rodeó su cuello, lo llevó en dirección a la casa y tuvo que soportar su peso hasta el segundo piso de la mansión, donde estaban los aposentos de la señorita.

Cuando llegaron al cuarto, desplomó la humanidad de Henry en la cama de Chelsy. El príncipe ni siquiera se movió.

—¿Adónde vas? Tienes que ayudarme.

—¿Ayudarla a qué, señorita?

—A quitarle la ropa.

—¡Qué!

—Te pagan para que hagas lo que siempre te ordene, Byron.

El chofer inclinó la cabeza con humildad, empezó a cumplir la tarea que Chelsy le ordenó. Empezó por los zapatos, y después que concluyó con su labor tapó a un desmayado Henry con las mantas.

—Muy bien, Byron —aplaudió Chelsy muy contenta.

Byron, absorto en sus pensamientos, se retiró a trote sin siquiera desearle las buenas noches.

Chelsy se inclinó hacia la cama y recorrió el perfil de Henry con su índice. Él ni siquiera se movió.

—Ahora por fin estás dónde yo quiero.

Al día siguiente, uno de los rayos de sol que se colaba por las ventanas, despertaron a Henry. Le costó un segundo darse cuenta de que no estaba en su casa y al intentar levantarse de la cama, salvo ropa interior, no llevaba nada más encima. Por fin su aturdido cerebro tomó conciencia de dónde estaba.

—¡Chelsy! ¡Chelsy!— empezó a gritar mientras buscaba su ropa, que estaba dispersa en una otomana.

La Owen-Keller llegó muy tranquila, como siempre vestida (o más bien desvestida) con su salto de cama transparente y un sugerente camisón de raso. Llevaba una bandeja con un completísimo desayuno.

—Hen, hice preparar un succulento desayuno— sacó una tapa de metal que lo mantenía fresco— Le di indicaciones expresas al cocinero para que prepare todo lo que te gusta.

—¿Te volviste loca? Aún me pregunto cómo hice para llegar a tu casa y a tu cama.

—¿De verdad no recuerdas?— chasqueó la lengua con desdén, mientras meneaba la cabeza— Yo sí me acuerdo, ¡y como podría olvidar semejante noche! Estuviste más apasionado que nunca. Siempre supe que seguías enamorado de mí.

El príncipe la miró con furia.

—No creo en tus mentiras, si no me acuerdo de nada es porque dormí toda la noche. Y me iré ahora mismo.

—Está bien—suspiró Chelsy mirando la bandeja y luego volcando toda su mirada celeste en Henry— Supongo que tendré que disfrutar solita de este desayuno.

Henry terminó de vestirse y muy serio, salió de la habitación, Chelsy lo acompañó. Bajaron las escaleras ante la atónita mirada de las mucamas y el mayordomo de la casa. Todos se limitaron a hacer una reverencia al paso del

príncipe.

Una vez que llegaron a la puerta, Chelsy lo detuvo agarrándolo del brazo.

—Un segundo, por favor.

—¿Y ahora qué quieres?

—Esto— dijo ella besándolo con pasión.

Henry la apartó de un empujón.

—Chelsy, ya no te amo y no pasará nunca más nada entre nosotros. Entiéndelo de una vez—y se fue como un huracán de la puerta de entrada.

La rubia volvió a sus aposentos y empezó a mordisquear una tostada de la bandeja de desayuno menospreciado por Henry. Al minuto recibió un mensaje de voz de *whatsapp* y rió con éxtasis. El mensaje decía:

“Señorita, las tomas del beso salieron a la perfección. Esta misma noche serán distribuidas a todas las revistas del país y del mundo. A la espera del doble de la paga, tal cual lo prometió”.

A lo que ella respondió con rapidez con un mensaje de voz:

“Lo prometido es deuda, te felicito por tu excelente trabajo. Y por favor, no te olvides del detalle de las revistas, que ni bien salgan deberás mandarlas en un sobre cerrado a la dirección que te indiqué.”

Se arrojó boca arriba sobre el lecho a disfrutar sola de su enorme triunfo.

Eran las cinco de la tarde y salí a caminar con Mike, pero esta vez con una idea: comprarme un hermoso vestido para recibir a mi Principito. Aunque no tenía cerca a Tony y a Xavier para que me ayudaran, sabía que si me esmeraba, podía recibirlo igual de hermosa y arreglada. Volví con la bolsa de mi reciente adquisición (¡Qué caro me salió ese capricho!) convencida de que nada podría arruinarme el día.

A eso de las ocho, ya estaba engalanada con mi vestido nuevo. Mike entró

a mi cuarto cargando un arreglo de rosas carmesí, sin leer la tarjeta, sabía de quién podían ser.

—Mi amor —suspiré mientras leía la tarjeta: *“Voy para allá, pero quise homenajearte haciéndote llegar este ramo. Con Amor, Hen.”*

—¡Ay!— suspiré como una tonta, sin avergonzarme ante mi guardaespaldas.

—La señorita es una flor— dijo intentando hacerme un sincero cumplido.

—¿Otra vez con lo de marchita, Mike?

Mike iba a disculparse de nuevo, pero lo interrumpieron unos golpecitos en la puerta.

—Qué suerte tenés, Mike. Justo te salvó la campana.

Mi guardián no se demoró en abrir la puerta. No era Henry, como esperaba yo, sino un botones y llevaba un sobre papel madera en la mano.

—La señorita Mora recibió este sobre— dijo.

—Gracias— contesté confusa, dándole una propina al joven, que se retiró cerrando la puerta.

Muy perpleja, me senté en la cama y abrí el sobre. Y cayeron tres o cuatro revistas inglesas sensacionalistas. Mis ojos se abrieron de par en par al ver las fotos: Henry saliendo de la casa de Chelsy, ellos besándose, tomas de cerca, tomas un poco más alejadas. Los brazos de ella rodeándole el cuello, ¿qué tenía puesto? Un atrevido camisón, por no decir que estaba casi desnuda.

“El príncipe Henry y su ex novia pasaron la noche juntos. Fotos exclusivas”.

Y otra nota decía en grandes letras negras:

“Después de una noche intensa de pasión, el príncipe y su ¿ex? se despidieron acaloradamente en la entrada de la mansión Owen-Keller. ¿Y la novia argentina? Vean con sus propios ojos, pasó a la historia.”

Al tomar la siguiente revista (temblando, presa de un ataque de nervios),

seguí leyendo:

“Adriana Mora, el gran amor reciente del príncipe, acaba de pasar a la historia. ¿Por quién fue desplazada? Nada menos que por la belleza rubia, lady Chelsy Owen-Keller. Adriana, otra vez será. ¡Game Over!”

Además la prensa se burlaba en mi cara. Escuché nuevos golpes en la puerta. Era Henry.

—Hola, amor.

Agarré las revistas y se las tiré en la cara.

—¿Qué te pasa?— repitió con inocencia, como lo había hecho en Alejandría, aquella vez que lo sorprendí hablando con Chelsy, aquella maldita. Ella, siempre ella. Y ahí lo comprendí todo.

—¡Estoy harta de que me humilles!

—¿Qué es esto?— dijo Henry confundido y empezó a mirar las hojas deshechas de las revistas, después dijo algo que me enfureció aún más —: No es lo que piensas.

—¡Qué terrible hijo de puta! ¡Te odio! —empecé a golpearlo con el ramo de flores. Algunas se desprendieron, volando en todas direcciones y dejando un horrible aroma a cementerio. Empujé a Henry fuera de mi habitación y le cerré la puerta en la cara.

Llorando a los gritos me deslicé hacia el piso, abrazándome a mí misma. Nunca me había sentido tan miserable.

—¡Adrienne, tengo que explicarte todo! Debes abrirme la puerta y hablaremos, por favor.

—¡No quiero verte más, te odio!

Con todo ese estruendo, el personal de seguridad del hotel, llegó volando. Intentaron interceder, llevando al posible alborotador a la salida,

“invitándolo” a que se retire por las buenas (o por las malas) del lugar.

Pero Mike se interpuso en su camino.

—No toquen a su alteza real. Prometo hablar con él y detener este barullo.

Los guardias se alejaron, volviendo a la recepción. Pero observaron a los dos con una clara mirada de advertencia: Príncipe o no, si seguía continuando con semejante escándalo, no dudarían en darle un freno al asunto. Esto no tranquilizó a Henry, quien seguía aporreando la puerta de la habitación.

—Adrienne, tenemos que hablar.

—¡Fuera de mi vida, volvé con ella!

—Necesito la oportunidad de un minuto para explicarte todo, lo entenderás.

—¡Te di demasiadas oportunidades, la estúpida que se creía todo lo que decías se murió!

—Señor —dijo Mike a Henry con humildad— La señorita está muy alterada, quizás debería hablar con ella más tarde.

—Tengo que explicarle, mi ex novia armó toda esta puesta en escena.

—Alteza, bajo ningún concepto puedo permitir, aunque sea usted mismo quien me contrató, que insista en ver a la señorita Adriana cuando ella no quiere ni hablar con usted. ¿Me comprende?— bajó la cabeza y tomó aire para proseguir—: A no ser que desee que deje mis servicios, cosa que no creo conveniente. Sin mi presencia, la prensa se lanzará sobre ella sin piedad, los conozco de sobra.

—No quiero que la dejes sola por nada del mundo. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

Henry sacó del bolsillo de la chaqueta un estuche de terciopelo negro.

—Cómo te considero de confianza, te dejaré para ella este obsequio.

Mike miró el estuche con su típico rostro carente de sonrisa. ¿Cuántas veces el señor Shott había intentado congraciarse con Miranda por medio de

regalos? Pero con Adriana era diferente, a ella no le importaban los regalos de lujo.

—Confíe en mí, señor .Cuando la señorita esté un poco más calmada, verá la forma de entregarle este regalo. Váyase por favor, y perdone mi atrevimiento. Lo mantendré al tanto de todo.

Siempre silencioso, Mike dejó una bandeja con comida a los pies de la cama, y se sentó al borde para mirarme. Extendió un pañuelo de papel.

—Debería marcharme de París ahora mismo, pero no tengo fuerzas. Retornaré a mi vida de antes, se acabaron los viajes alrededor del mundo y las estadías en hoteles, Mike. Ahora soy tan pobre como una rata.

—De acuerdo, iré con usted— agregó mi guardaespaldas.

—Lo último que voy a pedirte es que me acompañes al aeropuerto. Luego de eso, prescindo de tus servicios.

—No la dejaré sola, Adriana. Mi trabajo es estar al lado suyo.

—Mike, fuiste la custodia de la novia del príncipe Henry, pero siendo ahora simplemente Adriana Mora, nada tenés que hacer a mi lado. ¿Entendés? Sos libre de volver a trabajar con Robbie, ese era tu lugar.

—Como usted dijo, lo era —puntualizó— Su alteza real exigió que la acompañe en todo momento bajo cualquier circunstancia. Mi trabajo ahora es estar al lado suyo.

—Ya no lo es, entre “Henry y yo” no existe nada más. No quiero deberle nada; ni un peso, ni un euro, ni una mísera libra esterlina. Eso te incluye también a vos.

—El señor Shott, al saber que aún no concluí con mi labor, me echaría a patadas. No sólo por quebrar un acuerdo con su alteza real, también por dejarla sola en este momento.

Al ver a Henry, a Tony no le hizo falta ninguna información adicional. Acomodado en uno de los sillones de la sala de estar, esperó a que la mucama llenara su enésima taza de té, aguardando aquel espantoso desenlace. Tras el desastre mediático de las fotos de su señor con Chelsy, imaginaba que Adriana le debía haber cerrado, en el mejor de los casos, la puerta en las narices.

“Uy, pero miren quien acaba de llegar. Volvió el perro arrepentido”, pensó sin dejar de hojear una revista. Al pasar con despreocupación una de las páginas, se detuvo en una imagen de la Owen-Keller con su diminuto traje de dormir—: “Esta foto debe tener algún tipo de arreglo estético, con ese camisón tan corto, ¿por qué no se le notan los pozos de celulitis y aquellas caderotas?”

Hizo rotar la revista para encontrar algún defecto y con alegría, sacó de uno de los bolsillos del saco un gran fibrón rojo y señaló su descubrimiento con un llamativo redondel. “Yo sabía, acá hay un pozo muy grande, ¡vaya cráter lunar! ¿Y qué tenemos aquí? Un comienzo de papada” —nuevo redondel escarlata— “Bigotes parece que no tiene. ¡No importa, se los dibujo igual, y de paso le agregaré una barba muy pintoresca!”

Con ademán cansado, el príncipe se sentó en un sofá cercano. Tony arrojó la revista a un lado y trató de simular una tranquila actitud, cruzando las piernas con su habitual elegancia.

—¿Debo preguntarle qué tal le fue en París o peco de impertinente?— consultó con ironía mientras no dejaba de observar los rastros de arañazos en la cara y cuello de Henry.

—Adrienne me odia, me dijo que soy un hijo de puta y que no quiere verme más. ¿Eso responde a tu pregunta? —dijo el príncipe sirviéndose un trago.

—Señor, lamento excederme, pero le advertí varias veces que no debió tener un trato *tan* cercano con Chelsy. Ella es peligrosa.

—¿Y eso qué quiere decir? No estoy de humor para tus juegos de palabras.

—Me refiero, contestando a su pregunta, a pasar una noche con Chelsy, pero de manera literal. Ya no me pida más explicaciones, mi señor. Esta plática me ruboriza.

—Es que no pasé la noche con ella en todo el sentido de la palabra — exclamó Henry con exasperación.

No se sentía un solo ruido en la cocina y Tony se dio cuenta de eso. Los sirvientes estarían atentos a la charla, ya arreglaría a esos atrevidos.

—Entonces, ¿la foto de ese beso tan apasionado que salió en todas las revistas?

—No sé. Recuerdo que la tarde de la boda me sentí muy cansado de un segundo a otro. Cuando íbamos para el auto de Chelsy debí haberme caído redondo, porque no recuerdo nada más. Me desperté hoy a la mañana en su casa y en su cuarto sin entender nada.

—Dígame, ¿usted que tomó? ¿Lo recuerda?

—Un poco de champagne.

—Y usted sacó una de las copas de las bandejas que llevaban los camareros, ¿verdad?

Henry se mostró dubitativo. Después de reflexionar unos segundos volcó toda su mirada azul en el fiel asistente.

—La última copa la recibí de las manos de Chelsy, dijo que quería brindar conmigo.

—Ay, mi señor. Ella le puso algo en la bebida, seguro que algún narcótico.

—Ella no logrará nada conmigo. Es absurdo.

—Usted no sabe de qué clase de intrigas pueden valerse las mujeres para obtener lo que quieren.

—¿Me ayudarás con Adrienne?

—Pero, desde mi humilde lugar, ¿qué puedo hacer? Lo que obtendría, son tantos arañazos como los que usted tiene en la cara. Recuerde que mañana tiene un acto muy importante. Y aunque no quiera, haré llamar a una maquilladora amiga de Xavier, no puede presentarse con ese aspecto. Debemos disimular esas marcas.

—¿Y a quién le importan los arañazos? Quiero ir a ver a Adrienne y explicarle toda la mierda de plan que armó Chelsy.

—Mañana *después* del acto iremos.

—Vamos ahora mismo— exigió Henry, pero su asistente esta vez no se dejó convencer.

—Señor, deberá que ser *después*. Recuerde que estoy en la cuerda floja, su padre quiere echarme a la calle.

Henry sabía que Edward tenía entre ceja y ceja a su asistente y amigo, entonces decidió seguir su consejo.

—Le mandaré por *whats* su agenda de toda la semana. Ahora vaya a descansar, que nos espera un día muy largo.

No pude pegar un ojo en toda la noche, y por la mañana abandoné el lecho con la sensación de que me habían apaleado durante horas. Tomé un café y terminé de hacer las valijas. Intentamos subir a un taxi que uno de los botones había pedido para nosotros.

La escasa distancia que nos separaba del transporte que nos llevaría al aeropuerto, estaba lleno de periodistas y fotógrafos. Ya comenzaba a detestarlos.

—Señorita Mora, ¿alguna declaración sobre las fotos de su novio, mejor dicho de su ex novio junto a Chelsy Owen-Keller?

—¿Qué opina usted de ese cruel engaño? ¿Lo va a perdonar?

—¿Recibió un llamado de disculpas del príncipe?

Muda y muy seria, esquivé los micrófonos y moví la cabeza hacia un costado cuando sentí, a través de mis enormes anteojos de sol, los flashes de las fotos y el brillo de las cámaras de televisión.

—Adriana, ¡queremos unas palabras!— exclamó un periodista, que por su acento logré adivinar que era inglés.

—Basta, señores. No hay declaraciones, déjenos pasar— pidió Mike con severidad.

—Señor, hacemos nuestro trabajo— se quejó un fotógrafo.

—Y yo hago el mío. Repito una vez más, la señorita no hará declaraciones. Apártense, por favor.

La marea de amarillistas nos cedió espacio y Mike aprovechó para meterme en el taxi. Se sentó a mi lado cerrando la puerta y el taxi partió en dirección al aeropuerto. Veloces manchas eran las calles ante mis ojos. Miraba sin ver, las luces y el esplendor de París, una majestuosa ciudad que se reía de mí y me echaba con la punta del pie.

Durante el trayecto en avión, me la pasé durmiendo. Al pisar suelo argentino y luego de pasar por aduana, una multitud de periodistas locales esperaba para quitar su correspondiente trozo de esa pieza de carne que era yo. Mike dejó las valijas al cuidado de un muchacho y decidió defenderme de ese océano amarillo y parlanchín cargado de micrófonos, cámaras de fotos y televisión.

—Adriana, estuvimos al tanto de tu ausencia en la boda real del príncipe Louis. Luego de la fiesta de casamiento, su hermano Henry pasó la noche con Chelsy Owen-Keller. ¿Te enteraste de eso durante tu estadía en París?

—¿El noviazgo con Henry se encuentra terminado?

—Estamos de tu lado y deseamos unas pocas palabras para confirmar que ya nada te une con Henry de Gales.

—Adriana, necesitamos una declaración. Solo unas pocas palabras, creo que ya no estás en condiciones de creerte importante. ¿No te parece?

Con un movimiento de mi cartera derrumbé el micrófono de ese periodista impertinente. Al verle la cara recordé quién era: el terror de la farándula. Dedicaba su vida a destruir la reputación de quién tuviera la desgracia de caer en su lengua, pero conmigo no iba a poder.

—¿Y de dónde sacaste que yo me creo importante?—dije entre dientes.

—¿Enojada porque se te acabó la vida de placeres, viajes y lujos?

—¡Yo no estuve al lado de Henry por su dinero, estúpido! ¡Y dejame en paz que me quiero ir a mi casa!

El reportero se volvió a la cámara de televisión del programa para el que trabajaba y mientras caminaba casi pegado a mí, empezó a relatar:

—Aquí tenemos a una despechada que sin duda se creyó el cuento de la cenicienta, y no es más que un cero a la izquierda que no tiene parecido ni el dedo gordo del pie con la reina de Holanda. Juzguen ustedes mismos, señores.

El público también debe haber juzgado los carterazos que empecé a pegarle en la cabeza.

—¡A mí no me trates así, hijo de puta!— bramé descargando todo el peso de mi bolso sobre él. El fiel Mike logró sacarme la cartera de las manos.

—Ya fue suficiente, la señorita Adriana necesita descansar. Quítense, dejen lugar para pasar— pidió. Y aunque temblaba de furia y miedo, le agradecí su gesto.

Las amarillas aguas del sensacionalismo se hicieron a un lado en un santiamén. Al fin pudimos huir de Ezeiza.

Cuando llegué a mi casa, abrí la puerta y al ver a Alejandra me arrojé a sus brazos llorando a lágrima viva, Ximena nos rodeó a las dos. Mi hermana nos miró muy apenada. Me arrojé a un sillón como una muñeca de trapo.

—Adriana, tenés una visita— me dijo con suavidad.

Con los ojos empañados por el llanto, contemplé la figura de Miranda, la novia de Robbie Shott. Se levantó del sofá, siempre de punta en blanco, con sus botas caras, escote profundo, pantalones de jeans ajustados y su rubia melena. Me tomó de las manos, inclinándose hacia mí.

—¡Adri, Robbie y yo no podemos creer todo lo que leímos en las revistas! ¿Qué pasó? con tus amigas y tu hermana estuvimos viendo por televisión la pelea que tuviste con ese horrible periodista.

—Sé que no debería haber actuado de esa manera, pero logró sacarme de mis casillas.

—Ahora olvidate de eso. Solo pensá en descansar, te haría bien dormir un rato.

—No quiero dormir—dije al borde la histeria.

Miranda sacó de su bolso *animal print* una cajita y de ella hizo su aparición una píldora blanca.

—Tomá esto, te va a hacer bien.

—No quiero tomar nada que me atonte o haga que duerma como un perro viejo.

—Lo necesitás—dijo la rubia y se dirigió a mi guardaespaldas—: Mike, dejá las valijas de la señorita en el living.

Sumisa como nunca, tomé la pastillita que Miranda me ofreció y la engullí sin comentarios, acompañándola con un sorbo de té y unas cuantas lágrimas más.

—Ahora andá a acostarte —dijo Alejandra— Maca, quedate vigilando por si hay visitas inesperadas. Desconectá el teléfono y no atiendas el timbre por

nada del mundo.

Se refería a que los periodistas no pararían hasta encontrar la manera de hostigarme con preguntas, avinagrados comentarios, y por qué no, hasta burlas. Todo era posible.

Antes de llegar a mi habitación le hablé a Miranda:

—Gracias por todo. Lo único que te pido es un último favor.

—Claro, lo que quieras.

Pese al humeante té que había tomado tenía la garganta seca. Tuve que tragar saliva antes de hablar. Dolió. Con voz pastosa, proseguí:

—Toda la ropa y zapatos que veas de marcas importantes, ponelos en una bolsa aparte. Son regalo de Henry, te darás cuenta por las etiquetas y porque vos misma usás ese tipo de cosas. No quiero nada que él me haya regalado o que haya comprado yo con su dinero— me volví hacia mi habitación sin esperar una respuesta suya.

Me desprendí del tierno abrazo de Alejandra y casi pegándole con la puerta en la cara, la dejé afuera. Sin desvestirme, me eché sobre mi cama y me sumí en un sueño profundo.

El teléfono no paraba de repiquetear.

“¡Esto es una locura! ¿Dónde diablos se metió el mayordomo?”, se preguntó Tony con la *notebook* en las rodillas, arreglando los compromisos de su señor. Pero aquel aparato lo desconcentraba de su trabajo.

—¡Mathew!— gritó con impaciencia.

El sirviente llegó desde otro lugar de la casa. Con voz agitada y guantes blancos, contestó la llamada. Tapando el tubo del teléfono, se dirigió al asistente de Henry:

—Señor, es la secretaria principal de su alteza real, el príncipe Edward.

Dice que su alteza real, el príncipe Henry, no atiende el celular y su padre, su alteza real el príncipe Edward, desea que se reúna con él en palacio.

—¿Qué es lo que no entendió aquel granadero femenino?— dijo Tony con sorna refiriéndose a la secretaria—Le dije que mi señor está volando de fiebre y no atenderá las llamadas de nadie.

Mathew hizo un gesto de impotencia.

—Dame esa porquería que ahora mismo la pondré en su lugar— y el asistente le arrebató el teléfono inalámbrico.

—¿Hola? —Ladró Tony— Sí, soy yo. —Nuevos reclamos frenéticos del otro lado del teléfono, pero el asistente de Henry prosiguió con enojo—: Informé muy temprano a palacio que mi señor no está en condiciones de salir. No le pasaré la llamada, desubicada. ¿Qué, estás amenazándome? Es increíble que tengas semejante descaro. Te grito porque se me antoja—y cortó la llamada— ¡Mathew!

—Señor.

Tony le arrojó el inalámbrico, por suerte Mathew estaba con buenos reflejos porque logró cazarlo en el aire.

—Si vuelve a llamar esa señorita tan desubicada con pretensiones de secretaria, le informarás que no pienso atenderla y respecto a su alteza real, ya está dicho, ¡no quiero a esa mujer hablando de compromisos de agenda con mi señor!

—¿Y si llama su alteza real, el príncipe Edward, qué le digo?

—Lo mismo, aunque esta vez me despida. Ahora quiero que me traigas un café, seguiré con mis labores.

Cuando desperté, ya era plena madrugada. A mi lado había un estuche de terciopelo y me obligué a abrirlo. Al presionar el broche me quedé extasiada

con la belleza de la joya: era un collar de platino y esmeraldas, su brillo casi me dejó ciega. Sentí que alguien se sentaba en mi cama, era Mike.

—Le pido disculpas, esperé a que se despierte— dijo con suavidad.

—¿Qué hacés acá?

—Ocupé el sofá del living, su amiga Alejandra fue muy generosa.

—Se me pasó decirte que te fueras a descansar a tu departamento.

—No se preocupe por eso. Sabe que me las arreglaré.

—Ya que te empeñas en seguir custodiándome, no hace falta que permanezcas a mi lado las veinticuatro horas del día, Mike —me acordé del collar— ¿Y qué significa esto? No quiero más regalos de *esa persona*. Ahora mismo te lo llevás y vemos la manera de hacérselo llegar.

—Los regalos no se devuelven.

—Mike, no me hagas perder la paciencia. ¿No ves lo mal que estoy? Sólo el hecho de contemplar esta joya, me produce mucho dolor, y a la vez una ira incontenible. ¡No quiero ver ni el estuche, ni la joya, ni nada! Llévatelo ahora mismo y lo más lejos posible de mi vista.

—Señorita, si en sus planes está no perdonar a su alteza real...

—¡Nunca!— Mike se apartó un poco de mí dando un respingo.

—Entonces guarde esta joya, le servirá de mucho si sufre apuros económicos, puede venderla, quizás para hacer un viaje.

La idea de Mike era bastante buena, ¿No sería un mal momento para buscar trabajo? Mi imagen era demasiado mediática para presentarme en una entrevista laboral; lo más aconsejable sería “guardarme” un par de meses hasta que el furor por mi persona concluya, o al menos, baje un poco la marea. Siempre surgiría algo más escandaloso, y cuando eso ocurriese, la prensa se olvidaría por completo de Adriana Mora.

—Tenés razón, Mike. Me gustaría saber de algún lugar serio para que no compren la joya por el tercio de su valor.

—La señorita Miranda sabe mucho de eso, llámela ahora.

—Son las tres y media de la mañana.

—Ella se duerme tarde, se encontrará en su gimnasio personal, entrenando.

¿Haciendo gimnasia durante la madrugada? Qué fuerza de voluntad la de esa mujer. Aunque para mantener esa figura, era de rigor cometer tales sacrificios, que yo, ni ebria haría. Pero de todas maneras, con el culo perfecto o no, Henry me hubiera engañado igual. Los resultados no cambiaban.

Mike marcó el número en mi celular y me lo tendió. Una agitada Miranda atendió la llamada.

—¡Hola, Adri!

—Perdón por la hora.

—Todo bien, insistí mucho a Mike que para que te dejara mi mensaje de llamarme a cualquier hora. Decime: ¿querés que mañana nos juntemos a desayunar?

—Sí, perfecto. Hay un tema muy delicado del que quiero hablarte.

—Debería entrenar una hora más, pero me muero de sueño. Voy a darme un baño porque apesto como un caballo— lanzó una carcajada.

—¿Cuántas veces a la semana hacés gimnasia?

—Seis días a la semana, a razón de dos horas por día. Quizás parezca un *poquitito* fanática pero me encanta.

—Digamos que apenas —dije muy irónica.

Henry se despertó con unos discretos golpes en la puerta de su habitación.

—¿Quién es?— indagó tratando de incorporarse en la cama, pero tenía tal mareo, producto de la fiebre y los antibióticos, que decidió abandonar el intento.

—Disculpe que lo interrumpa, soy Mathew.

—Adelante.

El sirviente cruzó el umbral y luego de una remilgada reverencia le tendió el teléfono.

—No quiero hablar con mi padre.

—Es su alteza real el príncipe Louis, e insiste en hablar con usted.

Henry recibió el teléfono. ¿Tenía tiempo para acordarse de él en plena luna de miel?

—¿Qué pasa, Lou? —preguntó con la voz congestionada.

Se estiró para sacar un pañuelo descartable de la mesa de luz.

—Qué voz tan seductora.

—No me jodas. ¿Dónde está tu mujer? Me la imagino feliz dada tu ocurrencia de llamarme cuando deberían estar haciendo cosas más interesantes.

—Dándose unos masajes mientras charla por teléfono con Xavier, se roba toda la atención de mi esposa por los cotorreos y chismes del momento.

—¿Ese es el motivo de tu llamada? Al grano, Louis —pidió Henry sonándose la nariz— Tengo fiebre y dentro de poco empezaré a decir incoherencias.

—En realidad no es que digas incoherencias, lo peor es que siempre tuviste el don de convertirlas en hechos. ¡Estúpido! Al menos podrías haber sido un poco más discreto.

—¿También crees que estuve con Chelsy? Con el trabajo que me costó convencer a Tony— se quejó Henry agarrándose la frente mientras revolvía sus mechones rojos.

—Date por agradecido porque esta vez te creo. Y me doy cuenta de que esa mujer armó toda esa puesta en escena con el solo motivo de verte peleado con Adrienne.

—Cuando fui a verla a París, se puso furiosa como una fiera salvaje y me mandó a la mierda. Lou, no sé qué hacer para que me perdone.

—Tal vez deberías dejar pasar un par de días y llamarla de nuevo. Quizás te atiendan para mandarte a la mierda por teléfono.

—No estoy de humor para aguantar tus pésimas bromas. ¿Y si estuvieras en mi lugar?

—Nunca fui tan idiota, así que no lo creo.

—Claro, estoy hablando con don perfecto—Louis se rió a carcajadas, pero Henry prosiguió—Hagamos de cuenta que te hubiera pasado.

—Ok, tratemos: mmm, de pronto me vuelvo un ingenuo y sin medir las consecuencias, meto la cabeza en la boca del león. Ajá, ¿Y qué más?

—¿Cómo imaginas que reaccionaría Amy?

—Me echaría a patadas, me tiraría a la cara todo lo que tenga a mano, eso sí accediera a recibirme. ¿Eso fue todo?

—¿Y no te perdonaría?

—Jamás. Así tan buena y dulce como la ves, es muy orgullosa. Se llevaría muy bien con tu fiera salvaje latina.

—Lou, estoy hablando en serio. ¡No quiero perder a Adrianne por algo que no hice!

—Hay una única alternativa: que dejes pasar unos días, y mientras tanto, rezar para que se le pase el enfado y logres que te escuche —se hizo un silencio en la línea —Acaba de llegar Amy— Henry oyó que le hablaba a su mujer:

—Logré comunicarme con mi hermano.

—¿Y?—dijo ella muy ofendida, —Que se vaya al quinto infierno con Chelsy, y que le aproveche.

—¿La oíste bien?

—Demasiado bien.

—Tengo que irme y reflexiona bien sobre tus acciones, es hora de que madures de una puta vez. Padre está cada vez más enfadado por tus apariciones mediáticas y no hay quién lo aguante. Adiós.

El mayordomo apareció como por arte de magia, era muy probable que hubiera escuchado la conversación detrás de la puerta.

Miranda hizo dar vueltas el collar admirada de su belleza, exponiéndolo a los rayos de luz para poder verlo mejor. Intentó devolvérmelo pero no quise ni tocarlo. Sólo me limité a abrir el estuche.

—Tíralo ahí adentro.

La rubia novia de Shott lo dejó en la cajita con toda la delicadeza que pudo.

—Adriana, es muy valioso. Sé que sos sencilla y que no gastás mucho a diferencia de *moi*— y se señaló el pecho con una sonrisa— pero podrías vivir de la venta de esa joya por un buen tiempo.

—Quiero tomarme unos meses sabáticos bastante lejos de acá y si ese collar sirve para lograr mi propósito, bienvenido sea.

Una mucama nos sirvió una taza de café. Unté una galleta de arroz más dura que mi cabeza con un poco de mermelada ultra dietética. Rogué para que tuviera un poco de sabor, dado que su aspecto no me alentaba demasiado. ¿Cómo hacía Miranda para desayunar esa porquería? Me juré que antes de volver a casa me compraría unas medialunas, porque a esa galleta de arroz no podía llamársela comida, carajo.

—Y decime, Adri, ¿no te da ni un poquitito de pena vender un regalo de la persona a la que tanto amás?—preguntó Miranda.

—Me mata, pero también tengo que pensar en lo que es mejor para mí, necesito ese dinero.

—La verdad no sé cómo hacés para aguantar semejante desplante, yo me presentaría en Londres de buenas a primeras y le daría un par de cachetazos a esa Chelsy.

—Fue su novia hace varios años— aclaré por si Miranda no estaba enterada.

—Entonces con más razón. ¿Qué tiene que meterse con tu novio? Le daría un cachetazo más por atrevida.

Pese a hablar de Henry y tener el ánimo por el piso, me hizo gracia su comentario. Miranda tenía una forma de ser muy diferente a la mía, pero la consideraba una amiga porque me estaba ayudando en un momento bastante complicado de mi vida.

—Se acabó. Mi paciencia, mi extensa y estúpida paciencia, llegó a su fin.

—Deberías darle otra oportunidad porque con Robbie, estoy curada de espanto. Pero siempre vuelve a mi lado, es a mí a quién ama. ¿Las demás? Son tipas del momento.

Después de preguntarme cien veces si estaba segura de desprenderme del collar, Miranda me acompañó a una prestigiosa joyería a vender la alhaja.

Durante dos o tres semanas planeé mi viaje. Un recién llegado Robbie se ofreció a prestarme su casa en José Ignacio; lugar elegido por figuras de la farándula o gente de muy buen pasar como en el mismo caso de Shott. Con un dejo de vergüenza ante tanta generosidad me ofrecí a pagarle el alquiler.

—¿Qué? No, jamás. Las damas nunca pagan nada, no lo permito— dijo ante la mirada atenta de Miranda.

—Gracias, Rob —respondí roja como un tomate— Pero en cuanto consiga trabajo...

—¡Nada! —Interrumpió con energía y se dirigió a Miranda— Esta mujer está loca. Nunca le cobraría un centavo a una amiga.

—Gracias, Rob. Muchas gracias.

—¿Pero estás segura de querer ir sola?

—Mike va conmigo— me apresuré a responder. No vaya a ser que se le ocurriera endilgarme a su ruidosa pandilla de amigos.

—En los alrededores hay vigilancia de sobra —puntualizó Miranda— no deberás preocuparte por nada.

La casa de Robbie era hermosa, espaciosa, divina. Sin tener el esplendor de la mansión que el novio de Miranda tenía en Buenos Aires, me pareció preciosa. Llegué allí un húmedo día de julio, en compañía de Mike, quién se encargó de mis valijas. Al cerrar la puerta del que sería mi hogar por espacio de dos meses, sentí un pequeño estremecimiento.

—¿Se siente bien?— dudó Mike al verme con mala cara.

—Sí.

—Estaré en una casa vecina, si necesita algo mándeme un *whatsapp*.

—Gracias, Mike.

Cuando se fue Mike, sentí el peso del silencio de toda la casa sobre mí. Para no volverme loca con el sonido que emitía el simple taconeo de mis botas, prendí la tele y decidí a hacer *zapping* como en los viejos tiempos. Busqué comedias, películas ridículas, programas desopilantes; todo que hiciera olvidar el difícil y triste momento que estaba viviendo.

Los días fueron pasando tranquilos, repletos de horas y de descanso. Cuando había sol, me animaba a pasear por la playa (con Mike siguiéndome a todos lados), y los días de lluvia o nublados; por lo general los más fríos y melancólicos, me aventuraba a una discreta travesía por el centro de Punta del Este: recorrí comercios de ropa, adquiriendo alguna campera, un sencillo pantalón, un pañuelo para cubrirme el cuello. O cenaba siempre en compañía de Mike.

Mi celular empezó a sonar cuando estaba en la playa. Era un día frío, encapotado con gruesas nubes negras con amenaza de tormenta. Prendí un cigarrillo y miré la pantalla.

—¿Adrienne?

El corazón me dio un vuelco al escuchar su voz.

—Sí— respondí seca. El viento empezó a alborotar mi cabellera y a lo lejos se oyó un trueno.

—Me alegro que por fin hayas respondido una llamada mía.

—Porque me pareció una buena idea atenderte.

—Tengo muchas ganas de verte antes de partir a Afganistán. *Cara*, encontrémonos. ¿Te parece mejor Punta del Este? Sé que estás allá porque Robbie me lo dijo.

—No es necesario, porque se acabaron nuestros encuentros, se terminó todo entre nosotros.

—Pero Adrienne, me dijiste que querías que todo el mundo lo supiera, que se enteraran de lo nuestro, porque me amabas. Y me seguís amando. ¿Verdad?

—La verdad que no, ya no te amo— cerré los ojos para aguantar tanto dolor.

El cielo se puso negro. La playa se encontraba desierta, y la tarde empezó a caer. Ya era primavera, pero mi corazón se vistió de invierno y mis venas se llenaron de escarcha.

—No, no puede ser cierto. Si es por lo de Chelsy...

—No metas a tu ex novia, no tiene nada que ver.

—¡Mientes!

—Es cierto, muy cierto. ¿Lo digo de nuevo para que se te grabe bien? Ya no te amo —exclamé con tono burlón mientras las primeras gotas de la

tormenta empezaron a mojar mi ropa—Adiós para siempre.

Corté la comunicación y me quedé arrodillada en medio de la playa. La lluvia se convirtió en una fuerte tormenta y mojó mi ropa, mi pelo y mi cara. El agua de lluvia se mezcló con mis lágrimas. Hundiendo el rostro en la húmeda arena lloré como nunca había llorado en la vida y el cielo sollozó con furia, junto a mí. No sé cuánto tiempo estuve así. La tarde se transformó en noche, no se veía ninguna luz pero de pronto sentí unas pisadas.

Era Mike vestido con un impermeable oscuro, el viento le daba un aspecto estremecedor, casi no podía verle los rasgos.

—Adriana, se resfriará, ¿qué hace afuera con esta tempestad? La busqué por toda la casa, y me desesperé. Volvamos que con esta lluvia va a pescar una pulmonía.

—Tengo ganas de morirme. ¿Sabés?

—¡Vamos!

—Quiero morirme.

—Entonces me obligará a hacer esto —ignorando mis protestas, me levantó de la arena y me llevó en brazos hasta la casa. Cuando llegamos me envolvió en una toalla y me preparó una enorme taza de té de tilo.

—Debería bañarse.

—No quiero.

—Las penas de amor no son la muerte de nadie. Usted comprende en el fondo que Henry la ama de verdad. No sea tan dura, porque puede lamentarlo después. La vida es una sola.

—No puedo perdonarlo. No quiero ni puedo.

—Piénselo. Ahora la dejaré descansar y vaya a darse un baño para sacarse esa suciedad de encima.

Henry le contó todo a Tony.

—¿Qué decisión tomó, mi señor?

—Me iré mañana a Afganistán. Llamé recién y hablé con un superior, harán una excepción conmigo así que partiré mañana a primera hora.

—¿Mañana? ¡No me haga esto! Además debo decirle a las mucamas que tengan sus maletas listas.

—No te preocupes. Antes de abordar, llamaré a mi hermano para comunicárselo. ¡Y no necesito que nadie haga mi equipaje! Viajo por una misión militar, no por placer.

—Las cosas están muy feas allá. ¿No quiere llevar a sus guardaespaldas? También yo podría acompañarlo.

—Tony, viajo por una misión militar. Dónde voy a alojarme no es precisamente el *Ritz de París*.

—Ah, ¿entonces no existe ningún *Ritz* en Kabul? Usted sabe que si me lo pide, igual voy.

—Preciso estar lejos de mi entorno. Alejado de mis habituales compromisos será la vía de escape que necesito.

—Usted no se preocupe por nada, encárguese de tener los ojos bien abiertos en ese lugar. Y si ve mucho peligro, tome el primer avión para acá; o que al menos lo deje en algún sitio civilizado. No se arriesgue innecesariamente.

—Ahora necesito que me dejes solo, tengo mucho para pensar.

Tony lo reverenció, como de costumbre.

CAPÍTULO 25

Chelsy abrió con furia sus ojos celestes.

“Más vale que sea por algo importante”, pensó con ira, y al atender el teléfono, gritó—: ¡Idiota! ¿Quién te dio permiso para que me llames a *las seis de la madrugada*?

Mientras escuchaba las disculpas de Dona, la mucama de la casa de Henry, se pasó por la cabeza una mano, dejándose el pelo revuelto.

—Pero te pago para que averigües todo y ni bien lo sepas, me lo informes. ¿Cómo que hoy se va y me lo dices recién ahora?

Haciéndose un lío, sin soltar el teléfono, fue al vestidor a seleccionar que podía ponerse para ese día.

—Ah. Te enteraste recién. ¿Partiré a Afganistán, más o menos en dos o tres horas?—consultó seleccionando a toda prisa un ligero vestido blanco y zapatos al tono— ¡Sí, ya me dijiste que es hoy, imbécil! No soy sorda— pero la respuesta del otro lado de la línea la dejó helada— ¿En media hora?

A medio vestir, llamó a una revista londinense e informó lo sucedido. “¡Vayan rápido!” les dijo.

Pero al ubicarse frente a su gran espejo de pie, siempre con el teléfono en mano, iba peinándose a gran velocidad, Dona le brindó una agradable sorpresa.

—¿Peleado? ¿Separado por fin de aquella india sucia? —Maniobrando con el móvil y llenando la cartera, le dio indicaciones a su secuaz—: ¡Debes impedir que Henry se vaya antes de que yo llegue!

Metió el celular en la cartera y empezó a llamar desde el teléfono de línea al chofer.

—¡Byron! ¿Qué es esa tardanza en responder? Quiero que estés en la cochera en cinco minutos.

El chofer no tuvo tiempo de afeitarse y menos de tomar una taza de café para poder despabilarse un poco.

—Señorita, ¿qué pasa?— le abrió la puerta del auto.

—No es de tu incumbencia. A casa del príncipe Henry, por favor.

—Páseme usted las señas, porque no tengo idea de dónde vive aquel señor.

—A “aquel señor” deberías tratarlo con más respeto. ¡Es su alteza real, no lo olvides! Ahora dobla en la siguiente calle.

El propio Tony, dejó la bandeja en la mesa del comedor.

—Señor, debería comer algo.

—En veinte minutos tengo que estar en el aeropuerto.

—¡Impertinente!, ¿cómo te atreves a interrumpir la charla que tengo con mi señor entrando de esa manera? —preguntó Tony al mayordomo cuando éste llegó corriendo al living.

—Señor Pacheco, quería avisarle que los *paparazzi* van a aporrear la puerta de entrada. Vienen a cubrir la partida de su alteza real.

—¡Qué! ¿Cómo puede ser que la prensa se haya enterado? Alguien de la casa tuvo que haber hablado— Tony enfatizó la idea golpeando la mesa con un índice— Y en cuanto lo descubra, su cabeza rodará.

—No lo sé, *míster* Pacheco. Pero hay un montón de periodistas. ¿Qué puedo hacer?

—Despejarás la puerta como sea. ¡Ahora basta de mirarme con esa cara de nada! —con esa orden Mathew se mandó volando a la puerta.

Cuando Tony estuvo a solas con su señor, dijo en voz baja:

—Tenemos un traidor en esta casa, y le aseguro que lo pagará con su vida.

—No tengo tiempo, debo irme ya.

—Señor, le deseo un buen viaje y una mejor estadía en aquel lugar. Yo también me voy de viaje. En su ausencia, poco tengo que hacer en Londres.

—¿Adónde vas?

—A Punta del Este, tengo que poner la cabeza de aquella insensata de Adriana en su lugar.

—Dijo que no me amaba más.

—Ella no le dijo la verdad, y usted lo sabe muy bien.

Unos gritos lo interrumpieron.

—¿Qué es aquel barullo? ¿Usted lo escuchó?

—¡Chelsy!— exclamaron los dos.

El griterío en la entrada de la mansión era ineludible.

—¡Estúpidos! Déjenme pasar, soy la novia de su alteza real, y vine a despedirme de él— gritó Chelsy apenas contenida por los gigantones y protegida por Byron.

Mathew, dio la orden al vigilador de la puerta y a los gigantones, para que abrieran el portón. La rubia salió disparada en dirección a Henry y tirando su cartera al aire se arrojó a él cubriéndolo de besos ante la atónita mirada de Tony.

Henry no podía sacársela de encima.

—Basta, Chelsy.

Tony lo secundó con abanicazos en la cabeza y espalda de la rubia.

—¡Fuera, babosa! Mi señor está apremiado por el tiempo.

La Owen-Keller dejó de abrazarlo para resguardarse de los golpes.

—¡Socorro, Byron! Dame mi cartera —el chofer se la arrojó a las manos y al punto, entre carterazos y golpes de abanico, ex novia y asistente,

empezaron a pelearse.

Sin preocuparse por ellos, Henry caminó con la cabeza baja. Los guardaespaldas le allanaron el camino.

—No hay declaraciones. Adiós— y se subió al auto.

—¡Alteza, cuídese!— gritó Tony peinando su revuelta cabellera, producto de la improvisada pelea con la Owen-Keller.

—¡Te amo! Después de tu misión en Afganistán nos casaremos. — chilló Chelsy.

Tony la miró con desdén.

—Lo que te vas a “cazar” son los dedos con la puerta, mi querida. Ahora fuera de mi vista, y espero no verte nunca más.

—¡Claro que me volverás a ver, idiota! Y con tanta alegría voy a contemplar el momento que te vea dejar esta casa pero con tus maletas. ¡Le diré a mi padre que convenza a Edward para que te despida!

—Ese día no llegará, porque antes de dejar a mi señor a merced de tus garras decoradas a la francesa el infierno se congelará— respondió Tony volviendo a la casa.

—¡Infeliz plumífera apestosa!— gritó Chelsy y Byron la tomó del brazo para impedir una nueva pelea.

Con la cabeza bien en alto, ella mostró una sonrisa y se enfrentó al periodismo sensacionalista. Antes de eso se ladeó la pámela blanca que tenía en la cabeza.

—Chelsy, vimos la disputa que tuviste con el consejero de su alteza real. ¿A qué se debe este hecho?— la indagó una cronista sosteniendo un celular.

—Es muy celoso de sus deberes y creo que el pobrecito me tiene envidia. ¡Pero nada serio, señores!

—Henry no pareció muy contento cuando lo llenaste de besos y caricias. ¿Es verdad la reconciliación de ustedes?

—Es que le preocupa mucho su misión y se siente apenado por la conducta de su reciente amante abandonada, *Adela Mora*, o algo así. La muy escandalosa no sabe comportarse y dada su total falta de educación tendremos que disculparla.

—Su nombre es Adrienne —corrigió un conocido cronista de programa de chismes.

—Los nombres latinos son tan difíciles de pronunciar porque suenan todos iguales. Ahora me tengo que ir, sepan contemplar este desaire porque si hay algo que me sobra es delicadeza... — dijo con refinamiento para después concluir en un perfecto agudo —: ¡Byron! ¡Quiero el maldito auto en marcha ahora mismo!

Pese a la demora del avión, a Henry el viaje no le resultó pesado. Incluso lo ayudaba a despejar la cabeza del tema Adrienne. Ya vestido con usanza militar, ni bien bajó del avión, debió caminar varios kilómetros junto a sus compañeros. Al llegar a un puesto de control de frontera, la milicia local posó su mirada interrogativa en los extranjeros que venían hacia ellos. El clima era caluroso y todo parecía iluminado por una luz polvorienta.

—Tengo un mal presentimiento —murmuró el coronel Bradbury al ver a la milicia local tan atenta a sus pasos y preguntó a sus hombres—: ¿Tienen todos a mano sus salvoconductos? Gales, muestre humildad.

—¿Qué hice? —preguntó Henry. Nada le desagradaba más que le hablara así frente al resto de la tropa.

—Lo conozco de sobra —y miró uno por uno a los de su batallón— Estoy seguro de que Gales se compró todos los números de lotería para que este control de frontera le pida además del salvo conducto, su pasaporte. ¿Quién apuesta conmigo un paquete de cigarrillos? ¡Muy bien, sargento Parker! ¡Eso

sí que es ser valiente!

—¡Salvo conducto!— exigió un moreno soldado local a Henry mientras se interponía en su camino y le cruzaba el pecho con una escopeta.

Lo miró dos segundos y gritó:

—¡Pasaporte!

—¡A la mierda con que soy adivino! —dijo Bradbury con alegría— Parker, me debe un paquete de cigarrillos.

Con ademán cansado, Henry tendió su documentación. Luego de examinarlo, el soldado afgano le plantó el documento en la cara.

—¿Qué es esto? ¿Dónde está su apellido? ¡Lo que usted me presenta es ilegal!— exclamó en un mal inglés y se puso a hablar con su compañero de armas, murmurando en su lengua y observando la foto y el nombre del príncipe.

Al igual que todos los miembros de las casas reales europeas, en el pasaporte de Henry sólo figuraba su nombre de pila. Esto no era ningún secreto para los aeropuertos de las grandes ciudades del mundo, dónde apenas veían este documento y lo dejaban pasar, pero en esta situación era un punto en su contra.

Bradbury pidió a Henry:

—Gales, como tomó la decisión de venir ahora a Afganistán no tuve tiempo de poner en orden sus documentos y el salvoconducto que le proporcioné no está completo. Por esta vez, debería mostrar el otro papel, de lo contrario estos tipos no lo dejarán pasar.

—Señor, no creo que sea necesario.

—Gales, es una orden.

A desgana, el príncipe le arrojó en la cara el documento al oficial de frontera, dónde constaba su título de alteza real. El hombre sonrió al contemplar ese carnet. Sus dientes amarillos parecían maderas ubicadas en

desorden.

—¿Alteza? ¿Su alteza real?— dudó devolviendo los documentos a su dueño con un floreo.

—Ahora que tiene la confirmación de por qué no lleva apellido en su pasaporte, debe dejarnos pasar— gruñó Bradbury.

El nativo se hizo un lado, pero ante Henry tuvo la deferencia de hacer un burlón gesto como si cubriera el suelo con una alfombra roja, además de aplanar la tierra del árido piso con sus botas. Su secuaz se cruzó de piernas y se sacó su gastada boina, en un claro gesto de honor y falsete.

Hacía mucho frío en José Ignacio. Aburrida, hice uso de mis habilidades con las agujas de tejer. Empezaría con una bufanda. Antes de ello, mandé a Mike a una tienda cercana por unos ovillos de lana.

—¿Qué va a tejer?— preguntó para sacarme charla y se acomodó en un sillón frente a mí.

—Una bufanda para vos. Y ahora extendé los brazos, que necesito acomodar la lana.

—¿Para mí?

—Quiero que la uses. Ya vas a ver lo bonita que va a quedar.

Resignado, Mike extendió sus musculosos brazos en línea recta hacia mí. Quizás Robbie Shott no lo había acostumbrado a esa clase de tareas. Lancé una risita al ver que cumplía mis órdenes al pie de la letra.

Cuando iba a empezar con mi tarea, sonó el timbre. Mike fue a abrir.

—¡Tony!— grité pegando un salto del sofá y corrí a abrazarlo.

—Vamos a tomar asiento, por favor, tenemos mucho de qué hablar.

Preparé dos tazas de café para acompañar nuestra conversación. Tony sorbió su taza y arrugó la nariz.

—¿Puedo saber quién hizo esta porquería?

—Yo.

—Veo que la cocina no es tu lugar. Pero mejor que nada... — siguió tomándolo.

—Agradezco tu gesto de haber venido a verme. Pensé que al terminar mi relación con Henry, no te vería nunca más.

—No seas tonta. Y vas a explicarme ahora mismo, ¿por qué le mentiste? Ni él ni yo creemos que ya no lo amas.

—No quiero que se ría más en mi cara.

—Pero lo de Chelsy no es cierto.

—¡Basta de seguir disculpándolo en todo! Estoy harta de soportar tantas humillaciones, y además, tener que esconderme como si fuera una delincuente.

Y me derrumbé de nuevo en el sofá prendiendo un cigarrillo.

—Mi querida, sé muy bien lo que estás pasando.

—No lo sabés.

—Dejame hablar. No quiero ninguna acotación tuya mientras te cuento todo.

Estuvo hablando sin interrupción cerca de media hora. Me mordí las uñas de la impaciencia, sorbí mi café y prendí otro cigarrillo... pero hice lo imposible por no acotar nada, y lo logré.

—¿Entendiste?— dijo cuando terminó su relato. Exhausto, se estiró en el sillón.

—¿Y tengo que creer que lo de Chelsy no fue verdad? ¿Qué ellos no...? ¿Y si te mintió a vos también?

—A mí siempre me dirá la verdad, soy como su confesor sin sotana. Deberías perdonarlo.

—No quiero— dije cruzándome de brazos.

—Basta de hacerte la dura. Te conozco de sobra y no te sale.

—Ahora o más adelante, aquella señorita *Barbie* terminará por separarnos.

—Supongo que es muy pronto para convencerte, con aquella cabezota tan dura que tienes. ¡Pero ya lo voy a lograr!

—No me vas a convencer.

—Eso lo veremos. Y ahora muéstrame la habitación dónde voy a instalarme— y me lanzó una mirada llena de misterio— Pero de la cocina me ocuparé yo, ¡porque tu pobre guardaespaldas debe estar vivo de milagro!

La situación política en Afganistán era en ese momento, compleja y confusa. Años después del derrocamiento militar del movimiento talibán a raíz de la intervención en el país de la coalición liderada por los Estados Unidos a finales de 2001, la situación estaba lejos de mejorar. En muchos aspectos, Afganistán era un estado tan sólo nominalmente, habiéndose convertido en un protectorado de Estados Unidos, la OTAN y las Naciones Unidas. La llegada del premier británico a esas agitadas tierras, coincidió con una semana brutal para las tropas en Afganistán: con veintitrés soldados de la coalición muertos y varios militares estadounidenses abatidos por los talibanes.

Pero los acontecimientos tomarían otro rumbo con la muerte de Bin Laden el 2 de mayo de 2011 acontecida en Abbottabad, Pakistán, cuando cuatro unidades de la Elite de las fuerzas militares de Estados Unidos abatieron al líder de Al-Qadea. Este hecho, lejos de alivianar los conflictos militares produjo inconvenientes con Pakistán cuando helicópteros de la organización del atlántico norte bombardearon la localidad de Salala, causando la muerte de 26 soldados pakistaníes, siete heridos y el agravamiento de la tensión de dicho país y las fuerzas occidentales que actuaban en la zona.

En el año 2012, los talibanes llevaron una ofensiva en *Camp Bastion*, base británica establecida en la provincia de Helmand, Afganistán. Casualmente, el príncipe Henry se encontraba en dicho campamento y resultó ileso ya que pudo escapar a tiempo, alertado por sus superiores y por la presión que ejerció sobre él la familia real, sobre todo de parte de su hermano, el príncipe Louis. El motivo del ataque nunca se supo en realidad, algunos rumores hablaron sobre la polémica que desató un filme titulado “La Inocencia de los Musulmanes”, película donde se hizo una imagen caricaturesca de Mahoma, y mientras que también se sopesó la idea de capturar al príncipe.

Contra todo pronóstico, y pese a toda advertencia, el príncipe volvió para una misión secreta un tiempo después, instalándose en un campamento secreto británico al sur de Afganistán. Poco le importó el riesgo que corría si los insurgentes de ese país sopesaban la idea de secuestrarlo. Confió que su buena suerte del año 2012 se repetiría, pudiendo continuar con su carrera militar lejos de Reino Unido y también de su separación de Adriana.

Aun así se sentía tenso y de espantoso malhumor, porque un comentario hecho en tono de broma por su compañero de cuarto y subalterno, el teniente Patterson.

—Me gustaría que te calles— le dijo en tono cortante. Estaba intentando dormir y aquel idiota no paraba de hablar.

Patterson lo observó con desprecio y dijo con voz queda:

—Estoy hablando conmigo mismo.

—¡Silencio!

Patterson se sacó una de sus apestosas botas y se la tiró por la cabeza.

—Entonces es mejor que vuelvas a tu palacio de mierda de cuentos de hadas y nos ahorres tu presencia, imbécil hijo de puta de sangre real —y no contento con lo dicho, lanzó un escupitajo muy cerca de la bota del príncipe.

Henry, ni se preocupó en exigirle respeto, dado que poseía un rango

militar superior, en realidad lo que quería era encontrar el motivo perfecto para descargar su furia en alguien. Pegó un salto del catre y se arrojó sobre su compañero a molerlo a palos.

Para alivio o desgracia de ambos, el coronel Bradbury se hizo presente en ese mismo momento en la precaria tienda que les servía de descanso.

—¡Pero será posible que tenga que ver una pelea tan tonta como la de ustedes dos, con el jodido lío que hay en este país! Deténganse— gritó enfurecido, pero antes de que algunos soldados los separaran, Henry consiguió darle una trompada en la nariz a Patterson.

—¡Basta ya!

—Coronel, él empezó la pelea. Se piensa que es mejor que todos nosotros por ser un príncipe— agregó Patterson limpiándose la sangre que le salía de la nariz.

—¡A callar, Patterson! ¿Es que estoy dibujado o soy un puto holograma?—gritó Bradbury y prosiguió en el mismo tono de voz—: Esta noche dormirán separados, como dos amiguitas de colegio enemistadas. ¡Pero *mañana* patrullarán a pie toda la frontera los dos bien juntos!

Henry no podía dar crédito a sus oídos. Ese bueno para nada e inútil de Patterson no valía la pena para ganarse semejante castigo.

—Mañana tengo otros deberes.

—Gales, ¿se atreve a desautorizarme?—preguntó el coronel con ironía.

—Por supuesto que no, coronel—intentó disculparse Henry viendo que la sanción podía ser peor.

—¡Fuera de mi vista!

—¿Dónde pasaré la noche?— preguntó Henry mirando a su superior con incógnita para luego derramar su vista de manera glacial en Patterson, aquel estúpido que le había arruinado la noche y también todo el día siguiente. Sí se había atrevía siquiera a dirigirle la palabra, le daría tantos golpes que tendría

que aprender a respirar por la nuca.

—Piense en cambiar su conducta o notificaré a su padre sobre esa deshonrosa e infantil manera de comportarse que tiene. Ahora vaya a la segunda tienda a la derecha, está también Hascott allí.

Henry fue donde le indicaron. Al entrar a la carpa observó que había poca luz y que un hombre, acostado en su propia litera, leía un libro con mucha atención.

—Permiso.

—Benjamín Hascott, un gusto— dijo con sencillez dejando ver su delgado rostro de tono mate, ojos oscuros y grandes, y cabello negro peinado hacia delante. Tenía estatura media y debería andar cerca de los treinta años.

—Disculpas por la intromisión, tuve la inteligente idea de agarrarme a golpes con Patterson.

Hascott sonrió.

—Sí, escuché los gritos del coronel, y aun me pregunto cómo tiene esos pulmones si fuma como una chimenea, ¿Un poco de café? Te aviso que está horrible, pero es lo único que puedo ofrecerte —y volvió a su litera.

—No quiero nada, gracias.

Benjamín hizo un gesto a la litera vecina.

—Está un poco desvencijada, y no envidiarías la mía porque creo que podría venirse abajo en cualquier momento. A veces me siento un fakir — empezó a hojear de nuevo su libro— Luego de esta misión pienso retomar mi carrera, pero calculo que será en unos meses, cuando retorne a Londres. Qué descansas.

—¿Carrera de qué? —preguntó Henry apoyándose en un codo.

—Diseño.

—¿Y este lugar qué tiene que ver con tu carrera?

—Toda mi familia estuvo en la milicia, se espera lo mismo de mí y hasta

ahora cumplí con mi parte, y luego de esta misión seré libre.

—A mí me gusta esta vida, aunque a veces después de pasar un tiempo rodeado de comodidades, me cuesta retomarle el gusto.

—En cuanto a mí, sólo será para satisfacer los deseos de mi padre y mi abuelo.

Henry lanzó una carcajada.

—Deberías mandar a la mierda a tu abuelo y a tu viejo. Esto no es vida para quien no gusta de las misiones militares, Hascott.

—Ya bastante tendrá mi familia con saber que no voy a casarme nunca tal como ellos lo desean.

Henry adivinó el por qué, intuía sus inclinaciones aunque su compañero de tienda se empeñó en disimularlo.

—Esa es una elección que no se toma a la ligera, en un momento pensé en casarme, pero ahora... —Le costó hilvanar la siguiente frase, prosiguiendo con esfuerzo, sacó a Adriana de la mente—: es otra la realidad que nos toca, Hascott. Buenas noches.

—Buenas noches— dijo Benjamín retomando la lectura.

Un par de horas después y con el campamento sumido en la más absoluta tranquilidad, una silenciosa figura caminó por los alrededores. Se dirigió tienda por tienda y espió a través de las carpas, buscando a su presa. Cuando encontró por fin lo que andaba buscando, tomó una sigilosa fotografía. Henry ni siquiera se movió, se encontraba dormido. La silueta disparó su cámara con luz infrarroja en dirección a él. ¿Cómo hizo para sortear a los centinelas que estaban de guardia toda la noche? Con la impunidad de quien se siente seguro de no ser descubierto, el individuo se alejó varios metros del lugar y a unos kilómetros del campamento, dónde nadie pudiera oírlo, buscó su teléfono celular e hizo una llamada.

—Señor— dijo con una sonrisa —Lo tenemos, y esta vez no se nos

escapará.

Franco de Aguirre se acomodó en el sillón y sorbió su taza de café. Tenía mucho que hacer pero su intuición le decía que algo andaba mal. Y su sexto sentido jamás le fallaba, incluso era el motor del éxito de sus estratégicos y poco convencionales planes.

Sosteniendo la taza, caminó alrededor del escritorio tratando de buscar en su ordenada mente que era lo que lo inquietaba. Su organización no tenía problemas que no pudieran solucionarse y sus colaboradores, desperdigados por los cinco puntos del globo, seguían al pie de la letra todas sus órdenes. Dejó la taza a un costado, se sacó los lentes y empezó a frotarse los párpados. Tal vez era el cansancio, hacía rato que no se tomaba vacaciones.

“Sólo queda esperar”, se dijo dirigiéndose hacia la ventana y mirando sus ojos grises a través del reflejo del vidrio.

Se oyeron unos golpes en la puerta y Franco dio la orden de que pase. Era su novia Mel.

—Amor— le dijo sonriéndole.

Franco le rozó la mejilla con una mano y la miró con ternura.

—Mi luna, ¿cómo pudiste seguirme hasta acá?

—Intuí que te encontrarías en Praga, siempre te gusta venir a esta ciudad cuando deseás concentrarte de lleno en tus tareas. Seguramente te molesto.

Franco la tomó de la mano, se acomodó en el sillón y la guio para que se siente en sus rodillas.

—Nunca molestás, pero es peligroso que viajes sin que lo sepa. Podrían seguirte. ¿Cómo estás?

—Un poco preocupada por Adriana. ¡Qué escándalo la reconciliación de Henry con su ex novia!

Un timbre de alarma resonó en el cerebro de Franco, no por Adriana, sino por Henry. Sin soltar a su novia, buscó el teléfono del escritorio y apretó el intercomunicador.

—Comunicame ahora mismo con Robbie Shott. Si no lo encontrás al celular, localízalo en cualquiera de los teléfonos de mi agenda dónde sepan de su paradero, necesito hablar ahora mismo con él.

—Enseguida, señor.

El magnate atendió el móvil apenas sonó.

—¡De Aguirre! ¿Pasó algo con lo mío?

—No pasa nada con lo tuyo, Robbie. Perdón por alarmarte, pero deseo hacerte una pregunta... ¿Dónde se encuentra tu amigo Henry?

—¡Ah! Te referís al Principito, se fue.

—¿Adónde?

—Se fue a la guerra, como Mambrú. Llamé al palacio, a Kensington y tuve la agradable sorpresa de charlar con su viejo, me dijo que estaba en Afganistán. ¿Y para que querés a Henry?

—En realidad quería saber dónde se encontraba. Y ahora que tengo la absoluta certeza, agradezco tu información.

—Deberías estar atento a sus movimientos, porque si hay país dónde las cosas se encuentran bien jodidas, es el lugar que Principito eligió para tomarse unas *tranquilas* vacaciones.

—Eso pensaba —dijo Franco.

Shott lanzó una carcajada.

—Que yo sepa, nunca pediste permiso para actuar. Me asombra que digas eso, deberías hacer caso a tu intuición.

El novio de Mel sonrió.

—Gracias por la recomendación. Adiós.

Mientras Henry recorría la zona, se mantenía atento ante cualquier desnivelación sospechosa del suelo y un incierto silencio en el lugar que recorría, además de no dejar de repetirse una y otra vez las advertencias del coronel Bradbury antes de enviarlo a recorrer la zona en compañía de su colega de trompadas, el subteniente Patterson.

—¡Salgan ahora mismo de ese lugar! —gruñó Bradbury por Handy— Tengo el dato de que se encuentra plagado de bombas apostadas en el suelo. Parker acaba de pisar una y tiene el pie izquierdo destrozado. ¡Rápido! ¿Están ahí?

—Entendido, señor— respondió Patterson.

Tomaron el camino de nuevo hacia el campamento, enredándose en el viscoso fango las rodillas. Eso no era lo peor, escucharon el sonido de varias avionetas sobre sus cabezas. Y algunos estallidos de granadas y ametralladoras a su alrededor.

—Los malditos saben dónde estamos— exclamó Patterson con miedo en la voz.

—¡Hijos de puta! —gritó Henry— ¡Vámonos, Patterson que esto no es broma! ¡Patterson! ¿Dónde mierda te metiste? ¡PATTERSON!

Sentí un grito fantasmal que me puso los pelos de punta. Con la piel de gallina largué la taza de té.

—¿Qué te pasó?—preguntó Tony mirándome extrañado.

—No sé, una sensación muy rara y fea. Un grito o algo así.

—Tal vez haya sido afuera o la televisión.

—No me hagas caso. ¿No se te hace tarde para tomar el avión?

Tony sorbió su taza de café y miró por la ventana.

—Ya me voy, querida. Llegó el auto— agregó tomando el bolso de mano.

Lo abracé con intensidad.

—Amigo, gracias pero muchas gracias por estar a mi lado tantos días.

—Reina, en breve nos encontraremos. ¡Quiero que atiendas mis llamadas! El pobrecito de Xavier tiene muchas ganas de comunicarse con vos, dice que tiene una propuesta que pueda interesarte —posó los labios en mi frente—
Adiós, ma chérie.

Tony salió de la casa y me quedé observando como subía al coche de alquiler.

—¡Esperá! Quiero que me mantengas al tanto de cómo está Henry.

Tony asintió en silencio y dio la orden al chofer para que hiciera arrancar el taxi.

—Patterson se recupera en el hospital y será trasladado a Londres mañana a primera hora—informó Hascott sorbiendo su descolorido y amargo café — suerte que Bradbury me mandó a buscarlos en ese momento.

Henry prendió un cigarrillo y se arrojó en su duro camastro. Ya hacía un mes que se encontraba en Afganistán y tuvo que volver a su viejo vicio porque no podía contener la ansiedad.

El coronel Bradbury se asomó a través de la tienda.

—Gales, tiene una llamada de nuevo. Quizás deba contratar a una telefonista para que atienda su apretada y concurrida agenda.

— ¿Quién es? —consultó Henry dándole una última calada al cigarrillo y pisando la colilla con el taco del borceguí.

—Es su hermano.

—¿Qué quieres?— le preguntó a Louis cuando tuvo el teléfono pegado a la oreja.

—Qué vuelvas a Londres. Hace varios días que padre intenta comunicarse contigo y no respondes sus llamadas.

—Estoy ocupado.

—El mundo entero comenta que en Afganistán siguen jodidas las cosas.

—No me digas— dijo Henry con sarcasmo.

—¡Infeliz! ¡Basta de tomarte en broma todo lo que te digo! Cuando digo *todo el mundo* es en sentido literal.

—No voy a volverme a ningún lado. ¡Y no me des órdenes!

—¿Te recuerdo como tuviste que volver hace años de Kabul? ¡Casi a las rastras porque estabas encaprichado en permanecer allí! Te exijo que sientes el culo en un asiento de avión lo más rápido posible. ¡No hagas que hable con tu superior y se lo haga saber ahora mismo! —Louis habló con ira dejando en claro su rango de futuro rey.

—Retornaré a Londres cuando se me dé la gana. Te recuerdo que ya soy un adulto.

—Henry, el peligro no son sólo las guerrillas o los talibanes. Padre y yo tememos que estén preparándose una emboscada... estás en serio peligro, idiota. ¿De qué manera puedo lograr que lo entiendas?

Louis se refería los rumores difundidos por un pasquín sensacionalista sobre la amenaza de capturar a su hermano y matarlo, comentario hecho por un portavoz de los terroristas.

—Sé cuidarme muy bien y no necesito que estén vigilándome como si fuera un idiota que no tiene manera de defenderse. Mañana debo estar a las cuatro de la mañana cumpliendo unas tareas y quiero descansar algunas horas para estar lúcido. Adiós— dijo Henry y cortó la comunicación.

Louis fue en busca de su agenda. Cuando encontró el número de teléfono no tardó en hacer otra llamada. Esa era la única alternativa que le quedaba: preparar otra emboscada para capturar a Henry contra su voluntad y traerlo aunque sea a la fuerza de nuevo a Londres, antes de que alguien lo hiciera e intentara beneficiarse de ello poniendo su vida en peligro.

Después de la conversación que tuvo con Louis y con la tranquilidad que siempre la caracterizó, Franco de Aguirre volvió a su suite y se inclinó para mirar por debajo de la cama. Levantó una parte del colchón y de la separación que había entre los soportes, sacó una delgada bolsa de papel. La bolsa contenía en su interior infinidad de pasaportes, salvo conductos y carnet de conducir hechos por el mejor falsificador del mundo. Muy pocos sabían de su habilidad porque solo trabajaba con clientes selectos

“Creo que esta identidad es la que necesito”, pensó mientras guardaba los papeles en el bolsillo interno del saco y dejaba la bolsa en el lugar que correspondía.

Por fin se sentía vivo, con cada tarea riesgosa que salía a su paso experimentaba ansiedad y la sangre le fluía con más fuerza en las venas.

Era hora de actuar. Según sus cálculos le afirmó en un gran porcentaje al príncipe Louis que le devolvería a su hermano sano y salvo:

—Alteza, el porcentaje que queda disponible no depende de mí. Estoy pensando si empezaremos a trabajar contra las agujas del reloj, pero haré lo que pueda.

—Mi hermano no se lo agradecerá más que con insultos.

—Conozco el temperamento de su hermano, señor, y sé de qué manera podría actuar. Con o sin insultos, ni mis colaboradores ni yo vacilaremos en el cometido que se nos encargó.

—Después nos reuniremos en alguna de sus oficinas para arreglar el pago, cuando un viaje me lleve fuera de Inglaterra.

—Descuide, alteza. Ahora eso es lo que menos importa.

—Cumpla lo que prometió, por favor.

—Así será, señor.

Desde hacía un par de días que no venía durmiendo bien. Un peso en el corazón hacía que me sobresaltara por cualquier cosa. Mike afirmaba que ese nerviosismo se debía al posible acecho de la prensa amarillista.

—Mejor vamos de paseo porque estoy histérica de tanto pensar— dije confusa.

Caminé mucho alrededor de la playa. Sin poder aguantar más la desazón, llamé a Tony.

—Querida, ¡qué agradable sorpresa! Estoy con Amy, vino a visitarme un rato.

—Mandale un beso de mi parte.

—Ella dice lo mismo, ¿estás bien? Te escucho agitada.

—Es que mientras hablo con vos, camino por la playa —le comenté mientras veía de reojo que Mike me seguía, alejado por pocos metros y continué hablando—: Estoy siguiendo el programa de ejercicios que me recomendaste.

—¡Muy bien! Aunque es lo menos que deberías hacer, pero no es de eso de lo que querías hablar. ¿Pasó algo?

—Desde el mismo día de tu partida, no dejo de sentir una angustia enorme, como si algo muy desagradable fuera a pasar de un momento a otro. ¿Henry está bien? ¿Volvió a Londres?

—Digamos que... —empezó a decir Tony y Amy con un ademán mudo,

negó con la cabeza.

—¿Qué pasó? Entonces sabes algo —me senté en la arena luego de alisar mi cómoda falda hippie y disfrutar del hermoso día de sol.

—Henry llegará en unas horas.

—Entonces está bien— dije suspirando de alivio. Los latidos de mi agitado corazón no se calmaron, pero lo atribuí a la tranquilidad de saber que mi principito no se encontraba corriendo peligro.

—Al parecer tengo que compartir tu mala suerte. ¡Cuánta injusticia! Hasta estoy seguro que si no hubiéramos tenido el mismo número de tienda, podría haberme salvado de este interesante plan de sábado por la noche— se quejó Hascott con fingida amargura.

—¿Sábado por la noche?— preguntó Henry sorprendiéndose en broma.

—Sí— terció Hascott mirando la tranquilidad de la noche y sacando de su extenso chaleco guerrero su clásico termo de metal.

—Olvidé de decirle al mayordomo que lustrara mis zapatos para salir.

—Estás loco de verdad, ¿nadie te lo dijo? Como aquí no tengo cerveza, ¿puede usted contentarte con una taza de café?— la “taza” era la tapa del termo.

—Si no es porcelana de *Limoges* no la aceptaré.

Hascott se acomodó el casco ladeado.

—No es de *Limoges*, ¿está mal si te digo que es de *Sèvres*?

Henry le sacó la tapa del termo de un manotazo.

—La aceptaré porque tiene apariencia fina e intuyo que “esto”— y señaló con la mirada la infusión— no es otra cosa que café colombiano. ¿No?

—El más *exquisito* de los cafés colombianos— aseguró Hascott con una sonrisa.

—No me mentiste, *très magnifique*. ¿Dónde están las galletas de avena?

—¡Ah, perdón!— se disculpó Hascott en tono de falsete sacando del bolsillo una simple hogaza de pan.

—Casi puedo sentir el olor de los bollos recién horneados. ¿Quizás hablamos de un *stollen*?

—¿No ves las nueces? *Es un nuss-Stollen*— señaló Hascott.

Henry hizo rodar el pan en una de sus manos.

—Perdón mi equivocación, Hascott—tomó un sorbo de café—Y Bradbury se queja de tu café. ¿Quién hizo esta porquería?

—Fue Philips.

—Ya me lo suponía. Sin proponérselo es muy inútil. Aunque muy voluntarioso.

—Entonces es un inútil voluntarioso —agregó su compañero arrugando la nariz al probar el café— Cierto, esto parece mierda líquida.

—Ni siquiera mi *carísima* hubiera hecho algo tan feo, ¿te conté de aquella vez en Ámsterdam cuando quiso prepararme el desayuno y por poco incendia el departamento?

—Me contaste varias cosas de *tu* Adrienne pero nunca nada sobre un desayuno en Ámsterdam.

Henry no omitió nada de aquella velada: el *omelette* que por error tenía setas alucinógenas, el horrible desayuno, y la entrada triunfal de Tony con un mata fuegos en la mano.

Al terminar el relato los dos no paraban de reírse.

—¡Ese Tony sí que tiene agallas!— exclamó Hascott.

—Al principio me enojé mucho con él, pero cada vez que lo recuerdo no puedo evitar reírme. Deberías conocerlo. Cuando retornemos a Londres te lo presentaré.

Hascott se alegró que aunque jamás hubieran hablado del tema, Henry se

había dado cuenta de su orientación sexual pero no lo discriminaba.

Dejaron de reír cuando vieron llegar un jeep a toda velocidad.
¿Problemas?

En el jeep viajaban varios hombres que empezaron a abrir fuego sin siquiera detener el vehículo. Eran un total de cinco o seis, lo peor es que llegó otros jeep más también con varios hombres armados y vestidos a la usanza militar.

Henry y Hascott corrieron a refugiarse al campamento y varios centinelas se apresuraron a cerrar bien la fortaleza militar, pero se escuchó un estruendo, sin duda el ruido de una bomba. Las puertas de entrada volaron como si fuera de papel.

—¡Nos atacan como pasó en *Camp Bastion*, fuimos traicionados! ¡A moverse y resistir!—gritó Bradbury.

Entraron unos veinte hombres vociferando maldiciones en árabe y disparando a doquier. Henry sólo entendió su nombre y para evitar que mataran al campamento completo fue a enfrentarse con ellos. Ruido de ametralladoras, cosas que volaban y se rompían. Un desastre, y también un *deja vu* por lo ocurrido en *Camp Bastion* hacía años atrás, pensó Henry con amargura. Su enojo se acentuó cuando Hascott salió a su encuentro para frenarlos y lo atacaron disparándole a mansalva.

Los invasores dispararon a quienes se interpusieron en su camino y cuando por fin lo encontraron lo señalaron con muestras de alegría.

El príncipe no opuso resistencia, alzó las manos y tiró su arma. Los insurgentes lo buscaban sólo a él y no quería muertes por su causa, quien sabe si Hascott estaba agonizante o ya no vivía.

Lo agarraron de los brazos y entre patadas y golpes en la cabeza, además de carcajadas lo empujaron en dirección a la salida del campamento. Varios soldados que se alojaban en el campamento iban a salir en su defensa. Henry

los vio camuflados entre el armamento militar y los vehículos alojados en el lugar, pero el príncipe hizo una seña casi imperceptible para decirles que no hicieran nada, no quería muertos, porque varios militares yacían en el suelo. La elite militar se plegó a esa orden dicha sin palabras porque Bradbury tampoco lo contradijo.

Cuando lo llevaron a uno de los jeeps lo ataron y uno de ellos le dio un golpe en la cabeza, desmayándolo en el acto.

Henry se despertó varias horas después. Abrió los ojos y se encontró tirado en una celda oscura y hedionda. Al no tener siquiera una ventana, no tenía idea si ya había amanecido. Quiso incorporarse pero observó que en cada pierna tenía un grillete de hierro sujeto a unos fuertes anillos que terminaban en las paredes. Por más esfuerzo que hizo, no logró desprenderse de ellos.

“¿Dónde mierda estoy?”

Escuchó que abrían la puerta de la celda y entró uno de sus secuestradores, lo reconoció porque al sonreír se le vio un diente de oro.

—Veo que ya se encuentra despierto—dijo muy sonriente— Ahora podremos hablar.

—Primero debería decirme por qué estoy encadenado como un animal.

El hombre agitó un índice y chasqueó la lengua con desaprobación.

—Las órdenes las daré yo. ¿Entendió, mi querido *Principito*?

—Yo no les serviré para nada, soy un simple militar.

—*Usted* no es igual a ninguno de sus compañeros. Y si quiere seguir con vida, ser devuelto a su familia y a su reino, deberá colaborar con nosotros. Mi nombre es Nasib, un gusto —le tendió la mano— Puede mover los brazos, se los dejé libres para que pueda saludarme.

Henry lo miró con desdén y Nasib retiró la mano.

—Tan soberbio como toda su familia, ¡pero ahora por fin entenderá que

esos aires de superioridad no corren en este lugar cuando se está a mi merced!— y le pegó con el puño en la nariz.

Con indiferencia, Henry se secó la sangre que iba perdiendo. Pero se abstuvo de hacer comentario alguno. Nasib sonrió muy satisfecho.

—Ignoraré esa mirada desafiante que me lanza. Comencemos a hablar y a negociar.

—Creo que se equivocó de persona, porque no tengo ningún valor para negociar.

—En eso se equivoca, por eso ahora escribiré una carta muy bonita al primer ministro pidiéndole que ustedes los ingleses se vayan de aquí de una vez, o de lo contrario, sólo su cabeza volverá a Londres. ¿Entonces ahora colaborará?

—Yo no tengo ningún poder sobre el premier. Usted exagera pensando que una carta escrita por mí tendría algún tipo de valor para persuadirlo.

—Pero al saber que corre peligro su vida, tal vez su padre o su hermano harán lo posible para convencerlo— siseó el otro.

—No escribiré nada.

—Ése no es su problema, así que preocúpese por lo que se le pide. Haré de cuenta que no escuché su negativa y vuelvo a preguntarle —le tendió un anotador de pocas hojas junto a un bolígrafo— Escribirá la carta, ¿sí o no?

Henry escupió a un costado.

—No pienso seguir sus órdenes, violento hijo de puta.

—¡Estúpido y arrogante cerdo con coronita! Ahora sabrás lo que es bueno. ¡Muchachos! —llamó Nasib y varios hombres llegaron a la celda. Eran cinco en total— Enséñenle a éste lo que es la disciplina. Lo quiero desmayado a golpes, pero vivo. ¡Hagan lo que les ordeno!

Se arrojaron sobre Henry y al saber que no tendría escapatoria, porque tenía las piernas apresadas por los grilletes, el príncipe intentó cubrirse la

cara.

Transpirada y casi sin aliento, me incorporé en la cama.

Cuando miré al piso alfombrado, encontré el anillo de diamantes, rodando como si alguien lo hubiera guiado con el dedo. Era aquel que mi Principito me había obsequiado en Venecia. ¿Cómo era posible que se hubiera desprendido de mi dedo?

Intenté dormir pero no me fue posible, mi corazón se estrujó de angustia.

CAPÍTULO 26

El coronel Bradbury observó la llegada de un hombre de distinguido porte y escoltado por tres de sus colaboradores.

—¿Se puede saber quiénes son ustedes? ¡No pueden entrar a este campamento sin el debido permiso!— gritó sin soltar el tubo del teléfono.

Franco de Aguirre buscó un papel y se lo extendió. Bradbury leyó el contenido sin expresión.

—Permítame presentarme, soy Sir Oliver Adkins, colaborador especial de la *Scotland Yard*. Vengo en representación de su alteza real, el príncipe Louis. Necesito hablar con su hermano, su alteza real, el príncipe Henry. ¿Dónde se encuentra?— y paseó su mirada de águila por los alrededores de la tienda de campaña.

El rostro de Bradbury se tornó rojo de furor.

—Estaba llamando para avisar que lo secuestraron y su compañero de tienda está gravemente herido, al igual que varios de aquí.

—No llame, es preferible que sea yo quien se lo diga al príncipe Louis.

Al ver el número en la pantalla de su teléfono, Louis adivinó que se avecinaban malas noticias.

—Alteza, llegamos demasiado tarde. Su hermano fue secuestrado anoche.

Sin soltar el teléfono, el príncipe se agarró la cabeza y cerró los ojos. Tuvo que sentarse para asimilar la noticia.

—Lo siento mucho, cuando le dije que empezábamos a trabajar en contra de las agujas del reloj no imaginé que mis sospechas fueran tan acertadas.

—De Aguirre, le pido que lo salve... no importa cuanto pueda costar, ¡sálvelo!

—Señor, le prometo que moveré todas las influencias que tengo para dar con el paradero de los captores y negociar con su líder. En cuanto sepa algo me comunicaré con usted.

Amy llegó al despacho de su marido en compañía de Xavier y se percataron de la gravedad del caso. Con ver la expresión de Louis fue suficiente.

Al enterarse de la suerte de Henry de la boca de su marido, Amy se puso a llorar. Xavier la abrazó.

—Deberíamos hablar del tema con todo el mundo, que la noticia se sepa ahora mismo— dijo la duquesa entre lágrimas.

—Amy, necesitamos discreción. —Louis lanzó una mirada de gravedad al coiffeur— Xavier, esta advertencia también te incluye.

—Alteza, ¿puedo decírselo a Tony? Él tiene que saber lo que le ocurrió a su señor, y no me lo perdonaría jamás si me guardo este secreto.

Sin dirigirle una mirada a Mike, seguí llenando un bolso con lo más imprescindible que podía llevarme.

—¿Adónde vamos?

—La que viaja soy yo, Mike— respondí buscando mi pasaporte. —Me voy a Afganistán. No importa cómo me las arreglaré para entrar a ese país pero quiero estar allí, cerca de Henry.

—Usted misma me dijo que el señor Tony le había asegurado que su alteza real estaba sano y salvo en Londres.

Sonreí con ironía.

—Entonces enterate de una cosa: me mintió.

“¿Puedo mover la mano?”, movió, con toda la fuerza que pudo, el pulgar y luego el índice. Se alegró de su ínfimo triunfo y por fin se hundió en un agitado sueño plagado de recuerdos y pesadillas.

“Volvía a estar en el campo de juego, el jugador. (Él) se levantó de la silla de montar y quedó sostenido por las piernas afirmadas en los estribos, y con la presión de las rodillas sobre la cabalgadura. Logró su golpe maestro de revés, dado hacia delante pero del lado izquierdo del caballo. De manera magistral, el taco impactó en la bola y logra un tanto al equipo contrario. Escuchó con satisfacción los elogios de sus compañeros y de la gente que presencia el juego. (¿Su padre? ¿Su hermano? ¿Chelsy o quizás Adrienne?). Pero los estribos no son firmes y cae hacia un lado. Sin poder reprimir eso, siente que el cuerpo le duele. Y el caballo desapareció, también la hermosa tarde de juego, junto con quienes presenciaban el partido que jugaba. No pudo mover la mano, ¿Dónde quedó el mazo de juego? Y una negra oscuridad lo envolvió cuando...”

Despertó sobresaltado, creyó que al dormirse no volvería a despertar. Había soñado con uno de los tantos partidos de polo que había jugado a lo largo de su vida, y recordó lo amargado que se sintió cuando su equipo no resultaba ser el vencedor. Qué engreído y estúpido había sido; uno en verdad podía hacerse problema cuando está encerrado en una sucia habitación, con grilletes en las piernas y no podía siquiera ponerse de costado por más voluntad que ponga. Verdaderos problemas eran los que tenía en ese momento.

Ya no le preocupaba el horrible olor de la celda en dónde se encontraba prisionero ni que estuviera engrillado como una bestia. Luego de la infernal golpiza que le habían propinado los secuaces de Nasib, Henry deseó reposar, o al menor huir de esa horrible realidad. La pierna izquierda le dolía como el diablo. La sentía inflamada y ni siquiera podía moverla. Y la cabeza ya era

una especie de tambor, porque latía al ritmo de su corazón, de milagro que la tenía aún sobre los hombros. Cuando quería abrir los ojos, uno le devolvía imágenes confusas y opacas, el otro lo tenía cerrado, gentileza de uno de sus casi verdugos, al plantarle un taconazo de borceguí en medio de la cara cuando estaba ya derrumbado en el piso, y así siguió hasta el momento. Fue afortunado al haber parpadeado a tiempo, porque si bien sentía el ojo del doble de su tamaño, por lo menos no había quedado tuerto.

“¿Quiero dormir o quiero morir?”, No, no morir no quería. Debía resistir.

También tenía mucha sed, pero con mover dos dedos no lograría llegar hasta el cubo de plástico que se encontraba en la esquina de la celda, sólo a unos escasos metros de distancia; aunque para Henry eso significaba que debía ir a buscarlo a Finlandia.

“Si tuviera una campanilla de plata, podría quizás llamar al mayordomo para que me lo alcance, o le diría a Tony que se lo pida”, si no hubiera estado tan exhausto, habría lanzado una carcajada.

No tenía voluntad para levantarse, no tenía voluntad para alargar la mano y conseguir el cubo de agua, no tenía voluntad para mover siquiera todos los dedos de una sus malditas manos. Qué gran militar era, pensó con sarcasmo. Un soldadito de plomo, o tal vez de lata. Y con voz queda, intentó cantar. Pero no en inglés, aquello era demasiado sencillo. Debía ser en su original versión, en francés, para agilizar la mente.

—*Malbrough s'en va-t-en guerre, mironton, mironton, mirontaine...*

¿Cómo seguía? Tenía la garganta tan seca que apenas podía tragar saliva, la cual se le antojó amarga y pastosa. Su mente era una maraña revuelta de hechos pasados, cada vez que quería retener un pensamiento, este huía con la velocidad de la luz. ¿En qué estaba? Ciertamente, en la canción.

La puerta se abrió y los ruidos de unos pasos lo hicieron retornar a la realidad. Un rostro se inclinó hacia él y una sonrisa con diente de oro brilló

ante su maltrecha cara.

—Perdone que no haga una reverencia ante usted, pero no tengo ganas. ¿Cambió de opinión ahora? ¿Está más convencido a colaborar para nosotros?

Henry se abstuvo de responder. Siguió en su inicial posición. Tirado en el piso sucio, boca abajo y con una mano inclinada hacia el cubo de agua.

—Mi querido principito, ahora sabe muy bien de que conmigo no se juega. Me importa muy poco la educación acomodada que tuvo, el rey acá soy yo. ¡Levántese y deme la mano!

Henry hizo un esfuerzo sobrehumano pero no pudo moverse. Nasib, con gesto de impaciencia, lo hizo volverse hacia él dándole un puntapié, dejándolo boca arriba. Henry emitió un quejido de dolor.

—¡Inútiles! —Exclamó el captor a sus secuaces— ¡Está medio muerto!

Franco tomó nota de lo que le dijo Hascott. Se encontraba en el hospital militar y tuvo que esperar media hora para que el joven despertara de los fuertes calmantes que le habían propinado para que el dolor cediera. Estaba vivo de milagro: la ráfaga de disparos que había recibido había perforado un pulmón y quebrado varias costillas, un brazo y el omóplato.

Cuando volvió a su suite del hotel Intercontinental pasó por radio y celular las señas del secuestrador de Henry.

—Busquen por todos lados, consigan informantes, soplones y todo aquel que quiera aportar datos, y llenen de dinero todas las manos que sea. Quiero noticias del jefe de esa organización en una hora. ¿Entendido?

—¿Vas a viajar?

Tony miró a su amigo como si fuera un idiota.

—Mi señor me necesita y partiré a Afganistán.

El coiffeur empezó a comerse las uñas con impaciencia.

—Se necesita un visado especial para entrar.

Tony le mostró su pasaporte, plantándoselo en la cara.

—Tiene todos los sellos que corresponden. Y voy a embarcarme en el primer avión que haya disponible. Sea avión, barco, lomo de mula o en bicicleta— agarró su bolso de mano, dispuesto a esperar en el aeropuerto el tiempo necesario para poder viajar.

—Puedo acompañarte.

—No aguantarías estar allá ni un milésima de segundo, Xavier. Ahora no tengo tiempo para tus peroratas.

—¿No le dirás a Adriana?

Tony dudó. ¿Sería recomendable enterarla de la verdad?

Conseguir vuelo no se me hizo para nada fácil, debí hacer escala en Canadá y después en Dubai, y de ahí viajar hacia Kabul. Mike me miraba como si estuviera loca de atar y cuando Miranda me llamó y le expliqué mis planes, se puso histérica. Primero me amenazó y después me rogó que no fuera. Con Mike no era suficiente para viajar sin riesgo a ese lugar infernal, dijo alarmada. Si tan empeñada me encontraba en seguir con mi loco plan, sugirió que viajara con dos guardaespaldas de Robbie, él podría contratar empleados de seguridad provisorios. Hasta se ofreció a viajar en el avión privado de Shott y encontrarnos en un punto medio.

—Gracias por tu apoyo, pero acabo de escuchar el anuncio de mi próximo vuelo a Dubai— mentí, ya que todavía me quedaba una hora de espera.

En un restó del aeropuerto, pedí un café. Mike engullía unas hamburguesas con papas fritas. El aroma me descompuso.

—Debería comer algo.

—Mike, no me rompas las pelotas. Así estoy bien.

Era evidente que todo el mundo estaba empeñado en llamarme en ese momento, así que cuando volvió a sonar mi celular no me sobresalté.

—Tony.

—Querida, estuve a punto de partir sin decirte nada, pero al final me di cuenta de que tienes que estar enterada de la desgracia que pueda llegar a ocurrir.

Sorbí un poco de mi taza.

—Te escucho.

—Mi señor fue secuestrado anoche y viajo ahora mismo a Afganistán. Tengo que hacer un montón de trasbordos en el camino porque no conseguí ningún vuelo directo.

—Ok.

—¿Escuchaste lo que te dije?

—Sí, ya te escuché.

—¿No te preocupa lo que pueda llegar a pasarle? ¡Pensé que con esta noticia te dejaría hecha un mar de lágrimas!

—Tony, siempre supe que esto iba a suceder, y por más que mentiste al decirme que él se encontraba fuera de peligro, me negué a creerte.

—Está bien, esa tranquilidad se debe a tu inmensa entereza, Adriana. Te cuento que Louis llamó al novio de tu amiga, aquel espía que tiene ojos glaciales, el tal de Aguirre. Según lo que investigué, es el más hábil y escurridizo de todos los agentes encubiertos que hay en el mundo. Trata de descansar lo más que puedas, porque te quiero fuerte para esta tragedia.

—Lo voy a estar porque ahora mismo viajo para allá —informé.

—¡Qué! ¿Dónde estás?

—En Ottawa, esperando mi vuelo a Dubai y de ahí haré conexión con

Kabul.

—Ahora mismo sacas un pasaje y vuelves a Uruguay

—No me digas lo que tengo que hacer.

—Una vez fui en compañía de mi señor y sé cómo manejarme, pero tú no. ¡Además son tan machistas, que tendrás que cubrirte de pies a cabeza con una *burka*, ya que si no lo haces, lo tomarán como una afrenta en contra de sus tradiciones!

Me incorporé de la silla de un salto, siempre con el celular en la mano. Mike soltó una de las hamburguesas. Me creía capaz de todo.

—¡Voy a llegar hasta Henry como sea: con o sin *burka*, con frío, con calor, viva o muerta!

—Adriana, por favor.

—No pretenderás que vuelva a Punta del Este a mirar el techo con tranquilidad.

—Está bien, cuando te pones así, no hay quien te convenza de lo contrario. Reservaré dos habitaciones en algún hotel de la zona.

De Aguirre observó la información escrita que logró reunir: a casi dieciocho horas de la captura de Henry, estaba justo dónde pretendía llegar. Sus colaboradores fueron exponiendo cada una de las averiguaciones que obtuvieron en una hora. Cuando todos terminaron de hablar, Franco los observó a todos con visible orgullo y se estiró en el sillón. Luego prendió un habano.

—Excelente trabajo, ahora vamos a rescatarlo.

Llegué a Dubai con un vuelo que pareció durar toda una eternidad. En el

aeropuerto me recibió un extenuado Tony y tapado con unos enormes anteojos de sol. Nos fundimos en un abrazo.

—Querida, lamento haberte gritado. Es que estoy hecho una pila de nervios.

—Yo también. Pero vamos a Kabul, no quiero perder más tiempo. ¿Qué voy a hacer si algo grave le ocurrió? Me volvería loca— intenté pronunciar algo que se me resbalaba de los labios—: ¿Y si está...?

El asistente de Henry me tapó la boca.

—No se te ocurra decirlo, te lo prohíbo. Esos tipos tendrían pésimas intenciones al capturarlo, pero no son idiotas, Adrianilla.

—Espero que sea así. ¿A qué hora sale el vuelo a Kabul?

Tony estrujó su abanico cerrado.

—Sí es que te dejan entrar allá, Adriana. Hagamos el intento, ya saqué pasaje para los dos, aunque lo dudo porque no tenés un visado especial. El vuelo es en media hora, intentemos.

Franco de Aguirre bajó del auto y observó con disgusto el lugar dónde había llegado: un desolado campo con apenas rastros de vegetación cerca de un edificio de dos pisos en patético estado. Iba acompañado con tres soldados con insignias de la cruz roja. Antes de llegar a la guarida, dos hombres armados se interpusieron en su camino.

—*Salaam Alaikum*—saludó llevándose la mano al pecho— Vengo a ver al señor Nasib Riaf, más conocido como el “Diente de oro”. Soy Sir Oliver Adkins, y quiero hacer negocios con él.

Tanta desenvoltura confundió a los guardianes, que lo miraron con desconfianza.

—Nasib no hará negocios con nadie, *míster*— dijo uno de ellos

aproximándose de manera amenazante, pero uno de los soldados que lo acompañaban se enfrentó a él, dispuesto a actuar en su defensa. De Aguirre lo apartó con un gesto, no quería llevar las cosas a un punto violento sin que fuera necesario.

—¿Ni siquiera con un emisario de la casa real británica? —Preguntó sonriente— Necesito hablar con su jefe, tengo un trato para ofrecerle que quizás pueda llegar a interesarle, haremos un trueque. Él tiene “algo” muy valioso por intercambiar conmigo.

El secuaz de Riaf abrió la puerta y los invitó a pasar. La estancia del lugar era sucia, maloliente y oscura. Se sentaron en unos cajones de madera para aguardar al “Diente de oro”, quien no tardó en llegar.

—*Ahlan-Wa-Sahlan*, Sir Adkins. Esto no es el Ritz, ¿verdad?— dijo de manera burlona.

Se estrecharon la mano y después se acomodaron sobre idénticos cajones de madera, uno enfrente del otro, con una mesa de por medio.

—Lo esperaba con ansias. Aunque dada las circunstancias, aguardaba quizás una visita más ilustre, tal vez al hermanito mayor o al viejo de este chiquilín al que tenemos *reposando* en nuestra “confortable” residencia de vacaciones. ¿Quiere un té?

—*Shukran*, pero ahora no quiero nada. ¿Dónde está su alteza real?

Nasib chasqueó la lengua con desprecio.

—Todavía no, Sir. Aún tenemos que negociar, ¿qué tiene para ofrecerme?

Como si estuviese en una reunión de amigos, Franco sacó su caja repleta de habanos y le ofreció uno a Riaf. Ante la negativa del otro, prendió el suyo y en medio de la primera bocanada de humo que lanzó, empezó a decir:

—Depende de lo que usted quiera, señor Nasib.

Riaf sonrió mostrando su valioso diente.

—Usted me cae bien, es muy astuto. ¿Qué tal si hablamos de sacar de mi

país las asquerosas tropas de su reino? Si no el principito estúpido se muere en este mismo instante, desparramando su sangre real por las paredes.

Franco movió la cabeza en señal de negación.

—Riaf, creí que tenía ante mí un hombre inteligente. ¿De verdad piensa que dándole muerte al príncipe Henry va a lograr algo? Si algo le ocurriera, tendrá serias dificultades, pero serias de verdad. La organización para la cual trabajo, los hará picadillo, y en el reducto dónde quieran esconderse, por más alejado o seguro que piense que sea, de todas maneras los encontrarán y no tendrán piedad con ustedes. La invasión aquí seguirá, mejor que me entregue a su alteza real, y después haremos de cuenta que usted y yo no nos conocimos nunca.

Nasib lanzó una carcajada.

—Usted no me entendió, ¿quiere llevarse como recuerdo un poco de los sesos del principito en su costosa camisa?

—Riaf, es usted un hombre inteligente, piénselo bien. Además tengo veinte razones para ofrecerle: si las acepta, me llevaré a su alteza real y esto quedará aquí. Si no las acepta, puedo darle las condolencias ante de retirarme, porque en menos de lo que cante un gallo, se volverá un cadáver.

Riaf pareció dudar. El rostro de Franco permaneció imperturbable, pero sabía que tenía la victoria entre sus manos.

—Hagamos de cuenta de que acepto, ¿cuáles son las veinte razones de las cuales me habla? —señaló con el pulgar, sin dejar de sonreír en dirección a una de las habitaciones traseras de la casa y agregó con sorna—: Pero apúrese, porque el chico está en las últimas y casi no haría falta que le de mi especial “toque de gracia” para que repose en el cielo al lado de la madre y junto a todos sus linajudos ancestros.

Sin responder, Franco de Aguirre alias Sir Oliver Adkins sacó de un bolsillo una bolsita de terciopelo negro y al abrirla en la gastada mesa que

tenían ambos enfrente, cayeron varios diamantes en su estado más puro.

—Cuéntelos, estas son “las veinte” razones que tengo para obsequiarle, ni uno más ni uno menos.

—Pero la vida de un príncipe vale más—murmuró “El diente de oro” sin apartar la vista de las piedras preciosas.

—En este momento sí. ¿Ahora entiende que si mata a su alteza real no ganará más que su perdición? En cambio ahora, puede ser un hombre acomodado y desconocido también. —Le guiñó un ojo con complicidad— ¿No es mejor este cambio a pedir quimeras, mi estimado Nasib?

—*Na' am*— estuvo de acuerdo Riaf e iba a apoderarse de los diamantes con sus sucias y toscas manos pero Franco se lo impidió, guardando los diamantes.

—*¡La, afwan!* Usted deberá cumplir con su parte del trato, así que deme ahora lo que le pedí, mi querido señor.

—Los diamantes no me conforman, Sir. Vamos a ver a su “protegido” y cuando vea en el estado en el que está, podrá darse cuenta de que conmigo no se juega.

Franco hizo un gesto a sus acompañantes y los cuatro junto a Riaf llegaron a la celda.

Al abrirse la puerta de la habitación, Franco observó el lastimoso estado de Henry y lanzó una mirada de furia a Riaf, quién sonrió con inocencia y se acercó al herido poniéndose nuevamente serio. Sacó un revólver y lo posó en la frente del desmayado príncipe.

—Puedo apretar el gatillo y todo se termina acá, mi considerado Sir ¿Quiere que le vuele la cabeza o...? —bajó el arma hasta el estómago de Henry— ¿O tal vez le parece mejor que lo deje hecho un revoltijo de tripas arruinadas?

Franco hizo un gesto a uno de sus colaboradores, el cual sacó de una

bandolera de cuero una *notebook* y la encendió. De Aguirre se la tendió al secuestrador.

—Esto es lo que tengo para ofrecerle —le dijo siempre sonriente—
¿Quería que las tropas del Reino Unido se retiren de Afganistán?

El terrorista recibió el ordenador de la mano de Franco y se encontró con el rostro del primer ministro que lo miraba desde la pantalla de la *notebook* y prestó atención. Los demás quedaron muy quietos y también escucharon:

“A pedido de su alteza real el príncipe Edward, y de su hijo, su alteza real el príncipe Louis, ofrezco al señor Riaf el siguiente trato: si decide dejar en libertad al príncipe Henry a cambio del siguiente acuerdo; prometo que las tropas británicas serán retiradas de todo el país en el transcurso de *tres meses*. Este mensaje no fue difundido y pido que la grabación una vez escuchada y observada, sea destruida. Muchas gracias. Adiós.”

La pantalla quedó a oscuras y el ayudante de Sir Oliver tuvo de nuevo la computadora en sus manos, la guardó en su sitio.

El “diente de oro” parecía desconcertado.

—Supongo que no puede menospreciar semejante pacto, ¿verdad, señor Riaf? ¡Ah! Por supuesto que las “veinte razones” siguen siendo tuyas. ¿Fui lo suficientemente claro?

Nasib no se dejó convencer al instante, volvió a posar el arma sobre el corazón de Henry.

—¿Y si le digo que me importa una mierda lo que me ofrecen y que no tengo ganas de hacer ninguna alianza con ustedes, asquerosos cerdos de la corona?

—Hágalo de una vez, mátelo. No pierda el tiempo, Nasib. Adelante —lo desafió siempre sonriente— Y después no diga que no se lo advertí, porque mañana será un hombre muerto y sus restos serán devorados por los cuervos.

El secuestrador guardó el revólver en uno de los bolsillos internos de su

raído pantalón y esbozó también una sonrisa.

—Sir Adkins, creo que usted es el diablo en persona. Acepto el convenio. ¡Y llévese a ése principillo idiota de mi vista antes de que me arrepienta!

Franco hizo una seña a sus ayudantes. Los tres soldados, también expertos enfermeros y uno de ellos, médico, revisaron el pulso y la pierna de Henry. Los acompañaba una joven de corta estatura, vestida también con un impecable uniforme blanco con la cruz escarlata en la cofia.

—Está deshidratado, tiene fiebre y no sé si podremos salvarle la pierna, Sir. Debemos apurarnos— manifestó el doctor.

Hicieron entrar una camilla, dejando al príncipe sobre la misma, con cuidado de no moverlo demasiado, pero una de las ruedas de la camilla se ladeó al pasar por el living del refugio, haciendo que la mesa dónde se encontraban negociando Sir Oliver y Riaf minutos antes, se cayera. Los seguidores de Riaf y el mismo cabecilla se descuidaron; De Aguirre aprovechó para reemplazar la bolsa con los diamantes, guardándola en la manga izquierda del saco y de la derecha sacó un envoltorio de terciopelo exactamente igual. Nadie notó ese cambio.

—Perdón la torpeza, señor Nasib— dijo De Aguirre dejando la mesa en su sitio, con la bolsa que contenía las piedras preciosas, y agregó—: es la gente que me ayuda, se encargará de llevar al príncipe a un lugar donde puedan darle asistencia médica.

—Fue un gusto hacer negocios, Sir Adkins. *As-salaam-aleykum*.

—*Ma' as-salama* (Adiós) — murmuró de Aguirre con recelo.

Ante la nueva distracción del secuestrador de Henry, de manera rápida pegó un aparatito en la parte baja de la mesa. Cuando el del diente de oro se volvió hacia él, seguía en la anterior posición, y al igual que antes, nadie había notado su ligero movimiento. Y venciendo la repugnancia que le provocaba aquel despreciable ser, se arrojó sobre el malhechor para darle un

abrazo, pegándole un aparatito similar en la espalda y agregó al separarse de él:

—El gusto fue mío al hacer negocios con usted.

Se encasó de nuevo el sombrero y subió junto con sus ayudantes al auto en el que había llegado. La ambulancia que llevaba a Henry partió con prisa en dirección al hospital más cercano seguido por el coche de Franco.

Cuando estuvieron a varias millas de la casa de donde rescataron a Henry, De Aguirre sacó de uno de los bolsillos del saco algo similar a un control remoto y presionó un botón rojo. Al instante surgió un denso humo, que parecía provenir del refugio de Nasib. Lo que había dejado pegado por debajo de la mesa y en la espalda de Nasib, era una de las bombas más sofisticadas que había en el mundo, y también de las más poderosas.

—*Touché, Riaf. Y Ma' as-salama*— dijo De Aguirre sonriendo.

Uno de los enfermeros le palmeó las mejillas con suavidad.

—Alteza, reaccione. ¿Me oye?

Henry despertó a medias e intentó aspirar aire pero no podía. Tenía los labios morados por causa de la falta de aire.

El doctor le ubicó una mascarilla de oxígeno. El pecho del príncipe pareció agitarse un poco menos. El profesional se dirigió a la enfermera.

—Converse con él.

Ella se inclinó sobre Henry.

—*Altesse, pouvez-vous m'écouter? Je m'appelle Lucie et je me trouve ici pour vous assisster.*

Sosteniéndose la mascarilla, Henry hizo un gesto de asentimiento. Qué estuviera consciente y entendiera el idioma era buena señal.

Lucía continuó hablando mientras le pasaba por la frente un algodón

embebido en agua para sacarle las costras de tierra que se habían adherido a su piel.

—*Le danger est passé, et vous pouvez maintenant vous reposer. Et quand il reviendra, vous pourrez retourner a Londres avec votre famille.*

Henry agudizó la mirada e hizo el intento de hablar a través de la mascarilla y la señaló como pudo con el índice.

—*Ne parlez pas, altesse.* —pidió ella con ternura.

El maltrecho cerebro de Henry hizo una conexión: esos ojos castaños que le lanzaban una mirada repleta de sensualidad a través del velo mientras danzaba junto a una pesada espada. ¿Había sido en Marruecos? Ojos rasgados, grandes. Quizás por el maquillaje de kohl.

—Fez...baile... odalisca, la amiga de Adrienne...—balbuceó a través de la mascarilla— ¿Maryam? No. ¡Mel!— exclamó. Luego sus ojos volvieron a cerrarse, y desvanecido, volvió la cabeza al costado.

El doctor le tomó el pulso y verificó sus demás signos vitales.

—La fiebre es alta pero el desmayo se debe a que se encuentra exhausto —apuró al conductor— ¡Rápido, que puede volver a descompensarse!

—*Míster*, no hay problema con el señor —el empleado de aduanas se refería a Mike— pero *madame* Mora *no* puede entrar. Le aconsejo que se resguarde en algún país como los Emiratos. Aquí son muy duros con las mujeres, por más que se trate de una turista.

—*¡Min fadlak!* —Suplicó Tony— Será por un tiempo muy breve.

El empleado me miró de pies a cabeza y no le sostuve la mirada, si no que bajé la mirada hacia el piso, en señal de modestia.

—Está bien, pero mi permiso será por un espacio de veinticuatro horas. Pasado ese tiempo debe estar fuera de Afganistán —me lanzó dardos con sus

oscuros ojos color carbón— Cúbrase con un pañuelo grande y que no quede una sola hebra de cabello al descubierto. Sobre la ropa que lleva ahora, póngase una túnica de cuello alto cuyo ruedo llegue hasta los pies y mangas que tapen por completo los brazos.

Asentí siempre mirando hacia el piso.

—*¡Shukran!*—exclamó Tony muy contento— Vamos, Adriana. Y por última vez volvió a saludar al hombre que nos había atendido— *¡Ma' as-salama!*

Nos dirigimos al hotel. Durante el trayecto, Tony hizo que me cubriera la cabeza con un pañuelo de seda. Igual, sin el atuendo típico, logré llamar la atención. “¡Cúbrase, mujer!”, me gritaron al verme.

Una vez instalados, una mucama nos hizo llegar varios ropajes “permitidos”: eran todos toscos y de tela muy ordinaria.

—Voy a descansar un rato, y te aconsejo que hagas lo mismo. En cuanto sepa algo, voy a llamarte y en un minuto tendrás que estar lista, de lo contrario me iré solo. — cerró la puerta de mi habitación, dejándome sola con Mike. Quién se acomodó en un sillón-cama cercano.

Me di un baño y me metí en la cama. Varios pensamientos asaltaron mi mente, y no pude hacer nada por reprimirlos, hasta que el cansancio me venció por completo y me hundí en un profundo sueño.

—¡Adriana, despierta ya! ¡Encontraron a Henry! A mi señor lo están llevando al hospital central— gritó Tony desde la puerta de mi habitación.

Pegué un salto, me dirigí al baño y empecé a ponerme mis ropas de “gala”: unos holgados pantalones negros, una camisa larga y la túnica dónde podían caber dos Adrianas juntas. Tony me ayudó con el pañuelo de algodón, aferrándolo a mi cabeza para que no quedara ningún mechón al descubierto. El pañuelo parecía usado y despedía un espantoso olor a guardado.

—La tela me raspa y parece que no la lavaron. Alguien lo utilizó. Y...

¡creo que tiene mocos pegados!— señalé uno de los bordes del pañuelo.

Pacheco tomó un spray de su bandolera y lo roció un poco.

—Ahí tienes, ya lo solucioné.

—Pero sigue sucio igual.

—Pero si tenía algún microbio pegado ahora sí que lo fulminé. ¡Vámonos ya!— exclamó mientras me tomaba la mano.

Con Mike siguiéndonos a la misma velocidad, cruzamos el pasillo del hotel y el *lobby* a las carreras. Un botones nos consiguió un taxi y ni bien nos acomodamos en el vehículo, Tony gritó al conductor:

—¡Al hospital central!

Llegamos en pocos minutos. Tony ni siquiera se preocupó por regatear, por lo cual el taxista no nos deseó suerte, y además de eso, antes de alejarse nos dedicó un par de improperios.

—¿Qué dijo?— pregunté.

—Idioteces que no importan en este momento —volvió a agarrarme de la mano, refiriéndose ya a Henry —lo iban a trasladar a aquella sala. ¡Allá lo llevan!

Cuando nos acercamos a la camilla ahogué una exclamación de pena al ver a Henry en tan mal estado: tenía un ojo amoratado e hinchado, la nariz con sangre seca, la barba crecida; rastros de golpes y cortes en las mejillas y en el mentón, y parecía haber adelgazado varios kilos. Su brillante pelo rojo estaba sucio y separado en mechones desordenados. Una mascarilla de oxígeno le tapaba gran parte de la cara.

—¡Henry! ¿Qué te hicieron, mi amor? ¿Puedes oírme? Soy tu *carísima*— grité pero uno de enfermeros me dedicó un empujón.

—¡Apártese! A cuidados intensivos ya —exclamó el médico a sus ayudantes y Tony se aproximó hacia él.

—Soy el colaborador directo de su alteza real y estoy en representación de

su hermano, el príncipe Louis. Dígame adónde lo llevan y que es lo que tiene — pidió al médico.

—Ya lo oyó, lo llevamos a cuidados intensivos. Está muy delicado. Más tarde les informaré su evolución. ¡Háganse a un lado y déjenos pasar!— nos cerró las puertas de la sala en la cara.

Nos quedamos con Mike y Tony a la espera de noticias, en la sórdida salita de espera.

Varias horas después, una enfermera salió y Tony corrió hacia ella. Le habló en árabe. El asistente tomó asiento de nuevo.

—Están tratando de salvarle la pierna, pero hay un problema peor.

—¿Cuál?— pregunté en un grito.

—Este hospital está repleto y no pueden darle la atención que se merece... dijo que el doctor saldrá en unos instantes a hablarnos.

El médico no tardó en llegar. Nos explicó que si queríamos que Henry fuera curado y atendido como lo necesitaba, debíamos trasladarlo a otro hospital.

—Le recomiendo que sea retirado en jet privado a una clínica de Dubai. Ahora mismo contactaré a un colega, uno de los traumatólogos más prestigiosos de medio oriente para que se traslade allá y se haga cargo de él, si usted está de acuerdo— dijo a Tony, quien tenía la autoridad necesaria, en ausencia de Louis, para tomar la decisión adecuada.

—¡Lo que sea! —Exclamó Tony— Ahora mismo llenaré los formularios, pero, ¿está en condiciones de viajar?

—Es joven y fuerte, y con los cuidados necesarios, no habrá ningún peligro. Acérquese a recepción a firma el papeleo correspondiente.

Al sentarme junto a Mike (Tony no había vuelto aún), empezó a sonar mi celular.

—Miranda.

—¿Pasó algo?— consultó la novia de Shott pensando que había sucedido la peor de las tragedias.

Le expliqué el estado de Henry, y su próximo traslado a otra clínica.

—Qué lo lleven a la clínica que ayudé a construir junto a mi padre hace algunos años—dijo Robbie, muy impaciente— Es en Dubai, ahora mismo contrataré un jet privado para que lo trasladen hasta allá.

Corté la comunicación un poco más tranquila.

Tony le informó a Louis que el príncipe Henry sería trasladado a Dubai y entonces decidió esperarlo ahí mismo. Cuando Louis entró a la clínica seguido por dos colaboradores suyos, fue un gran revuelo, porque todos sabían quién era. A su paso también iba Franco de Aguirre. Se dirigieron a solas al bar del dispensario para charlar acerca de los recientes hechos ocurridos.

—Agradezco su trabajo, señor —dijo Louis. Sacó una chequera del bolsillo de su abrigo y empezó a escribir una suma.

—Eso lo hablaremos después, ahora todos nos encontramos muy alterados por lo que acaba de suceder.

—Lo prometido es deuda —dijo terminando de escribir y dándole el papel — Quizás la otra parte se la entregue cuando demos con los captores de Henry. ¿O ya están presos?

—Están en un lugar donde no podrán molestar ya a nadie, señor — respondió Franco con una enigmática sonrisa, y Louis recordó cual despiadado y frío podía ser aquel hombre. Le habían dicho que no tenía tapujos en matar si era necesario.

—Bueno— respondió con un escalofrío, al fin y al cabo, ¿qué le importaba? No era cosa suya. Su hermano se encontraba vivo. Ahora el

precio sería diferente, y volvió a llenar un nuevo cheque. ¿Cuánto costaría la vida de un terrorista muerto? ¿Sería aceptable la suma?

—Ha sido un placer hacer negocios con usted. Adiós— guardó los cheques en el bolsillo del saco y con una ligera inclinación de cabeza, se levantó de la silla y se dirigió a la salida del hospital. Louis sorbió su café y volvió a mirar un segundo después la puerta, pero De Aguirre había desaparecido. ¿Tan rápido? ¿Cómo era posible?

El avión privado que trasladaría a Henry, estuvo listo en dos horas. Con varios llamados telefónicos, Robbie Shott había movido todas las influencias que tenía.

Imploré que me dejaran aunque sea un mínimo espacio en el jet de traslado, por nada del mundo quería separarme de mi principito. Según lo que me informaron el viaje sería corto, pero necesitaba sostenerle la mano mientras llegábamos a la clínica. Henry estaba sedado, y constantemente monitoreado por dos médicos.

Entre sueños murmuraba llamando a su madre o a mí.

—¿Adrienne?— preguntó con voz queda sin abrir los ojos. Uno de los médicos me aseguró que estaba delirando.

—Sí, acá estoy, amor— respondí sosteniéndole la mano y acariciándole los dedos. Deseaba que se despertara, pero era poco probable porque que las drogas para atenuarle el dolor y soportar el viaje que le habían propinado eran muy fuertes.

Y como nada se puede ocultar por mucho tiempo, la prensa se enteró de lo que le había ocurrido. Cuando llegamos al aeropuerto, y una ambulancia equipada con varios médicos recibió a Henry, el revuelo de cámaras de televisión, cronistas y fotógrafos era ineludible.

La ambulancia partió y me abracé a Tony por un lado y por el otro, escondí la cara en el musculoso pecho de Mike, quien fiel a acompañarme adónde fuera, lucía unas ojeras que lo hacían parecerse a la versión fornida de un mapache de dibujos animados.

—¡Es Adrienne! ¡Adrienne Mora!— señaló uno de los fotógrafos. ¿Cómo mierda se había dado cuenta si casi no se me veía la cara?

—¡Diablos! —exclamó Tony sin dejar de abrazarme y mirando como la nube de *paparazzi* se aproximaba hacia nosotros.

Llegamos a un coche de alquiler y explicamos al conductor que nos debía llevar a la nueva clínica de Dubai. Los periodistas se apelotonaron en las puertas, golpeando con sus micrófonos las ventanillas del auto. Escuché sus insoportables preguntas:

—Adrienne, buenas noches. ¿Es cierto que ni bien se enteró de la noticia viajó para estar al lado del príncipe Henry?

—Adrienne, sabemos que está preocupada por el príncipe pero por favor respóndanos esto, y es lo único: ¿Con este desinteresado acto queda confirmado que perdona a Henry por su infidelidad?

—Señorita Mora, ¡sólo una foto exclusiva! Sáquese el pañuelo de la cara y confirme si en verdad perdona al príncipe.

Enfurecida, me corrí el pañuelo para gritar muy alterada y con el rostro desencajado:

—¡Déjenme en paz!

La marea amarillista nos dejó el paso. Extenuada, me hundí en los brazos de Tony, no quería otra cosa más que llegar al hospital y no separarme ni un instante del lado de Henry.

Cuando llegamos a la sala del primer piso de la clínica, Tony hizo que esperáramos a unos metros y se dirigió a Louis, quien se levantó de la silla y fue a su encuentro. Con una seca inclinación de cabeza, el hermano de Henry

me saludó. No me atreví ante tanta muestra de frialdad, acercarme a él. ¿Le molestaba de verdad que estuviera allí?

—Alteza, ¡qué bueno verlo! ¿Mi señor ya está en su habitación?

—No, ahora mismo lo llevarán a quirófano; el traumatólogo acaba de llegar, van a operarlo para ver si pueden hacer algo por su pierna. Es arriesgado porque Henry está muy débil, pero según me dijo uno de los médicos no se puede esperar más tiempo.

—Adriana estaba enloquecida y no pude detenerla, ella ama mucho a mi señor, como usted puede comprender.

—Sé lo que mi hermano siente por Adrienne, pero me temo que habrá problemas.

—Alteza, ella no va a molestar. Solo pide estar aquí hasta que el señor Henry se reponga y por más que la eche, es capaz de dormir en la calle del hospital.

—No es por Adrienne, pero mi padre, en un arrebato de desesperación, tomó el teléfono y llamó a Andrew Owen-Keller. Su hija Chelsy debe estar llegando acá en cualquier momento.

—¿Chelsy, aquí?

—No puedo echarla, ella vendrá y se quedará aquí. Sabes muy bien como es.

Las horas fueron pasando lentas, impasibles y agotadoras. Después de un tiempo que me pareció la mismísima eternidad, el cirujano salió al encuentro de Tony y el príncipe Louis.

—La operación salió bien, cuando se reponga y se sienta fuerte, pueden trasladarlo a Londres.

Pacheco se puso serio y me tomó de ambas manos.

—¿Pasa algo?

—Sí, Adrianita. Quizás lo que te diga no va a gustarte, pero *alguien* va a llegar ahora...

No logró terminar la frase cuando apareció ella: tacos altos, cabello rubio brillante hasta la cintura. Sacudió su impecable melena y se sacó los anteojos de sol. Con la altanería que la caracterizaba, saludó con un beso en cada mejilla a Louis, quien no reprimió una mueca de contrariedad.

—Me enteré de que *mi novio* se encuentra fuera de peligro. Estaba segura de que eso ocurriría. Con tu permiso, saludaré a Tony.

La Owen-Keller sonrió con satisfacción a Pacheco O'Higgins.

—Siempre estaré al lado de Henry, mi querido Tony. *Siempre*— volcó su mirada celeste hacia mí, y se fijó en mi ropa de musulmana pobre.

—¿Y esta tipa que hace aquí?— preguntó con la nariz bien en alto.

—Vine por Henry.

—No, mi querida. Tu lugar no es en este sitio.

—Basta, Chelsy. Adriana acompañó a mi señor desde Kabul y tiene todo el derecho del mundo para estar en este lugar— dijo Tony indignado.

La rubia lo señaló con un índice terminado en una larguísima uña con una lunita a la francesa.

—Esto es obra tuya. Por tu culpa esta mujer se cree con derechos de estar acechando el lecho de mi novio. Pero en Londres ya arreglaremos cuentas, pero... —miró con horror una de mis manos— ¿Qué es eso que veo en tu dedo? ¡El anillo de la madre de Henry! ¡Atrevida!

—Basta, Chelsy —pidió Louis acercándose a ella.

—¿No viste el anillo de tu querida madre en el dedo de una vagabunda? Tu hermano es un irresponsable.

Me agarró del brazo con dureza y torció mi mano.

—Dame ahora mismo ese anillo, prostituta.

No reaccioné, solo lancé un gemido por el dolor físico y espiritual que me proporcionó aquella mujer. Pero ella logró su cometido, y con un mohín de disgusto, dejó la joya en la cartera.

—Antes de que te vayas, te haré un pequeño favor, querida. Pero no me lo agradezcas porque es *gratis*, ya que me das mucha lástima.

—Y ya que le sacaste el anillo que perteneció a la madre de mi señor deberías dármelo a mí, porque quien debería tenerlo es él— dijo Tony pero la Owen-Keller siguió lanzándome dardos venenosos, imperturbable a lo que le decían:

—Con toda sinceridad, ¿de verdad pensaste que algún día podrías formar parte de la familia real? Tan insignificante y fea, y con esos horribles ojos de rata, una boca que no dice nada, aquel pelo pajoso. ¿Te creíste que Henry se iba a casar con una tipa que no vale un chelín?— mientras la miraba a través del prisma de mis lágrimas, el placer de ella parecía aumentar, porque se burlaba de mí y sonrió todavía aún más, llena de satisfacción—: El cuento de la cenicienta se terminó para ti.

Chelsy se puso seria y gritó con los ojos en llamas, dirigiéndose a mí:

—Ahora me cansé de perder mi tiempo. ¡Fuera de mi vista, lárgate!

Me eché a correr como si el diablo me persiguiera, Mike me siguió a la misma velocidad.

Corría y lloraba a la vez, ¿adónde me dirigía? No lo sabía. Mike consiguió alcanzarme y me arrojé a sus brazos, lagrimeando a mares y sintiéndome más sola que nunca.

Mi guardaespaldas me rodeó con sus poderosos brazos y llamó a un taxi.

—Vamos al hotel, señorita.

—Pero no tengo plata.

—No se haga problema, el señor Robbie ya había reservado dos habitaciones por si nos quedábamos más tiempo —no agregó nada más del

tema y decidió hablar de otra cosa, pensando que quizás lograría hacerme olvidar del discurso que me había dado Chelsy—Apenas lleguemos, llamaré a la señorita Miranda. Quizás la espere en el aeropuerto y se vayan a Punta del Este las dos juntas.

—Sí, mañana quiero volver a Punta del Este— murmuré.

Cuando el coche arrancó, Tony por fin había llegado. Con agitación y demudado, observó como el taxi se alejaba lejos de la clínica.

—¡Adriana, vuelve! No te vayas— gritó con el poco aliento que le quedaba pero el auto siguió su rumbo.

CAPÍTULO 27

—No te veo preocupada por mi hermano.

—¿Se encuentra fuera de peligro? ¿Pudieron salvar su pierna herida?— consultó Chelsy.

—Sí, el médico nos lo aseguró hace unos minutos— respondió Louis disimulando apenas el disgusto que le causaba mantener una conversación con ella.

—Esa era la noticia que esperaba porque no pido otra cosa más que tu hermano se reponga de aquella horrible experiencia que acaba de sufrir—dijo *Chelsy* aunque pensó: “No quiero unir mi vida a la de un asqueroso e inútil lisiado”.

—Chelsy, basta de fingir.

—¡Qué horrible calumnia! Aquella india caza fortunas te habrá llenado la cabeza en mi contra. El cariño que me une a tu hermano es sincero.

Asqueado, Louis volvió a pensar, que hasta qué punto una persona era capaz de rebajarse por un título o un bienestar económico.

El traumatólogo que operó a Henry se acercó a ellos.

—Ya lo trasladamos a su habitación, aunque todavía no despertó. La fiebre bajó y se encuentra descansando.

—¿Puedo verlo?— preguntó ella estrujando con ansiedad su pañuelito de encaje.

Chelsy entró a la habitación. Al verlo profundamente dormido, con el alma en vilo observó la pierna, el yeso era rígido. Pasó una mano para cerciorarse de una incógnita que tenía.

“Entonces no me mintieron, tiene las dos piernas.”

— ¿Tratando de ver con tus propios ojos si estoy entero, Chelsy?

—¡Henry, amor mío! Suerte que estás consciente— se acercó a la

cabecera de la cama y empezó a llorar—: ¡Tuve tanto miedo de que aquellos brutos terminaran matándote!

Henry hizo una rápida conexión en su sedado cerebro. Con dificultad, preguntó:

—¿Estuviste conmigo desde que me rescataron?

Chelsy le agarró la mano con suavidad. Qué fácil era mentir.

—Sí.

—¿Fuiste quién me acompañó durante el viaje hasta Dubai?

—Todo el tiempo, amor. Siempre estuve a tu lado— sacó de la cartera el anillo que perteneció a la madre de Henry— Por fin pude conseguirlo, esto te pertenece.

¡Qué horrible sensación le daba tener en sus manos aquella sortija! Sostenerlo le generaba malestar.

El príncipe dejó el anillo en la palma de la mano, pero no parecía incómodo.

“Ha de ser mi imaginación, si a Henry no la pasa nada al tenerlo”.

—Adrienne se lo mandó a Tony, fue un acto de cobardía de su parte, ni siquiera tuvo la valentía de entregármelo en persona ¡Qué idiota fui al habérselo regalado!— y emitió una amarga risa.

Sus azules ojos se posaron en los celestes de Chelsy:

—Pero ahora sé quién se merece esta joya. Chelsy, dame tu mano.

—¿Me lo vas a dar a mí?

Henry acomodó por fin la joya en su anular.

La sensación horrorosa que experimentó casi la hizo caer; primero lo que pudo sentir era como si su dedo fuera quemado al rojo vivo y luego, una voz fantasmal de mujer dentro de su cabeza, le gritó furiosa:

“¡Ése anillo no te pertenece!”

Tratando de no ponerse nerviosa y haciendo de cuenta que nada había

ocurrido, logró sacarse por fin la alhaja y se la devolvió a su dueño.

—Mejor más adelante, cuando te encuentres en Londres recuperado por completo.

—Estás muy pálida.

—Me causan mucho disgusto los hospitales, tan llenos de gente enferma.

Henry se irguió como pudo apoyando mejor la cabeza en medio de las almohadas.

—Claro que lo sé. Pero quiero preguntarte algo muy importante.

—No deberías hablar ahora. Pero cualquier cosa que quieras saber, responderé con toda la sinceridad del mundo, amor mío.

— ¿Estás enamorada de mí?

—Te amo con toda mi alma, más que nada en esta tierra, claro.

—Cuando estuve preso en aquel sucio lugar, soñé con mi madre. Ella me dijo que continuara con las obras de caridad, además de elegir a la mujer que debía acompañarme, también remarcó que ya sabía quién era. Ahora entiendo sus palabras, que en ese momento fueron muy confusas para mí.

“¡Por fin triunfé!”

—Chelsy, ¿escuchaste lo que te dije?

—Sí, ¡perdón! Es la emoción que me embarga, y no puedo dar crédito a mis oídos por lo que acabo de escuchar. ¡Me siento tan emocionada!— las lágrimas de Chelsy volvieron a brotar. Aunque esta vez lloraba de verdad, pero de tristeza. Se casaría con un hombre al que jamás había amado.

—No llores más, Chel.

—Es que... ¡te amo tanto! No puedo creer que sienta este amor tan puro en mi pecho, me quema el corazón. Es una sensación tan linda.

—Quiero un beso.

—Es pura emoción y dicha, mi amor.

Tony entró en compañía de una enfermera que traía el desayuno, similar al

que servían en todos los hospitales del mundo. Lo que vio el asistente de Henry le heló la sangre.

—Mi señor.

—¿Dónde está mi hermano?

—Esperando afuera, y se pondrá muy contento al saber que se encuentra despierto. Pero señor, tengo que contarle toda la verdad sobre Adriana.

—No quiero ni oír su nombre. Nombrándola estás ofendiendo a mi novia.

—¿Qué novia?— el asistente miró a la rubia como si la contemplara por primera vez. Y también, observó con detenimiento a la enfermera. Quién sabe si el calmante que le estaba pasando por vía intravenosa le hacía decir aquellas incoherencias.

—Yo —dijo Chelsy sonriéndole entre lágrimas— Díselo ahora, Henry querido.

—Chelsy y yo volvimos. Y en cuanto me reponga, daré la noticia de manera oficial.

—Usted aún *no* sabe cómo sucedió todo. Tengo que explicárselo. Chelsy, te quiero afuera ahora mismo.

—De ahora en adelante vas a referirte a ella con el trato que se merece. No te olvides, Tony. Y no quiero que vuelvas a hablarme de aquella otra mujer con la que estuve. ¡Nunca más!

—Mi señor, sabe que siempre estoy a sus órdenes— contra su voluntad, hizo una reverencia hacia él, y tratando de contener las ganas de vomitar, también se inclinó de la misma manera ante Chelsy Owen-Keller, pero con la mirada le dijo:

“¿Quieres casarte con Henry y piensas que lo conseguiste? ¡Ah! No sabes la que te espera, mi querida Chelsy. Ahora sí que comenzó la verdadera guerra; es como si esto fuera una corrida de toros: yo soy el elegante retador, con una hermosa capa de terciopelo, y tú, la vaca fea y llena de cuernos. Y lo

de los cuernos ya te lo voy vaticinando, porque Henry pronto se cansará de tu cara de nada y volverá a las andadas.”

A lo que Chelsy respondió sin despegar los labios:

“Ya encargará de que te echen a patadas, plumífera. Te arrepentirás hasta de haber nacido.”

Gracias a la ayuda e influencia de Robbie Shott conseguí vuelo directo, pero como la dicha nunca es completa, primero debí pasar por Buenos Aires, y de ahí huir a Punta del Este. Huir: esa era la palabra correcta.

La que volvía de medio oriente era una mujer muy diferente a la de hace un año atrás: tenía el corazón destrozado y el alma devastada.

Chelsy me había hecho entender lo que mi mente se había negado siempre a comprender: nunca podría casarme con Henry porque jamás encajaría con el papel de noble ni ante los ojos de Edward, su padre, ni tampoco ante la mirada de su abuela. El cuento de Cenicienta era sólo eso, un cuento.

Nueva York-Londres-París-Buenos Aires. Principales pasquines del mundo:

Revista Time: **Foto exclusiva del príncipe Henry viajando desde Kabul a Dubai.**

“El príncipe de Gales, recientemente rescatado de un secuestro que casi le costó la vida, se lo ve en compañía de su ex novia, la valiente Adrienne Mora, que viajó de improviso a Kabul para velar por su salud...”

Daily Telegraph: **La Foto que conmovió al mundo.**

“¿Volvieron a estar juntos o ella viajó para estar a su lado sin importarle otra cosa más que velar por su bienestar? La imagen es más que elocuente, el

príncipe inconsciente en el avión que lo traslada a Dubai y Adrienne Mora, inclinada a su lado, preocupada por su salud. ¿Ella es en verdad una oportunista? Júzguenlo ustedes; aunque lo que se ve en sus ojos no parece otra cosa más que amor...”

París Match: Una imagen vale más que un millón de palabras.

“Adrienne Mora, la criticada ex novia del príncipe de Gales, dejó boquiabierto a medio mundo con un gesto desprovisto de interés y frialdad. La foto que la muestra sosteniendo la mano de su amado durante su traslado en avión privado hacia Dubai y el cariño con que lo mira, es una prueba fehaciente de su gran amor por él. ¡Bravo, Adrienne! Francia está de tu lado...”

Paparazzi: Exclusiva— La imagen obtenida que convulsionó a la opinión pública del mundo entero.

“Ella parece repetirle palabras de amor al oído e inspirarle ánimos a través de sus cariñosas palabras. El príncipe Henry parece dormido, pero eso no apabulla a su acompañante, que no se separó de su lado. ¿De quién hablamos? ¡De Adriana Mora, por supuesto! La hermosa argentina, que se mostró en diversas ciudades en compañía del hermano del futuro rey de Inglaterra, conmueve a Europa con esta foto.

Adriana Mora, de treinta y un años, era una chica como todas y tenía una vida normal, hasta que se cruzó en su camino nada menos que Su Alteza Real, el príncipe de Gales...”

En el aeropuerto me esperaban mis amigas, mi hermana y Miranda, la novia de Robbie.

Cuando Mike se hizo cargo de mis bártulos y fuimos en busca de los autos de la novia de Shott, Miranda dijo:

—Adri, lamento decirte esto, pero la prensa está esperando tu arribo desde hace varias horas.

—Cuando surja algo más escandaloso, seguro se olvidarán pronto de mí. Quiero ir a Punta del Este y olvidarme de todo. Gracias por venir a esperarme, me dan fuerzas para seguir adelante.

Mi hermana se acercó a mí pasando una mano repleta de cariño por mi pelo.

—Adri, todas vamos a quedarnos con vos hasta que vuelvas a San Ignacio, mamá luego va a llamarte. Por cierto, la foto dónde aparecés acompañando a Henry mientras lo trasladaban en avión para operarlo, casi me hace llorar.

—¿De qué foto me estás hablando?

Ximena se hizo cargo de la situación.

—Vamos primero a tu casa y por la noche, cuando sea casi de madrugada, vas a irte a Punta del Este en compañía de Miranda y Mike. Enfrentemos de una vez a los sensacionalistas, no queda camino alguno para escabullirnos.

Aspiré aire dándome aliento para pasar por aquel *vía crucis* y seguir caminando hacia el final del aeropuerto. ¿Quién podía estar en primera fila para terminar de humillarme? El cronista número uno del espectáculo, aquel que se llevó varios carterazos de mi parte. ¡Dios! ¿Por qué tantos problemas juntos? Ni siquiera tenía fuerzas para pelear. Pero para mi sorpresa, nomás verme, se inclinó ante mí como si yo fuera una reina. Decidí buscar salida más fácil: ignorarlo.

—¡No te vayas! Me disculpo ante todos los medios del país por cómo te traté la vez que nos cruzamos— imploró con humildad y del bolsillo, sacó una foto y la extendió ante mis ojos. Reconocí esa imagen al instante, estaba en compañía de Henry durante su traslado al sanatorio de Dubai. ¿Cómo diablos la había conseguido?

—“Esto”—dijo enarbolando la foto— Es la prueba más pura de un amor

que no conoce clases sociales, dinero o distancias. ¡Nena, te ganaste el cielo! Cuando vi esta imagen en redacción, me puse a llorar hasta que se me secaron los lagrimales— ante semejante comentario, todos los periodistas y fotógrafos se rieron con ganas.

—¡Silencio, imbéciles! —Vociferó de mal humor, y al callarse medio mundo, prosiguió hablándome en tono más calmo—: Por lo que verás, nada logra enternecerme, salvo esta foto dónde demostrarás la clase de persona que sos y que en su momento no pude ver. Sin duda, tu lugar es al lado de aquel príncipe británico por el resto de tus días.

—Quiero que me dejen en paz.

—¡Tenés que viajar a Londres o adónde él se encuentre y ocupar el sitio que te merecés! No es justo que Chelsy Owen-Keller se quede con el príncipe, siendo ¡que recorriste miles de kilómetros para velar por su salud! Si no te queda dinero, mi revista y mi programa, se harán cargo de los gastos, solamente te pido una nota en exclusiva— se llevó una mano al flaco pecho y exclamó—: ¡Renato Salas uniendo a una pareja! ¿Quién podría creerlo cuando siempre hice lo contrario? Pero este amor de cuentos de hadas me conmovió. —con foto y todo se inclinó ante mí— *Chapeau, Adriana.*

Nerviosa, seguí caminando. Ante los flashes de las fotos y las cámaras de televisión, hundí mi cara en el hombro de Mike. No hice ninguna declaración, y tampoco acepté el ofrecimiento de Renato Salas.

Amy dejó el teléfono como una autómatas y se derrumbó en una silla. Xavier, su fiel peluquero la abrazó.

—Mi reina, ¿te sientes mal? ¿Será que tan pronto encargamos un bebé de París?

—Ojalá fuera así. Es que no puedo creer lo que acabo de escuchar. Henry

quiere comprometerse con Chelsy.

—Tu marido, ¿no le dijo que esa mujer nunca lo quiso?

—¡Xav, no quiero a esa mujer emparentada conmigo! No sólo porque no la soporto, sino porque tampoco es justo.

—Tu cuñado ha de enterarse de la verdad en algún momento, mi reina.

Después de dos semanas de reposo en el sanatorio en Dubai, Henry fue trasladado a su casa de Londres.

—Mi señor, no desobedezca al médico. Le dijo que no camine— señaló la silla de ruedas que descargó gigantón 1 del baúl del auto.

—Haré lo que quiero, no me molestes.

Al entrar a su residencia, Henry rechazó la ayuda que quisieron proporcionarle las mucamas y el mayordomo. A los saltos y como pudo, ayudándose con las muletas, logró llegar a su habitación e intentó acomodarse en la cama.

—Mi señor, no se esfuerce, permítame ayudarlo.

—Te dije que puedo solo. Y dejen de tratarme como si tuviera noventa años.

Al apoyar la cabeza sobre las almohadas, lanzó un disimulado suspiro de alivio.

—Sí empezó a los gritos es porque se recupera con mucha rapidez, alteza — y Tony dirigió la mirada hacia Mathew —: ¿Qué haces mirando el cielorraso?

Cuando el sirviente se retiró a trote, Tony miró a Henry.

—Volvemos a la normalidad, ¡servidumbre perezosa! Ahora mismo pondré a todos en su lugar; durante mi ausencia esta casa se pone patas para arriba, mi señor.

El mayordomo volvió con una caja.

—¿Y el vaso de agua para mi señor?— preguntó Tony con fastidio.

—Ahora mismo lo traigo, señor Pacheco. Pero acaba de llegar este obsequio para su alteza— apoyó el paquete a un costado de la cama.

—Humm, Tony... a ver si adivino: papel de regalo de tono dorado y moño rojo, se me hace que éste es un obsequio de Robbie.

—Es del señor Shott. ¿Quiere que lo ayude a abrirlo?

Henry desenvolvió la caja rasgando con entusiasmo el papel. Cuando por fin llegó hasta el contenido, extendió ante sus ojos una bata de raso tono violeta y con detalles arabescos de strass e hilos de oro.

Al ver semejante obsequio, Tony tragó saliva, ¡El señor Robbie siempre tan excéntrico!

—Tiene una nota pegada al moño.

—¡Dámela!— pidió Henry de excelente humor.

“Para que te acompañe en tus tiempos de convalecencia. ¿No es cierto que es bonita? La compré en Miami y me salió un ojo de la cara, así que más vale que la uses, idiota. Me enteré que tu operación salió bien, y aprovecho para preguntarte: ¿Qué hay de verdad en eso de que también usaste el quirófano para agregarte un buen par de tetas...?”

—Basta, por Dios... —dijo Henry con dificultad, porque estaba tan muerto de risa que apenas podía hablar —¡Qué hijo de puta!

—“...entonces, ¡espero que disfrutes de tu nuevo par! Y no quiero que nunca más trates de llamar la atención haciéndote el valiente. Buen susto nos diste, estúpido, y sé que De Aguirre te salvó por un pelo. ¡Basta de mandarte cagadas! Un abrazo.

Robbie Shott.”

—El señor Shott siempre tan elocuente— se aventuró a agregar Tony poniendo los ojos en blanco.

—Quiero ponerme ahora mismo el obsequio de Robbie.

—Señor, usted debe estar bromeando. Creo que los colores de la bata no combinan con su personalidad.

—Chelsy no tarda en llegar y quiero ver si le gusta.

Tony se apresuró a ayudarlo a quitarse la chaqueta, y ya enfundado en su nueva bata, Henry volvió a recostarse en las almohadas.

—¿Y cómo me veo?

—Se lo ve “llamativo”, pero le da cierto estilo. Un “exceso de glam”, diría yo.

Chelsy entró en ese momento toda vestida de blanco. Una boina descansaba sobre su cabello color oro y llevaba en el cuello un collar de perlas. Al ver a Henry, por poco se desmaya; y con la boca bien abierta, tiesa como una escoba y helada de espanto, lanzó una exclamación.

—Sí, Chelsy. Ya sé que me amas y cada vez que me ves, te cuesta reprimir ese inmenso cariño.

—¿Qué es esa porquería que llevas puesta?

—Me veo muy apuesto. Le decía a Tony que al próximo evento al que deba asistir, usaré esta bata.

—¡Quítatela ahora mismo!

—Puedo quitarme todo, pero no delante de Tony. Quizás cuando estemos solos podrías ayudarme— le dedicó un guiño cómplice.

—¡Detesto esas bromas tan groseras! Solo *una* plumífera de dudoso gusto— Chelsy le lanzó una mirada de enojo a Tony y prosiguió con desprecio—: ¡Puede hacerte creer que una prenda tan digna de un carnaval pueda ser utilizada nada menos que por alguien que tenga tu estirpe!

—Chelsy, fue una broma.

Chelsy se sentó a un costado de la cama y como no había ninguna mucama cerca, no tuvo mejor ocurrencia que arrojar su cartera y abrigo, en la misma

cara de Tony. El asistente, rápido como un rayo, tiró las prendas fuera de la habitación y como quien agarra algún alimento en descomposición, se limpió las manos en el saco.

—¿Quién te hizo un regalo tan horrible?

—Me lo obsequió Robbie.

—Sólo a un idiota que pudo comprarse todo en la vida, menos el buen gusto y la elegancia, puede ocurrírsele regalarte esa prenda tan digna del sombrerero loco de “Alicia del País de las maravillas”.

—Robbie es así.

—¡Claro que lo conozco! Es un mamotreto carente de distinción y de buenas maneras.

—Pero es un ser bondadoso, *una buena persona*, Chelsy— remarcó Tony desde el sillón dónde se encontraba sentado.

La rubia iba a decirle que nadie había pedido su opinión, pero el mayordomo volvió a aparecer.

—¿Y el vaso de agua para mi señor?— volvió a preguntar Tony.

Mathew se aclaró la garganta.

—Perdón, alteza —se refirió a Henry— Ahora se lo traigo, pero lo interrumpo porque tiene una visita.

—Mi señor no está en condiciones de recibir visitas— dijo Pacheco.

—Depende, ¿de quién se trata, Mathew?

—Dice ser el señor capitán segundo Benjamín Hascott. ¿Lo hago pasar o le digo que venga en otro momento?

—¡Ben Hascott! —exclamó Henry muy contento— Que pase. Chelsy, te agradecerá mucho— tomó la mano de su novia, quien muy seria se limitó a arquear una ceja con incredulidad.

Cuando Hascott entró a la habitación, el príncipe le señaló una silla contigua a la cama.

—Vengo a saludarte —dijo Benjamín—Estás con muy buen aspecto.

—Gracias. Aprovecho tu visita para agradecerte por todos los datos que le proporcionaste a Sir Adkins para que pudiera encontrarme.

Henry estaba al tanto de todo el operativo generado para rescatarlo; también supo por Louis que Franco de Aguirre y Sir Oliver Adkins eran la misma persona.

Tony miró al recién llegado con interés, ¡qué militar más gallardo! Y se puso a vociferar al mayordomo:

—Deberías preguntarle al señor Hascott si desea tomar algo.

—Mil disculpas señor Pacheco, ¿el señor capitán segundo Hascott desea tomar algo?

—No es necesario que fuera del ejército me llamen por mi graduación militar. Un café, por favor.

Ben retomó la conversación inicial hablándole a Henry.

—Después de ver a ese hombre que me hizo tantas preguntas acerca de tus captores, empecé a hurgar en mi memoria y pensé que había obviado detalles.

—Y fuiste muy descortés, cuando estaba en juego *la* vida de mi novio— comentó Chelsy con voz glacial.

—Sepa disculparme, señorita. En ese momento me encontraba un poco atontado por los calmantes que me estuvieron proporcionando en el hospital.

—El señor Hascott fue herido cuando secuestraron a su alteza— agregó Tony en defensa del colega de Henry. Muy ufano con su intervención y con la cabeza en alto, abrió su abanico y empezó a darse aire a gran velocidad.

—No tiene importancia, hiciste de sobra, y gracias a tu ayuda pude salvar mi pellejo— dijo Henry.

—Quería verte para asegurarme que te encontrabas bien, más allá de lo que dijo la prensa.

—Estoy mejor y pronto voy a poder levantarme de esta cama.

—¡Ni se te ocurra!— ladró Chelsy.

—Señor, no desobedezca al médico— pidió Tony.

—Sí es que me dejan, claro —dijo un resignado Henry— Con tantos *excesivos* cuidados, hasta prefiero los gritos del coronel Bradbury.

—¿Puedo consultar quien te regaló esa bata tan *pintoresca*?

—Me la obsequió un amigo. Me queda espléndida, ¿verdad?

—*Perfecta* —sentenció Hascott con una sonrisa mientras recibía una taza de café— ¿Es una moda entre las monarquías del nuevo siglo?

—Por cierto, ahora que te veo sorbiendo tu taza, quería preguntarte si te queda un poco de café, ése que solías hacer en el campamento de Afganistán — indagó tocándose el estómago— la comida de hospital era algo insulsa y me dejó un poco *seco de vientre*. Quizás tu infusión, a modo de *purgante*, pueda ayudarme un poco.

Y junto a Benjamín, empezó a reírse a carcajadas.

—¡Qué ordinario!— gritó Chelsy muy roja y se dirigió al colega de su novio con enfado: Si nos perdona, mi novio tiene que descansar.

—Me voy así no molesto —Benjamín se puso de pie y agregó—: Pero a modo de cortesía y como “muestra gratis” voy a dejarte en la cocina un poco de mi famoso “brebaje” así te ayuda con tus dificultades intestinales. Todo sea por una buena causa.

—Podrían obviar en mi presencia toda alusión a temas escatológicos— pidió Chelsy en mal tono.

—Dispense mi grosería, señorita— se disculpó Hascott inclinándose hacia ella y estrechó la mano de Henry— Cuando te encuentres repuesto del todo, me gustaría que me llames— le extendió su tarjeta— Voy a hacer una pausa antes de irme a los Estados Unidos a estudiar diseño.

—Una lástima— dijo Tony.

—¿Perdón?

—Lo acompaño hasta la puerta— el asistente pegó un salto de su silla.

—Hascott es un buen tipo— dijo Henry.

—Me pareció tan... antipático— comentó Chelsy arrugando la nariz—
Junto con Tony y Xavier el peluquero siento que estoy viendo la *remake* de
“La jaula de las locas”.

—Henry me habló de su asistente. — dijo Hascott señalando a Tony,
cuando llegaron a la entrada de la residencia.

—El mismo que viste y calza. ¿Nos vimos alguna vez?

—No, pero Henry me contó tantas anécdotas que es como si te conociera.

—Espero que alabándome.

—¿Qué?

—Espero que hayan sido buenos comentarios.

—Por supuesto —aseguró Ben ofreciendo la mano a modo de saludo—
Adiós.

—Adiós, señor.

—¡Llegó la alegría! —exclamó Xavier saliendo del taxi que lo había
transportado hasta la casa. Ben lo miró con curiosidad.

—Señor Hascott, quiero presentarle a mi amigo Xav— informó Tony sin
ganas.

—*Enchantee* —dijo el peluquero tendiéndole la mano y también de paso,
le deslizó entre los dedos, su tarjeta personal— Soy coiffeur. Si tiene una
hermana, una tía o a su señora madre viviendo en Inglaterra, puede
recomendarle visitar la cadena de peluquerías que tengo a mi nombre por
todo Reino Unido.

—¡Cuánto descaro! —se avergonzó Tony y le habló a Ben— Disculpe a
mi amigo, siempre se va de la lengua.

—Un gusto, y con permiso— volvió a despedirse Hascott y se retiró en dirección a su auto.

—¿Quién era ése? ¡Ah! Te lo tenías escondido, pérfido— dijo Xavier a su amigo.

—¡Idiota, puede oírte!— Tony lo amenazó con el abanico.

—Es muy apuesto —exclamó Xavier con vivacidad y mostró un ramo de flores—Vine a presentarle mis respetos a tu señor, porque me enteré que retornó a la casa, ¿puedo saludarlo?

—No te lo recomiendo. Mi señor está empeñado en no dejarse tratar como a un enfermo y si te le apareces enfrente con un ramo de flores en la mano, como quien visita a una parturienta primeriza, te echará a mulatazos— informó Tony cruzado de brazos y apoyado en el marco de la puerta, prosiguió con su tranquila charla:

—Si logras aguantarte las náuseas de contemplar a Chelsy, ve nomás. En cuanto a mí, creo que hace rato que no tengo más estómago.

— ¿Ya llegó la Owen “Killer”?—le tendió el ramo— Llévaselas tú, porque no quiero ver a esa mujer.

—Sí, ya está acá.

—¡Diablos! Por nada del mundo quiero ver a esa mujer. ¡No quiero y no quiero!

—Pero que lástima —dijo Tony con una sonrisita cargada de secretos— Pensé que podrías hacerte el simpático y ofrecerte a hacerle un lindo peinado.

—¡A *ésa* no le pienso hacer nada lindo y mucho menos gratis! Amy jamás consentiría en que peine a la “Killer” y luego a ella... —pero al pensarlo mejor, lanzó una endiablada risa de duende— quizás tengas razón, podría hacerle un “*lindo*” peinado, y que quede tan hermosa como una momia.

—Una especie de “nido de ratas”, cosa de que después no pueda siquiera pasarse un peine.

Dos meses después, Henry pudo levantarse de la cama y sin muletas de por medio, festejar su cumpleaños. La fiesta fue multitudinaria: asistieron amigos del mundo entero; ya sean plebeyos o de casas reales. Amy y Chelsy evitaron mirarse, y para regocijo de Tony, Benjamín Hascott también fue convidado a la celebración. Robbie Shott se presentó con una capa de terciopelo roja y repleta de multicolores piedras de *Swarovski* sobre un elegante traje negro.

—*Demasiado*— murmuró uno de los boquiabiertos convidados al verlo llegar.

Henry recibió una prenda igual y así ataviados, posaron para las fotos. Las primas del cumpleaños, Emily y Grace, princesas de York, se volvieron locas de gozo al contemplar la llegada de Shott.

—Ahora sí que empezó la fiesta— se dijeron entre sí.

—Él será un príncipe, ¡pero yo soy el rey! —Bromeó el magnate siempre alegre, pero se disculpó también en el mismo tono de voz—: Con el perdón de *Luisito*, claro. Entonces seremos *dos* reyes. Ven a posar con nosotros— y silbó.

Junto con Louis, se volvieron a mirar al magnate casi el noventa y nueve por ciento de los invitados. Robbie siguió insistiendo:

—¡*Luisito*, ven! Estas fotos seguro van a *Facebook e Instagram*, para regocijo de mis admiradores. Y no creas que me olvidé de ti: te traje una capa de “brillante” color azul bordada con muchas estrellitas doradas, porque sé que eres muy *discreto*. Ahora te la traigo, ¡Miranda, necesito ahora mismo la capa de Louis!

—¡Qué horror!— exclamó Chelsy mientras huía de los *paparazzi*, por si alguno tuviese la “ocurrencia” de sacar imágenes de los tres, y Shott le apoyara una de sus enormes manos en el hombro.

Robbie habló con Louis a los gritos y se permitió reír a las carcajadas, haciendo que sus risas retumbaran por todo el salón de fiestas, para espanto de la Owen-Keller.

A Amy, aquel excéntrico y ruidoso millonario la abochornaba un poco, pero al ver la asustada expresión de su rival, se dispuso a sacarle un poco de charla a Miranda, quien se lo agradeció con la mirada ya que nunca se había sentido tan fuera de lugar porque Chelsy hacía lo imposible por discriminar su origen latino, burlándose de su falta de abolengo y linaje en la sangre.

—¿Cómo está Adrienne?— le preguntó en voz muy bajita, por si a Chelsy se le ocurría pasearse por ahí y parar la oreja, interesándose en conversaciones ajenas.

—¿Dónde se metió mi novia? ¡Miranda!— chilló Robbie desde otro sector del inmenso salón.

—Mil perdones, mi novio me llama— dijo la novia de Shott haciendo una reverencia cortesana a su interlocutora.

—No es necesario que te inclines ante mí.

—Espero que me haya salido bien.

Miranda desapareció en busca de Shott y la mujer de Louis pensó que se había quedado sola, hasta que escuchó que le susurraban al oído:

—¿Haciendo amistad con tipas sin clase?

Amy se dio la vuelta para mirarla.

—Y lo bien qué harías al intentar tratarla, hasta podría convencer a Robbie de hacer negocios con tu padre, quien se sentiría muy contento de tener un inversor con tanto dinero. Porque oí que ahora sí está en la ruina.

—No metas a mi padre en esto.

—Hasta ahora tuviste la suerte que ninguno de nosotros haya podido enterar a Henry de la verdad. ¿Cómo pudiste decirle que viajaste a Afganistán para acompañarlo?

—Así fue, querida.

—Es cierto que los mentirosos se creen sus propias mentiras. Henry se dará cuenta de la realidad, y no dudará en echarte a patadas.

—No te metas. ¡Eso nunca, pero nunca pasará!

Robbie hizo bajar las luces del salón. Después ordenó traer a sus guardaespaldas un gigantesco paquete. El príncipe se revolvió inquieto ante ese gran regalo; de Robbie podía esperarse cualquier cosa.

—¿Y? ábrelo, para eso lo traje.

— ¡No Henry, no lo abras! —pidió Chelsy a los gritos

—”Charlotte”, nadie te pidió tu opinión— dijo señalándola con su abanico cargado de piedras *Swarovski*.

—Para tu información, soy Chelsy Owen-Keller. ¡Mamotreto ridículo y tosco!

—Dejen que abra mi regalo en paz.

Pero aun así, la rubia y el magnate se juraron odio eterno con la mirada.

Sin hacerles caso, Henry sacó el moño, rasgó el envoltorio y cuando iba a abrir la caja, Robbie gritó:

—¡Ahora!

Aparecieron unos bailarines vestidos de arlequines y la música empezó a resonar por todo el ambiente.

Una mano con las uñas pintadas de rojo empezó a salir del paquete, tenía un micrófono entre los dedos y después salió la segunda mano.

—¡Lady Gaga!— dijo medio mundo a los gritos.

Henry la tomó de las manos, ayudándola a salir del paquete. Como recompensa, ella le arrojó un beso. Lady Gaga llevaba una corta y rubia peluca sobre la cabeza y una coronita de oro. Vestía un traje blanco de

bailarina de ballet y medias de red negras con detalles de strass y rotas en varios costados, que la hacían verse muy sexy. Además llevaba puestas unas botas de cuero con plataformas altísimas. Era delgada pero ágil, y se ubicó en el centro del salón para bailar al frente de la coreografía.

Las princesas Emily y Grace tararearon la melodía con entusiasmo.

—¡Esto es fabuloso, cuanto se lo cuente a mi amigo Xavier lo que se está perdiendo!— dijo Tony a Ben a los gritos.

—¿A él le gusta Lady Gaga?

— ¡Con locura!

Chelsy se llevó las manos a la cara.

—No puedo creer como a Robbie se le ocurrió traerla al cumpleaños de mi novio.

Amy le sonrió con ironía.

—¡Uy! Creo que se acerca a Henry... cuidado, porque también dicen que es muy seductora. Suerte que no es mi marido quien cumple años— le dedicó un guiño de complicidad y la Owen-Keller se puso verde.

Lady Gaga se dirigió hacia el príncipe Henry. Primero se inclinó ante él en una reverencia homenajando su título real sin perder la gracia y sin fijarse en la inútil e inmóvil figurita de yeso que representaba Chelsy al lado de él, entonó mirándolo:

“I want your psycho your vertical stick...”

Henry soltó una carcajada al escuchar el tramo de la canción. Lady Gaga le acarició la mejilla, luego le rodeó el cuello con los brazos y le dijo algo al oído, alejándose después junto a su *troupe* de bailarines. Pero antes de eso, le lanzó a Chelsy una risotada en plena cara, dándole a entender que le importaba muy poco lo que la unía a él.

—¡Tony! ¿Escuchaste lo que acaba de cantarle, la muy descarada? ¿Y el gesto de burla que se atrevió a hacerme?

—Chelsy, no seas paranoica. Lo que no sé es lo que pudo decirle en secreto cuando se acercó a él. ¿Vas a esta noche a dormir a casa de mi señor?

—Mañana temprano tengo que acompañar a mis padres a la casa de unos parientes.

Tony sacudió la cabeza con fingida tristeza mientras del bolsillo de la chaqueta sacaba una libretita. Empezó a anotar.

—¿Qué estás escribiendo?

—Deberíamos agregar *una más* a su lista de amantes famosas. Agreguemos entonces a Lady Gaga. ¿Decías, Chelsy?

—Lo estás haciendo a propósito para que me ponga mal.

—Chelsy querida, no sé qué mosca te habrá picado. No me hagas caso, pensaba en voz alta. ¿Qué te pasa?

Como un huracán, Chelsy se acercó a su novio. Él apenas le prestó atención, ya que miraba el show que Lady Gaga ofrecía para él, que ahora entonaba la balada “*Speechless*” (Dedicado a la reina, la abuela de Henry y Louis), acompañando la melodía con el piano.

—Quiero que sepas que esta noche me quedo a dormir en tu casa— gritó Chelsy tratando de hacerse oír a través de lo que Lady Gaga cantaba y los gritos de júbilo de los invitados de la fiesta.

—¿Por qué ese tono de voz?

—Te vi, me di cuenta de las miraditas que intercambiabas con *ésa*. ¿Siempre voy a llevar cuernos por tu culpa?

—Chelsy, estás viendo cosas que no son— dijo Henry y con disimulo, su mirada se fijó en los ojos de *ella*, aquella talentosa dama estadounidense, que en ese momento decía, a modo de canción y con una sugestiva sonrisa: “*I can’t believe how you looked at me, with your James Dean glossy eyes...*”

—¡Y ahora está cantándote eso!

—Chelsy, no quiero que empieces con ridiculeces. ¿Miraditas, con quién?

—Con la tal Lady Gaga.

—Estás loca, demasiado alterada. Ahora con permiso, tengo que atender a mis invitados. Adiós, Chelsy.

Ella lo tomó del brazo.

—No vas a dejarme con la palabra en la boca. Quiero que despidas ahora mismo a esa mujer de esta celebración.

—No voy a maltratarla de esa manera cuando está ofreciéndome un show tan espectacular.

Chelsy no sabía que decir. ¿Eso significaba que aquella cantante americana era más importante que ella?

—Mi señor, no se vaya. Quería saber si usted, luego de la fiesta, necesitará cierta intimidad. Quizás desee que quite del medio al “molesto fardo”. ¡Perdón! Quise decir a Chelsy —Tony se palmeó la frente— me confundo porque quedé estupefacto con esta sorpresa que le hizo el señor Robbie con Lady Gaga, ella saliendo tan espectacularmente de aquel paquete en forma de regalo.

—Al grano, Tony—dijo Henry con una sonrisa irónica.

—Haré un resumen: recibí un mensaje de la secretaria, dice que su jefa quiere verlo al final del festejo. Yo me ocuparé de Chelsy. ¿Usted me comprende?

—Te entiendo, ¿entonces podrás ayudarme?

—Con mi vida, alteza.

—Quiero verme a solas con Lady Gaga, arregla lo necesario.

—¡Ella es tan exótica, una belleza de talento y de figura! Hay una última pregunta:

¿Qué le dijo en secreto mientras cantaba “*Bad Romance*”?

Al escuchar la respuesta, Tony lanzó un silbido de entusiasmo mientras agitaba una mano como si se hubiera quemado.

—¿Se atrevió a decirle que hoy se sentía especialmente puta? —Repitió atónito la frase de la cantante— ¡Cuánta desfachatez! Imagino que querrá irse *ahora* con ella, ¿verdad?

—Gracias, Tony. Todo a su debido tiempo, siempre será mejor cuando el festejo termine, lo que sí... necesito que te encargues de Chelsy.

El príncipe se alejó en dirección a otros invitados. Entonces Tony agitó la mano en dirección a la Owen-Keller.

—¡Chelsy, mi querida! Tenemos que brindar en tu honor por estar tan hermosa en esta noche tan especial. ¡Ven YA a probar este champagne que es una locura!

Estaba enterada de la fecha: Sí, era el cumpleaños de Henry.

En sí tenía preocupaciones más importantes en las que debía concentrarme: ¿Qué iba a hacer de mi vida por ejemplo? Pero volvamos al *quid* de la cuestión: ¿Era ya hora de volver a Buenos Aires? Robbie se encontraba en Londres junto a Miranda, pero ella me aseguró que su novio (y además por todo lo que había hecho por mí, podía considerarlo mi amigo) a la vuelta del viaje, quería tener “una importante charla de negocios” conmigo. Como la soledad y el desarraigo comenzaron a volverme loca, resaltando también, y por qué no, el enorme aburrimiento que sentía hasta aceptaría de mil amores que me empleara para servir café en alguna de sus múltiples empresas. El timbre de entrada me sacó de mi letargo, ¿quién sería? Con desgano, me levanté de mi sillón y fui a abrir.

—¡Sorpresa!— exclamó Xavier desde la puerta.

—¡Xav!— exclamé muy contenta y lo abracé. Mike llegó en ese momento y se hizo cargo de su equipaje. Los tres entramos de una buena vez a la casa.

Serví un poco de té y cuando terminamos de hablar de banalidades, observé que Xavier tenía toda la intención de hablarme sobre Henry.

—No hay rencor entre nosotros, pero me gustaría que no me hables una sola palabra de él. Yo voy por mi lado, y él por el suyo.

Xavier detuvo mi comentario con un gesto.

—No es por eso, vine por un tema de negocios.

—Ya sabrás por comentarios, que mi cadena de peluquerías es todo un éxito.

—Miranda también me comentó que pensás asociarte con ella en Buenos Aires.

Xavier asintió.

—Es cierto, pero para eso faltan unos meses. Por ahora, quiero agrandar mi “imperio” en el centro de la moda, que es...

—¡París!

—Exacto. Y gracias a la amistad que me une a la mujer del presidente, mi clientela allá es muy grande.

—Entiendo.

—Para eso, necesito a alguien idóneo para que me represente, lleve las cuentas, los presupuestos, y me informe todo lo que pasa mediante llamados telefónicos, *e-mails*... Entonces pensé en ti, Adrianita.

—¿Yo?! Debes estar bromeando.

—No estoy bromeando, Tony siempre me habló de tu enorme experiencia como administrativa y tu último trabajo como contable, y que trabajaste varios años llevando adelante ese tipo de trabajos.

—Xavier, estás sobreestimándome. Aparte no sé casi nada de francés.

—Pero tu inglés es perfecto y eso será bueno cuando en mi ausencia,

tengas que tratar con inversores extranjeros.

Como un pez fuera del agua, boqueé sin saber que decir.

—El francés no es difícil, puedes entrenarte en cualquier instituto. O en la alianza francesa, si así te parece.

—La verdad me dejás pasmada. Puedo hacer el curso, todo lo que vos quieras, pero aun así, sigo pensando que te equivocas de persona al elegirme para semejante cargo.

—Dónde pongo el ojo, pongo la bala. De los gastos del curso me hago cargo yo.

—Claro que lo pagaría yo.

—¿Entonces aceptas?— preguntó muy expectante.

Casi sin poder hablar, asentí. Estaba loca por cambiar de aire, y con el tiempo que llevé viajando junto a Henry, además de mi prolongada estadía en Punta del Este, me di cuenta que no podía radicarme en Buenos Aires.

—Entonces te quiero mañana mismo en Buenos Aires, ¿o de verdad preferís que contrate un profesor particular para que venga acá?

Tampoco podía abusarme ante tanta generosidad. Además me venía bien para estar el tiempo que me quedaba en la Argentina, en compañía de mi familia y amigos.

—No, Xav. Tomaré las clases en la Alianza Francesa de Buenos Aires— decidí. Entonces al borde de las lágrimas lo tomé de las manos— Gracias.

Xavier tomó el vuelo a Londres dos días después y yo, el transporte hacia Buenos Aires. Alejandra se quedó de una pieza al verme, y llamó a Ximena, que no sé cómo hizo, pero se presentó en el departamento a los cinco minutos. Luego de deshacer el equipaje, despedí a Mike, y nos abrazamos fraternalmente deseándonos buenos augurios.

Cuando él se retiró, me trasladé hasta la Alianza Francesa, dónde me anoté en el más intensivo de los cursos: tres horas por clase, tres veces a la semana.

Mientras llenaba los formularios de inscripción, contemplé con el rabillo del ojo, que dos chicas miraban para mi lado y hablaban entre sí. Me hice la tonta.

Por la noche, reuní en casa a mi familia y amigas. Comimos pizza, empanadas y después brindamos con champagne.

—¿Es porque retornás a tu vida normal?— preguntó mi hermanita alzando su copa. Ni ellas ni nuestros padres sabían de mi decisión.

—Mmmm... sí y no, me anoté en un curso intensivo de francés y supongo que en unos meses tendré un nivel de idioma aceptable, por decir algo. Luego, ¡me voy a París para trabajar como administradora en uno de los negocios de Xavier, mi amigo el coiffeur!—concluí alzando mi copa muy sonriente.

—¿A vivir?— preguntó Don Roberto Mora pensando que cuando se llega a los sesenta años, tranquilamente uno puede sufrir de sordera. Tenía en el hombro su eterno repasador a cuadros y sobre él, un periquito llamado el Chingolo. El pájaro era su debilidad.

—¿No es bárbaro?

Y sentí un *dejà vu* cuando los contemplé, sus gestos eran iguales a cuando se enteraron de mi noviazgo con Henry. ¡Pobres padres! Durante el último año no les di un respiro.

—Eso es por aquel príncipe desagradecido— dijo mi hermana y observé con sorpresa, que tenía lágrimas en los ojos.

¡Aggg, la lúgubre lógica de los adolescentes!

—No, Maca— la abracé— No es por eso, busco un lugar en la vida, *mi lugar*. No sé si lo encontraré en Francia, pero por lo menos voy a probar suerte.

—Y... ¿no podés buscar *tu lugar* acá?

—Eso, Adriana. Desde que ese colorado con corona se te metió en medio

de los ojos te empeñas en viajar y nada más. Por la virgencita de Luján, estas hijas no me dan respiro—y miró al cielo con las manos en alto, El Chingolo, firme en su hombro, estaba más que acostumbrado a sus discurso y pláticas con Dios, así que no se espantó—¡Barba, dame una mano! Esta hija mía no sienta cabeza y me va a matar de un disgusto.

Por suerte mi mamá intervino a mi favor.

—Roberto, Adriana ya dijo más de una vez que no nombremos más a ese príncipe, así que dejá de hablar siempre de lo mismo. ¡Y sacate ese bendito pájaro de encima cuando estamos en la mesa!

—Mejor brindemos—dije para cambiar de tema.

Mi familia alzó la copa para brindar por mi nueva vida. Yo hice lo mismo para darme ánimos y seguir adelante.

Xavier y Tony ahogaron una carcajada cuando vieron a Chelsy.

—¿Me veo bien?— preguntó ella un tanto insegura.

—*Divina*— sentenció Xavier mirando para otro lado.

—¡*Qué bonito sombrero!*—exclamó Pacheco— Mi señor te dirá lo mismo, mi querida.

—Gracias —dijo Chelsy con una tímida sonrisa— Me alegro que me digan cosas tan lindas, estoy nerviosa.

—¿Por qué, bonita?— quiso saber Pacheco O' Higgins.

—Es el primer evento que comparto con Henry luego de tantos años, y me gustaría que la gente me quisiera tanto como a Amy. ¿Qué tal si me ignoran y me dicen cosas feas?

—No lo creo, la gente es... *Fanática de la realeza*. Solo deberás sonreír todo el tiempo e intentar ser amable. Después, ¡magia! Te querrán. ¿No es cierto, Xav?

Le pegó un codazo a su amigo.

—Deberás sonreír todo el tiempo, mostrando todos los dientes, absolutamente *todo* el tiempo —se apresuró a comentar el peluquero—Será la clave de tu triunfo, *chérie*.

—¿Qué tal si se me lesiona la mejilla? Me parece un gesto superficial y demasiado exagerado.

—Querida, será sólo un pequeño sacrificio.

La rubia estaba muy confundida. ¿Amy de verdad haría tanto rollo cada vez que acompañaba a Louis a los compromisos que debía concurrir? Henry llegó a la sala y contempló la cabeza de su novia arqueando una ceja.

—Lindo sombrero, Chelsy.

— ¿En serio te gusta? Le pedí a papá que lo mande a traer de París.

—Y el pájaro que está en el centro del sombrero, ¿también vino de París? Pareciera que aterrizó recién. Hasta parece que el pajarraco me mira fijo. ¿No te parece, Tony?

—Mi señor, no debe llamarla así. Con llamarla Chelsy, *basta y sobra*.

—Pero me refería al pájaro de su sombrero.

—Estamos demorados, vámonos de una buena vez. Mathew, que el chofer que ponga el auto en marcha ¿Qué? ¡No te escucho! ¡Escupe ahora mismo esa pastilla de menta y háblame claro, torpe!

Cuando Chelsy y Henry subieron al auto que les correspondía, Tony y Xavier también subieron al auto de Pacheco.

—Tony, ¡va a ser un escándalo! ¿Qué tal si entre la multitud hay alguien que sea defensor de los animales? ¡La van a abuchear y el pájaro de su sombrero saldrá volando!— Xavier no podía dar crédito a la escena que había presenciado anteriormente.

Tony puso en marcha el auto.

—Fue fácil cambiar el sombrero: Simplemente ordené *modificar* el envío

que hizo Dior para ella, en lugar del paquete original, no hice más que mandar este en su lugar. ¡Ahora en marcha que llegamos tarde! En cuanto a Henry, ya no le importa nada de Chelsy. ¿Ves que apenas la mira?

Pese a que el idioma me fascinaba, reconozco que se me estaba haciendo más complejo que el inglés. En cuanto a lo segundo, le exigía a Alejandra, Miranda o Robbie que en mi presencia, mantuvieran conversaciones que no fueran en español, para no perder la soltura al hablarlo. Igual mi acento británico era todavía muy marcado, a diferencia de Shott, su novia o mi amiga.

Macarena se aferraba cada vez más a mí. Mi pobre hermana se deprimía cuando me veía estudiar con ahínco los apuntes que me proporcionaban en la alianza francesa.

¡Dos meses para irme a París! Cada vez que pensaba en ello, no tardaba en buscar mis libros y ponerme a estudiar.

Chelsy se aferró a su novio, que cerró los ojos en una clara muestra de agotamiento por soportarla. Aunque hizo un esfuerzo y la miró con dulzura fingida. Cada vez más pesado se le hacía tenerla a su lado.

—La gente me criticó mucho por el sombrero que usé ese día en aquel evento. Hen, tengo mucho miedo, ¿qué tal si se acuerdan y vuelven a decirme cosas feas?

—En Francia confundieron las cajas y ése no era el sombrero que querías usar, sino el que Dior había enviado para la ocasión. Después todo quedó aclarado.

—No quiero ir— repitió con voz de niña mimada.

—Quizás te convenza un bonito anillo que tengo para obsequiarte.

La rubia tuvo un escalofrío.

—Aquel... ¿Qué era de tu madre?

Esa sortija le daba pesadillas aún, hasta en el momento que Henry se lo había puesto en el dedo, le pareció oír una voz que la reprendía en un grito. ¿Sería la *difunta*, quien clamaba desde el más allá que no era merecedora de la joya por no amar al idiota de su hijo? Carol le dijo que estaba loca y que dejara de consumir tragos con tanta avidez, que esas no eran más que maquinaciones de ebria. ¿Tendría razón? Aunque temía ver a través del espejo de su habitación, la imagen de la recordada princesa de corazones. Si eso ocurriera, gritaría hasta quedarse ronca.

—No, ese anillo voy a dártelo cuando anunciemos nuestro compromiso—
informó Henry.

—Ah.

—En realidad, es otro anillo... ese que viste en el aviso de una revista.

Chelsy abrazó a su novio.

—¿El de los rubíes en forma de corazón y oro blanco? Henry, amor mío.
¿No te dije lo mucho que te amo? ¡Más que nada en el mundo!

—Chel, pareciera que me lo dices por el obsequio que voy a hacerte... —
la interrumpió el príncipe en broma.

—¿Acaso no te demostré mi valía cuando fui a verte a Kabul y luego a Dubai?

—Sí, pero me gustaría que no me lo recuerdes más. Es una etapa concluida de mi vida.

Tony se acercó a ellos.

—Ejem... perdón por molestarlos. Mi señor, se hace tarde.

La calle estaba atestada de gente. Amy era la predilecta: le sacaban fotos y le besaban la mano. Junto a Louis formaban una pareja preciosa. Chelsy se

sentía fuera de lugar, la concurrencia apenas la miraba.

Mi francés fue progresando con rapidez. Cuando no estaba estudiando, iba de visita a la casa de Robbie. Miranda sentía mi pronta partida, repetía una y otra vez que iba a viajar a menudo para ir a verme a París, una ciudad que decía amar.

Cierta vez preguntó:

—¿Vas a seguir teniendo puesto el anillo de *Bvlgari*?

Miré la joya con desencanto.

—Creo que me sentiría desnuda sin él.

—Pensé que lo tenías puesto en recuerdo de... *ése que no tenemos que nombrar*.

—Podés decir su nombre, Miri. Se llama Henry.

—¿Alguna vez lo vas a olvidar?

—No sé, el tiempo lo dirá. Nadie muere de amor.

Chelsy amaba las sorpresas, por eso cuando Henry le mandó un *whats* diciéndole que tenía algo importante que comunicarle no tardó en llegar a la casa de su novio. ¿Qué sería?

Cuando la rubia llegó a la oficina, Tony comenzó a leer:

“El príncipe Henry inaugurará un nuevo orfanato en Angola. Según fuentes cercanas a la casa real, viajará en compañía de su futura prometida para ayudar en la construcción del mencionado asilo.”

Chelsy abrió bien grande la boca. ¿Qué haría primero? ¿Llorar? ¿Suplicar que no la lleven? Debería ponerse rápido de rodillas para empezar a implorar misericordia.

—Tony, debes leer el programa de actividades—dijo Henry muy contento y el asistente siguió leyendo el comunicado:

“Con permiso especial de su padre, Lady Owen-Keller viajará a aquel inhóspito lugar para poner manos a la obra, secundando en sus labores a quién se convertirá en su marido.”

—¿Mi padre? ¿Él estuvo de acuerdo?

—*Siiii* —dijo Tony con una sonrisa similar a la de Belcebú— Vas a alojarte...

—Por supuesto que con Henry—se apresuró a interrumpirlo Chelsy.

—No, mi querida. ¡Sería un escándalo porque aún ustedes no se encuentran casados! Además mi señor dormirá en una choza, eso no te gustaría... ¿verdad?

—Claro que no, y haré el sacrificio de separarme de mi amor. Siempre con tu perdón, cielo mío. Pero, ¿no habrá algún hotel cinco estrellas por allá?— y depositó una mano sobre el hombro de su novio.

—Chelsy, deberás demostrar recato, humildad y modestia— el asistente levantó un índice con alegría— Pero como Tony Pacheco O’ Higgins está en todo, pensé no sólo en una *inmejorable* alternativa... ¡si no en dos! Puedes pasar las noches en... ¡En el convento de las carmelitas descalzas, ubicado a cuatro kilómetros de la zona de construcción del hospicio! O si te parece una idea mejor, ¡*Ta tan, ta tan!* ¡El refugio de la buena voluntad para mujeres golpeadas o infantes en situación de riesgo! Eso sí, deberás *ganarte el plato de comida*, Chelsy. Lo menos que deberás hacer será limpiar, fregar o cooperar en la cocina...

—¿Menesteres domésticos?! ¡¿Yo?! —Tronó Chelsy pegando un salto— Cualquiera de esos dos lugares han de ser miserables, y la comida, ¡horrible!

Henry frunció el ceño un poco disgustado. Tony pidió la palabra.

—Chelsy, mi señor necesita que lo acompañes. Él recuerda la promesa

que le hizo a su madre, cuando la vio en sueños esa vez que estuvo secuestrado.

Y lo vio, vio de verdad odio en los ojos del colaborador de Henry. ¡La *plumífera* se estaba vengando de ella! No tuvo más remedio que hacer de tripas corazón y aceptar aquel viaje. Acto seguido, se puso a llorar.

—Chelsy, ¿Qué son esos sollozos tan amargos?— dijo Henry acariciándole la cara.

—Es que... ¡estoy tan emocionada! No...—casi no podía hablar de tantas lágrimas y tampoco, dejar de pensar en la mala suerte que la envolvía—no... no puedo creer... ¡qué me elijas para semejante acto de amor hacia la humanidad! ¡Me siento tan pequeña e insignificante ante... un corazón tan generoso como el tuyo, mi amor!— en realidad tenía ganas de tomarse el cabello y arrancárselo a mechones.

Se fue corriendo y sin saludar en dirección a la salida de la casa, luego que Byron la ayudara a subirse al auto de su padre, el vehículo partió con velocidad.

Henry se quedó boquiabierto, Tony no cesaba de abanicarse. Una vez recuperado de la reacción de su novia, el príncipe alcanzó a comentar:

—Tony, ¿no será que quizás Chelsy no quiera acompañarme en este viaje? Tal vez es demasiado pronto para que vaya en mi compañía. ¿No te parece que deberíamos darle un poco de tiempo, puede ser unos meses?

—Alteza, cuanto antes se acostumbre a la vida que va a llevar junto a usted, mejor.

—Sí, seguiré tu consejo. ¡Gracias, Tony!

—*Siempre*, mi señor. Y sé que Chelsy se siente honrada con este viaje, ¿no vio lo emocionada que se fue?

El tiempo pasó volando y apenas faltaban quince días para mi viaje. El nivel de francés que tenía no era el adecuado, pero Xavier me convenció para que viajara de todas maneras, allí tendría otro profesor que seguiría capacitándome.

Una noche de lluvia que Alejandra estaba de vacaciones en Córdoba con su novio, me pasó algo raro: había un tipo esperándome en la puerta del edificio.

Al principio sentí miedo, pero se identificó como periodista y conocido de Alejandra, además de mostrarme las identificaciones correspondientes que lo acreditaban como tal.

Lo invité a compartir un café en mi casa, pese a guardar un poquito de resentimiento porque mi amiga decidió la entrevista con aquel individuo sin consultarme.

Después de casi tres horas de hablar sin parar, tenía la boca seca. Entonces aproveché para servirme un poco de agua y él dijo:

—Adriana, tu historia es digna de un libro. Deberías escribirlo.

—Me inspiró para tener una buena conversación, nada más que para eso— dije con energía, mientras le servía el enésimo café de la noche.

—Esto servirá para una nota que pienso escribir esta misma noche y por supuesto que la revista para la que trabajo, venderá más ejemplares que nunca.

Por suerte la revista era nacional. Al estar tan cerca de mi partida a Francia, no me preocupaba lo que se escribiera en aquel reportaje. Pero con respecto a la tirada de la revista, al pensar que no llegaría más allá de los límites de Argentina, en eso me equivoqué.

Pocos días después, recibí un mail. Como no había borrado a Henry de mis contactos de correo electrónico, reconocí de inmediato el remitente, simplemente decía “Hen”. Con el corazón en un puño, abrí el mail y me puse

a leer, había dos únicas frases:

“¡Vendiste nuestra historia a una revista! Con esto, sumado a lo anterior, terminaste por decepcionarme del todo. Adiós.”

Con lágrimas en los ojos, borré lo que había leído. Suspiré, negándome a seguir llorando. Me limpié el último resabio de las lágrimas y decidí concentrarme en mis metas: comenzar una nueva vida en París, seguir estudiando y no decepcionar toda la confianza que Xavier estaba depositando en mí.

Dos semanas después, Xavier me recibió en el aeropuerto de París con un cálido abrazo.

Chelsy no pudo precisar a simple vista la cantidad de papas que había pelado. Resoplando de cansancio, se secó la frente cargada de sudor con el dorso de la mano. Necesitaba un buen baño y una cama como la gente. No daba más de cansancio, en “El refugio de la buena voluntad para mujeres golpeadas o infantes en situación de riesgo” no tenía un sólo momento de ocio; y la ropa que había llevado, otrora elegante ahora estaba cubierta de polvo. Prácticamente no veía a Henry y tampoco... ¡Quería verlo! Por su culpa o por ese estúpido sueño que había tenido con la *maldita* difunta de su madre, ella sufría todas esas calamidades. También Tony tenía responsabilidad en ello. Ya vería esa plumífera apestosa cuando retornara a Londres.

—Señorita Owen-Keller. ¿Qué pasó con las patatas?— preguntó una de las coordinadoras del refugio. Asquerosa bruja, era peor que un sargento de infantería.

—Ya terminé— dijo Chelsy sacándose el viejo delantal de tela.

La ayudanta meneó la cabeza con placer, nada le daba más regocijo que

ponerle los puntos a aquella estirada señorita inglesa.

— Si pelé toda esa bolsa llena— dijo la rubia en muy mal tono.

—Aún la espera el lavado de las tazas del desayuno. ¿O acaso lo olvidó?
— por la cara de la señorita, pudo darse cuenta, que sí, lo había olvidado.

Chelsy se pasó una mano por la cara: La cantidad de gente que convivía en aquel lugar junto con ella era cerca de *cincuenta* personas y pensó que le llevaría un buen rato dejar todo en orden.

¡¡Maldita plumífera!! ¡¡Maldita difunta!! ¡¡Maldito Henry y esa idiota idea suya de hacer que ella sea también caritativa y generosa!!

Tony llamó a Xavier para consultar si Adriana ya había llegado a París. Su amigo el coiffeur le respondió le relató los pormenores de la llegada de su protegida a Francia que en esos momentos se encontraba dándose un buen baño de inmersión.

—Me alegro, amigo mío. —saboreó su taza de té y la dejó a un costado de la mesa. Después se distrajo observando como el sol acariciaba con sus últimos rayos del día algunos retazos de la inmensa estancia y daba un brillo lujoso a los immaculados pisos del lugar.

—Xavier, acordamos que los primeros tres meses que Adri esté a prueba, de *su* sueldo me encargaré yo. Por favor no le digas nada acerca de lo que planeamos, prométemelo.

Tony se incorporó con la taza de té en una mano y el teléfono inalámbrico en la otra. Empezó a pasearse por la habitación.

—*Xavito*, yo sé lo que hago. ¡Ya te dije que necesito que Adriana esté en Europa para que luego de desenmascarar a Chelsy, ella pueda reunirse por fin con mi señor! ¿Acaso dudas que lo consiga? Obvio que lo voy a lograr porque para Tony Pacheco O' Higgins no existen imposibles.

Cuando su amigo le preguntó por el paradero de la Owen-Keller, Pacheco lanzó una estruendosa carcajada.

—Me gustaría *verla* en este momento, debe estar lanzándome toda clase de maldiciones. Con este “hermoso viajecito” que le armé, va a asegurarse que mi inteligencia es muy superior a su cerebro de mosquito. ¡Ella deberá *pagar* un precio por ocupar un lugar que no le pertenece! Y que agradezca que no la mandé a juntar manzanas al valle de la muerte.

Alejandra se retorció inquieta mientras miraba las cartas del tarot.

—¿Por qué dudás tanto de tu novio?—preguntó la tarotista.

—Sí, ya sé que soy una idiota, ¡y que me voy a casar en unos meses! Pero no puedo evitarlo, con esto que le pasó a mi amiga con quién se suponía que la amaba con toda su alma...

No terminó de decir eso, pero de todas maneras, Clavelina la miró de manera comprensiva.

—Sí, lo recuerdo. ¡Le dije lo que le iba a pasar! Aunque al ver tantos oros en sus cartas, jamás pude imaginarme que esas señales en el destino de tu amiga marcaban que *ese alguien* en su futuro fuera nada menos que un príncipe.

Alejandra aprovechó la ocasión para pedirle lo siguiente:

—Por favor, Clavelina. ¿Podría tirarle las cartas españolas a mi amiga?

—Sabía que ibas a pedirme eso. Esperá que me concentre— Clavelina alzó sus manos llenas de anillos y tintineantes pulseras ubicándolas sobre la cabeza, además de cerrar los ojos. Estuvo así por espacio de unos segundos, sacó el mazo de una bolsita de raso negro y lo dejó en la mesa.

—Cortá la baraja en dos mitades y hacé una pregunta.

Una vez separados los naipes en dos montoncitos y de elegir uno, la bruja empezó a distribuirlos y al ver el significado que ellos le comunicaban, arrojó una risotada.

—Acá está— señaló sin dejar de reírse, la carta del once de oros, dónde se veía la imagen de un joven rubio montado en un hermoso corcel blanco.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Querida, ¡*él volverá a su vida!* Aunque puede que esta vez sea distinto, ahora tu amiga está llena de aliados muy poderosos que van a ayudarla en todo lo que puedan. También *Una mentira muy grande va a caerse...* pronto — y con su uña puntiaguda indicó un once de bastos, un diez de espadas, un doce de oros. Su dedo de pronto se detuvo en un diez de oros— Ésta es una reina, ¿la abuela de él, quizás? Humm, no lo creo. Es otra mujer muy importante, *otra reina...* aunque no por eso menos importante, claro. Ella *también* va a interceder a su favor.

Alejandra empezó a ponérsela la piel de gallina. ¿Otra reina? ¿Quién? ¿Reina en el sentido literal de la palabra?

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

A Andrea Vázquez, hada madrina, amiga y hermana del alma, que creyó en este proyecto desde el primer minuto porque adoró la torpeza querible de Adriana la rebeldía de Henry y por sobre todas las cosas, a Roberto Mora, el padre de la protagonista. No sé qué haría sin usted.

Karen Delorbe, Pao Grinberg, a Romi Demicheli. Zorras literarias de mi corazón, el príncipe y su indomable carácter las enamorará. Gracias por el aguante, reinas.

Solange Camaüer, mi querida profesora, gracias por ayudarme a disfrutar de la escritura y hacer lo imposible por pulir mi estilo y mi pluma. Su generosidad y su paciencia son y serán todo para mí.

Javier Romero, Negro hermoso: Tony Pacheco es una parte pequeñita de nuestras eternas charlas y locuras habladas que siempre acompañamos de grandes carcajadas. Es usted un disparate, un fuera de serie, amigo bello. Se lo quiere hasta Plutón.

A Gabriela Margall, quien me brindó las primeras clases de escritura, cuando no tenía idea de cómo utilizar las herramientas necesarias para escribir esta novela.

A la gran Florencia Bonelli, que en una de las firmas de sus novelas, me dijo que era hora de poner manos a la obra, trabajar duro y también soñar. Hecho realidad, Flor.

Vanessa Méndez, editora y foxyta, gracias por materializar este sueño y convertirlo en papel.